

# **ANTOLOGIA NEGRA**

CON UNA SEMBLANZA SOBRE EL AUTOR  
POR HENRY MILLER

**la pléyade**

**BLAISE CENDRARS**

BLAISE CENDRARS

# ANTOLOGIA NEGRA

Con una semblanza sobre el autor  
por

HENRY MILLER

EDITORIAL LA PLEYADE  
BUENOS AIRES

Traducción del francés por  
MANUEL AZARSA

#### SEMBLANZA SOBRE BLAISE CENDRARS

...lo principal que debe saberse de Blaise Cendrars es que es un hombre compuesto de muchos patos. También es hombre de muchos libros, muchos tipos de libros, y con eso no significa libros "buenos" o "malos", sino libros tan distintos entre sí que el autor da la impresión de caminar en todas direcciones al mismo tiempo. Es un hombre realmente desplegado y un escritor desplegado.

Su vida misma parece *Arctique Night's Entertainment*. Y este hecho que ha llevado una vida supramental también es una ruta de biblioteca. Es el más pequeño de los hombres y sin embargo es un solitario. ("O seas solitario!") Hombre de profunda intuición e inescapable lógica. La lógica de la vida, la vida primero y ante todo. La vida siempre con *Voyageur*. Así es Cendrars.

Seguir su carrera desde el momento en que abandonó fuertemente la casa de sus padres en Neuchâtel, cuando tenía diecinueve años, hasta los días de la ocupación, cuando se refugió en Alsacia-Provenza y se impone un largo período de silencio, es para nosotros dar vuelta la cabeza. El silencio de sus andanzas es más difícil de seguir que los viajes de Marco Polo, cuya trayectoria, dicho sea de paso, parece haber cruzado y vuelto a cruzar un silencioso de veces. Uno de los métodos de la gran facinación que ejerce sobre mí es la semejanza entre sus viajes y aventuras, y los que asocio en la memoria con Simbad el Marino o Aladino y la Lámpara Maravillosa. Las asombrosas experiencias que atribuyo a los personajes de sus libros y que la mayoría de las veces los comparo, parecen todos los escalados de la leyenda y también la autenticidad de la leyenda. Bismarck cubre a la vida y a la verdad de la vida, se acerca más que cualquier autor de

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.721  
© by EDITORIAL LA PLÉIADE - Barrioli 748 - Buenos Aires  
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina









# I

## LEYENDAS COSMOGONICAS

### 1. LEYENDA DE LA CREACION

Cuando las cosas no eran aún, Michere, el Creador, hizo al hombre con tierra de arcilla. Tomó la arcilla y modeló un hombre. Así dio comienzo este hombre, y comenzó como lagarto. Al lagarto, Michere lo puso en una alberca de agua de mar. Cinco días, y allí se quedó: pasó cinco días con él en la alberca de las aguas, y lo tuvo mucho oculto. Siete días: estuvo dentro siete días. Al octavo día, Michere fue a mirar y contó que el lagarto saltó, y dijo que ya está fuera. Respondió que es un hombre. Y dice al Creador: Gratias.

### 2. LEYENDA DE LOS ORIGENES

Veréis lo que me ha enseñado mi padre, el cual lo sabía por su padre, y lo sabía desde mucho tiempo, mucho tiempo, desde el principio.

En el origen de las cosas, en el origen mismo, cuando nada existía, ni hombres, ni bestias, ni plantas, ni cielo, ni tierra, nada, nada. Dios ya era, y se llamaba *Nasón*. Y a los tres que son *Nasón* las llamamos *nasónes*: *Nasón*, *Mécher* y *Náwa*. Y en él comenzó *Nasón* bajo el cielo y la tierra, y se reservó el cielo para él. Supo sobre la tierra, y por la arcilla del suelo modeló la tierra y el agua, cada una por su lado.

*Nasón* hizo todas las cosas: el cielo, la luna, los estrellas, los animales, las plantas, todo. Y cuando hubo acabado todo lo que nosotras vemos ahora, llamó a *Mécher* y *Náwa* y les mostró su obra.

—Lo que he hecho, está bien hecho? —les preguntó.

—Sí, lo has hecho bien —fue su respuesta.

—¿Cuándo aún por hacer algunas cosas?

Y Melere y Nkwa le respondieron:

—Vamos muchos animales; pero no venias a su lado. Venias muchas plantas; pero no venias a su lado.

Y para dar un año a todos las cosas, designasen, entre las criaturas, al elefante; por su tamaño, al tigre, por su fuerza y su astucia; al mono, por su malicia y agilidad.

Pero Nzamé quiso hacer algo más fuerte, y entre ellos tres hicieron una criatura cada a su semejanza: el uno le dio la fuerza, el otro el poderío, el tercero la hermosura. Luego, las tres:

—Venias para ti la tierra —le dijeron—. De hoy en adelante, esta dueño de todo lo que existe. Como nosotros, tenas vida; todas las cosas se te someten. Tú crea el dueño.

Nzamé, Melere y Nkwa remanaron a su manera en lo alto, y la nueva criatura se quedó sola aquí abajo, y todo le obedecía.

Pero entre todos los animales el elefante siguió siendo el primero, el tigre ocupó el segundo puesto y el mono el tercero, porque ellos eran los que Melere y Nkwa habían llamado al primer hombre Pim, Nzamé, Melere y Nkwa habían llamado al primer hombre Pim, que quiere decir: la fuerza.

Ufano de su poder, de su fuerza y de su hermosura porque solía pulular en estas tres criaturas al elefante, al tigre y al mono; cuando de volver a todos los animales, esta primera criatura se echó a perder: se hizo orgulloso, no quiso obedecer a Nzamé y le despreciaba:

Y así, oh, la, y así,

Dios es alto, el hombre es tierra.

Y así, oh, la, y así,

Dios es Dios.

El hombre es el hombre,

cada uno es como, cada cual es su cara.

Dios habla sólo el silencio; pronto silencio:

—¿Quién canta?

—¡Dios, Dios! —responde Pim.

—¿Quién canta?

—Y así, oh, la, y así.

—¿Quién canta, pues?

—¡Eh! ¡Soy yo! —grita Pim.

Dios muy cólico, llama a Nzamé, el Tercero.

—¡Nzamu, ven!

Y cuando Nzamé moviendo gran ruido: ¡Buen, buen, buen! Y el fuego del cielo atraxó el bosque. Comparado con el fuego, el incendio de una plomoteca en la llama de una sálita. ¡Fú, fú, fú! todo llameaba. La tierra estaba, como hoy, cubierta de bosque; los árboles señalan, las plantas, las hierbas, la mancha, el cacahuto, todo se secaba; hechos, pelados, pocos, todo fue destruido, todo estaba muerto; vida, por destrucción, al error al primer hombre. Dios le había dicho: «No mates». Lo que Dios no lo quita. El pelado hombre se quemó; lo que hizo, más de él lo lo el. Vivo eres; pero, ¿dónde? Más antepasados no me han dicho lo que hoy, sólo de él, yo no se nada; esperad un poco.

Pero Dios miró la tierra, toda negra, sin nada de nada, oscura; tuvo vergüenza y quiso hacer algo mejor. Nzamé, Melere y Nkwa tuvieron consejo en su cabaña e hicieron así: sobre la tierra negra, cubierta de carbonas, pusieron una nueva capa de tierra. Hicieron un árbol, creció más, y cuando una de sus semillas cayó al suelo, nació un árbol nuevo, cuando una hoja se desmenuja, creció, creció, crecieron a cientos, era un árbol, en adelante, un tigre, un elefante, y era un pez, una serpiente, un animal, un cangrejo, una tortuga, una araña, todos, todos. Cuando una hoja cayó al agua, nació una araña, todos, todos. La tierra volvió a ser lo que había sido, lo que es hoy todavía. Y la prueba, hojas más, de que más pulularon son, verdad es que si en estas otras cosas la tierra, y a veces, no elijo, entonces, crecieron una planta otra, negra, pero que se rompió; echaba a la tierra, y la planta arde. Esto lo sabía, por experiencia:

El árbol roció

El hombre es alto.

Crece al elefante.

Entonces, Dios con los restos de los animales que quedaban. Mientras tanto, Nzamé, Melere y Nkwa celebraban tiempos:

—Hacer laba un año para andar a los animales —dijo Melere.

—Seguimiento, hace laba uno —dijo Nkwa.

—Verdademiente —repuso Nsami—, haríamos de nuevo un hombre, un hombre como Fam: las mismas piernas, los mismos brazos, pero le volveremos la cabeza y verá la muerte.

Ad se hizo. Aquel hombre, aunque niño, era como vosotros y como yo.

A este hombre, que fue aquí abajo el príncipe hombre, padre de todos nosotros, Nsami le llamó Sekané; pero Dios no quiso darle solo. Le dijo: Haced una mujer con un árbol. Sekané se hizo una mujer, que cobó a *mother*, y la llamó Mborogé.

Al fabricar a Sekané y a Mborogé, Nsami les había compuesto de dos partes: una exterior, según a que llamara Gniul, cuerpo, y otra que vive en el Gniul y que todos llamamos Nsiam.

Nsiam es lo que produce la semilla; la semilla y Nsiam son la misma cosa. Nsiam hace vivir a Gniul. Nsiam va a pasearse de noche cuando dormimos. Nsiam se va cuando el hombre muere; pero Nsiam no muere. ¿Sabéis dónde se abaja entonces está en su Gniul? En el ojo. Si, habéis en el ojo, y ese puntito brillante que veis en medio es Nsiam.

*La estrella es ojo,*

*El fuego es ojo,*

*El ser en el hombre,*

*El ojo en el ojo.*

Nsiam, Nsiam y muerte.

Sekané y Mborogé vivían aquí felices y tuvieron tres hijos, que llamaron: al primero, Nsaur (el bueno, el malo); al hijo al segundo (el que no piensa en nada), y este llevó a casarse a Mfere, el tercero (o sea, el bueno, el malo). También tuvieron hijas, ¿cuántas? Yo no sé, y aquellos tres tuvieron también hijos, y éstos, a su vez, otras hijas. Mfere es el padre de nuestra tribu; las otras, las de los demás.

A todo eso, Dios habla escondido bajo tierra a Fam, príncipe hombre, y con una grana encarna tapó el bosque. ¡Ah!, él pécam Fam escondió mucho tiempo, mucho tiempo, y un día salió fuera. ¿Qué ocupaba su pensamiento? Los otros hombres. ¿Qué se escondieron contra ellos? Fam. ¿Qué una distancia de haccerlo más? Fam. ¿Qué se escondía en la selva para matarlos, o bajo el agua

para hacer morir su pueblo? Fam, el famoso Fam. ¡Shazai!

*Guardad silencio,*

*Fam son tristes,*

*Para decir al hombre.*

*Estad callados,*

Después, a los hombres que hablaban, Dios les dijo una ley. Llamando a Sekané, Mborogé y sus hijos, llamados a todos, chicos y grandes, grandes y chicos:

—Estad con las leyes —dijo— que os doy para el porvenir, y que obedeceréis.

“No robéis dentro de vuestra tribu.

“No matéis a los que no os hayan hecho mal.

“No íatis a caseros a otros por la noche.”

Es todo cuanto os pido: vivid en paz en vuestras aldeas. Los que hacen seguido más mandamientos serán recompensados, yo les daré su paga; a los otros les castigaré. Ad.

La mañana como caía Dios a los que no le escuchan, vain a saberlo:

Después de muertos, están errantes de noche, desconocidos y gritando, y muestran las tinieblas enredadas en la tierra, a la boca del sueño, entran en las aldeas, matan o hieren a los que encuentran, haciendo el dolo que pueden.

En su hogar se veía la danza fantástica bailando-dolando, pero de nada sirve, los llevan, en un of, los mofes jélicos; cuando y rito, entran y sólo entonces oyen a Nsiam, Nsiam, el príncipe de la muerte; en seguida se ponen muy blancos, muy blancos, y ya los tiran de parir el gran río, permanecen mucho tiempo, mucho tiempo, sobre una piedra grande y lisa: tienen frío, mucho frío, ¡brrr!...

*El frío y la muerte, la muerte y el frío.*

*Quiero cerrar la corte.*

*El frío y la muerte, la muerte y el frío,*

*Muertes, ¡oh, muerte total!*

Y cuando todas las desconocidas Beñun han pasado, Nnamé los encierra por mucho tiempo, mucho tiempo, en el Ototosian, la montaña mala, donde no ven las lunas y las nubes...

En cuanto a los buenos, se sabe que, después de muertos, vuelven a las almas, pero están bien con los hombres; la fiesta de los funerales, la danza del dardo alegre en coronas. Por la noche vuelven junto a los que han conocido y muerto, pero un año sin oírse, sueños agradables, los dicen lo que hay que hacer para vivir mucho, adquirir grandes riquezas, tener muchos hijos (¿lo están oyendo, vosotros los de la puerta?), tener muchos hijos y matar muchos animales en las cacerías. De esta manera supo, amigo mío, que vendido el último esclavo que he matado.

Y cuando todas sus conocidas han muerto, entonces y sólo entonces oyen a Ngelof; Ngelof, el pájaro de la muerte, y en seguida se ponen muy gordos, muy gordos, hacen demasiado gordo, y ya los venía muertos. ¿Adónde van, hijos míos? Lo sé bien como yo. Pero los sube a lo alto y los cubren con él en la estrella de la tarde. Desde allí nos miran, una vez, se alegran cuando les oprimos su tocado, y lo que para tan brillante a la estrella son los ojos de todos esos muertos.

Lo que más mayores me enseñaron, ahí lo tenéis, y a mí, Ndam, me enseñó, fue mi padre Mdu, quien me lo enseñó, el cual aprendió de su padre, y el primero yo no sé dónde lo aprendió, yo no estaba allí.

### 3. LEYENDA DE LA SEPARACION

En aquel tiempo, hace ya mucho, no distinguían los hombres en la tierra. No; no distinguían, y todas las familias de la tierra hablaban en una sola grande. El Creador había hecho a los hombres; después de ellos al gallo, después al mono, y después a los cerdos; después de ellos a los otros animales, y todos vivían juntos en la misma aldea grande; la paz reinaba entre ellos, y Ndam y sus hermanos a todos. Cuando surgió un aborrazo, sea entre los hombres, sea entre los animales, corríanse ante Ndam y juzgaban con seriedad, porque era viejo y poderoso, y sus hermanos le obedecían. A menudo, el Creador descendía a la aldea y le visitaban

los hombres débiles, y conversaba con Ndam. Lo paz reinaba en la aldea, y el Creador estaba contento.

¡Buenos son las palabras de los antiguos!

Pero la discordia sobrevino pronto. Sobrevino cuando hubo entre las mujeres muchas viejas y hubo también muchas jóvenes. Vendido al campo, las viejas caminaban aprisa, aprisa, y las jóvenes tenían que seguir. Llegado a las plantaciones había que trabajar, trabajar mucho. Las viejas cargaban a las jóvenes y ellas se quejaban; pero sus maridos no les daban la razón y Ndam tampoco.

El trabajo es para los hombres, para todos los hombres!

Pero en la mañana no ocurrió lo mismo. Cuando el sol viejo salía de su cova; cuando el gallo, alisando las plumas, barba en el cuello de llamada desde la cima de un techo, todas las mujeres, según la orden que sentían recibida, venaban los campos grandes e iban a la fuente en busca de agua. La fuente estaba en el fondo del valle, porque Ndam había establecido la aldea en lo alto de la colina para estar más cerca del sol, que necesitaba su cuerpo viejo. El sol es cosa buena.

El sol bello, viene al mundo el estiano!

Todas las mujeres iban a buscar agua, las jóvenes y las viejas. Las jóvenes iban aprisa, aprisa, y las más viejas, después, después, porque tenían miedo de caerse (habían en la aldea diez y diez y diez, y aún muchas más; yo no estaba allí y no las he contado; no pude saber esta historia por su abuelo y no la inventó él; viene de mucho más atrás). En cuanto llegaban a la fuente, las jóvenes y las jóvenes se apresuraban a llenar de agua los cueros. Después entraban en el agua y se bañaban y bañaban en el agua. Cuando llegaban las viejas, el agua de la fuente estaba turbia; como tenían prisa por volver arriba, tenían que coger agua y tierra. Cuando el mundo quería beber sólo bañaba agua fresca, y chilla fuerte. Por mucho que las viejas dijeran, el mundo chillaba muy fuerte, y con algunas repulcas a las jóvenes todo según como antes. Las viejas eran malas de tarde, y las jóvenes pocas aún de mañana.

Alcancé bien: una mañana, las jóvenes se dieron aún más prisa que otras días; las viejas, por su parte, iban despacio, despacio, porque había llevado mucho aquella noche y el suelo estaba resbaloso. Cuando llegaron a la fuente, ya las jóvenes habían bebido el agua

y habían concluido de bañarse; cuando sobrevinieron las vírges, las jóvenes se pusieron a cantar para burlarse de ellas. Y cantaban:

*Ande, ande, la que está la jóvenes,  
Afíre a la que viene en este,  
¡Dede pínat! ¡Dede pínat!  
Las copuratu ebídan: Kaxah, Kaxah.  
¡Ah, ohé, hé! ¡Medano está el frías!*

Se burlaban de las otras, y cantaban: ¡Dere, dere! Las vírges estaban burlas. En vano se habían dado prisa, una vez más llegaban las últimas, y, cuando al fin pudieron descender a tomar agua, ya se habían marchado las jóvenes, el agua estaba fría. ¡Ah! Las vírges no tenían guía de ida. Entonces, subieron a la aldea:

*¡Oh! ¡Yel! ¡Oh! ¡Yel! ¡Yel! ¡Yel! ¡Yel! ¡Yel! ¡Yel! ¡Yel! ¡Yel!  
¡Dere es la colise, fíe!  
¡El no caliente, fíe!  
¡Ah! ¡Qué viejo soy, fíe!*

Y cuando las pobres vírges llegaron a lo alto sin aliento, ¡daban-tes, las jóvenes, sentadas en el umbral de las cabinas, se reían con canchales el ridículo estúpido:

*¡Ah, ohé, hé! ¡Medano está el frías! ¡Ah, ohé, ohé!*

Las mujeres se sentaban incógnitas de separar tanta alegría, de sentir diariamente semejantes ultrajes, y pronto empezaron a llevar los polvos: *Yí, yí, yí, lare, lare, yí, yí!* Y los cánticos volaban, la sangre corría. Una borbon, otra copalán... Tal situación no podía durar. Cada día nuevas niñas, cada día nuevas niñas. Y pronto, naturalmente, los hombres tuvieron en el mundo. Las jóvenes se pusieron de parte de las jóvenes, las vírges se pusieron, una, de parte de las vírges, otras, de las jóvenes.

El jefe de la aldea dijo:

—Eso no puede continuar.

Todas las guerras fueron de la misma opinión. ¡Aquella no podía continuar! Tanto más cuanto que las mujeres, jóvenes y vírges, querían el tiempo sólo en liberar otras nuevas, de tanta como mor-

gía. Para ir a buscar tierra de alfalfa, el tucón era largo, largo. Los hombres estaban diezmados. Y las mujeres aún más.

El mismo jefe de la aldea llamó, pues, al alrededor de trampa:

—Toma la trampa —le dijo— y recorre la aldea llamando a los hombres.

El alrededor toma la trampa de marfil y recorre toda la aldea, llamando a los hombres. Vienen todos a la cabecera del gran jefe y escupan puesto en los cuernos. Las mujeres acuden también, pero las dejan fuera, como es hoy, y miran por las rendijas de las tablas, y escuchan.

La deliberación es larga, tomando cada cual partido por los suyos. Finalmente, se decidió esto: cada grupo, por turno, descenderá al primer a buscar agua. El primer día, las niñas primas las vírges, después las jóvenes; el segundo día, las jóvenes primas, luego las vírges. Y con eso, se separaron.

A la mañana siguiente, las jóvenes, con la olla al hombro, espaldas impetuosamente... Primeras, el turno de las vírges... Y se presentaban otra cuestión... Las jóvenes esperaban, esperaban, y nadie quería ya pasar por vírges...

Las disputas continuaron... Tanto, que, no pudiendo arreglar las cosas, el mismo jefe resolvió ir a la aldea del jefe de la Rosa, del Creador universal, para exponerle el altercado. Ofrécese, pues, a su mujer que le case unas plátanos, las entregue en hojas de amonco, añado un pedazo de jabón, se recoge el tonelero... y, en marcha.

¡Bé, bé, ande, hé, hé, ande mucho tiempo. Su corazón está contento porque las presiones han sido favorables. Al salir, el pájaro ahora cambió a su derecha, y las cigarras *fíe* le rodearon al paso. El sol ha rechazado el medio del cielo. El mismo jefe sabe la gran colina, sabe con gran trabajo, porque el camino es duro. Largo, por fin, a la gran caverna del trueno. En la mano lleva el terrible protector, y al mismo tiempo empuja el clásico sagrado, el clítico que pone a cubierto de las fieras del espíritu Nialen:

*¡Oh, Nialen, oh, Nialen! ¡Trueno, padre y niño, oh niño!  
Padre, escucha fuertemente las plegarias y atende los deseos.  
He estado al medio, éfite intiendo. ¡Escucha, oh, Trueno!  
¡Oh, Poder, oh, Señor, Nialen!*

El mismo jefe dejó atrás la caverna, llega a la aldea del Dios creador, y aquí está en su presencia.

—Aquí viene a Mibela —le dice.

Y Nnamé le responde:

—Mibela, ¿qué de los hombres, ¿has venido?

—Sí, he venido, y oye mi pretensión: en mi alma la paz ha habido, los hombres no quieren ya obedecer, los hombres ya no escuchan mi voz. ¿Qué haré?

Y Nnamé le pregunta:

—¿Por qué no quieres obedecer las mujeres? ¿Por qué los hombres no escuchan tu voz?

El mismo jefe, apoyado en su bastón, se saca la barba trenzada y comienza su discurso:

—Oh, Dios, creador, dueño de todo: tú me has hecho jefe de la aldea de los hombres, y eso está bien. Tú has creado a los hombres, que también es bueno, pero has creado a las mujeres, y eso ya no es bueno. Los hombres están en paz entre sí, pero con las mujeres no hay paz. A ti, que los has creado, te toca devolvernos la paz. Mejer y puesto-estén en una sola y misma cosa.

Y Nnamé le responde:

—Te la devolveré.

—Bien —repuso el jefe—: puedes hacerlo, porque eres el Todopoderoso, pero sin eso...

Y aquel día Nnamé y el mismo jefe de los hombres lo pasaron juntos. Lo que se dijeron sería muy largo de contar esta noche... Y, además, yo no estaba allí.

A la mañana siguiente, el mismo jefe de los hombres viene a decir a Nnamé:

—Me voy.

Y éste:

—Yo voy contigo.

Juntos, se pegan en camino. Mucho tiempo van bajando, bajando, y, al fin, llegan de noche a la aldea de los hombres, donde todo el mundo dormía. Y Nnamé dice al jefe:

—No despiertes a nadie, no entres a nadie ni presencias; mañana quiero jugar por mí mismo la disputa de las mujeres.

Y tal como Nnamé lo había ordenado, así lo hizo el mismo jefe y durmieron.

De mañana, las mujeres bajan al río a buscar agua. Aquel día les toca a las jóvenes bajar las primeras, y las niñas crótan en segun-

da. Desde lo alto de la colina, Nnamé contempla el espectáculo. Y el mismo jefe le dice:

—¿Qué vas a hacer?

Pero Nnamé responde:

—Soy yo el único ordenador de todas las cosas.

¡El jefe de la paliza no hace advertencias a su madre!

Y cuando las mujeres han subido a la aldea, Nnamé hace que llamen al bastón de truenos:

—Recorre la aldea —le dice— y haz que comparezcan ante mí todos los hombres. Llaman también a todas las mujeres y hacen como parecen ante mí.

Y todos los hombres acuden, y todas las mujeres acuden también. Y apareciendo Nnamé de improviso en medio de la reunión, ese el viento, y cada cual escane en su corazón el filo de la muerte. Todos tienen mucho miedo. Nnamé toma la palabra:

—Yo soy el ordenador de toda cosa.

Y la reunión entera repite:

—Tú eres el ordenador de toda cosa, sí.

¡Tú eres el ordenador de toda cosa, sí!

¡Tú eres el ordenador de toda cosa, sí, sí!

—Eso bien —dice Nnamé—, y he venido a poner paz entre mis hijos.

—Tú has venido a poner paz entre tus hijos, sí.

—Eso es, pues, lo que vas a hacer.

—¡Eso es, pues, lo que vas a hacer, sí, sí!

—Soy ya demasiado grande para vivir en la misma colina, y mi hermana desobedece. Yo en hablo dicho: vivid en paz y sin mover discordia. No me habéis obedecido.

Los hombres le interrumpen, gritando:

—¡Las mujeres son las que han desobedecido!

Pero Nnamé les impone silencio:

—Habéis de callar, vosotros sois los malos. El hombre es el hombre, la mujer es la mujer. Váos, pues, a separaros: unos irán por la derecha; otros, por la izquierda. Los unos hacia adelante, los otros hacia atrás, y quedarán en paz.

Pero el mismo Nnamé, jefe de la paz, al oír estas palabras, siente mucha pena en su corazón, casi de espaldas y se queda como muerto.

Sus mujeres giran y comienzan las lamentaciones fúnebres; pero Naimé dice:

—He llamado para mí a Ndim, porque es nuestro padre. Debe permanecer con nosotros. Yo soy el dueño de la vida y de la muerte.

Y todos replican:

—Tú eres el Dueño de la vida. Tú eres el Dueño de la muerte.

¡Sí, sí, sí!

Pero el creador:

—Ndim vive todavía, pero no puede quedarse con vosotros.

Los hombres no comprenden. El Creador repite:

—Usted se irán por la derecha; otros, por la izquierda, y esto será la separación. Los unos irán adelante en derecha, los otros

irán hacia atrás, y quedarán en paz.

Y los hombres le responden:

—Bien está. Pero ¿qué harán los animales? ¿Se quedarán en la

abbe?

Y el Creador:

—Tomad para vosotros las que queráis.

Y escogen el pavo y la gallina. Y el pavo y la gallina se quedan con ellos. En cuanto a los otros, el Creador dice:

—Voy a enviarlos a las esbras.

Los hombres rechaman:

—Nos causarán daño.

Pero el Creador responde:

—Id a dormir en vuestra cabaña, porque ha cerrado la noche.

Mahana veñin "ha coñe".

Y al día siguiente vienen "ha coñe". Eran dos.

La primera es esta: al volver a su cabaña, Ndim, padre de la

raza, sintió frío en el corazón, porque iba a separarse de su pueblo,

y dice a su mujer prefébrata:

—Muerto soy.

Se acurró en su cama. Al día siguiente estaba todo el frío, y las

mujeres dijeron:

—Muerto está.

Naimé dijo:

—Lo sé. El Dueño de la vida soy yo. El Dueño de la muerte soy

yo. Me llevo a Ndim. Haré los funerales.

Se hacen los funerales. Las mujeres comienzan las lamentaciones

y el cántico de muerte. El cántico de muerte lo conocéis, lo heamos conocido.

#### CÁNTICO DE LA MUERTE

¡Ay! ¡Ay, padre! ¿Por qué, padre, abandonas tu hogar?

Un hombre se ha muerto, ¡oh, padre!

Procurad la vergüenza de su muerte...

Yo soylo no a pasar a la otra orilla.

¡Oh, padre! ¿Por qué abandonas tu hogar, oh, padre?

El niño se esclaviza, los ojos se ahumbran.

El agua que del árbol gotea a gota, la vida sale de su madre.

Ved que esta es la casa del padre.

Segad las hierbas fúnebres.

Revolad por el cielo izquierdo, volad por el derecho...

Un hombre se abate los cueros invisibles.

Tira el cántico de muerte, el Creador ordena:

—Tomad dos mujeres: una vieja y otra joven.

Las toman y el Creador dice:

—Haré que corra su sangre, porque el Dueño soy yo.

Hacen correr su sangre, y ambas mueren. Y cuando han muerto,

el Creador dice:

—Corad una hija grande.

Corren una hija grande. Después ordena el Creador:

—Poned a Ndim en el fondo.

Y cuando lo dejan allí tendido:

—Ahora quemad a las dos mujeres.

Y las queman. Y cuando las han quemado, el Creador dice:

—Esto es el sacrificio. Y lo haré así siempre que yo lo ordene:

soy el Dueño.

Todos responden:

—Tú eres el Dueño. ¡Sí!

Naimé dice, adentro:

—Bien está; tened las cenizas y guardadlas para vosotros. Son

el signo de mi muerte. Yo os protegeré. Tomad lo que queda de las

mujeres y echadlo sobre el cuerpo de Ndim.

Así lo hacen.

—Eso está ahora las danzas fúnebres.

Cuando acaban de hablar, el Creador dice así:

—La noche que nació Ndan, ¿qué animal había visto en sueños?

Cada uno había visto un animal. Ndan le quiso oír.

Cada hombre nombra a un animal, y Ndan dice:

—Esa bien —alta el dedo y dice sucesivamente—: ¡Yo lo quiero!  
Y los animales acuden, uno de cada especie, como cada hombre  
lo había soñado, y habla de ellos gran cantidad. Cada animal visto a  
puerco al lado de cada hombre, como cada uno lo había soñado.

El creador dice:

—Que corra la sangre.

Cada hombre toma el cuclillo de sacrificio y corta el cuello del  
animal. La sangre fluye, fluye y cubre la tierra.

Pero los hijos de Ndan reclaman:

—¿Por qué nosotros no tenemos también un animal?

El Creador responde:

—También la cabeza hueca. ¿No soy hijo de Ndan, y criatura  
animal? ¿Vuestro poder era el mayor que yo hice en el comienzo de la  
crea, cuando aun no había nada? ¿Qué reclamáis? Estoy cansado.

Y los hijos de Ndan se callan, porque el Creador se enfurece y  
porque tánta la ceniza de su poder Ndan. No poseían. La sangre  
de los animales fluye, fluye y cubre toda la tierra.

Pero así creaban unos hombres que no habían obtenido animal  
alguno. El Creador les dice:

—Esa bien. Id a cortar las labias que habéis visto en sueños.  
Van a cortarlas y vuelven con la leña. El Creador dice:

—Esa bien.

Aquella mañana, en efecto, no habían visto en sueño ningún  
animal, pero habían visto labios, cada uno un labio, cada uno un  
labio. Amontonaron toda aquella leña, un labio encima de otro, un  
labio encima de otro, un labio encima de otro. Y así estaban los  
otros animales, después de toda la alba. Después, el Dueño de la  
vida dijo así:

—Poned a los animales encima de la leña.

Se hace como lo manda, y, de pronto, la crea que ahora llama  
nos "fuego" se levanta, vertiéndose; cuando todos los animales están  
ya puestos encima de la leña, y habla muchos, muchos, el Creador  
hace una señal. Y el viento viene, estalla, y el relampago viene tam-

bién; el relampago brilla, y en seguida se ve alzarse una gran llama  
y la brisa arde. Y el Dueño dice:

—Eso es el fuego.

Los hombres dicen:

—Sí; está bien. El fuego es bueno.

Y el hijo mayor de Ndan critica el camino del fuego, que todos  
conocen. El hijo de Ndan fue el primero que cortó el fuego.

#### CUARTO DEL FUEGO

Fuego, fuego, fuego del hogar de abuelo, fuego del hogar de

Los que brilla en la luna, he que brilla en el sol,

[canta]

Exorcido que chupie en la noche, estrella que brille de día,

[canta]

Esplende del trueno, oyo brillante de la tempestad,

Fuego del sol que nos alumbra,

Y, blanco para la espaciosa,

Fuego que pasa, y todo muere en sus karités,

Fuego que pasa, y todo vive en sus karités,

Los árboles han crecido, crecen y crecen,

Los árboles han crecido, los árboles han crecido,

Fuego amigo de los hombres, yo te llamo, fuego, para la

[canta]

Fuego, yo te llamo, fuego protector del hogar;

Pera tú, sentido todo, tanto te alumbra,

Fuego del hogar, te llamo para la espaciosa.

Conmoción todos los animales, las bestias, según la orden  
recibida, reconocen las huellas calientes y, después de reducirse a  
pelaje, los guardaron con las cenizas de Ndan, cada cual en parte,  
cada cual su parte. Y el Creador les dice:

—Eso es la alama de la señal.

Todos los hombres dicen:

—Ad nos guía. Seren hermano de casa.

Después de esto relan las cenizas sobre el cuerpo de Ndan, y,  
cuando se llama la hoja, el Creador añade:

—Id a buscar piedras.

Van a buscar piedras, las ponen sobre la boca y las piedras suben muy alto, muy alto. El Creador dice:

—Este es el signo. Cuando, en viaje, veáis el lugar donde reposa un hombre, echad una piedra o una traza o una heja; lo haréis así. Las hembras respondan:

—Así lo hacemos, ¡Sí!

Y cuando las piedras forman montón muy alto, muy alto, el Creador dice a los hombres:

—Es llegada la separación y es necesario separarse.

Los hombres se van, para, van hacia la derecha, otros hacia la izquierda; unos van hacia adelante, otros van hacia atrás, y no queda ninguno.

Y esta es la primera cosa.

La segunda es esta: llegó un momento en que los hombres iban a separarse. La segunda cosa es esta, pues:

El Creador dice a los hombres:

—Esto se acaba. No me ocupare más de vosotros.

Respondan:

—Pensad, ¡oh!, pensad. Tú eres nuestro padre y nuestro Creador.

—Pero el Creador les replica:

—El Espíritu de la Raza permanecerá con vosotros fuerte y poderoso; él os guiará.

Todos dicen:

—Pero ya ha llegado la noche.

—Entonces, pues, a vuestras caballerías y corruitas.

Todas las banderas van a sus estancias y duermen. Al siguiente día, de mañana, vuelven a la caballería común, y el Creador les pregunta:

—¿Habéis estado en silencio?

Responden:

—Sí, hemos estado en silencio.

Y el Creador pregunta:

—¿Qué animal habéis visto en sueños?

Y cada hombre habla visto el mismo animal que había temido a Ntun. El Creador lo había querido así, porque dijo:

—Pero así; yo soy el Dueño de la vida y el Dueño de la muerte. Salid a la plaza de la aldea.

Salen, pues, y sucede que los animales acuden también, cada

uno al lado de cada hombre, como cada cual lo había sentido. Los demás animales se quedan en sus aldeas.

El Creador dice:

—Tomad vuestros caballos de sacrificio y haré que corra vuestra propia sangre.

Cada uno toma el caballo de sacrificio y hace correr su propia sangre. Y dice además:

—Tomad vuestros caballos de sacrificio y haced que corra la sangre del animal.

Así lo hacen.

—Tomad la sangre del animal y mezcladla con la vuestra.

Así lo hacen. Pero muchos no querrán satisfacerlo. Todos quieren al tigre por hermano de sangre. Entonces el Creador añade:

—No consideréis la timidez; cada cosa tiene su virtud particular. Yo soy vuestro Padre.

Y así se hizo.

Y, al día siguiente, todos se separan, cada cual con su animal particular. Los otros animales se van a la zona, abandonando la aldea donde vivían todos juntos y cada uno funda su familia propia. Cada hombre, al marcharse, lleva consigo a su familia, y en la aldea no queda nadie, y cada familia tiene su animal; en el penúltimo, después de la muerte, la virtud de la raza.

Y ya sabéis por qué, nosotros, los Ntun, tenemos al cocodrilo. Se acabó.

#### 4. LEYENDA DE NINGO

Un día sucedió que Nzamé bajó a la tierra. Se parecía arrojado a la esfera del Océano, en una cuna que parecía sola, sola. Nzamé no sentía. Acabó cerca de una aldea grande, con intención de subir a interrogar a los hombres. En esto, una jovenita llega a la fuente a buscar agua. Nzamé la quiso en cuanto la vio, porque era tan bonita como buena trabajadora y agitada a sus tareas. Nzamé le da un hijo y se la lleva consigo muy lejos, muy lejos, al país de donde nadie ve. Allí, Nzamé, que era el nombre de la jovenita, Nzamé no volvió nunca de aquel país.

Cuando le llegó su tiempo, Nzamé tuvo un hijo y le llamó Ningó; ¿por qué?, yo no lo sé, nadie sabe lo ha dicho, debe de ser un nombre de por allá. Ningó iba creciendo, creciendo cada día, y Nzamé le

quien más que a nada en el mundo. Le ponía en los caballos un Eñe, flor amada de los pájaros; en la manilla le enfilaba una cabellera de paja, y le adornaba cuello y brazos con agujas de cobre sencillamente bruñidas todos los días.

Biogo iba creciendo, creciendo día con día, y Mboya le quería más que a nada en el mundo.

Nasné crecía por esto fuerte, cohera, y un día, irritado de que el niño Biogo hubiese robado un pez de su propio criadero, iba a Mboya en la cabota, echó mano a Biogo y lo precipitó desde lo alto.

Biogo cayó, rozó muchos tiempos, ya casi está muerto, cuando las ondas de las grandes aguas alzándose le mantaban se entretuvieron bajo su cuerpo, alejándose para él. Mejor aún: resultó que no está lejos de la orilla; un pescador estaba en su barca, con las redes para atrapar peces. Llegó a Biogo y se lo llevó a su cabalón. El nombre del viejo era Oiyem.

Apenas Nasné había arrojado a Biogo, y ya Mboya se precipitaba en su auxilio. ¿Habéis visto tal vez en el bosque, de noche, una llama errante que va de aquí para allá, agitando? ¿Habéis oído una voz de mujer que se aleja llorando, llorando, bajo las ramas? No temáis: es Mboya que busca a su hijo, Mboya que no ha vuelto a encontrarlo. Una madre no se cansa nunca.

Cabdo Biogo, busca Mboya. Nasné se precipita a su vez: quiere a toda costa encontrar a su hijo.

Le busca en el mar: ¡Mar, mar! ¿Tienes a Biogo?

Le busca en tierra: ¡Tierra, tierra! ¿Tienes a Biogo?

Tierra y mar responden: No, no.

Imposible encontrarlo. Oiyem, hachierro solitario, habla agitando la alta acumula de Biogo, y, no queriendo entregarlo, lo habla escondido con cuidado.

#### Biogo y la serpiente

Biogo se ha refugiado en el fondo de una caverna; la caverna es penumbrosa y negra. Biogo dice en su corazón: "Aquí estoy seguro". Y allí mora mucho tiempo.

Nasné, entretanto, continuaba su errática peregrinación, y a diario se decía: "Examinaré a Biogo y me encontraré con él". Pero Biogo estaba en la caverna profunda, un mundo de la noche. Nasné llegó a la noche, encuenra al camaleón.

—Camaleón, ¿has visto a Biogo?

Pero el camaleón, que no quiere comprometerse, responde:

—Sí que he visto pasar un hombre, pero ¿quién iba a decirte que era Biogo?

—¿Y adónde iba, dónde está su aldea?

—Tan pronto iba para un lado como para otro. Su aldea está al otro lado de la selva.

—¿Hace de eso mucho tiempo?

—Los días son largos, cada día es mucho tiempo; sí, hace mucho tiempo.

Nasné se aleja, inmediatamente, y mientras busca aquí y allá las huellas de Biogo, el camaleón corre a la caverna:

—Biogo: tu padre te busca, nos creebado—. Y se aleja un poco, posándose en lo alto de la roca.

Biogo, porventura, hecha cuidadosamente la huella de sus pasos en el suelo, después toma un sendero frecuentado, de serón duro, y por él regresa a la caverna. Pero cuando de andar a reculón, avanzando de espaldas. Llega a la caverna y se oculta en el fondo; al momento, Nótando, la serpiente, desde su tela a la entrada, sola espesa y fuerte, y, en los hilos de la tela. Camaleón se apresura a echar muscos e insectos.

Nasné ha continuado la peregrinación; encuenra a Vire, la serpiente.

—Vire, ¿has visto a Biogo?

Vire responde:

—Sí, sí.

—¿Está en la caverna de la selva?

—Sí, sí.

Nasné apresura el paso, luego, cerca de la gruta. —¿Qué es eso?—, ¿huellas de pasos que se alejan? Ve la serpiente, las marcas puestas en ella—. Ahí no puede haber un hombre —se dice.

Y el camaleón, desde lo alto de la roca:

—¡Ah! ¿Has venido hasta aquí? Muertos días.

—Buenos días, Camaleón. ¿Has sido en esta caverna donde has visto a Biogo?

—Sí, pero de eso hace mucho tiempo, mucho tiempo, y se fue; era, además, que se ven en el suelo las huellas de su paso.

—En verdad, aquí están —dice Nasné—. Voy a seguirlos. Camaleón.

bien, le has portado bien.—Y Nazaré continúa la persecución. Ya está lejos, lejos, muy lejos. Bingo sale de la caverna:

—Camaleón, dime, se has portado bien. Voy a recomponerte; tendrás, desde ahora, el poder de cambiar de color a voluntad; así podrás escapar de tus enemigos. Y el camaleón dice: está bien.

Y Bingo dice a la araña: Némaro, se has portado bien. ¿Qué puedo hacer por tí?

—Nada, responde Némaro, mi comidón está malhecho.

—Bien está —dice Bingo—, tu presencia tuerce la buena suerte.

Se va. Eso el camaleón encuentra a Varré, y de un robazco le aplasta la cabeza.

Suocelo, al fin, que Nazaré, cansado de una persecución inútil, se renuenció a lo alto y dejó tranquilo a Bingo. Este talén, herido la cocción de su padre adoptivo. Camaleón murió Oroyon, le lavó el cuerpo, lo sepuló con cuidado, pero le quedó primero el cráneo para honorarlo guardado en su casa, y frotarlo con almagre y aceite los días de fiesta solenne. Por esto, el espíritu de Oroyon mora en Bingo. Bingo nos ha enseñado a guardar con nosotros, en el Ecuator, los cráneos de los desaparecidos, para buena y guardar su espíritu con nosotros. ¡Mejorarlo sea quien no respete las cabezas de los antepasados!

Bingo, hecho persona mayor, recorrió el mundo, sedos los hombres, todos los reinos; era bueno y enseñaba a los hombres a ser buenos, a practicar el bien. Operaba toda clase de prodigios con una piedra verde que tenía pendiente del cuello. En aquella piedra, Nazaré había marcado su nombre y se la había dado a su novio, Alboya, el primer día que la vio. Y, a su vez, Alboya había dado la piedra verde a su hijo Bingo. Y, siempre que quería, Bingo solía de su cuerpo, las flechas no le tocaban, las flechas no le herían, las bombas envenenadas no le perforaban el pie derecho, y todos los tesoros de la tierra le pertenecían. Acudía a los hombres magos, y los hombres magos le amaban. Hicieron cuanto él quería, cuando él les pedía, y bien estaba así, porque Bingo era bueno.

Y entonces Bingo quiso ir muy lejos, muy lejos; se fue al país que hay al otro lado de las montañas (quiso creer que arto el país de las brujas), y los hombres de por allá, habiendo visto a Bingo abrir la tierra y demostrar sus tesoros, le espusieron noche y día. Al fin, porque Bingo sabía que eran malos y se acordó de ellos, al fin lo sorprendieron un día, con la piedra verde en la mano. Y, para arro-

brarle sus tesoros y poner su secreto, lo mataron y le quitaron la piedra verde. La piedra verde que era había legado a nosotros. Desde entonces, los hombres de allá de las montañas poseen la riqueza de la tierra; pero nosotros hemos guardado los huesos de Bingo. Hijos míos, guardad las costumbres de nuestros antepasados; son las buenas de ellos.

## PETICIONISMO, PERSONIFICACIONES PANTISTERICAS

## 5. POR QUE FUE POBLADO EL MUNDO

Abasi se levantó, tomó asiento, hizo todas las cosas superiores, todas las cosas inferiores: el agua, la selva, el río, las fuentes, las tribus de la selva; hizo todo excepto de cosas en el mundo entero. No hizo el hombre.

Todas las hembras habitaban en lo alto, con Abasi. En tal momento no estaba ningún hombre en este bajo mundo; no había más que los hijos de la selva, las pocas que están en el agua, las plujas que vienen en los ríos y otros muchos seres que no es necesario enumerar. Pero el hombre no estaba en el bajo mundo. Todas las hembras estaban en el desierto, habitaban con Abasi en su aldea. Cuando Abasi se sentaba y comía, se juntaban a él y a Abasi.

Por fin, Abasi llamó, Abasi respondió, y ella le dijo:

—La simuelón, tal como está, no es buena. Tú posees la tierra que ahí existe, tú posees el cielo que ella habitan con nosotros, tú has hecho un lugar a propósito para estar en él, y si no colocas en él a los hombres, ¿cómo será hecho. Haz un modo de colocar a los hombres en la tierra para que nazcan en ella y crezcan sin fuego de manera que el cielo se caliente, porque ahora hace aquí un frío terrible, a causa de no haber fuego en la tierra.

## 6. ORIGEN DE LA MUERTE

La luna muere y retorna a la vida. Y dice a la tierra:

—Yo en busca de los hombres y dios. Así como yo muero y retorno a la vida, vosotros habéis de morir y resucitar.

La tierra va en busca de los hombres y les dice:

—Así como yo muero y no retorno a la vida, vosotros habéis de morir para no resucitar.

Cuando la tierra vuelve, la luna le pregunta:

—¿Qué mensaje has dado a los hombres?

—Les he dicho: Así como yo muero y no retorno a la vida, vosotros habéis de morir para no resucitar.

—¿Cómo?—grita la luna—, ¿cómo has dicho?—y, tomando un palo la golpea en la boca, que se hunda. La tierra huye y corre.

## 7. EL MUERTO Y LA LUNA

Una mañana ve un muerto sobre el que caía la claridad de la luna. Retiene gran número de animales y les dice:

—¿Cuál de vosotros, valientes, quiere entregarme de pelear el muerto o la luna a la otra orilla del río?

Dos torugas se presentan: la primera, que tiene las patas largas, carga con la luna y llega sana y salva con ella a la orilla opuesta; la otra, que tiene las patas cortas, carga con el muerto y se ahoga.

Por eso la luna muerta reaparece todos los días, y el hombre que muere no vuelve nunca.

## 8. EL GÉNERO HUMANO

Tres hombres compañeros, seguidamente delirante de Urendé a espaldas sus acompañados. El uno dijo: Quiero un caballo. El otro dijo: Quiero perros para cazar en la selva. El tercero dijo: Quiero una mujer para reproducir.

Urendé les dio todo: al primero, su caballo; al segundo, los perros, y al tercero, una mujer.

Los tres hombres se van. Pero observaron huellas que les dieron tres días encerrados en las montañas. La mujer hizo la ceniza para los tres. Los hombres dicen: Volvamos ante Urendé. Llegan allí. Encuentran todos los piden mujeres. Y Urendé accede a cambiar el caballo en mujer, y los perros también en mujeres. Los hombres se van. Pero la mujer saca del caballo en griterío; las mujeres sacan de los perros sus niños, y la peñosa mujer, la que Urendé había dado a uno de ellos, es buena: es la madre del género humano.

### 9. EL CIELO, LA ARaña Y LA MUERTE

El Cielo tenía una araña llena de orugas. Dijo que daría a su hija en matrimonio a quien desbrozara la araña. Entonces llegó el cieloero, tenía una hoz y comenzó a desbrozar. Pero el Cielo decía que quien, al desbrozar la araña se rasgase, no educaría la tansa de su hijo; al contrario, el que desbrozase la araña sin rasgarse, se casaría con la jovenita.

El cieloero empezó, pero, a desbrozar la araña; pero en seguida se rascó, se rasgó. Entonces los hijos del Cielo van a decirle:

—El cieloero se ha rasgado.

Y quita a su hijo de entre las manos del cieloero.

Llama a todos los niños buenos; acuden en gran número, pero no consiguen desbrozar la araña sin rasgarse.

Entonces la araña dice que también ella desea probar, se pone a desbrozar la araña, y dice a Ute, la hija del Cielo:

—¿Sabes cuál es el buen que van a regar para que me lo hagan de comida? A uno que por sí sola sea la parte es bueno, por esta otra cobrando y por esta otra blanco.

Y cuando decía esto, la araña se rasca; pero los hijos del Cielo no fueran a decir a su padre que la araña estaba rasándose. Así pudo la araña concluir de desbrozar la araña. Y el cielo le dio a su hijo en matrimonio y le dio de regalo un buen.

La araña dijo:

—Este buen es mío; no quiero que los malos se le pegan encima para comérselo.

Y se va a un sitio en que no hay moscas, a fin de matar el buen y comérselo. Se fue muy lejos. Cuando llegó se le había apagado el fuego. Y entonces dice a su hijo, que se llama Abu-Kan:

—Abu, ve a que te den un poco de aquella luz que ves allá para que nos comamos el buen.

Abu fue allá: era la Muerte, que dormía. Abu-Kan vio un auto rojo, y creyendo que era la luz que veía, entró en ella y se acercó al auto de la Muerte para comérsela. Al sentirlo, la Muerte se despertó y preguntó:

—¿Quién va?

Abu-Kan respondió:

—Es papá, que me envía a decirte que venga para comernos el buen.

Y la Muerte va.

En cuando la araña ve a la Muerte, dice:

—Sí, le había dicho a Abu-Kan que se llamase.

—Bueno, pues aquí estoy —dice la Muerte—. Matemos al buen y comémoslo.

Y mataron al buen.

—Dame una espátula —dice la Muerte.

La araña toma una espátula y se la da a la Muerte, que la espátula de un bocadillo y se la da a la Muerte, que la espátula de un buen entero.

—Dame el buen entero.

La araña se lo da, y la Muerte, sin moverse de su sitio, se lo traga entero.

La araña habla de esto:

—No quiero que las moscas me toquen al buen.

Pero ya la Muerte se lo había comido entero, y no quedaba nada para la araña.

Se acabó.

## FETICHISMO. LOS "GUINNES". DIVINIDADES PRIMITIVAS

## II. BULANI Y SENELEPENG

Había una vez una hija de jefe llamada Senelepeng; su padre tenía un servidor llamado Mapapo. Bulani envió una gran seepia sobre todo el país; ya no había nubes, y todas las fuentes estaban secas; en ninguna parte se encontraban ya una gota de agua. Las gentes pedían a matar los huesos y a poner la flecha contenida en su estómago para sacar un poco de agua; pero al fin allí pudieron encontrarla. Un día el padre de Senelepeng, Banelepeng, dijo a Mapapo:

—Vas a hacer agua; a ver si la encuentras en alguna parte.

Prepararon una gran expedición; cargaron hasta en los huesos de carga, toda clase de viveres y gran cantidad de calabazas para sacar agua. Mapapo y sus compañeros estuvieron viajando mucho tiempo sin encontrarla; al fin, Mapapo subió a una elevada montaña, y lejos, muy lejos, en el fondo de una barranca, vio bullir el agua. Entonces descendió de la montaña y caminó en la dirección de aquella agua hasta dar con ella. Se agachó para beber, pero al dársele de las aguas le golpea en la boca y le impide beber; trata de tomarla en el buco de las manos, y otra vez el dueño de las aguas le impide beber. Mapapo se lamenta muy amargado y dice al dueño de las aguas, que continuaba invisible:

—Séñor, ¿por qué me impides beber?

El dueño de las aguas dice:

—Te permitiré que bebas, Mapapo, si me prometes persuadir a Banelepeng que me conceda a Senelepeng en casamiento. Si refusa esto de mí, toda su tribu morirá de sed, con todo el ganado.

Mapapo le respondió:

—Se lo diré pero permíteme ahora que saque agua.

El dueño de las aguas se lo permitió. Entonces Mapapo se puso a beber; bebió, bebió, hasta que vació la sed. En seguida llenó de agua las calabazas que había traído; después tomó el tabaco que había en la tabaquera y la hara también de agua. Después se echó los callosos auestas y caminó todo. La noche para llegar a casa, de su amo.

Llega antes que el día. En cuanto ha llegado se presenta ante Banelepeng y le dice:

—Aquí tienes agua, jefe —y añade—. El dueño de las aguas te manda a decir que quiere casarse con Senelepeng. Si refusas concedérsela, tu pueblo entero perecerá con todo el ganado; no quedará alma viviente.

Entonces llevan a Senelepeng. Su padre le dice:

—Por causa tuya careceremos de agua; por causa tuya perece mi pueblo. Mapapo me dice que el dueño de las aguas quiere casarse contigo; si me niego a casarme con él, mi pueblo perecerá por tu culpa.

Senelepeng responde:

—No, el pueblo no perecerá por mi culpa; podría llamarse al dueño de las aguas.

Al día siguiente, en cuanto empieza a clarear, Banelepeng convoca al pueblo entero y le cuenta lo que Mapapo le ha referido. El pueblo concuerda en todo; después refieren los huesos de carga, muchos masas de harina, muchas galletas con cantidad, echan la carne y la harina en los huesos y echan a los masos y masos que han de acompañar a Senelepeng. Toda aquella gente se pone en camino guiada por Mapapo; él era el encargado de llevar a Senelepeng a casa de su marido. Cuando llegan al sitio fijado desarragan los huesos y depositan en tierra los viveres que trase. No había nada en aquel sitio, ni siquiera una trite choca. Los compañeros de Senelepeng estuvieron mucho tiempo con ella sin ver a nadie. Al amanecer le dicen, por fin:

—Ahora tenemos que marcharnos y volver a nuestra casa.

Senelepeng les responde:

—Puedo bien; podéis marcharos.

Todos se van; se queda sola. Entonces pregunta en voz alta:

¿Dónde?

—¿Desde he de acostarme?

Una vez respondió:

—Aquí mismo.

Senkempig pregunta:

—¿Aquí mismo? ¿Desde?

La voz repite:

—Aquí mismo.

Senkempig permanece mucho tiempo callado, después pregunta

de nuevo:

—¿Desde he de acostarme?

—Aquí mismo.

—¿Aquí mismo? ¿Desde?

—Aquí mismo.

Hecho siempre la misma pregunta, hasta que, vestida del sue-

ño, se duerme. Duerme profundamente. Se despertará y ve que va a

Dover. Pregunta:

—¿Desde he de acostarme?

La voz responde:

—Aquí mismo.

—¿Aquí mismo? ¿Desde?

—Aquí mismo.

De nuevo se duerme, y duerme hasta la mañana. Al despertarse

ve que está acostada en una cabaña. Toda ropa, alimentos, toda la

libre-de-josé, según invisible, Senkempig no ve a nadie; la única

cosa que vea era la choza y los edificios que en ella se encontraban.

Vejo mucho tiempo en la cabaña sin ver a nadie, contempla-

mente sola. En fin, se quedó encima sin haber visto nunca un hombre

a su lado. El mes en que debía dar a luz, su negra Malahur se

presentó para asistirle. Entonces Senkempig echó al mundo un niño.

Cuando el niño ha crecido un poco, Malahur se vuelve a su casa,

dejando a su nueva sola como antes. Un día Senkempig dice:

—¿Puede acaso ir a visitar a mi padre? Tengo mucha gana de

verlos.

La voz responde:

—Puede ir.

Al día siguiente se pone en camino y va a casa de su padre.

En cuanto llega grita por todas partes:

—Aquí está Senkempig, es ella, sin duda, e incluso trae un niño.

Está en la casa como cuando él era; al marcharse, su hermana

Senkempig le dice:

—Quiero te contigo.

Senkempig le responde:

—Está bien, vengamos juntos; estoy muy sola, en efecto.

Llegan a la cabaña de Senkempig y allí pasan la noche. Al día

siguiente la hermana quiere ir a la ciudad que se queda al caballo

del niño, mientras ella va al campo.

El niño llora; Senkempig le paga y le dice:

—Vaya con el niño! ¡Sin padre conocido! ¡Nadie sabe siquiera

dónde está!

El padre del niño era cuando hablaba Senkempig. Otro día

Senkempig vuelve a decir a su hermana:

—Quedate con el niño mientras voy a la fuente.

El niño llora; Senkempig le paga y le dice:

—¡Vaya con el niño! ¡Sin padre conocido! Nadie sabe siquiera

dónde está.

Y de la misma manera repitió al niño varias veces.

Al querer entrar en la cabaña, abre la puerta y ve a un hombre

sentado en el fondo. El hombre le dice:

—Tráeme a mi hijo. ¿Por qué le estás regalando siempre, di-

ciéndole que nadie sabe quién es su padre? Yo soy su padre.

Senkempig ve que Balahur estaba cubierto de un barro de

barro de tanto barro que le cubría; quiere salir y tropieza en la

pared de la choza; luego, en cuanto se repone un poco, sale y huye

a toda pisa.

Senkempig llega, deja el cántaro de agua, toma una escoba y se

pone a barrer el lago. Balahur la llama:

—Senkempig, Senkempig.

Al entrar en la choza se acuesta y grita:

—¿De dónde sale este hombre tan brillante, barrido de barro,

que tiene a mi niño en brazos?

Se acuesta en el suelo. Balahur pregunta:

—Senkempig, ¿quién es tu marido?

Ulla responde:

—Senkempig, ¿quién es tu marido?

—Senkempig, ¿quién es tu marido?

—Senkempig, ¿quién es tu marido?

—Senkempig, ¿quién es tu marido?

—Senkempig, ¿quién es tu marido?

—Senkempig, ¿quién es tu marido?

—Senkempig, ¿quién es tu marido?

—Senkempig, ¿quién es tu marido?

—Senkempig, ¿quién es tu marido?

—Senkempig, ¿quién es tu marido?

—Senkempig, ¿quién es tu marido?

—Senkempig, ¿quién es tu marido?

—Senkempig, ¿quién es tu marido?

—Senkempig, ¿quién es tu marido?

—Serios, no lo entiendo.

Entonces dice él:

—Tu marido soy yo; yo soy Balané (*de que-cercha-cuente, que-entonces-colaña-lira-de-poder*); no soy tu marido. Tu hermana, que has estado aquí, está citando siempre a un niño y lo dice que nadie conoce a su padre: yo soy su padre.

Aquel día Senkepeg se por vez primera a su marido. Balané toma un colador de hierro y reviste con él a su hijo. A partir de aquel día, Balané permanece al lado de su mujer y ya no desaparece. El mismo día aparece en aquel sitio una aboca grande, con cantidad de bayas, vocas, carnosos y grandes canchales llenos de sarpe; todo ello sale de la tierra. Ahora Senkepeg comprende que es realmente mujer de un gran jefe y que tenía sobre un gran poder.

## 11. AROBIO-JEJU

Atungpa-Shinbo era rey. Reaba en el Poder por derecho hereditario y había hecho construir todos susa pueras. Pero Atungpa había jurado conocer a todos los que le mostraban derechos. Lo hizo como lo dijo. Uno era otro se contó a su hermano, hasta quedarse solo en sus dominios. Entonces se casó con la bella Arobio-Jeju, hija de un rey vecino.

Una vez casado, Atungpa toma la costumbre de poner el día en la selva señalando hitos a las fieras y después a su mujer en la selva. Un día, Ngulé, hermano mayor de Arobio-Jeju (porque su padre, Orambé, rey de los Airo, tenía tres hijos), vino a sacar a su hermano de las garras de Atungpa-Shinbo; pero el rey sobrevive de pronto y se lo comió. El segundo hermano se presenta en seguida, y se lo comió también. Por fin llega Reminga, el hermano menor. Entre él y Atungpa se empieza una gran batalla, que dura desde la salida del sol hasta el mediodía. Al día en vereda Reminga, y su adversario se lo comió, como a sus dos hermanos.

En emburgo, Reminga, que llevaba consigo un fénix poderoso salió vivo del cuerpo de Atungpa. El rey, en volviendo a verlo, exclamó:

—¿Cómo te has arreglado para salir?

Después se embadurna con grasa, magra y dice:

—Reminga, llévame a tu hermana.

Hicido esto se arroja al agua.

Antes de ahogarse había declarado que, si Arobio-Jeju volvía a casarse, moriría, y la predicción se cumplió, porque la vida se cruzó con otro y murió al poco tiempo. Entonces Reminga, desolado por la pérdida de su hermana, se arroja al agua, en el mismo sitio en que había periclitado Atungpa, y se ahoga también.

En el sitio donde se arrojó Atungpa, puede ver el viajero, mirando al fondo del agua, los cuerpos de Atungpa y de su mujer, yentes de uno al lado del otro. Las uñas de esta linda criatura están pulidas y estrochadas como un espejo. Entonces fue cuando el agua adquirió la propiedad de reflejar los objetos y tomó el nombre de Arobio-Jeju. Cada cual puede ver su propia imagen en las ondas, a causa de la transparencia que los bien comunicado las uñas de Arobio-Jeju.

## 12. LA ESTACION HUMEDA Y LA ESTACION SECA

Un día, Nebeanga, la estación húmeda, y Oweo, la estación seca, tuvieron gran disputa sobre quién de las dos sería la mayor, y llegaron hasta cruzar una apuesta, resultando la decisión del punto a una ancha de los espíritus del aire y de los cielos. Nebeanga comenzó por decir:

—Cuando voy a alguna parte, la seguía viene tras de mí; luego yo soy la de más edad.

Oweo respondió:

—En todas partes donde me presento, la lluvia me precede; luego es menor que yo.

Los espíritus del aire escucharon sus razones y, cuando las dos rivales acabaron de hablar, exclamaron:

—En verdad, en verdad, no podemos decir cuál de nosotros es la mujer; sin duda ambas que ser de la misma edad.

## 13. LOS ESPÍRITUS EN LA MADRUGADA DE LA KATA

Una vez hubo mucha hambre en todo el país. Entonces la azala salió del interior, con su cña, para buscar sueros al pie de una montaña antigua. Pasaron muchas semanas sin encontrar nada; al fin, la azala poco a poco encontró una cura. Llena de alegría, la parte; pero ocurre que se le cae de la mano y rueda hasta la madriguera de una

ría. La araña joven no quiere perder el bodio, y desciende a la madriguera de la rita en busca de la maza perdida.

Entonces se le presentan tres espíritus: uno blanco, uno colorado y uno negro, tres espíritus que desde la creación del mundo no se han separado, no se han separado nunca la baba. Y le dicen:

—¿Adónde vas? ¿Qué buscas?

Entonces la araña joven le cuenta su desgracia y dice que ha venido a la madriguera de la rita en busca de la maza perdida.

Los tres espíritus le dicen:

—¡Y te expones tanto por una maza!

Entonces descienden unos joven y le dan cantidad de ellos, diciendo:

—Desciende entre joven, haz crecer las monolabares, pero no tires lo bueno...

La araña joven obedeció, pregona las monolabares y sucede que se cambian en joven crumaca.

La araña joven se está allí tres días y se pone muy gorda. Al cuarto día pide a los espíritus permiso para llevar algunos de aquellos preciosos joven a sus compañeros de infortunio. Los espíritus se lo conceden y le desgracia con un gran canto lleno de joven.

La acompañó un trecho del camino y, antes de separarse, le dicen:

—Tú eres ahora amiga nuestra, y por eso vamos a comunicarte una cosa. Queremos enseñarte una canción; pero no se la reveles a nadie.

Y entonces comienzan:

*¡Espírita, blanco, negro!*  
*¡Espírita negro, blanco!*  
*Si me presentara la cobaca,*  
*¿Qué me sucedería?*  
*Tú te cobras,*  
*Tú te cobras,*  
*Tú te cobras,*  
*Tú te cobras.*  
*Has oído al gran espíritu.*

Así cantan los espíritus; después se separan de la araña. Cuando llega a su casa y cuenta los joven, su padre convoca a todos los amigos, y cada cual manifiesta su alegría. Todos cantan con muy gran

placer de los joven muy lindos, y todos se ponen muy gordos. Entonces la araña joven vuelve a montarse a la madriguera de rita habiendo por las espíritus que nunca se han separado, y resaca otro con la provision de joven.

Un día, el padre de la araña joven quiere acompañarla. La araña joven no quiere ni él hablar de ello. Se padre, mala persona, insiste en su propósito. De noche, mientras la araña joven duerme, le hace un agujero en el camino y le lleva de comida. Cuando a la mañana siguiente empieza el viaje con el camino agotado, su padre sigue acortando el camino señalado por la ceniza. La alcanza delante de la ciudad.

—Bueno,—dice la araña joven,—voto que quieras ir con mí hijo. Muy bien, ve tú; yo me voy. Pero quedate, padre, de hablar desahogado y no te las ocules de liso.

Entonces la araña joven se va. Pero su padre le grita:

—¡Que lo pases bien!

Y cuando, sin más noticias, en la madriguera de la rita.

Entonces los espíritus salen a su encuentro y le preguntan lo que quiere. Al verla, el padre sigue a reír y exclama:

—¡Oh, este loco no se han llevado nunca! Váidse acá. ¿Queréis que os recorde la maldad de los babilas?

—¿Pensados enseñarnos a vivir?—exclaman los espíritus.

Ante todo, ¿qué buscas aquí?

Entonces el padre de la araña les dice que ha venido en busca de joven para sí y sus compañeros. Los espíritus se lo tiran y le dicen:

—Méndalo y haz crecer las monolabares.

El padre de la araña se reía a reír, y piensa: "Sería una verdadera locura." Pone los joven a la baba; pero no dan nada. Al fin, sigue el cuerpo de los espíritus y pone a la baba, no los joven, sino las monolabares, que se cambian al punto en magníficos frutos.

Pasado algún tiempo, el padre de la araña dice:

—Quiero hacerles.

Entonces los espíritus le dan un gran canto lleno de joven, le acompañan un trecho del camino y, antes de separarse, le enseñan la canción que ya habíamos enseñado a la araña joven, pero recordándole que no la cante nunca. En seguida, el padre de la araña se pone a cantar a grito pelado, y, como los espíritus promueven

calados, se imagina que no han hecho más que murmurar alguna antigua canción de su patria.

Apenas sale de la madriguera, vuelve a cantar en voz alta:

*¡Egiphtu blanco, kobol!*

*¡Egiphtu rojo, kobol!*

*¡Egiphtu negro, kobol!*

*Si me fuesen la cabeza,*

*¿Qué me sucedería?*

*¡Tira la cabeza,*

*Tira el pie,*

*Tira la cabeza.*

*Mezclando así sus gritos.*

Al punto le acomete un dolor violento. El golpe de la arena se derrumba como si le hubieran cortado la cabeza, las piernas y las manos. Pero prosigue la canción. Llenos de compasión, los egipcios le desquistan de aquella pesadilla. Pero él se pone otra vez a cantar. Entonces casi con ese mismo alfilerar ante los ojos. Los egipcios le desquistan de nuevo. Pero, cuando comienza por tercera vez la canción prohibida, los egipcios le quitan los ojos y le pegan, le pegan.

Al principio, cuando la arena volaba, los habitantes de la ciudad se requejaban mucho; pero, al enterarse de su destino, la espulsaaron bruta.

## 4

### FETICHISMO. ANIMALES "CIENNES"

#### 14. KANNADA Y LITACOLANE

Curium que en otro tiempo todos los hombres perecieron. Un animal prodigioso, que llaman Kannoya, devoró a grandes y chicos. Era un bicho horrible, y había una distancia tan grande, y grande, donde una extremidad de su cuerpo a la otra, que los ojos del más fuerte apenas podían abarcarlo entero. En la tierra sólo quedó una mujer, que se hizo de la fecundidad de Kannoya. Permaneció completamente oculta. La mujer escondida y ganó un hijo en un antiguo escudo de hierro. Metido de cetro, se sorprendió mucho al encontrarse en el cuello anales abominables.

—En vista de eso —dijo— le puse por nombre Litocollan. —¿Dónde? ¡Poder más! En qué oculto ha nacido? ¿Como litocollan de Kannoya? ¿De qué le servían los amuletos? Así litocollan, entonces recogió buena algunas letras de cetro. Así que sirviesen de hecho al recién nacido. Al volver al establo por poco se muere de sorpresa y de espanto. El niño ha llegado ya a estatura de hombre y profiere discursos hercúleos de cultura. En seguida sale del establo y se maravilla de la soledad que reina en torno.

—Madre mía —dijo—, ¿quién es este hombre? ¿Estas tú y yo solos en la tierra?

—Hijo mío —recuerda la madre temblando—, no hace mucho tiempo que los hombres cubrían calles y montañas; pero el bicho que estruena con su voz las masas ha devorado a todos.

—¿Dónde está ese niño?

—Allí, en la tumba, junto a mi madre.

—Lhasché tenía un cachillo y, según a los negros de su madre, ahora al devorador del mundo.

Kamnapa abre sus generosas fauces y se lo tragó. Pero el hijo de la mujer no ha muerto; entra armado de un cuchillo en el estómago del marino, y le desgarró las entrañas. Kamnapa sacó un magón horrible y cae. Lhasché empuja en seguida a abismo más; pero la punta de su cuchillo atravesó alarón a mil y mil de criaturas humanas, encerradas, como él, en sus hornos. Los muertos vuelven a abrir por todas partes y gritan:

—Ten cuidado, nos desgarra.

—Sin embargo, consigue abrir un hueco por el cual las náchies de la tierra salen con el del visitante de Kamnapa. Los hombres libres de la muerte, se dicen unos a otros:

—¿Quién es éste, marido de la mujer solitaria, que no ha conocido los juegos de la infancia? ¿De dónde viene? Es un prodigio, no un hombre. Nada de común tiene con nosotros; hágale desde desgraciado de la tierra.

Dicho esto, crean un foco profundo, lo cubren con césped y ponen un asento escuro; después un monedero corre en busca de Lhasché y le dice:

—Los antiguos de tu pueblo se han reunido y dicen que vas ya a unirse en medio de ellos.

El hijo de la mujer va; pero, al pasar junto a la tumba, hace caer en ella, de un empujón, a uno de sus sobreros, que desaparece para siempre.

Los hombres, se dicen de nuevo:

—Lhasché acortó el reposo al sol, cerca de un montón de cenizas; oculto en las cenizas un guerrero armado.

Esto recién no salió mejor que la primera. Lhasché no tiene nada más, y su prudencia continúa siempre la mayoría de sus pensamientos. Algunos, queriendo aprovechar en una gran batalla, crearon ellos dentro. Un día que se vio vibrando presagios, llegó al borde de un río profundo y se inclinó hacia el agua. Se arrojó, sorprendido de no encontrarlo, hacia la piedra y la chapó a la orilla opuesta. Y dice:

—Así le rompí la cabeza al le viera en la orilla.

La piedra se convirtió de nuevo en hombre, y Lhasché son-

rió en medio a su adversario, que, no pudiendo ya alcanzarlo, dejó su furor con gritos y amenazas amenazadoras.

### 13. MURMURAZA

Crearon que el pájaro de la lluvia tenía mujer. Dijo a un hombre:

—Me caso con tu hija.

—Caso.

Entonces el pájaro de la lluvia se casó con aquella mujer. Y los negros, como se cuentan de vel, dicen al primo:

—Ve a traer agua.

El primo va, llega junto al agua y bebe; cuando comienza de beber se dice: "¿Qué jergueta puedo hacer?" Entonces se dice:

"Tóndela arriba en las calabazas."

Entonces lleva de arriba las calabazas, toma un poquito de agua y la vierte sobre la arena. Después lleva el agua a la aldea. En llegando, se la da a los amigos, que se ponen muy contentos al ver unas calabazas tan grandes llenas. Y se dicen: "¡Hay tantas calabazas para beber!"

Después llevan las calabazas a la tumba y dicen:

—Te lo agradeceré.

Y el pájaro de la lluvia dice:

—Está bien.

Entonces el pájaro de la lluvia se dice: "La jergueta en buena."

Su mujer le pregunta:

—¿Dónde está el agua?

—Se la ha llevado a mis negros.

Entonces la mujer del pájaro de la lluvia dice:

—¿Dónde está el agua?

La mujer inclina las calabazas; ve que case en la taza la gran de agua que hay, que es sólo una gota. Entonces dice a su marido:

—No hay agua; no hay más que arena, no hay agua.

El pájaro llama al primo y le dice:

—Por qué nos has traído arena en lugar de agua?

El pájaro de la lluvia dice:

—He querido hacer agua, pero había mucha arena; por eso la traíste en las calabazas.

El suegro dice:

—La verdad es que nos has hecho una mala partida.

El suegro lo espanta y dice:

—Vete del lado de mi hija —y añade—. En adelante no beberás más agua del río; tan sólo agua del río y de lluvia.

Ayer se acaba la historia del pájaro de la lluvia.

#### IX. SEEDIMWÉ

Seedimwé era un animal de gran talla, que causaba mucho daño al ganado humano. Un día los hombres fueron a poner trampa a los búfalos, cogedores muchos en las trampas, los llevaron a la aldea y los pusieron a cocer en las cacerías. Entonces dicen a Seedimwé:

—Vamos a comer.

Pero Seedimwé responde:

—Estoy harto.

Esa vez, porque quería comerlo todo solo, durante la noche. Los hombres se durmieron. Al salir el sol resultó que Seedimwé se ha tragado las cacerías durante la noche. Los hombres preguntan:

—¿Qué se nos ha comido la carne?

Esa seguida van a ver las trampas, y encuentran en ellas algunas antenas. Los llevan a la aldea y los rociaron. A la mañana siguiente ven que Seedimwé se ha tragado también todas las cacerías.

Al otro día traen más carne y la cocen. Esta vez la liebre se comió y dice: "Hoy veré si es mero jile quien se nos come la carne".

De noche, mientras duermen todos, la liebre se ha comido toda del jagal y dice: "Lo veré muy bien".

Así, cuando Seedimwé se levanta para comerse la carne, la liebre, empieza a decir:

—¡Que te voy, tu materno!

Seedimwé siente miedo y se levanta. En seguida se levanta de nuevo, mientras todos duermen. Pero lo que es la liebre no duerme. Y al acordarse Seedimwé, la liebre grita:

—¡Que te voy, de materno!

Y esto dura hasta el amanecer. Al salir el sol Seedimwé está enfermo, acatado. Le gritan:

—Levántate y comeremos carne.

Y responde:

—No quiero, estoy malo.

Los gentes cocen carne; se la comen toda. Entonces se levanta Seedimwé y se encuentra con que no hay ya nada. Entonces se traga las cacerías vueltas y a los hombres con ellas. La liebre se había escondido en la hierba.

Cuando Seedimwé caminaba de cocer a la gente, se traga las cacerías y se va. Entonces la liebre refiere a todos los animales para darle caza y matarlo. Sabe los lugares el ante y la cebra. Cogen, pero no ven más que pedo. Vuelven y dicen:

—No lo hemos visto.

Esa seguida salen el todo y el jagal; tampoco ellos pueden darle ab-roce. En seguida van el antlope y la gacela. Todas vuelven sin haber visto nada. En seguida salen el chacal y la hiena.

Entonces se encuentran a Seedimwé. El chacal empieza a gritar: —¡Eh, vóscame! Ante, bafalo, antlope, hiena y jagal; vóscame todo las que le habéis perseguido en vano.

Entonces el chacal atraviesa a Seedimwé con una Oodja; la hiena también lo atraviesa con una facha. Seedimwé muere. Entonces el chacal y la hiena van en busca de los otros animales y los traen allí; resaca también a todas las aves. El águla llega la primera y dice:

*Tjolo, wjlo, wjlo, wjlo, wjlo,*

*Se me ha roto el pico,*

*El que me dio Samsotungo,*

*Samsotungo de Lera.*

Y, al decir esto, se le rompe el pico. El macho-perrador viene en seguida y dice:

*Tjolo, wjlo, wjlo, wjlo, wjlo,*

*Se me ha roto el pico,*

*El que me dio Samsotungo,*

*Samsotungo de Lera.*

Y también se le rompe el pico.  
Llega en seguida la gata y también canta:

*Tjilo, wjo, wjo, wjo, wjo,  
Se me ha roto el pico,  
El que me dio Samokanga,  
Samokanga de Liza.*

Y se le rompe el pico.  
Váase en seguida el huire, diestro en depredar animales.  
Y canta:

*Tjilo, wjo, wjo, wjo, wjo,  
Se me ha roto el pico,  
El que me dio Samokanga,  
Samokanga de Liza.*

También se le rompe el pico.  
Entonces llega un pajarillo muy pequeño, el *katinié*. Los animales dicen:

—Túno el pico demasiado pequeño.  
El pajarillo se pone a cantar:

*¡Turié! ¡Turié! ¡Naxetúé!  
Se me ha roto el pico,  
Que me lo dio Samokanga,  
Samokanga de Liza.*

Entonces abre un agujero diminuto. Cuando ven el agujerito, los animales dicen al *katinié*:

—Vete. Que venga un pajarito mayor.  
Entonces llega la grulla y se pone a cantar:

*Tjilo, wjo, wjo, wjo, wjo.*

Se le rompe el pico. Al mismo tiempo, el agujerillo hecho por el *katinié* se cierra.

Entonces los animales, llaman al pajarillo. El *katinié* vuelve y se pone a cantar:

*¡Turié! ¡Turié! ¡Naxetúé!*

Y entonces hace un rasgón mayor en el follaje de *Socólmé*.  
Y el pajarillo sigue cantando:

*¡Turié! ¡Turié! ¡Naxetúé!*

Y abre el vientre de *Socólmé*. Sale todo lo que tenía dentro: caca, cenizas, ganado y hombres. Entonces, éste reconoce a la abba.

#### 11. MOCILANTIJA

Una vez había un jefe: su abba era muy grande, pero él no tenía más que tres hijos: un varón y dos hembras. La hija mayor se casó; sólo quedaba con los padres la menor, *Femokengané*, y un hermano. Un año, como se iban a trabajar al campo, el niño se quedaba solo en casa, y se iba a jugar a la orilla del río, y gritaba:

—*Koyelo, doy pñá; ven a comerme.*

*Koyelo* salió del agua y lo persiguió, y muy de prisa, muy de prisa, el niño se precipitaba en la cocina. Así jugaba todos los días. Una vez, todo el mundo había salido para cavar la tierra del jefe. El niño se va al río, según costumbre, y se pone a gritar:

—*Koyelo, doy pñá; ven a comerme.*

Esa vez, *Koyelo* sale del agua rápidamente y se agacha del niño; lo devora todo entero, y deja sólo la cabeza.

Entonces, la madre del niño dice a su hija:

—Vete corriendo a casa y vénceme sinerte.

La joven, al llegar a la abba, describe la cabeza de su hermano. Entonces escuchaba llorando:

—¡Ay! ¡A mi hermano lo ha devorado *Koyelo*!

Se sube a una pequeña altura y llama a su madre a voces, cantando así:

*Madre, mi madre, que trabaja, lejan,*  
*Koyelo ha deservido a mi hermano lejan,*  
*Madre, mi madre, que trabaja lejan,*  
*Koyelo ha deservido a mi hermano lejan,*  
*Madre, mi madre, que trabaja lejan,*  
*Koyelo ha deservido a mi hermano lejan,*  
*Madre, mi madre, que trabaja lejan,*  
*Koyelo ha deservido a mi hermano lejan,*

—Sin madre la oye cantar y dice a los que trabajan con ella:  
—Callen, a ver si entiendo lo que dice.  
—Sueñen los azules y se puran. La joven vuelve a cantar:

*Madre, mi madre, que trabaja, lejan,*  
*Koyelo ha deservido a mi hermano lejan,*  
*Madre, mi madre, que trabaja lejan,*  
*Koyelo ha deservido a mi hermano lejan,*  
*Madre, mi madre, que trabaja lejan,*  
*Koyelo ha deservido a mi hermano lejan,*  
*Madre, mi madre, que trabaja lejan,*  
*Koyelo ha deservido a mi hermano lejan,*

Entonces la madre toma el azadón, y lleva a todos sus compañeros y los deja trabajando en el suelo, diciendo: La joven continúa cantando:

*Madre, mi madre, que trabaja, lejan,*  
*Koyelo ha deservido a mi hermano lejan,*  
*Madre, mi madre, que trabaja lejan,*  
*Koyelo ha deservido a mi hermano lejan,*  
*Madre, mi madre, que trabaja lejan,*  
*Koyelo ha deservido a mi hermano lejan,*  
*Madre, mi madre, que trabaja lejan,*  
*Koyelo ha deservido a mi hermano lejan,*

Entonces la madre vuelve a golpear con el azadón los campos de sus compañeros; no deja ni uno vivo. Luego ella a su vez, y vuelve a las aldeas; de camino, recoge escorpiones, culebras, ortigas, borrajas, y muchas yerbas malas, y las guarda en un saco. Cuando llega a su casa encuentra a Koyelo tan solo, que no sabe, cuando llega a su casa, después de la cena, el saco lleno de escorpiones, culebras, ortigas, borrajas, y muchas yerbas malas, y se pone a remover en su interior, volar en volandas de

perlas más hermosas y sus anillos de metal, y los pone a un lado. Después sale de la cabana, rodea la casa, y los anillos de metal, y los pone a un lado. Después sale de la cabana, rodea la casa, y los anillos de metal, y los pone a un lado.

Entonces dice a Koyelo:

—Ven, que te raven la cabeza.

Toma una balsa y, cuando Koyelo se acerca, se pone a dispararle las carcasas de la cabeza; después de esto, la escorpión y las insectos venenosos salen de él a pulidos, cubren en las orejas, la boca y los ojos de Koyelo, y la muerden y le pican hasta que muere.

Entonces llama a su hija y le dice:

—Ven aquí.

Y, tomando los collares de perlas y los anillos de metal, la adorna con ellos; después, le dice:

—Ahora, hija mía, vete con tu hermano. Habla con él, y dile: "Marito, ahora todo, guárdalo de mirar atrás; si lo que sucede, prodígale tu cariño en silencio—. La joven se pone en camino, y anda, anda mucho tiempo, mucho tiempo. Entonces, se dice: "¿Qué será, yo sé que me ha perseguido mi madre que vuelve la vista atrás; tengo que ver el motivo. Quiero se pudiese prender fuego a la cabeza, y prender en ella." Se vuelve, y se ve una gran humareda que sale al cielo; entonces exclama: ¡Ay! mi madre ha perseguido fuego a la cabeza y se quemó viva.

Muy cerca de ella oye una voz que repite: ¡Ay! mi madre ha perseguido fuego a la cabeza y se quemó viva. Entonces ve un animal muy extraño, y se pregunta con asombro: "¿De dónde habrá salido este animal?" La voz continúa:

—Pégame un ratón tus collares de perlas y tus anillos, a ver cómo me adornan.

La joven se despierta de sus sueños y se los da a Moschaja. Moschaja se los pone y da a la joven los brazos que la cubren. Cuando llegan cerca de la aldea, la joven dice:

—Ahora deséñame la ropa.

—¡Tócala! no; te la deséñaré cuando llegamos al cielo.

Llegados al sitio donde pare el ganado, la joven insiste:

—Dame ahora una vestido.

—¿Que no? ¿Quieres que diga que las mujeres de Marito disputan por tan poca cosa en medio de la calle? — Así llegan a la

casa de Hlakababaké, hermana mayor de Fenyalekyané. Moelantja se apresura a decir: (Fenyalekyané, muy avergonzada, se calla):

—Mi madre me ha dicho que venga a tu casa. Koyobó ha despedido a nuestro hermano, y mi madre ha prendido fuego a la cabana y se ha quemado con ella.

Hlakababaké se dice: "¿Cómo habrá cambiado tanto mi hermana? No la reconocía, pero sus vestidos y sus adornos son los de ella." Conchiré, no obstante, por persuadir que era su hermana. Moelantja prosigue, dirigiéndose a Fenyalekyané:

—¡Ese es Moelantja! La he encontrado en el camino, y estaba emperrada en que sus quince años royan con buenas para dárteles.

De esta manera, Moelantja se hizo pasar por Fenyalekyané.

Aschelobaké, Hlakababaké dice a Fenyalekyané que vaya a buscar a la cabana de una viéja, y conserva a Moelantja a su lado. Pero, durante la noche, la casa de Moelantja se alarga y va a buscar por los techos de la cabana los vientos alisoceros. Maso exclama:

—¿Qué es eso?

Moelantja exclama con gritería:

—Masó, acórrame; tengo un cédico muy fuerte, es un dolor enul.

Al siguiente día, en cuanto amaneca, Masó exclama:

—¡Oh, así! ¿Quién se ha llevado nuestras provisiones? ¿Quién habrá hecho eso?

Moelantja responde:

—Sin duda ha sido Moelantja; es muy buena, no hace más que robar.

Cuando se pujan a comer, dan el alimento a Fenyalekyané en una crotala despoellada, tan seca que no puede ni tocarse; Moelantja, como en un plato muy húmedo y fresco.

Para la primavera; recien han estado, después llega el tiempo de preparar los pájicos. Hlakababaké ordena entonces a su hermano, a la que sigue tomando por Moelantja, que vaya a un campo para cazar los pájicos. El campo lindaba con el de la viéja que había regresado a Fenyalekyané. Al mediodía, Hlakababaké envía a Moelantja con la crotala para Fenyalekyané; pero Moelantja se lo come todo por el camino. Cuando llega al campo donde está Fenyalekyané, le dice:

—¿Cómo te está ahí durmiendo, persona? ¿No ves que los pájicos se comen el soplo de mi nariz, el soplo de Masó?

Cuando Moelantja se va, Fenyalekyané se saba de nuevo a un mundo de terrores, juras a otro en que está la viéja que la ha recogido. Se venga cuanto puede y nunca a cantar:

¡Vete, pájico! ¡Vete, pájico!

Hoy, me llaman Moelantja; ¡vete, pájico!; vete, pájico!; vete, pájico!; hoy, me llaman Moelantja; ¡vete, pájico!; vete, pájico!; vete, pájico!

Hoy, me dan de comer en una crotala seca; ¡vete, pájico!; vete, pájico!; vete, pájico!

¡Vuelte, caña, y líbrame con mi padre y mi madre.

Entonces, la casa crece con ella y la levanta para llevarla por los otros. Pero la viéja acude y la sujeta. Fenyalekyané le dice:

—Dígame, cuando meza, llame con mi padre y mi madre. ¿No está viendo que hoy me voy robando a comer en crotalas secas y despoelladas? ¿Cómo si Hlakababaké no fuera mi hermano.

Entonces descorre a la viéja quién es y le dice:

—Un día, toda la gente de esa habita salió al campo; mi hermano se fue al río, para hacer barta de Koyobó, que salió y lo desvió. Entonces, mi madre me dijo que viniera aquí, y me recogió mucho que no volvíste la viéja atrás. Pero me volví, por ver lo que sucedía, y apenas exclamé: "¡Ay! mi madre ha prendido fuego a la cabana y se quemó viva!" cuando es muy cerca de mí, a mi lado, que Moelantja decía: ¡ay, mi madre ha prendido fuego a la cabana y se quemó viva! Después, Moelantja me pidió que le prestase mi ropa, y yo accedí, porque me dijo que me la devolviera. De esta manera, llegamos aquí; se ha hecho pasar por mí, y ella es la que ha comido que mi madre se había quemado en su cabana.

La viéja, pregunta:

—¿Cómo es que tu hermano, al verte la cara, no conoce quién eres?

Fenyalekyané responde:

—No lo sé.

La viéja, sin más palabras, va en busca de su crotala y la reparte con Fenyalekyané. Aquí, ésta la viéja no dice nada a Masó ni a Hlakababaké; a través habla de lo que ha visto y oído.

De tarde, según costumbre, dan a Fenyalekyané el alimento en

la escudilla vieja, socha y desportillada; ni siquiera la socha. En casa de Maslo habían muerto un buey y oxcido la carne. Durante la noche, la socha de Mosclanija se alargó y empezó a cocerme toda la carne. Maslo lo oyó y dijo:

—¿Qué hace ese ruido en las ollas de carne? — Se levanta para mirar, pero Mosclanija escucha apocuradamente:

—Maslo, acércame; tengo un cefazo muy fuerte, acércame, Maslo; no puedo más.

Al siguiente día, Ferzafengané vuelve al campo de su hermano; esta vez su propia hermana, Hlakababé le trae la cenicienta; se la da como siempre, en una escudilla vieja, socha y desportillada. Ferzafengané la pone a un lado, sin tocarla; la carpá según un decir nado. Cuando Hlakababé se abaja, Ferzafengané sube a un montón de serreros y estándose cuanto puede, se pone a cantar:

*¡Vete, pedonad! ¡Vete, pedonad!*

*Hey, me llaman Mosclanija; ¡vete, palonaz; vete, palonaz!*  
*Adiós, yo era Ferzafengané, hermano de Hlakababé; ¡vete, palonaz!*

*Hey, me dan de comer en escudilla socha; ¡vete, pedonaz; vete, pedonaz!*

*Evadite, coña, y llévame con mi padre y mi madre.*

Entonces la coña se agita, canta con ella y la levanta para llevarla por los aires. Pero la vieja acude y la sujeta. Ferzafengané le dice:

—Déjame, cuando meces, que me vaya con mi padre y mi madre.

La tarde de aquel día, la vieja se va a casa de Maslo y le dice:

—Maslo, sé al campo y vete lo que yo sé ir.

Maslo pregunta:

—¿Qué es eso?

La vieja responde:

—Tú mismo lo verás.

Al día siguiente, Maslo sale al campo en secreto y se esconde como la vieja le había dicho. Hlakababé entra de nuevo a Mosclanija a llevar la cenicienta de Ferzafengané; pero Mosclanija se sienta al borde del camino y se come todo lo que le han dado. Cuando llega junto a Ferzafengané le dice:

—¿Qué haces ahí durmiendo, perezoso? ¿No ves que los pájaros se comen todo el serpo de mi marido?

Largo se vuelve a la abba. Entonces la vieja dice a Ferzafengané:

—¿No ves unas palomas en tu sembrado? Ve a regañarlas.

Allí va Ferzafengané; se sube a un montón de tecedores y se pone a cantar:

*¡Vete, pedonad! ¡Vete, palonaz!*

*Hey, me llaman Mosclanija; ¡vete, palonaz; vete, palonaz!*  
*Adiós, yo era Ferzafengané, hermano de Hlakababé; ¡vete, palonaz!*

*Hey, me dan de comer en escudilla socha; ¡vete, pedonaz; vete, pedonaz!*

*Evadite, coña, y llévame con mi padre y mi madre.*

La coña se mueve con ruido y la levanta para llevarla por los aires. Acude Maslo y la sujeta. Ferzafengané le dice:

—Déjame, cuando meces, se con mi padre y mi madre. Tu mujer me ha tratado muy mal, aunque antes le llamabas y siempre me le refregado en su casa.

Entonces la vieja dice a Maslo:

—Ya lo estáis viendo; eso es lo que yo te decía que vendría a ver.

Maslo se queda con Ferzafengané mucho tiempo, y los dos están mucho tiempo llorando juntos. Después sube a la abba y se lo cuenta todo a su mujer.

—¡Ay —exclama—, pobre hermano mío! ¡Ay, hija de mi padre!

Al día siguiente Maslo escucha que toda su gente vaya a recoger mucha beta, mientras ellos están un largo pedregado. Sientan algún gusano; caracoles y callos; cuarenta pan, sogas de serpo con herba, filan estrocos de pan en gusano; pierden una flor grande. Trazan un budo gran corral de alba de cuajada, las pocas en el fondo del hoyo que han abierto y las cubren con tallos de male y ramaje ligero. Entre tanto, las gaviotas de la abba recogían beta en el bosque. Mosclanija está ociosa, acurrucada cerca del arroyo, crea escarabajos con la coña y los devora avidamente. Cuando oteyayen, dicen las gaviotas:

—Subieron a la aldea.

—Una de ellas preguntó:

—¿Dónde está la mujer del jefe? ¿Dónde está la mujer de Masilo?

Cada una llevaba un haz de trigo seco; el de Fenyelenganté era mayor que los de sus compañeras. Cuando Moelantja las ve venir, se apresura a recoger unas cuantas volutas viejas y formar un haz; luego dice a Fenyelenganté:

—Moelantja, me has quitado el haz de trigo; devuélvemelo.

Pero las otras mujeres intervinieron:

—¿Qué dices? Es auto, ella misma lo ha hecho. Y tú, ¿dónde se has escondido mientras trabajábamos? Vámonos al pueblo.

Al verlas llegar, las gentes se dicen unas a otras:

—¿No vea la mujer del jefe, que sólo trae ramas viejas? ¿Qué quería hacer con eso?

Entonces Masilo dice a todas las mujeres:

—Salid por caminos de ese hoyo.

Les muestra el hoyo profundo, en el cual han puesto la enjacha. Todas, unas tras otras, salían, y Fenyelenganté como todas. Cuando llega el turno a la mujer del jefe quiere salir, su cola se abrega en la dirección de la enjacha y se pone a correr; entonces Moelantja cae al fondo del hoyo. Las gentes del jefe llegan a la carrera, la rodean por todas partes y allí la matan.

Pero no mueren del todo; en el sitio donde la han matado crece una calabaza silvestre. En cuanto a Fenyelenganté, Masilo la hace su mujer; pasado algún tiempo, ésta a su vez un niño. Un día, cuando todas estaban en el campo y Fenyelenganté sola en su casa, la calabaza silvestre se despegó del tallo y va rodando hacia la cabaña de Fenyelenganté. Según sus costumbres dicen: *Psi-té, psi-té, noi co-ne-re-mor la no-pé de la psi-té-gor-da, la mujer de Masilo*. Al llegar junto a Fenyelenganté, la calabaza le dice:

—Pon a mi lado al hijo de un marido.

Fenyelenganté pone al niño en tierra; entonces la calabaza se arroja con furia sobre Fenyelenganté y le pega, le pega mucho rato. Cuando concluye de pegarle, la calabaza vuelve al lugar de donde ha salido y se coloca en su tallo.

A nadie refiere Fenyelenganté lo que le ha ocurrido. Al día siguiente, cuando están todas en el campo, la calabaza se echa de nuevo a rodar en dirección de la cabaña de Fenyelenganté; según

contaba, iba diciendo: *Psi-té, psi-té, noi co-ne-re-mor la no-pé de la psi-té-gor-da, mujer de Masilo*. Y dice a Fenyelenganté:

—Pon a mi lado al hijo de un marido.

Después se arroja sobre Fenyelenganté y le pega, le pega mucho rato; cuando concluye de pegarle se va, como la víbora. La calabaza pesque así todas las días a Fenyelenganté, sin dejarle descansar.

En fin, un día, Masilo pregunta a su mujer:

—¿Qué tienes para adelgazar tanto?

Fenyelenganté responde:

—Hay una calabaza silvestre que cuando están en el campo viene a mí, diciendo: *Psi-té, psi-té, noi co-ne-re-mor la no-pé de la psi-té-gor-da, mujer de Masilo*. Después, me dice:

—Pon a mi lado al hijo de un marido. — Entonces se arroja sobre mí y me pega con furia.

Al siguiente día, Masilo no sale al campo, y cuando han salido todas dice a su mujer que lo cuenta entre las ropas del niño. La calabaza llega, como de costumbre, diciendo: *Psi-té, psi-té, noi co-ne-re-mor la no-pé de la psi-té-gor-da, mujer de Masilo*. Después, cuando Fenyelenganté deja a su niño en tierra, la calabaza se precipita sobre ella y empieza a golpearla con rabia. Entonces Masilo sale de su escondite armado de flecha y saetas. Con la saeta traspasa a la calabaza, de la que brota una cascada de sangre. Después la coge y la lleva delante de la puerta de la cabaña, la echa en pedruzcos y en seguida la quema, con el mayor cuidado posible.

En el sitio donde han quemado la calabaza crece una planta de cardo. El cardo crece, sin que nadie se fije en él, y acaba por echar flor. Las flores van bajando al niño; cuando sólo a correr, le pegan en las piernas. Por mucho que las persigan siempre queda una que no logra atrapar. Al fin, Masilo arma una emboscada y cuando se coge, la muete y la tira a la hembra; pero se convierte en fuente de calabazo. Se arroja sobre el niño cuando duerme y le muete, recordándole después en las caídas de la cabaña. Al fin, Masilo logra apoderarse de esta fuente de calabazo, la reduce a pedruzcos y los echa en una pecera del molino, la reduce a pedruzcos y los tira a la hembra. Así acaba Moelantja.

18. HISTORIA DEL PAJARO QUE DABA LECHE

Querían que en este tiempo había en cierto lugar una ciudad grande, donde vivían muchas gentes. Se alimentaban únicamente de grana. Hubo un año de mucha hambre. En la ciudad había un pobre hombre, llamado Masilo, y su mujer. Un día van a cavar en tierra, y cavando, cavando de así a así, Abrecholes, cuando la tierra de gente que trabajaba en el campo se volvió a casa, también ellos se volvieron. Entonces llega un pájaro que se para en la cima, al extremo de la tierra de Masilo, y comienza a silbar, diciendo:

—¡Tierra labrada por Masilo, sufríste!

La tierra hace lo que dice el pájaro. Después, el pájaro se va. Al día siguiente, cuando Masilo y su mujer llegan a la tierra, se quedan dormidos y dicen: "¿Pue ayúd, efectivamente, donde cavamos ayer?"

Por las gentes que trabajaban al lado se comienzan de que el sitio es el mismo. Las gentes comienzan a reírse y a burlarse de ellos diciéndoles: "¿Es que son unos bobalicones?"

Cavan y cavan otra vez el día entero y, de tarde, se vuelven a su casa como los demás.

Entonces llega el pájaro y repite la operación.

Cuando retornan a la mañana siguiente encuentran que la tierra se ha vuelto otra vez, se creen embusteros. Todavía se ponen a reír, Masilo dice a su mujer:

—Vete a casa; yo me quedo para vigilar la tierra y descubrir al que nos destruye el trabajo.

Entonces la mujer se va. Masilo se tiraba en la lina de la tierra, en la misma cava sabe la que el pájaro veía habitualmente a posarse. Cuando en sus reflexiones llega el pájaro. Era un hermoso pájaro. El hombre lo examina con admiración. Comienza a hablar y dice: "¡Tierra labrada por Masilo, sufríste!"

Entonces Masilo le caba mano y dice:

—¡Ah! ¿Eres tú quien destruye nuestro trabajo?

Desenterró el coquillo y se dispuso a descubrir al pájaro. Entonces dice al pájaro:

—Por favor, no me mates. Te daré leche abundantemente para el autismo.

Masilo replica:

—Lo primero que hace falta es que restauras la obra de mi mano.

El pájaro dice: "¡Tierra labrada por Masilo, sufríste!" Y la labor aparece.

Entonces dice Masilo:

—Ahora, dame leche.

Y cuando que inmediatamente da leche espesa, que Masilo comienza a apurar. Cuando se burla, lleva el pájaro a casa. Y al acercarse lo muerde en un saco.

Una vez en la casa, dice a su mujer:

—Lava los jarros de cerveza más grandes que haya en la casa, ¡lávalos todos!

Pero la mujer, malhumorada a causa del hombre, pregunta:

—¿Tienes algo que poner en tantos jarros grandes?

Masilo le dice:

—Tu oye y calla, haz lo que te encargo y ya verás.

Preparados los jarros, Masilo curre al pájaro del saco, y dice:

—Da leche para el sustento de mis hijos.

Entonces el pájaro lleva de leche todos los jarros de cerveza. Comenzan a tomarla y, cuando concluyen, Masilo hace a sus hijos esta advertencia:

—Mucho cuidado con decir nada de esto a nadie, ni a ningún compañero vuestro siquiera.

Los chicos juran que no dirán nada.

Masilo y su familia viven entonces gozando al pájaro. Las gentes, sorprendidas al verlos, dicen:

—¿Cómo es posible que estén tan gozados en casa de Masilo? Si es tan pobre! Pero, ahora, desde que tiene cultivada la tierra, él y sus hijos están muy gordos.

Se pusieron en acuerdo para descubrir lo que ocurría; pero no pudieron descubrir nada.

Una mañana, Masilo y su mujer fueron a trabajar en su jardín, y hacia la mitad del mismo día los chicos del pueblo se reunieron para jugar. Se reñaron cabalmente delante de la casa de Masilo y jugaron con sus hijos.

—¿Por qué están tan gordos, insectos los demás, estamos flacos?

Responden:

—¿Estamos gordos? Ciertamente estar tan flacos como nosotros.

No quieren decir la razón. Los otros continúan corrigiéndola y dicen:

—No se lo dirémos a nadie.

Entonces los hijos de Masilo dijeron:

—En casa de nuestro padre hay un pájaro que da hecho.

Los otros respondieron:

—Hacer el favor de enseñárnoslo.

Entonces entraron en la casa y sacaron al pájaro de su escondite. Lo colocaron como Masilo tenía costumbre de colocarlo, y el pájaro da hecho gruesos, se la bebieron, se la bebieron con sus compañeros. También mucha hambre.

Después que han bebido, corren al pájaro:

—Ésta es un bardo por nosotros.

Lo escuchan, y el pájaro empieza a hablar en la casa. Pero uno de ellos dice:

—Ésto es muy estrecho.

De manera que lo llevan fuera de la casa, y, cuando están respaldados y riendo, el pájaro levanta el vuelo y los deja espantados. Los hijos de Masilo decían:

—Hoy es el día en que padre nos mata; cerramos en busca del pájaro.

En su siguiente caminaron todo el día, porque mientras estaban a cierta distancia el pájaro permanecía quieto un rato, y cuando se acercaban se iba más lejos.

Cuando la gente que estaba en las campos volvió del trabajo, los del pueblo llamaron a sus hijos, porque no sabían qué había sido de ellos.

Pero cuando Masilo entró en casa y no encontraba al pájaro, aditivamente están los chicos, pero no dicen nada a los padres. Se escondieron mucho a causa del pájaro, porque saben que ha perdido el sentido.

De noche, los niños se deciden a volver a sus casas, pero los sorprenden una tormenta de agua y truenos y se asustan mucho. Han con ellos un chico valiente, llamado Masomamamung, que los salva diciéndoles:

—No temáis. Yo puedo mudar a una casa que se haga sola.

—Pues mudáosla, por favor.

El chico dice: "Vale, señores."

La casa aparece, y también está por la lluvia. Entonces los

niños entran en la casa, encienden una buena lumbre y se ponen a dar unas ráfagas de viento que hablan de un modo.

Así estaban, muy alegres, cuando llega un caballo sucio, y oyen su voz que dice:

—Masomamamung, cómo algunas de esas ráfagas que tenéis.

Se asustaron mucho, y el chico valiente dice a los chicos y a los chicos:

—Dadme las ráfagas que tenéis.

Se las dan y las arroja fuera.

Mientras el caballo se las come tranquilamente, los niños salen y bajan. Acabadas las ráfagas, el caballo se pone a perseguirlos. Siéndolo muy cerca, desparanaron unos ráfagas por el suelo y, entre las ráfagas y se las comen, le sacan mucha delantura.

Al fin, llegan a las montañas donde crecen los árboles. Como los chicos están muy cansados, tropezan todos a un árbol muy grande. Llega el caballo y trata de cortar el árbol, con la uña larga y afilada que tiene.

Entonces el chico valiente dice a los chicos:

Mientras yo canto, no déjais de repetir: "¡Arbol, sé fuerte; árbol, sé fuerte!"

El hombre,

Levanta su mano a su pecho,

Poneros en el suelo

Llevo un poco de sangre de mi,

Cuando queráis estar los niños alaceros

Cuyo saber nosotros muy grande os enseñe.

No creéis los árboles.

Quedados pesados.

Cuando está cuando llega un pájaro enorme, que revolotea sobre sus cabezas y dice.

—¡Agorosa bien a mí!

Los niños se agorosa fuertemente; se remonta con ellos y los lleva a su pueblo. Llegaron a medianoche. El pájaro descende a la puerta de la madre de Masomamamung.

De mañana, cuando la mujer sale de la cabecera, toma unas

ceranza y se le arrojó al pájaro diciendo: "Pase pájaro sabe dónde están nuestros hijos."

Al momento, el pájaro entró un recado al jefe, diciendo: "Obedece a todo tu pueblo que cubra de estréban los sandrales."

El jefe mandó que se haga. Entonces el pájaro trae a todos los niños, y el pueblo se puso muy contento.

## 5

### PETERISMO. HOMEBRES "GUINNES"

#### 19. EL ANTEPASADO DE LOS GAIOTS

Los hermanos iban de viaje. Un día que atravesaban un desierto, desprovisto de agua, la sed se apoderó del más joven. Entonces tenía mucha hambre.

Dijo a su hermano mayor:

—Tengo tanta hambre y tanta sed que ya no puedo andar.

Pregúntale tu camino y déjame morir aquí.

El mayor se alegró sin contestarle. Ya a esconderte detrás de una palmera. Allí tira su cuchillo y se corta un pedazo de carne en el suelo. Después otra y otra, estrébanla hambre y así el pedazo de carne, llevándose después al hermano. Hace deseca. Finalmente lo que le lleva el mayor, en ocurriendo alguna pregunta donde ha adquirido la carne.

Cuando terminas de comer, pécete manchas de sangre en la piel de su hermano y le interroga sobre el caso. El mayor aplaza la explicación pedida, previniendo informalmente en cuanto lleguen a un pueblo.

Llegados al pueblo, el mayor dice a su hermano:

—Ahora me dirás, como lo tienes ofrecido, a qué se deben las manchas de sangre que te he visto en la piel.

—Esta sangre —responde el mayor— me ha salido del suelo, desde me he cortado el pedazo de carne que te di de comer.

—Me has mentado con tu carne —responde el mayor—, y si no te hubiese visto la guerra manchada de sangre no habría sido

pedando en abnegación por mí. En adelante me llamaré "Dede",  
Kazé a tu mamá, y mis descendientes obedecerán a los tuyos.  
El hermano menor fue padre de los grios, que llevan, en éstos  
tú, el nombre de "Dede", adaptado por su antecesor.

### 30. KASIKAPALEZA

Vería lo que hacían en cierta ocasión un hombre y una mu-  
jer. El hombre entraba bostezando ¡achá! La mujer dice: "¡Va-  
vavé!" La mujer dice: "Necesito una falda, rubans y pulseras." El  
hombre dice: "Necesito agua de un poco en que no canten las  
señas."

La mujer va en busca del agua. Anda y anda. Al fin, en-  
cuentra un poco. Pero cuando va a echar el cubo oye: "¡Bueno,  
¡bueno!" Ve otro poco; quiere sacar agua, y en seguida: "¡Bueno,  
¡bueno!"

Al fin llega al ventadero poco en que no canta ningún sapo,  
y empieza a sacar agua.

Allí estaba un pájaro mandilón. Y advierte que la mujer quie-  
re sacar agua. Se encamalea en un hornillo. El mandilón, en cuan-  
to ve al animal dueño del poco, se pone a cantar:

*Mandilón es el hornillero.*

*Se encamalea en el hornillero.*

*Necesito en el hornillero.*

*Se encamalea en el hornillero.*

El animal dueño del sitio, ve a la mujer que saca agua y se  
apodera de ella. La hace su esposa y tienen un hijo, a quien da el  
nombre de Kasikapaleza.

El niño dice:

—Mamá, préstame a asíl.

La madre le presta en la escuela de asíl. El niño dice:

—Cuando sus ojos fueran ¡ponul, sékame.

La madre lo saca. Al punto el niño se pone a correr y a andar.

Cuando grita, hace ¡yeyé! Y dice:

—¿Qué pide el niño con ese grito?

Responden:

—Pide un hueso.

El niño repite:

—¡Yeyé!

Repuntan:

—¿Qué quiere el niño?

Responden:

—Una zanahoria.

De nuevo hace:

—¡Yeyé!

Repuntan:

—¿Qué quiere el niño?

Responden:

—Quiere un hueso de carpintero.

Otra vez hace:

—¡Yeyé!

Repuntan:

—¿Qué quiere el niño?

Responden:

—Quiere un cascillo.

Entonces su padre le da el cascillo, la zanahoria, el hueso y el  
hueso de carpintero.

Su padre va a trabajar al campo. Kasikapaleza se queda en  
casa y fabrica un cascillo. En el norte arena, judías, agua, guisantes,  
judías encarnadas de la especie llamada opentia, judías verdes de  
la especie llamada volado. Hecho esto se saba con su madre en el  
cayón y hace por los aires en dirección a la escuela del primer  
maestro de su madre. El animal los sigue desde lejos. Corro, corro,  
corro, y llega, por fin, a casa de ese hombre. Entonces el cascillo se  
vuelve. Y ellos se vuelven también, y llegan a su casa.

La mujer se adelanta y dice:

—Mandilón: así hijo y yo quedamos muertos.

El marido se muere inmediatamente.

La madre de Kasikapaleza en breña y dice:

—Kasikapaleza, haz una trampa para matar ratas, los cobartos  
son en el arroz.

Kasikapaleza hace la trampa. Su madre llama entonces al ho-

posito y le dice:

—Haz caer la trampa, y cuando saques Kasikapaleza a ver lo  
que hay, lo cogas y lo mates.

El tigre hace caer la trampa. La madre dice:

—Escribta, Kaskapoleca, la trampa se ha cerrado.  
—La trampa que pone el niño educado se ha de cerrar tres veces.

En cuanto el hortelano empieza a clarear, la mujer dice:  
—Kaskapoleca, ve a buscar lumina.

Quarta que el despertando se espere. Kaskapoleca llama a sus amigos. Cuando llega el despertando, todos, todos, gritan: ¡Kaskapoleca!, como si el despertando les fuese común. Su verdadero nombre era Tindivete.

La madre dice:

—Kaskapoleca, ayúdame esta noche, entra la lumina.  
Y le corta el pelo, para que esta vez el tigre le dé la trampa de la dormida. Entonces el llama a sus amigos y les dice:

—Cuerpo el pelo.

Cuando se han despertado todos llega el tigre; todos se ponen a gritar: ¡Kaskapoleca, Kaskapoleca! Y le hacen ruido.

A su regreso dice el tigre:

—Turo modo de matar al hijo de mi amante.

La mujer dice:

—Déjalo; hoy le séito la cabeza, después haré que duerma detrás de mí.

Cuando le ha séitado la cabeza, Kaskapoleca se duerme. Entonces lo coloca a su espalda. Cuando, durante la noche, Kaskapoleca se despierta, séito la cabeza a su madre y le pone color en el cráneo. El tigre llega y se apodera de la madre.

—¡Uwé! —exclama.

Kaskapoleca dice:

—Mi madre ha muerto.

Y la enterra diciendo:

—Me quería matar a mí.

Kaskapoleca va en busca de sus compañeros y mata al tigre. Se casa y vive con su mujer.

## 21. MARANDENKONE

Erase una bruja que tenía siete hijos muy hermosos. Decíase que, quien pasaba la noche con uno, desaparecía, cuando por la bruja porque el caso característico de las brujas es *allevamiento de carne humana*.

Había en el polo de la bruja ocho hermanos, el mayor de los cuales, que apenas contaba unos meses, se llamaba *Marandakone* (el hijo del mal).

Un día, Marandakone acompañó a sus hermanos que iban a acostarse con la hija de la bruja.

—¡Pero ignoras! —le replican— que nunca se ha visto volver a ninguno de los estirados amantes de esas mujeres!

—Seguís mi consejo —afirma Marandakone— y no temáis nada.

Los ocho hermanos llegan a casa de la bruja, que los recibe muy bien y les sirve una cena abundante, después de la cual les dice:

—Id a descansar cada uno en una de esas siete camas y en compañía agradable para esta noche.

Adá la buena.

Marandakone, a quien no han ofrecido nada, exclama:

—Y yo, abuelo, ¿he de dormir contigo?

—Sí —dice la vieja.

Cuando los jóvenes han desaparecido en las camas que les han correspondido, la vieja y Marandakone en otra y se acuestan juntos.

A medianoche, la vieja finge una tosilla para coimirse a Marandakone, el niño no dice nada ni se mueve. La vieja se levanta, y, entonces, Marandakone:

—¡Pa! Marandakone, ¿dónde vas?

—¡Cancón! ¿No te has dormido, niño?

—¡Oh!, lo que es yo, no me durmiera hasta que mi madre me echó un cascado de agua por la cabeza.

—Ejeca —dice la vieja.

Toma un cascado y va a llenarlo en el pozo, pero en el momento del pozo a la cabeza el cascado se vacía. La vieja llora, y al cabo se pasa la noche entera queriendo resolver el insoluble problema de transportar agua en un cascado.

El nuevo día comienza sin incidentes. Llegada la noche, los jóvenes vuelven a dormir con las jóvenes y Marandakone con la vieja.

Resolida de sueño, a causa del insomnio de la noche precedente, la bruja se duerme profundamente. A eso de las once, Marandakone levanta un ruido y va de cabeza en cabeza diciendo a sus hermanos:

—Pon a la hija de la bruja al borde de la cama, en su lugar, y téjala con las ropas.

Tomaban estas precauciones, Maran vuelve a acostarse. A media noche la vieja se despierta, finge una tosilla, se levanta, se levanta, pero Maran no se mueve; se le aproxima, para cerciorarse de que está dormido, y cuando se convence de esto, sale. Va de cabalía en cabalía desfilando a la persona que está al borde de la cama, vuelve luego a su caso y prepara una sala con la sangre de las víctimas. Al disponerse a dormir, Maran grita:

—Yo también quiero, mamá.

—¡Cállate Maran, ¿quieres comer sangre humana?

—¡Ya lo creo, yo lo creo! —Eso Maran, sin mostrar enojo.

¡Ea tan rico!

Concluido el refrigerio vuelven a acostarse. La vieja se duerme, y Maran se aporrea para decir a sus hermanos:

—¡Salid corriendo, porque en cuanto la vieja se dé cuenta de su desgracia no os lo perdona.

Después Maran vuelve a su caso.

De mañana, la vieja dice a Maran:

—Va a ver si se han despertado tus hermanos.

Maran vuelve y dice:

—No; todavía están durmiendo.

Poco después la vieja dice a Maran:

—¿Qué hacen tus hermanos?

—¡Oh! —responde—, hacen mucho que se fueron; pero, tus

hijos, comulga están para escapar.

Y se pone a salir.

La vieja, presenciado una desdicha, va a la cabecera de sus hijos y reconoce la estratagemas de que ha sido víctima. Justa venganza del pobre Maran.

Como todos los hijos, tenía poder de cambiar de forma. Se va a la aldea de Maran. La aldea no tiene ni un solo hombre, lo que obliga a los habitantes a ir muy lejos en busca de hijos para las albas. La vieja hechicera se convirtió en un soberbio brujo, al que se opusieron a tener todos los diábolos de la aldea.

Pero Maran, que jugaba con ella, dijo:

—¡Cállate! ¿Un brujo tan poco puede beber del suelo en una noche, como una zoca?

—Sí, por cierto —dice el brujo—, y si quieres catarle hojas serás muy bien recibido.

Entonces una rana se inclinó hacia Maran para mostrarle a su hijo.

—Oh, ahí —dijo el niño—, un brujo que habla y que tiende las ramas no es natural. Si quieres, sube veniente a cortar hojas; lo que es yo, me quedo aquí.

El brujo se estremeció de frío, y luego, viendo que Maran se mantenía apartado, desapareció con todas las impudencias niños que coraban hojas.

La bruja pensaba que los habitantes de la aldea enviarían a Maran a rescatar los niños, y de momento subvertía la venganza, sin dejar de regalarle comodidades un niño cada día. Pero Maran no fue.

Un día, detrás de la aldea de Maran, los chicos encontraron un asno muerto, y los llevó corriendo para cubrirlo y montar en él, a quien más pudo. Cuando llegó Maran, ya no quedaba niño en el bano del asno, el cual, muy complacido, alargo en seguida el reglamento.

—¡Oh, ahí —dijo Maran—. Este asno debe de ser de la misma familia que el brujo —y se alejó.

El asno desapareció con los niños que lo montaban, y los padres furiosos, dijeron a Maran:

—Ya que eres lo bastante perezoso para no caer en las trampas de la bruja, te explicamos que siempre todos tus recursos en hacer a nuestros hijos.

Maran lo prometió. Se fue, llevando consigo una piel de buey,

con un pedazo de coque y nido.

La bruja tenía una hija de la edad de Maran.

Puede también una vaca parir, y, como ésta siempre tenes mos de Maran, en el momento de parir la vaca dijo:

—Si la vaca tiene un ternero colorado, será que Maran está en el vientre del ternero; si tiene un ternero blanco, será que Maran no está.

El ternero nació blanco, y, desde entonces, la vieja perdió el miedo, pero Maran, más astuto que ella, estaba en el vientre del ternero.

Como todos los terneros, blanca y correa, y al pasar junto a los niños les dijo:

—En cuanto la vaca me deje suelta en medio de vosotros, me agarraré por la cola, por los cuernos, por donde pueda, y os llevaré a nuestra aldea.

Así se fue, con gran desesperación de la vieja. Sin embargo, ya

que procediese talde habilitándose, sea que tal fuese la intención de Maran, la viéja se agachó de él.

Zincando al polizaco en una pít de buco, que aló con cinero, y la puso en otra pít de buco, que cerró lo mismo. Todo ello, en fin, fue enterrado en una ténaca pít de buco muy fuerte y realmente atada.

La vieja puso a su niña, junto al polizaco, para guardarla, mientras ésta abría un hoyo en el corral de su casa, rellenándolo con leña y heñén, a los que prendió fuego.

En tanto, la niña, oyendo que Maran vela una cosa, le preguntó:

—¿Es que tienes provisiones, Maran?

—¡Ojalá! Mejor que provisiones, tengo graneros.

—¿Ojalá! Dame un poco, Maran.

—¿Eh? ¿Cómo quieres que te dé, si estoy asado? Suéltame, y venrímos.

La impudente niña abrió los póes de buco. Maran salió, la derribó, la puso en lugar seguro con las ropas que él llevaba, cerró las pítas y desapareció, vestido con las pítas de la niña.

Cuando la vieja tomó la pít de buco, una vozecita le dijo:

—Madre, con cuidado. Maran me ha puesto en lugar seguro, y vas a andar a tu hija.

—Sí, sí —dijo la vieja—. Te conozco, Maran; ya puedes testar la voz de mi hija que eso no se vale.

Y sin vacilar arrojó el paqueter a la laguna. Poco después, el cuerpo de la niña resacaaba, y Maran, sirviendo café a la vieja, le gritó:

—¡Bueno! Veje heñekera, acádate de matar a la hija que te quedaba —y se puso en salvo.

La vieja se sentó, desolada, y se puso a discutir el medio de vengarse de Maran. Dicu que aún no lo ha encontrado.

## PETRISMO, VEGETALES Y MINERALES "GUINNES"

### 6

#### 22. KUMONOGÓ

Había un muchacho llamado Hialakosé; su hermano se llamaba Thakane. Mientras el padre y la madre trabajaban en el campo, Thakane se quedaba solo en casa, por su parte, Hialakosé cuidaba el ganado. Un día dijo a su hermano:

—Thakane, dame kumonogó.

Ese era el nombre de un árbol de que crecen el padre y la madre; hacéndole una heridura con el hacha, daba leche. A los hijos les estaba prohibido tocarlo.

—Thakane, dame kumonogó.

—¿No sabes que no me permiten coger de ese árbol? Solamente padre y madre pueden coger de él.

—Pues si es así, hoy no llevo el ganado a pastar; se pasará el día en el árbol.

Thakane no entendió, y su hermano permaneció sentado en el leño. Al cabo de un momento, dijo él:

—¿Cuándo vas a llevar el ganado a pastar?

Respondió él:

—Eso no pasa en todo el día.

Entonces, Thakane tomó un vaso de barro y un bacón y la derribó contra Kumonogó. Salió un poco de leche; quitó disela a su hermano, que la retuvo, diciendo que era insuficiente para secar el hombre. Thakane decorgó de nuevo el bacón; esta vez manó leche en abundancia, que daba como un arroyo en la choza. Entonces, Thakane llevó a gatas a su hermano, diciéndole:

—¡Pronto, socorrenme! El árbol de nuestros padres se derriba completamente; la cabrita ya está llena.

En vano quieren detener la hebra, que flota cada vez más alta; caen y sala de la cabrita como un arroyo y corre en dirección al campo de los padres.

Rablaboné lo vio desde lejos y dijo a su mujer:

—Mablaboné, los hijos han hecho, sin duda, alguna tontería;

Kumongé se viene hacia esta parte.

Tiraron los arados y se fueron al encuentro de Kumongé; el marido tomó hebra con las manos y se puso a tejerla; la mujer le tomó y se la bebió del mismo modo. Entonces Kumongé se repregó sobre el mismo hasta encontrar en la cabrita.

En cuanto llegaron, los padres preguntaron a su hija:

—¿Qué has hecho, Thaboné? ¿Por qué se derribaba por el campo el árbol de que sólo nosotros tenemos derecho de comer?

Respondió la hija:

—La culpa no es mía, sino de Mablaboné. Se agacha a sacar el gambo del árbol y llevando a pastar si no le daba hebra de Kumongé; por eso se la he dado.

Entonces su padre mandó que trajeran los arados; escogió dos, los dejó y los puso a tejer; la mujer tomó serpo y amasó la harina. Después, el marido tomó las dos pieles de carnero y las untó de grasa y de cera roya; en seguida mandó venir al herrero para que forjase unos anzuelos de hierro. El herrero echó los anzuelos en los brazos, las piernas y el cuello de Thaboné. Entonces el padre tomó las pieles que había preguntado y la vistió con ellas; le puso también tiras de pieles en los brazos.

Después ya sola, llamó gente y dijo:

—Quiero distribuirme de Thaboné.

—¿Cómo puedes darte con mi hacer semejante cosa, tratándose de tu hija única?

Respondió:

—Voy a la cumbre del árbol prohibido.

Entonces se fue con ella al pie de los árboles para que la devoraran. Al pasar cerca de unos campos cultivados salió un conejo y preguntó:

—Rablaboné, ¿quédate lejos a esta niña tan hermosa, tan hermosa?

Respondió él:

—Puedes preguntárselo a ella; ya es lo bastante mayorada para contestarte.

Entonces Thaboné se puso a cantar:

*He dado Kumongé a Mablaboné.*

*Kumongé el pastor de nuestro ganado*

*Para que el ganado no se escurriera todo el día en el árbol, Kumongé,*

*Que no se pudriera en el árbol, Kumongé,*

*Le he dado Kumongé de mi padre.*

Entonces el conejo exclamó:

—¿Adónde llevas a esta niña tan hermosa, tan hermosa?

Un poco más lejos encontraron unas ardazas que preguntaron

a Rablaboné:

—¿Adónde llevas a esta niña tan hermosa, tan hermosa?

Respondió él:

—Preguntárselo a ella; ya es bastante mayorada para responder.

Entonces la joven se puso a cantar:

*He dado Kumongé a Mablaboné.*

*Kumongé el pastor de nuestro ganado*

*Para que el ganado no se escurriera todo el día en el árbol, Kumongé,*

*Que no se pudriera en el árbol, Kumongé,*

*Le he dado Kumongé de mi padre.*

Entonces las ardazas exclamaron:

—¿Adónde llevas a esta niña tan hermosa, tan hermosa?

Al día siguiente, Rablaboné y su hija encontraron unas ardazas que preguntaron:

—¿Adónde llevas a esta niña tan hermosa, tan hermosa?

Respondió él:

—Preguntárselo a ella; ya es bastante mayorada para responder.

Entonces la hija se puso a cantar:

*He dado Kumongé a Mablaboné.*

*Kumongé el pastor de nuestro ganado*

*Para que el ganado no se escurriera todo el día en el árbol, Kumongé,*

*Que no se pudriera en el árbol, Kumongé,*

*Le he dado Kumongé de mi padre.*

*He dado Kumsongé a Hlababoné.*  
*Pero que el ganado no se estuviere todo el día en el corral, Kumsongé,*  
*Que no se pudriese en el corral, Kumsongé.*  
*Le he dado Kumsongé de mi poder.*

Entonces las niñas exclamaron:

—¡Ojalá te devorara los caribales, Hlababoné, y no a tu hijo!  
Por fin, llegaron al pueblo de los caribales; el hijo de Masilo,  
hijo del jefe, estaba lleno de gracia. Solo su padre era canchali; Masilo  
no comía carne humana. Hubieron entrar a Hlababoné y a su hija  
en el corral; trajeron para Thabani una piel de león curada, sobre  
la que se sentó; él podía verlo que se sentaba en el suelo. Entonces,  
Masilo preguntó a Hlababoné:

—¿Adónde llevas a esta niña tan hermosa, tan hermosa?

Hlababoné respondió:

—Puedes preguntarlo; ya es bastante sospecha para con-  
tarte.

Entonces su hijo se puso a cantar:

*He dado Kumsongé a Hlababoné,*  
*Kumsongé al padre de nuestro ganado*  
*Pero que el ganado no se estuviere todo el día en el corral, Kumsongé.*  
*Que no se pudriese en el corral, Kumsongé,*  
*Le he dado Kumsongé de mi poder.*

De esta manera contó públicamente su culpa.

Entonces Masilo, hijo del jefe de los caribales, llamó a uno de  
sus servidores y le dijo:

—Llévame a este hombre y a esta joven a casa de mi madre, él se  
quea conmigo a la joven en su hija y que viva a ese hombre a casarse  
a mi poder.

La madre de Masilo ordenó al sirviente que condujese a Hlababoné  
a la presencia de su marido; él sirvióle fuego, y dijo al jefe  
de los caribales:

—Masilo me dice que se traiga ese hombre para que se cashe.  
El jefe de los caribales no apodó a Hlababoné; y, poniendo  
a la madre un bonito velo, lo procuró desear, vino y todo; cuando

Hlababoné estuvo casado, el canchal se burló de su error. Con-  
cluido todo, el sirviente de Masilo se volvió con su amo.

En cuanto a la joven, Masilo la tomó por mujer; hasta entonces,  
nunca había querido casarse, y había rechazado cuantas jóvenes le  
propusieron. Thabani era la única que le hubiese gustado en todo  
eseo. Pasado algún tiempo, Thabani se quedó enferma y dio a luz una  
niña. Su mujer exclamó:

—¡Ay, hija mía! Has producido en vano los dolores del parto.  
En efecto; en aquella noche, cuando nació una niña, se la lle-  
van al canchal, que la devoraba. Fuera a decir a Masilo:

—Tu mujer ha echado al mundo una niña.

Respondió:

—Eso basta; llevábala a mi poder para que la cuche.

Pero Thabani exclamó:

—No, no. En mi poder no come a los niños; cuando se casen,  
se las entrena; no quiero que me quiten a mi hija.

Su mujer le respondió:

—Aquí no hay que poder hijos, todos han de ser chicos.  
Masilo va junto a su mujer y le dice:

—Vamos, Thabani; permítame que mi padre cuide de tu hija.

Pero su mujer se negó a dejarse convencer y respondió:

—Yo misma la entreno; no quiero que el canchal de tu padre,  
que ya devoró al niño, se coma también a mi hija.

Entonces llevó a la criatura en brazos y bajó al río; llegó a un  
sitio en que el río formaba un remanso profundo, rodeado de cañas  
altas. Se sentó en el suelo y estuvo llorando mucho tiempo, sin poder  
decidirse a sepultar a su hija. De pronto, salió del agua una mujer y  
apareció en medio de las cañas; la mujer preguntó:

—¿Por qué lloras, hija mía?

Thabani respondió:

—Lloro porque he de ahogar a mi hija en el río.

Entonces dijo la mujer:

—Es verdad; en tu aldea no hay que usar hijos, todos han de  
ser chicos. Dame la criatura, yo me encargué de ella. Dime tan sólo  
cuando quieras venir a verla aquí, en este remanso.

Thabani le entregó la niña y se volvió a su casa. En día señalado

volvió al momento para verla. En cuanto llegó a la orilla se puso a cantar:

*Tórense a Dababoné, que yo la veo,*

*Dababoné, que Morio, su padre, reclama.*

Entonces apareció la vieja con la nina, ya bastante crecida. La madre se alegró de ello y estuvo mucho tiempo sentada a la orilla del agua con su hija. Al caer la tarde, la vieja volvió a su casa y desapareció con ella en el seno de las aguas. Thabaneé volvió a ver a su hija cada cierto tiempo, y siempre la veía ir a visitar a Dababoné. La niña creció tan de prisa que en un año se hizo mujer. La vieja la hizo pasar, debajo del agua, por los ríos de la tribu.

Cuando su madre fue a visitarla, vio que ya era nublada. Aquella, un hombre de la aldea de Masilo había ido a estar un tiempo al borde del río; vio a la joven y se enamoró de su parecido con Masilo.

Entonces volvió a la aldea y tomando aparte a Masilo, le dijo:

—Acabo de descubrir en la orilla del río a tu mujer en compañía de tu hija, la misma que tu mujer se decía cuando a nosotros.

Masilo preguntó:

—Entonces, ¿no está muerta en el fondo del río?

El hombre respondió:

—No, y te diré, además, que ya es mujer y acaba de pasar por los ríos de la tribu.

Entonces Masilo preguntó:

—¿Qué haré?

El hombre respondió:

—El día que tu mujer te diga que va a bañarse al río, adelántate tú que la veas y recóndete en la maleza; cuando tu mujer llegue, no séas que está allí.

Al cabo de unos días, Thabaneé dijo a Masilo:

—Hoy iré a bañarme en el río.

Su marido le dijo:

—Fácil bien, puedes ir.

Entonces corrió al río y se escondió en la maleza. Thabaneé llegó un momento después, y, de pie en la orilla, se puso a cantar:

*Tórense a Dababoné, que yo la veo,*

*Dababoné, que Morio, su padre, reclama.*

Entonces la vieja salió del agua con Dababoné; al verla, Masilo comprendió que, en efecto, era su hija, la que su mujer había dicho que iba a entrar. Se echó a llorar, cuando ya crecida o su hija. La vieja dijo a Thabaneé:

—Tengo miedo, como si alguien estuviese espíandome.

Entonces volvió a Dababoné y se volvió con ella al fondo del agua. Thabaneé se volvió a la aldea, y también Masilo, por otro camino. Cuando llegó, se sentó en el lago de su madre y se estuvo mucho tiempo llorando. Masilo le preguntó:

—¿Por qué lloras, hija mía?

Masilo respondió:

—Pues me duele mucho la cabeza, me duele mucho.

Por la noche dijo a su mujer:

—Me visto a mi hija en el sitio donde tú dijiste que iba a enterrarse.

Masilo respondió:

—No se de qué hablas; mi hija está enterrada en la arena.

Masilo explicó mucho a su mujer que así se lo contó todo y que le descubrió en la hija. La mujer respondió:

—Si te la devuelvo, estoy segura de que se la llevarás a su padre para que la desentere.

Masilo respondió:

—Te prometo que no lo haré, ahora que ya es mujer.

Al siguiente día, Thabaneé fue a buscar a la vieja y le dijo:

—Masilo me vio ayer, y hoy me entró a suplicarte que le devuelvas a su hija.

La vieja respondió:

—Pues que me dé mi cabeza de ganado.

Thabaneé volvió junto a su marido y le dijo:

—La vieja pide mi cabeza de ganado.

Masilo respondió:

—Si no pide más que un millar de cabezas, es muy poco; si pides dos, también se los daré, porque, sin ella, mi hija hubiera muerto.

Al día siguiente después, llevaron a todas las aldeas, ordenando a su pueblo que le llevara el ganado que quisiera. Cuando entró junto todo el ganado, escogió un zallo de buenos y varas, que

zambulló llevar al remanso del río. Llegó el ganado, y Thakant se puso a cantar:

*Tómon a Dilabloné, que go la ota,  
Dilabloné, que Manó, no padre, reséase.*

Entonces la vieja salió del agua con Dilabloné; en cuanto aparecieron el sol dejó de brillar; pero, en cuanto púseron el pie en la orilla, brilló de nuevo. Manó vino a su hija, el pueblo entró con a la hija de su jefe, la que su abuelo quiso divorciar y que Thakant salvó de la muerte. Entonces el ganado de la vieja se arrojó al río; pero, en realidad, no había agua más que en la parte alta, porque ahí no había un estremo más habido por un pueblo numeroso y gobernado por la vieja que había salvado a Dilabloné.

Cuando estuvieron de regreso en la aldea, la madre de Manó dijo:

—Allora hay que llevar a Thakant a su casa para que viva a su madre y a sus hermanas.

Después fueron menajeros por toda la tribu, ordenando a todos que trajeran el ganado con que el jefe quería dudar a Thakant. Manó se puso en camino con todo aquel ganado y multitud de jóvenes. Cuando llegaron a una brecha angosta, por donde Thakant había pasado antes con su padre, vieron que un peñasco muy grande lo cerraba casi por completo. Thakant preguntó a su marido:

—¿Qué roca es ésta, que nos evita el camino?

Manó le dijo:

—No la viste al pasar por aquí con tu padre?

Respondió ella:

—No; esta roca no estaba aquí, el desfiladero estaba abierto.

Hablando así, continuaron su camino con el ganado que llevaban; Thakant iba delante, porque era la única que conocía el camino de casa de sus padres.

Llegaron al desfiladero, a unas cuantas pasas de la brecha, la roca se puso a cantar:

*Rué lo, le rué, Thakant, hijo mío, voy a divorciar,  
Primero a ti, que vas delante, después a quienes te acompañan.*

La roca era el propio Rablabloné; su corazón se había cambiado en roca, después de morir. Thakant le respondió:

—Si quieres, cómo sea hasta los huesos.

Después dijo a Manó:

—Es mi padre, que ha venido a esperarnos en el camino.

Entonces agitaron cierto número de banderas y los echaron hacia la roca, que abrió las fauces y se los tragó de un bocado. Después Rablabloné volvió a cantar:

*Rué lo, le rué, Thakant, hijo mío, voy a divorciar,*

*Primero a ti, que vas delante, después a quienes te acompañan.*

Entonces le echaron el resto del ganado, que al instante divorció;

luego se puso a cantar:

*Rué lo, le rué, Thakant, hijo mío, voy a divorciar,*

*Primero a ti, que vas delante, después a quienes te acompañan.*

Thakant le dijo:

—Ahora, si quieres, puedes divorciar a mi gente.

Su padre se comió a algunos de los acompañantes, y dentro a Thakant y su marido, que querían seguir su camino, caminando otra vez:

*Rué lo, le rué, Thakant, hijo mío, voy a divorciar,*

*Primero a ti, que vas delante, después a quienes te acompañan.*

Entonces Thakant dejó que su padre se apoderara de ella y la siguió y los divorció, sin dejar uno. Ya no quedaban más que ella y Manó, con los dos hijos. Dilabloné y su hermano, al divorciarse a continuación el vesp, la roca los divorció y se puso a cantar:

*Rué lo, le rué, Thakant, hijo mío, voy a divorciar,*

*Primero a ti, que vas delante, después a quienes te acompañan.*

Entonces Thakant le entregó a todos los que quedaban del divorcio, así como de su marido y sus dos hijos; la roca se los tragó vivos de un bocado, y así llegaron hasta el vesp.

El interior de Rablabloné era como una vasta caverna. Un poco se ocupaba en cortar el vientre de Rablabloné con un cuchillo, para hacer una salida; al fin, consiguió abrir una brecha

muy grande. Entonces murió Rabbahabani; la roca se desmenuzó con gran estrépito. Sólo del interior muchachos de gente; solamente quedamos dentro los que, desorientados hacia mucho tiempo, estaban ya perdidos; los que acababan de ser desorientados, salieron todos, esos sus gemidos, tan sacos como antes.

Mosé y su mujer siguieron su camino y llegaron a la aldea de Rabbahabani; las para la madre y el hermano de Thobani, como un niño, porque desde hacía mucho tiempo la habían por muerta. Retornaron al mismo tiempo, después sacrificaron cantidad de caberos de ganado para recibir dignamente a Thobani y su madre.

## 23. LA CALABAZA QUE HABLA

Había una vez una aldea muy grande; los peregrinos salían a jugar al campo. Vieron una vez una calabaza y dijeron:

—La calabaza engorda.

Entonces dijo de pronto la calabaza:

—Cógeme, y se cogió.

Las niñas volaron a sus casas y dijeron:

—Márame, en el campo hay una calabaza que habla.

La madre les dijo:

—Niños, eso es mentira.

Los chicos, que no habían ido con ellas, les dijeron:

—Levántase ahora, así la calabaza.

Cuando llegaron, dijeron los chicos:

—La calabaza engorda.

La calabaza no comía nada, se está quieta y no deja escapar

señal alguna. Las chicas vuelven a casa y dicen:

—¿Por qué nos habéis engañado?

Los chicos se ríen y contestan:

—Dejad que vergüenza nos den a ver.

Retornan allí, y, en cuanto dijeron: "La calabaza engorda", les

respondió:

—Cógeme, y se cogió.

Entonces volaron a casa y dijeron:

—Márame, la calabaza ha hablado otra vez.

Volieron allí de nuevo las chicas, pero la calabaza no arrojó

palabra.

La calabaza crece, se pone tan grande como una casa y se apodera

de todos los hombres. Sólo queda una mujer. La calabaza se ha ido a todos los habitantes de la aldea. Entonces se puso en el mar. La mujer, que se había quedado sola, dio a luz un hijo, que, al ser mayor, preguntó a su madre:

—¿Dónde está mi padre?

La mujer respondió:

—A tu padre se lo tragó una calabaza que se ha ido al mar.

Y vino a buscar a mi padre —dijo.

Sale, y, al llegar a un lago, grita:

—¡Calabaza, ven! ¡Calabaza, ven! ¡Calabaza, ven!

Pero nadie se va. Entonces va a otro lago y grita:

—¡Calabaza, ven!

Entonces se asoma la cabeza de la calabaza; siente miedo y corre

a un árbol. Desde allí continúa gritando:

—¡Calabaza, sale! ¡Calabaza, sale!

Por fin sale la calabaza a perseguir al que gritaba. Pero él corre

a otro árbol, va a casa de su madre y dice:

—Dame el carro para matarla.

Entonces toma unos cuantos del carro, tira y hiere a la calabaza.

Tira sus flechas. La calabaza corre de tal suerte que se la oye huir

en Vega. Al fin queda muerta. El joven dice a su madre:

—Tráeme el caballo.

Con el caballo la desenterra. La gente sale y dice:

—¿Qué es eso, ha muerto?

—No.

Entonces él saca nuestro jefe y se ventera como a tal.

Fue reconocido jefe y recibió su patrimonio de jefe.

## 24. LA HIENA Y SU MUJER

Tres niñas, que nacían lejos para guerra, van y comen unos tubérculos riberanos. Encuentran una piedra y dicen:

—Esta piedra es un bonito como la que nos nuestro padre para

mostrar el tubérculo.

Comen un tubérculo en pedruzcos y ponen los pedruzcos en la piedra.

Pero una de ellas, que llega la última, no quiere hacerlo así. En

segunda se van al bosque a recoger leña. Dos de las niñas vuelven

con la leña y piden delante de la piedra; pero, cuando llega la

última, la que no había querido darle los caberiles, la perdía enojada tanto que la niña no puede pasar.

Entonces llega una buena muchacha, que dice:

—Si me permites ver mi mujer, te ayudaré; no tengas más que agarrarme con fuerza a mi cola, pero agárrame bien.

Entonces la niña se prende a la cola de la buena, que la hace pasar por encima de la puerta. En seguida llegan a un río; la buena dice:

—Agárrame bien a mi cola, pero un cuidado de que no se rompa.

Entonces da un salto por encima del río, y la cola se rompe.

—A un hombre valiente, a un hombre animoso —dice la buena—, no se le rompe nada.

Recoge una medicina y se cura la cola. Llegan al maternal. Habla muchas palabras. La buena abre su casa. La joven pregunta:

—¿Dónde estamos?

—En casa de un hombre valiente, de un hombre animoso —responde la buena.

Después sale, se apodera de una cebra y se la da a la mujer. Va en busca de un caballo y lo pone delante de los buques. La mujer corre la cebra y la buena se corre el caballo.

Un día, como la joven era ya mujer, la buena la lleva a un sereno despiado y la picha con una aguja para ver si tenía buena la buena. Al sacar la aguja sólo salió un poco de manita. Entonces la buena confunde a su mujer a casa. La lleva una cebra, y va a buscar para sí un caballo. En casa, le dice a su mujer:

—Buena una buena donde están los caberiles y parte laña.

Allí va la joven, no encuentra nada y dice:

—No voy al bacón.

La buena replica:

—El bacón de un hombre valiente, de un hombre animoso, es inviolable.

La buena hace como que busca por el suelo y sale. Va a la oficina del río y parte laña con los chicos. Ve venir a un muchacho, y grita a su mujer:

—Te he traído Machequá viene borracho y trae canchallas con sus pira.

La buena añade:

—Péalo, muchos en carne. Y encendiendo cigarrillos, los pechos se mueven en carne y la buena se hace hombre. Y dice a Machequá:

—Tome laña.

El chico recoge laña y la lleva a la casa. La buena dice:

—Cuando vengas, has de venir bailando.

Al siguiente día, el chico vuelve, pero sin bailar; había reñido a las canchallas para que no se fuera. De pronto ve los pelos de la buena y grita:

—¡Ay, una buena!

—¡Callate —dice la buena—, callate, que te callen!

Pero el chico grita:

—¡Apúrrame una buena!

Entonces ella se arroja sobre él, le arranca los vestidos y las canchallas, pero las enoja en un palo y devuelve al chico.

Cuando la buena vuelve a casa, llama a su mujer:

—¡Machete!

Ella le pregunta:

—¿Dónde está Machequá?

—Recogiendo laña —responde la buena.

Y, al cabo de un momento, la mujer añade:

—¡Aun no lo voy.

La cola de una buena vecina llega y dice:

—Dame un poco de hombre, mujer de rey.

La mujer no se la da. La cola repite:

—Mujer, mujer, dame un poco de carne.

—No tengo.

—Mujer, mujer, dame un poco de carne.

—So la da. Entonces la cola pregunta:

—¿Tocada no estoy tanto; dame carne, mujer de rey, y después te daré una cosa.

—Hoy van a devorarte.

La cola le repite una medicina que la purga enteramente; se emborrutina con becerro, después toma unas bayas de salada y colorea una con las piernas, otra con las bujes y otra en un terreno rojo.

Después continúa y dice:

—Cuando me llamen, responde.

Las otras buenas se juegan en cintura, y una dice:

—Machequá, ¿a qué se parece tu mujer?

Responde:

—La mujer de un hombre valiente, de un hombre animoso no se puede a nada.

La mujer huye.

Los hombres, muy alegres, bailan, y las crias recojen leña en las montañas y cantan: "¡Leña, leña; vamos a sacar carne. ¡Leña!"

Masanga entra en la casa y dice:

—Mujer, mujer: ¡un cuñado llega. Corrígame.

Llama a la mujer.

—Masangé, ¡Mujer, mujer! ¿Dónde estás?

—Estoy con los criados.

La buena buena, sin encontrar, y grita de nuevo:

—Mujer, mujer; Masangé, ¿dónde estás?

—Estoy con los criados.

La buena buena entra por la puerta, no ve nada y llama:

—Mujer, mujer; Masangé, ¿dónde estás?

—Estoy en el campo rojo.

Los otros hombres llaman:

—Masanga, ¿qué hacen?

Responden:

—Una cosa difícil de arreglar.

Llegan los otros hombres:

—Tráenos a tu mujer, la depollamos y nos la comemos.

¡Triste, triste!

Masanga buena y no ve nada; las otras buenas le dan miedo, se encierran en la cocina y se tapan con tierra.

Llegan las otras buenas, entran en la casa, buscan y dicen:

—Masanga es invisible.

Después se van.

Los otros de las buenas, que se habían quedado en la casa, ven la puerta de una cosa oscura entre la cocina. Laman a las buenas mujeres. Cuando vuelven lo registran todo, se comen la cola. Dejan un poco de carne y dicen a las crias:

—Comed un pedazo de la piel.

Pero la ceta, que la tenía en guarda, arroja un pedazo. Y dicen las otras:

—¿Arrancas un poco? Nos la comemos toda.

Y las buenas la desoran.

La mujer se queda hombre, llega a un gran río, las buenas la persiguen. Va a tirarse al agua, las buenas le gritan:

—Espera, mujer de rey.

La mujer escupe en el agua, la golpea con un palo; las aguas se separan: una parte hecha neblina, otra hecha alajo. Las buenas también

quieren pasar, pero cuando llegan en medio del cauce las aguas se

juntan copiosas y las cubren.

## FETICHISMO. GIGRIS

## 25. TAKIÉ

Una voz del rebulo de un Peñ se escujo en el momento preciso del parto y fue a parir en un lugar viejo. En seguida se volvió al cerrado de su ante. Los toros, al verla ya empaja, se pusieron a buscarla efra, pero rápidamente en vano las mulas, no encontraron nada, y volaron rápidamente al corral, diciendo que, sin duda, el berrero había sido devorado por las fieras.

Una vieja, que en el huerto abandonado buscaba hojas de acedera para aliviar el dolor, vio al berrero echado al pie de un arbusto. Se lo llevó a su casa y alimentó con alvado, nijo adado y vino.

El berrero creció y se hizo un toro grande y pardo.

Un día, llegó un carnicero a pedir a la vieja que le vendiera el toro, pero ésta se negó rotundamente.

—Takié —dijo la vieja (tal era el nombre que había dado a su cria)— no se vende.

El carnicero, enojado por la negativa, se fue en busca del rey y le dijo:

—La vieja Zeyadé tiene un toro ciego, tan hermoso, que sólo tú eres digno de comerlo.

El señor envió al carnicero, con una pía, al pueblo de uno de sus hermanos, a buscar al toro de la vieja. Cuando el pedita llegó a casa de Zeyadé, el campesino del jfo dijo:

—El señor me envía en busca del toro para sacrificarlo mañana misma.

—No puedo oponerme a la voluntad del rey —respondió la vieja—. No os pido más que no me quitéis a Takié hasta mañana por la mañana.

Al día siguiente, cuando amanecía, el diosano y los otros carniceros se presentaron en casa de la vieja y se dirigieron a la cocina en que estaba amarrado Takié. El toro saltó a su encuentro resplandeciente, la curra baja. Los ocho hombres, asustados, retrocedieron, y el diosano, llamando a la vieja, dijo:

—¡Eh! Vieja, oye al toro que se deja estar una curra al pedacito.

La vieja se acercó al toro:

—Takié, Takié mío, déjame echarle la curra al pedacito.

Entonces el toro los dejó hacer así. Le pusieron el collar y lo ataron una curra a una pía, para llevarlo a casa del señor. Llegados delante del rey, los carniceros tuvieron al toro de costado, le ligaron los cuatro rinnes, y uno de aquellos, armado de un cuchillo, se le acercó para degollarlo; pero el cuchillo no entró ni un pelo del animal, porque Takié tenía el poder de impedir que el cuchillo penetrara en su carne.

El jefe de los carniceros rogó al señor que hiciera venir a la vieja. Declaró que sin ella sería imposible degollar a Takié, que debía de tener un grito contra el hierro. El señor llamó a la vieja y le dijo:

—Si no se consigue degollar al toro en una semana, mandaré que se rompa el cuello.

La vieja se acercó al toro, que seguía atado y burlado de costado, y le dijo:

—Takié, Takié mío, déjame degollar. Todo por el señor.

Entonces el animal de los carniceros degolló a Takié sin hacerle ningún ruido. Los carniceros desollaron la piel, la desmenuzaron y llevaron toda la carne al señor. Éste les mandó que entregaran a la vieja por la parte que le correspondía, la grasa y las tripas.

La vieja lo puso todo en un curnito viejo y se lo llevó a su casa. Llegada que fue a su casa depositó grasa y tripas en una tinaja grande, porque no se sentía con ánimo para comerse al animal que había criado y a quien tanto quería.

La vieja no tenía hijos ni esclavos, y se arreglaba ella misma la casa; pero ocurrió que, en cuanto hubo depositado los restos de Takié en la tinaja, todos los días se encontraban la cabaza huerda y

de tinajas llenas de agua hasta el borde. Y así ocurría en cuanto se presentaba un momento. Era que la grana y las trépas se cambiaban todas las mañanas en dos jorrocitas, que cubrían de la casa.

Una mañana, la pobre mujer se dijo: "Hoy mismo he de saber quién me burre la casa y me lleva las tinajas." Subió de la cocina, cerró la entrada con un arco y ocultándose tras él, se sentó y esperó por las intenciones del cañero lo que iba a suceder en el interior.

Apenas se había acabado oír ruido en la cocina. El ruido provenía del fredo de unas credas contra el suelo. Entonces corrió silenciosamente el arco, y vio a las dos jorrocitas, que corrían a meterse en la tinaja.

—No es accidental! —Se giró—. Yo no tengo hijos, ya lo séis: videntes aquí las tres en familia.

Las jorrocitas dejaron de huir y fueron al encuentro de la viña. Esta impuso a la más bonita el nombre de Takié, y llamó a la otra Aíca.

Estuvieron mucho tiempo con la viña, sin que nadie advirtiese su presencia, porque nunca salían. Un día se presentó un ganso a pedir de beber. Takié le sirvió el agua, pero el becerro se quedó tan perdidito de su hermanita que no pudo beber.

Cuando cumplió al rey, el ganso le contó que en casa de una vieja de la aldea había visto una joroca de belleza sin par.

—Es una joroca —concluyó— que sólo puede casarse con un sarié.

El sarié ordenó en el acto a un grisé que fuese, en compañía del diablo, a buscar a la joroca. Takié se presentó, seguida de la viña.

—Tu hija es maravillosamente bella —dijo el sarié—. Quiero tomarla por esposa.

—Sarié —dijo la viña—: casamiento en dándola por esposa, pero que nunca salga al sol ni se oculte de la noche, porque se convertirá como manzana.

El sarié presentó a la viña que Takié no salía nunca en las horas de sol ni se ocultaba de noche. De esta manera no había modo de que se espusiese al calor, que le era funesto.

Takié se casó con el rey, que le concedió el puesto de mujer pariente. La que antes ocupaba era mejor que en la situación de las mujeres ordinarias, que no debían acercarse al marido, a menos que él se lo ordenase expresamente.

Al cabo de siete meses, el sarié se fue de viaje. Al día siguiente las mujeres del sarié se reunieron y dijeron a Takié:

—Eres la favorita del príncipe y nunca trabajas. Si ahora mismo no nos traes esos granos de algodón, te matamos y arrojamos tu cuerpo en las brujas.

Takié, asustada por la amenaza, se acercó a la lumbre para tomar los granos de algodón en un lebrillo, y, según estaba vigilando la transformación, empezó a decirse como manzana al sol y transformarse en una grana lúida, que dio origen a un gran río.

Las otras mujeres del rey asieron, sin conocimiento, a esta mala suerte; terminando todo, la antigua favorita les dijo esto:

—Ahora, cuando por cierto, estades por allá en el río, por que el sarié, en cuando vuelva de viaje, hará que nos corran la cabeza. Si queréis no nos perdamos, habed obligado a su favorita a traer la joroca a la lumbre hasta que se ha convertido por completo. Y la primera que despierta será yo.

Hecho el convenio de su marido las mujeres vivieron bajo el temor de una muerte inevitable.

Algunos días después, el sarié volvió de su viaje. Sin haber siquiera el agua que le habían, llamó a su favorita:

—Takié, Takié!

Entonces la antigua favorita se acercó y le dijo:

—Sarié y marido, no puedo ocultarlo nada. En tu momento, las niñas (las brujas a las cuales) han hecho trabajar a Takié junto a la lumbre. Se ha convertido como manzana, y, al decirse, se ha formado aquel río nuevo que ves allí lejos.

Que me des a Takié! Tal era la idea del sarié. Echó a correr en dirección al río, seguido de la antigua favorita.

Cuando llegaron a la orilla, el rey se cambió en hipopótamo y se sumergió en busca de Takié. La ex favorita, que amaba sinceramente a su marido, tomó la forma de un colán y se echó también al agua, por no separarse del sarié.

Desde entonces, hipopótamo y colán no han dejado de vivir en las esteras.

36. NIOTONTAKMA

Había una vez una hija de jefe llamada Niotontakma; su padre no tenía más hijos que ella y un hermano. Ella guardaba el ganado e iba a la lumbre a los pedacitos de este. Un día, estando a la mesa

del ganado, muy lejos de la aldea, sobrevino un cielo, que le arrebató y se la llevó muy lejos a través del espacio. La condujo a una trova de *Mis-Telohé*, que no tenían más que una perra, un lezaco, un oyo y una oreja. Vivía esa ella y se casó con el hijo del jefe de la tribu.

Su marido tomó unos cuernos de animales y los enterró en el suelo de su choza. Un día que Notoasama intentó fugarse, los cuernos empezaron a girar:

*¡U-a-é-é! Ahí va Notoasama, arrebatado por un cielo cuando guardaba el ganado de su padre, el ganado de Selo-é.*

Entonces los *Mis-Telohé* llegaron corriendo y la condujeron otra vez a casa del marido.

Allí estuvo mucho tiempo y dijo a los dos niñas gemelas que se le parecían mucho. Las dos niñas crecieron, se desposaron y se casaron en dos grandes jónicas. Un día, que fueron a la fuente en busca de agua, derribaron unas banderas escondidas en un cistern: eran su tío materno y sus servidores. Aquel los preguntó:

—¿De quién son hijas?

—De *Selo-é-ne-goma*.

—¿Cómo se llama vuestra madre?

—Notoasama.

—¿De quién es hijo?

—No ha contado que un cielo la arrebató cuando escondía el ganado de su padre.

El hombre respondió:

—Son, en efecto, las hijas de mi hermana.

Entonces él y sus compañeros ocularon cierto número de cabañas, con las que hicieron su casa, y se lo entregaron a las jóvenes diciendo:—En cuanto lleguéis a vuestra casa, recordad estas cosas debiendo de la piel de buey en que vuestra madre acostumbraba sentarse, reñón a llevar y decirle que vaya a buscaros de comer.

Las jóvenes hicieron todo lo que su tío les había ordenado; mientras se movían las a basculas de comer, escondieron a todo precio las cabañas debajo de la piel de buey. Cuando volvió su madre y se sentó en la piel, las cabañas se rompieron; las dos jóvenes se deshicieron en lágrimas. La madre trató de consolarlas, presentándoles envolver un joven a buscar estas cabañas; pero ellas no debían de llevar,

<sup>1</sup> *Letteralmente: con ruidos, cabañas de madera.*

decidiendo que era de todo punto necesario que su misma madre fuese a buscarlas.

Notoasama se excitó, pues, a la fuente para traer las cabañas; allí encontró a su hermano y le reconoció. Liberó de alegría. Su hermano le preguntó:

—¿Cuándo vuelvas a casa? ¿Por qué has de estar con los *Mis-Telohé*, en casa de *Selo-é-ne-goma*?

Respondió ella:

—No puedo marcharme de aquí. En cuanto intento fugarme, los cuernos dan la voz de alarma.

Preguntó él:

—¿De qué cuernos hablas? ¿Cómo pueden hablar?

Notoasama respondió:

—Son cuernos mágicos que mi marido ha enterrado en el suelo de mi choza.

Entonces su hermano le dijo:

—Verás lo que debes hacer: pon agua a calentar, viértela en los cuernos y los arroyos bien con ruido<sup>1</sup>; después colócalos unas piedraditas grandes encima de los cuernos. Cuando todos estén derretidos, escóparte con tus dos hijas y ven aquí a buscarlos.

Notoasama volvió a su casa y dijo a sus dos hijas que pudiesen seguir a calentar; por la noche vertió el agua en los cuernos. Cuando tomó unas piedras grandes y las puso encima de los cuernos. Cuando fue a la aldea estuvo sumida en el sueño, después a sus dos hijas y fue a la fuente a juntarse con su hermano y sus dos compañeros. Hicieron todos juntos. Los cuernos trataron de dar la alarma, pero no podían gritar más que: *¡U-a-é!* Las gemas de la aldea se dijeron:—Es que hablan los perros.<sup>2</sup>

En tanto, Notoasama y su gente se bajaban con rapidez; entraron hasta la mañana en silencio.

Cuando ya iban muy lejos, los cuernos dieron la alarma gritando:

*¡U-a-é-é! Ahí va Notoasama, arrebatado por un cielo cuando guardaba el ganado de su padre, el ganado de Selo-é.*

<sup>1</sup> *Resalto de la barba de negro fermentado, después de presionar la cruz.*

Los Ma-Telides se lanzaron a perseguirlos, dando grandes saltos con su única pterna. Cuando se acercaban a Notoosaurina y sus compañeros, e iban a alcanzarlos, percibieron que los fugitivos llevaban atrallado un carnero negro. Entonces el carnero se puso a cantar:

*Hierí Telchidí Ja, he o na, leena Ja!*

Los Ma-Telides se desmayaron maravillados, en tanto que Notoosaurina y sus compañeros continuaban su camino. Después el carnero levantó el rabo y se puso a bailar, sacudiendo el suelo con las pezuñas. Cuando advirtió que Notoosaurina y sus compañeros estaban ya muy lejos, el carnero desapareció de repente y fue a juntarse con ellos.

Los Ma-Telides se precipitaron de nuevo en su persecución; cada cual intentaba adelantarse a los demás; la llanura estaba cubierta de Mo-Telides, que corrían. Muy pronto dieron de nuevo vista a Notoosaurina. Entonces el carnero volvió a cantar y bailar, y los Ma-Telides se detuvieron maravillados. Cuando Notoosaurina y sus compañeros llegaron a su casa, el carnero desapareció de repente y fue a juntarse con ellos. Los Ma-Telides reconocieron la persecución diciendo: "¡Vee Magera! Esta vez llegaremos hasta Notoosaurina, sin dejarnos desmayar por ese carnero, aunque cante y baile maravillosamente".

Cuando estaban a punto de alcanzar a Notoosaurina, el carnero volvió a cantar y a bailar todavía mejor que antes, y los Ma-Telides se desmayaron a ruidoso maravillado. Después desapareció de su vista. Entonces los Ma-Telides se desmayaron y volvieron a su lugar muy avergonzados, diciendo: "Esta vez la mujer de nuestro jefe se nos ha escapado sin remedio."

Notoosaurina y sus hermanos llegaron a su casa; los recibieron con gran júbilo. Durante su luna, la mujer de Notoosaurina se había dejado crecer tanto el pelo que lo tenía casi tan largo como la cola de un ave. Ahora se lo cortó. Después invitó a sus amigos y parientes y celebró con gran fiesta el retorno de Notoosaurina.

<sup>1</sup> Señales que carneros de agitación.

27. HUEVO

Hubo una vez un jefe cuyos hijos no podían más que jugar; una día una de ellas parió un huevo, gordo como el de un avestruz. El padre tuvo el huevo y lo examinó. Un día, mucho tiempo después, fue a una fiesta de campo en casa de otro jefe. Allí vio a una hija de otro jefe que le agarró en brazos; entonces dijo al padre de la joven:

—Tu hija me agrada mucho, es conveniente que me la des para casarla con mi hijo.

Fue a su casa en busca del marido con que había de casar a la joven; después se la llevó consigo. Le costó mucho trabajo y la llevó con ella, en compañía de sus propios hijos.

Pasaron años sin que la joven viera nunca a su marido; cuando volvió a verlo ella con los hijos de su suegro. Un día, cubierto ya el campo para sembrar, llegó a labor su marido; el jefe envió una de sus hijas a casa, para que le trajera. Al entrar en el lago vio que el huevo había salido de la chica y había vuelto al interior del lago diciendo:

—¡Ja, ja! Mi padre me ha dado mujer.

Su hermana lo recogió y lo volvió a su habitación, en el fondo de la casa; después se fue al campo con la hermana.

Al día siguiente salió al campo con la hermana, que había salido de la chica y que volvió a su turno del lago, diciendo:

—¡Ja, ja! Mi padre me ha dado mujer.

Su hermana lo recogió y lo volvió a su habitación; después volvió al campo con la hermana. Al día siguiente salió de nuevo al campo cuando estaban en el campo. El padre dijo otra vez a su hija:

—Ve a buscar marido.

Pero la mujer escamoteó:

—No; hoy no voy.

Fue otro día, y cuando entró en el lago, habló al huevo, que volvió a su turno del lago, diciendo:

—¡Ja, ja! Mi padre me ha dado mujer.

Muy contenta la mujer, le dijo:

—¿Cómo? ¿Esa cosa recubierta es mi marido?

Tomó el huevo y, en lugar de llevarlo a la casa de su suegro, lo guardó en la suya; después volvió al campo con la hermana.

A nadie dijo lo que había hecho; su padre y su madre no admiten que el huero no estaba ya en su cabana. En la noche, dijo la madre:

—Quiero dormir sola en mi cabana; que no entre nadie. Su suegra le preguntó:

—¿Por qué quieres hacer eso?

Respondió ella:

—Estoy enferma, me duele la cabeza; temo que mis compañeros hagan ruido.

Se acostó, pues, sola en su cabana; pero, a media noche, se levantó sin hacer ruido y huyó a casa de sus padres. Llegó antes de amanecer y dijo a su padre:

—Padre mío, has renegado de mí.

Respondió su padre:

—No, hija mía; no he renegado de ti, te he dado en casamiento. Replicó ella:

—Mi marido no es un hombre. Mi marido es un huero de mujer.

Y añadió:

—Padre mío, es preciso que devuelvas el ganado de mi dote, porque ya no vivirá a casa de mi marido.

El padre dijo:

—¡Debes volver!

Respondió ella:

—Nunca.

Entonces su padre dijo:

—Te daré una medicina con la cual mecuramentarás al huero en hombre.

Entonces el padre le dio una bursita y le dijo:

—Toma esta medicina, hija mía, y vuela a casa de tu marido. En cuanto lleguea toma un postero viejo, llénalo de agua, échalo burne y pon el agua a hervir.

La joven se volvió a su casa antes de rogar el día. Hizo cuanto su padre le había ordenado; después tomó el huero y lo depositó en una cacería de cañas, sembró el agua hervida y la vertió sobre el huero, después lo untó de grasa y lo cubrió con mantas. Entonces se tendió en el suelo y, al cabo de un momento, oyó una voz que decía:

—Me sale una perna... me sale la otra perna; me sale un

brazo... me sale el otro; ahora saca mi cabeza... la mano... un ojo... el otro ojo... una oreja... la otra oreja...

Luego, en fin, dijo la voz:

—Ahora tengo todas las miembros completas.

Al mismo tiempo la mujer oyó renegar la cáscara del huero y caer con ruido las piedras al suelo.

Entonces la mujer se levantó y quitó las envolturas; descubrió que el huero se había tocado en un hombre muy guapo, perfectamente formado, sin que le faltase nada. Cubrió agua, vertió en ella la medicina que le había dado su padre, con la que llevó a su marido de pie a cabeza y le untó de grasa. En seguida recogió cuidadosamente todos los contenidos del huero y los guardó en un bazo.

Al ser de día salió de la cabana, dejando encerrado en ella a su marido, y se sentó delante de la puerta. Su suegra se acercó a preguntarle:

—¿Cómo va tu cabeza?

Respondió ella:

—Sigue doléndose mucho.

La suegra le preguntó:

—¿No quieres comer un poco de gachaz?

La mujer respondió:

—Sí, rogármela.

La suegra se lo llevó y dijo:

—Ahora nos vamos al campo; estate aquí tranquila, hija mía. Cuando todos salieron al campo, la joven se levantó y se encaminó de prisa a casa de sus padres. Dijo a su padre:

—He hecho todo lo que me ordenaste; el huero es ya un hombre. Su padre le dijo:

—Ya lo estás viendo, hija mía; ya lo estás viendo. Ahora te daré un poco de huero para tu marido.

Le dio un capullo de piel de buey y un cuenco de piel; le dio también un buey, con un arado, una aradora y un yunque de hierro entre ellos. La mujer llevó velas a su casa con todos objetos, y se fue con su marido, diciendo:

—Huero, esta es tu ropa.

Huero untó el capullo y se lo cubrió; al capullo, se lo puso; el buey, y se cubrió.

De tarde, cuando volvían del campo, la mujer dejó al marido solo en la cabana y cerró la puerta diciendo:

—Huevo, quédate aquí y guárdame lo que te van.  
Después salí, sentándose siempre delante de la cabina. Vino  
la suegra y preguntó:

—¿Cómo le encantan, hija mía?

Respondió ella:

—Signe delatarse la cabeza.

La suegra dijo:

—¿He de traerle más gachas?

Respondió la nuera:

—Sí, trágameles.

—¿Todas las gachas y alcohol?

—Trágame también trucha para hacer bacalao.

Estó con su caso, encorvado huyendo y escurriendo con su morrito

los gachos que le habían trucha.

Al siguiente día, cuando amaneció, despertó a su marido.

—Huevo, levántate pronto, sal de la cabana y ve a sentarte en

el lavado, en el sitio de tu padre.

Huevo se volvió, se cayó el sendero, tomó el becuad adormido

de su amor y la suegra, sola de la cabina y fue a sentarse en el

lavado, en el sitio de su padre; nunca se había levantado sola en la

aldea. Cuando los pechos salieron de sus tetas para escurrir las

vacas, se purgaban uno a otros:

—¿Quién es aquel hombre sentado en el sitio del jefe?

—No sabemos quién podrá ser; quizá sea un extranjero.

Un extranjero sentado en el sitio del jefe.

Huevo llamó a uno de ellos y le dijo:

—¿Y viene la leche, para que yo la vea.

El hombre se la llevó. Huevo le dijo:

—Está bien, llévale al lago.

Entonces el hombre fue en busca del jefe y le dijo:

—Mi amo, hay un extranjero sentado en el lavado, en su mismo

sitio, y me ha dicho que le llevemos la leche para vea.

El jefe preguntó:

—¿De dónde viene?

Respondió el hombre:

—No lo sé, mi amo.

Entonces salió el jefe y se dirigió al cruceiro del extranjero:

—Salud —le dijo.

Respondió el otro:

—A ti se la da.

—¿De dónde viene?

—Soy un extranjero, vengo a visitarte.

Huevo añadió:

—¿No me conoces?

Respondió el jefe:

—No te conozco, dime tu nombre.

—Huevo —le dijo—. Yo soy Huevo, tu hijo.

Entonces el jefe llamó a todos sus gentes y, mostrándoles el budo-

lue, les dijo:

—Aquí tenéis a mi hijo, que nació en forma de huevo; hoy se

ha metamorfozeado en hombre.

El jefe sentóse lleno de júbilo; la aldea entera se regoció;

sacaban los hijos, hacían grandes fiestas en honor del hijo del

jefe. Después el jefe preguntó a la mujer de Huevo:

—¿Cómo te has arreglado para metamorfozearte?

Respondió ella:

—Mi padre me ha dado una medicina, con la que le he hecho

salir del huevo.

El jefe dijo:

—Yo te recomendaré, hija mía.

Entonces le dio mucho ganado en señal de gratitud. Huevo fue

reconocido jefe, y nació en lugar de su padre.

Al cabo de algún tiempo, Huevo tomó segunda mujer y se abrió

de la gestación; no entró ya nunca en su casa ni siquiera una vez,

hasta le quité las reglas y la privó de todo mundo. En fin, un día la

mujer perdió todos, llevó mucho tiempo, mucho tiempo, y fue luego

a buscar a su suegro diciéndole:

—Padre mío, ¿por qué me abandonas. Huevo de este modo?

El suegro respondió:

—He hecho cuanto he podido, pero inútilmente; Huevo dice

que abarca el jefe es él.

Puesto el sol, Huevo entró en la cabina de la mujer que amaba,

para pasar allí la noche. Entonces la primera mujer se acordó de las

cosas malas que hizo que había guardado; fue a buscarlo, los puso

en su cuna, y se acercó a la cabina donde Huevo había entrado.

Se acordó pronto a la puerta y dijo:

—Salud, jefe.

Le devolvieron el saludo y añadió:

—Dadme un poco de tabaco.

Huevo respondió:

—Ya no tengo tabaco.

Induló él:

—Dadme de beber, tengo sed.

La segunda mujer de Huevo respondió:

—No queda agua.

Pero Huevo la reprendió y dijo:

—Vasos, da un poco de agua a esa pobre mujer.

Entonces la primera mujer de Huevo separó las cacerones

corta del siso en que su marido debía reposar la cabeza. Después se

volvió a su caballo.

La otra mujer de Huevo le oyó decir:

—Sólo tanto, tanto que una piedra se me metió hacia dentro...

también la otra; entonces, se me encoge un brazo... el otro tam-

bién; entonces, la cabeza se me encoge dentro... la espalda... Al

cabo de un instante había vuelto a ser luego de antes. La mujer,

palpándose, vio que no era más que un hueso. Entonces salió de la

cabina y huyó desesperada. Al siguiente día la gente de la aldea

aguardó mucho tiempo a que su jefe, Huevo, saliese de la cabina;

pero no lo vieron. Preguntaron a su padre:

—¿Dónde está Huevo?

Respondió:

—No lo sé; estaba durmiendo.

Ya hacía mucho que habían concluido de enterrar, y Huevo

comenzaba sin aparente. Su madre fue a la cabina y gritó:

—¡Huevo! ¡Huevo!

No tuvo respuesta. Entonces entró y levantó las ropas: vio que

su hijo había vuelto a convertirse en hueso. Llevó a su marido, que

se convirtió de lo que ocurría. Ambos llevaron amargamente y daban:

—¡Ay! Pobre hijo nuestro, ¿cómo volveremos a verte? ¿Qué

podemos hacer?

Entonces el jefe se dirigió a casa de los padres de su mujer,

donde ésta se había refugiado. Le explicó mucho que se apesadumbró

él, pero la mujer se reía y objetaba, repitiendo:

—No, no voy; tu hijo me ha hecho padecer mucho.

En vano el padre de Huevo trataba de convencerla; persistía

en negarse a hacer nada. Fue fin, su padre le dijo:

—Vasos, hija mía, toma esta medicina y ve a casa de tu marido.

Si vuelve a las andadas, podrás separarle de él para siempre.

La mujer tomó la medicina, volvió a su casa y operó como ha

vez primero. Huevo salió del caranto y se convirtió en hueso.

Entonces dijo a su mujer: "Ahora me arrepiento de todo lo que te

he hecho, mujer mía; no lo haré nunca más". Regresó a su segunda

mujer y permaneció unido a la que lo había metido en el mundo, y le

dijo:

—Si yo muero, entonces, y sólo entonces, podrás casarte con

quien tú quieras; si la primera, entonces, y sólo entonces, me casaré

con otra.

## 20. EL ESPEJO MARAVILLOSO

Un hombre y su mujer tenían un solo hijo. Y dijeron:

—Oye, ¿por qué será que no tenemos más hijos? —Y añadieron:—

Vamos a consultar al espíritu.

Van y dicen:

—Oye, ¿por qué será que no pecamos?

El espíritu dice:

—Id a pecar dos peces, de los que llaman pende, un macho y

una hembra —y añadieron:— Demoslos.

Pecaron dos, se los comieron y tuvieron un hijo. Le pusieron

por nombre Tembo.

Tembo creció. Su madre le dijo:

—Ve a cortar leña —y añadió:— Ve a cortar leña desde quie-

ras, vamos en aquel bosque de allá.

Tembo va a cortar leña a otro bosque, la trae y dice:

—Después de todo, si muero, poco importa; no soy más que un

hombre.

Puntica en aquel bosque y encuentra a una boa que se había

tragado a una foca grande. Pero la cabeza se le había quedado en

la boca. Salta, no podía, bajar, tampoco. La boa dice:

—Ven aquí, Tembo, corta esta cabeza.

Tembo dice:

—Me mataría.

La boa dice:

—Ven aquí, no te mataré.

Tembo se acerca y corta la cabeza. La boa le dice:

—Vámos de aquí, para que veáis la recompensa —y náde!—  
¡Apárte bien a un colá; si te vuelas lo pierda todo —y náde!—  
Cuando pases, por entre espigas, no te vuelas.

Tambo se agacha a la cola y se van, van. Cuando pasan por  
entre espigas, pisan, pisan. Llegan a la granja de la boa. Allí  
dizame Tambo dós, vos dós; se hace amigo del hijo de la boa. La  
boa dice:

—Tambo, cuando mañana saque más espejos fuera, ósege uno,  
el que quieras.

El hijo de la boa dice:

—Ósege el espejo sobre el que vras pousar una moça, es un  
espejo que abra maravilha.

Al día seguinte sacan los espejos fuera y los espesan en un  
esperto tan grande como de aquí a allá. Aparece una moça, que va  
y viene volando, sin detenerse en ninguna parte. Tambo corre tras  
ella, corre, corre, la moça se para, y Tambo toma el espejo. La boa  
dice:

—¿Podéreis casé?

Tambo dice:

—Este qüero.

Tambo se vuelve a su lugar, en casa de su madre. Verímbos el  
espejo.

Dice:

—Espé, espejo, ¿es verdad lo que ha dicho tu amo? —y  
añade—: ¿Quem sabeis al momento. Quiero una casa cubierta de  
tejo.

La casa se abra inmediatamente, y dice Tambo:

—Madrin má, qüero la hija del gobernador.

Tama se casar, hecha de un caso; las parlabras, también  
hechas de un caso; el marido, viejo y desgastado; los sapatos, des-  
gastados; una colcha de hoja de bonanero, un paraguas, también  
de hoja de bonanero y en la mano un bastón solo y cantaba a poco  
bando, haciendo *gásfe, gásfe*.

Sabe a la verdad. El gobernador sale y le pregunta:

—¿Que quereis?

Tambo dice:

—Quiero casarme con su hija.

El gobernador dice:

—¿Tenéisla afortunado de casarte con su hija?

El gobernador llama a su mujer y le dice:

—Ese parán quiere casarse con nuestra hija.

La mujer dice:

—Si quiere casarse con mi hija, hoz una casa en medio del río,  
y que sea una de un pío.

Tambo dice:

—Espé, espejo, qüero una casa grande y linda en medio del  
río.

La casa surge al momento, y dice:

—Nocóito cñidos —y anade—: Nocóito una moça, cana,  
corralilha, una villa.

Al siguiente día, el gobernador mira y dice:

—¡Ay, vos quereis casá hijo!

El gobernador habla malogrado para casarse.

Tambo recibe a su mujer. Se va a vivir en su hermosa casa.

Dice:

—Nocóito un gallo, cabra, vaca, góllima, patos de diversas  
especies.

Va de paseo, sale a una colla y hace una visita a su madre. Se  
marcha y vuelve a ir de paseo. Sobreviene una guerra. El gallo cantó  
al momento:

—¡Todo se derrumbó!

Tambo regresa con guerra y dice:

—Espé, espejo, no quiero ver esa guerra que se nos viene  
encima.

Entonces todos los guerreros mueren. Tambo se va otra vez de  
paseo. De nuevo sobreviene la guerra. El gallo canta en seguida:

—¡Todo se hundió!

Tambo regresa con guerra y dice:

—Espé, espejo, no quiero ver la guerra que se nos viene  
encima.

Todos los guerreros, una vez otros, mueren.

Aparece una vieja, habla a la mujer de Tambo y le dice:

—Déjame ver el espejo de las maravilha.

La mujer lo saca. La vieja lo mira, lo mira, y lo cambia por otro

y dice entonces:

—¡Ahí decís tu espejo; yo canté mi camino.

Se va con el espejo a casa del gobernador. El gobernador lo

escudo bajo una caja volada. La guerra sobreviene, una muchadumbre de guerreros llega por el río. El gallo canta entonces:

—¡Tendón se derrumbó!

Tendón vuelve apesadumbrado y dice:

—Erepe, erepe, no quiero ver la guerra que se nos viene encima.

Pero la guerra había llegado ya. Tendón repite:

—Erepe, erepe, no quiero ver la guerra.

Llegan, se apoderan de Tendón. Lo encierran y destruyen su casa.

Tendón estaba encerrado con un gato. La mujer de Tendón había vuelto a casa de su padre. En el encierro había ruidos con un muerto en los labios. Querían meter a Tendón. Pero el gato ató a una de las más grandes. Llegan sus compañeros; el gallo los manda.

Una casa dice:

—Suficiente, y te traeré el espejo.

La suegra y, a pesar, la neta, que ha ido a casa del gobernador, vuelve con un espejo. Tendón dice:

—No es éste.

La neta va a buscar el que estaba debajo de la caja volada y se lo entrega a Tendón, que dice:

—Bueno es.

Dice entonces:

—Erepe, erepe, quiero salir de aquí.

Y sale. Dice:

—Erepe, erepe, quiero una casa como la que tenía.

La casa se jactaba. Dice:

—Quiero cama, mesa, cubitos, ciudades—y añade—: Quiero que vuelva mi mujer.

En seguida la mujer vuelve. Y así se acaba.

—Bueno es.

Dice entonces:

—Erepe, erepe, quiero salir de aquí.

Y sale. Dice:

—Erepe, erepe, quiero una casa como la que tenía.

La casa se jactaba. Dice:

—Quiero cama, mesa, cubitos, ciudades—y añade—: Quiero que vuelva mi mujer.

En seguida la mujer vuelve. Y así se acaba.

38. LA COLA DE DIBIBURU

A los tres días de nacer, el niño Dandá dijo a su padre,

Tangpi:

—Dame un arco con cuerda muy resistente.

Su padre le da uno cuya cuerda era la piel de corzo trancada.

El niño lo prueba y, al temerlo, la cuerda se rompe. Sorprendido el padre le da un arco con cuerda de piel de lobo, después otro con

cuerda de piel de tigre y, en fin, uno con cuerda de piel de elefante. Esta cuerda se rompió, como las anteriores.

Dandá dice entonces a su padre:

—La necesito que se arrastren el cuerpo de la puercecilla para poderle cuerda a mi arco; ninguna otra será bastante resistente.

Tangpi satisface el deseo de su hijo.

Cuando el arco queda pronto de la cuerda pedida, Dandá sale de casa. En el momento de ponerse en camino, su padre le dice:

—Cuando quieras regálmelo la cola de un animal muerto por ti, no me ofrezcas más que la del Dibiburi.

El Dibiburi es el animal más hermoso de todas y de gran talla.

Lo bastante fuerte para llevar a cuestas diez elefantes. La cola es larga y espesa, como la de un caballo, y adornada de espinas blancas y perlas de oro. Se sirve de la cola para conducir los movimientos de los animales a que da caza. Cuando está a punto de alcanzar al animal perseguido, la bruscamente se la vuelve y las crines de la cola se enroscan en los miembros de su presa y la inmovilizan.

El niño Dandá anduvo entonces años en dirección a Lennan, porque es la parte de donde vienen las cosas extraordinarias y, por tanto, desde podía encontrar a los Dibiburi. Luego, por fin, al lugar que donde habitaban.

Encuentra a la madre de los Dibiburi enteramente sola. Los Dibiburi habían salido de casa cuando él llegó.

Responde el objeto de su visita a la madre de los Dibiburi.

—Tendrás lo que deseas!—le contesta—. Voy a sacarte en la cola de la corne en cecina. No llores el menor ruidito, porque, si no, mis hijos se desolaban y no tardarán en decaer.

A medianoche, cuando los Dibiburi duermen, su madre le entrega la cola al más joven y se la entrega a Dandá. El niño sólo conoce de la cola y la madre de los Dibiburi le pone en camino. Y se va corriendo.

Todos los miembros los Dibiburi juegan, al despertar, cantaban, uno tras otro, uno cancela. Al despertarse, el mayor empieza a cantar:

*Voy a ver si mi cola "casi-buena" le conviene.*

*Si mi cola "casi-buena" agarra entera.*

*Regule ahora y, la cola lo irá.*

*¡Cuchara de la cola de la cola sacando el arco.*

Cada uno repite la canción, hasta el último, que, al no encontrar su cón, termina así el cantar:

*Figúrense ustedes. La nle no lo está.*

Entonces siguen todos la jota de Diamela ofreciendo el surto. Cuando están a punto de alcanzar el ritmo, ése se vuelve y les ve. Entonces canta:

*¡Oh, padre! ¡Oh, padre! El diablito me va a comer.  
Porque en lugar de su cón no me han pedido  
La del tere bruto, ¡no, no, no!  
La del koto, ¡no, no, no!  
La del estante, ¡no, no, no!*

La canción siguió unida a los *baunbaun*.

—Vamos en busca de nuestra madre —dijeron— para que oiga cantar a un ser humano.

En tanto que volaban sobre sus parras, Diamela iba a todo correr. Llegados a casa de su madre, los *baunbaun* le cuentan lo que han visto.

—¿Le a buscar esa criatura y traerla aquí?

Los *baunbaun* responden a su preocupación. Peshan ya muy cerca de Diamela, gobera, por su parte, llegaba casi a su aldea, cuando, viniendo verla, repitió la canción:

*¡Oh, padre! ¡Oh, padre! El diablito me va a comer.*

Los *baunbaun* se volvieron de nuevo a cantar a su madre lo que han oído; pero, cuando ésta les envía otra vez en persecución de Diamela, el ritmo cambia ya seguro en casa de su padre, a quien repitió la cón de *baunbaun*.

Entonces Tanguai toca con ellos la herida de la tierra, que el tiempo no había podido cicatrizar aún, y se cura. Comienza la cón como valses *tabaman*.

Después entonces los niños tornaron la criatura de guardar cóns de animales para usarlos como espantapájaros.

## 30. UNA DANISTA LLENA DE NIÑOS

Un hombre y una mujer. Ella da a luz unos cuantos niños, una hermosa dama.

El hombre dice:

—Mujer mía, ya no me *convierten*.  
Su mujer, entonces, se pone en camino. Ahí, allá, anda, hasta que encuentra un pajarito grande que la agarraba escondido. Llega la mujer; el pajarito dice:

*Lloro, lloro, adoyandoyu;  
Lloro, adoyandoyu.  
Dime a comer un niño,  
A comer, adoyandoyu.  
Lloro, adoyandoyu.*

Ella le da un niño; el pajarito se lo comió, y va a escondérselo más lejos, para agarrarlo. Y dice:

*Lloro, lloro, adoyandoyu;  
Lloro, adoyandoyu.  
Dime a comer un niño,  
A comer, adoyandoyu.  
Lloro, adoyandoyu.*

Le da otro hijo; se lo comió, y va a escondérselo más adelante en el camino. Y dice:

*Lloro, lloro, adoyandoyu;  
Lloro, adoyandoyu.  
Dime a comer un niño,  
A comer, adoyandoyu.  
Lloro, adoyandoyu.*

Ella dice:

—Tengo tú mismo y colombo.

El pajarito le saca y se lo come. Todos los niños corren la misma suerte. El pajarito va a escondérselo más adelante y dice:

*¡Adónde vas tú, mujer?*  
*¡Adónde vas, mujerndiya?*  
*¿Dónde, mujerndiya?*  
*Te voy a ir, que te comas, mujerndiya.*

Se apodera de ella y se la comen. Muerte la mujer, la buena  
agua en camino por el río. El pájaro se enciende más adelante por  
esperarla. Y dice:

*¿Adónde vas, mujerndiya?*  
*¿Adónde, mujerndiya?*  
*Te voy a ir, que te comas, mujerndiya.*  
*¿Dónde, mujerndiya?*

Se apodera de ella y se la comen. La buena le degaña las en-  
tuellas. La buena sale, ella a comer y llega a la aldea. Dice:  
—La mujer ha muerto, los niños, también.  
Se acobó.

## 8

### PEICHISMO, ABSTRACCIONES

#### 31. LA MENTIRA Y LA MUERTE

Había una vez dos hombres: la Mentira y la Verdad. La Verdad  
invitó a la Mentira a ir juntos en busca de aventuras. Caminando iban,  
una tras otra, cuando encontraron una gruta que cavaban, y al  
bordo del camino, una chimenea que recogía cenizas, para formar  
el pecho. La Verdad se acercó a la ruina, le dio un golpe, y al punto  
el padre creyó que volcaran agua a la Verdad. Pero la madre  
dijo que quien diese agua a la Verdad penetraría con ella de la  
misma muerte.

—Yo no le debo—intervinó la Mentira— que la Verdad me-  
se almorzando alguno.

Y dejaron pasar a la Mentira.

Llegó a una cabaña, donde supo que el jefe de la aldea había  
muerto. La Mentira afirmó que podía devolver la vida al niño,  
que para ello había metido en una caja una piedra roja y una  
piedra blanca; después luchó al filo del jefe fallecido a que se pu-  
siese un poco y dentro del cuerpo para darla. Al amanecer, la  
Mentira mandó abrir el sepulcro y, penetrando en él, dio libertad a  
la palabra y a la muerte. En seguida el pájaro se puso a arrollar y el  
hombre a puntar.

—¡Acuéstate!—dijo la Mentira.—Tu padre y tu abuelo van  
a salir, deténlos. Reténlos a tu padre por su larga voz, y a tu  
abuelo por su voz gruesa. Escríblos, bien.

Y después pasar a la Mentira, que se fue con el niño y los padres  
muy caídos.

En la aldea a que llegaron poco después, se instalaron debajo de un árbol, cerca de un pozo. De la aldea salían grandes gritos, y no tardaron en saber que había muerto la favorita del rey.

Una sirvienta, muy bonita, vino en busca de agua. La Mentira, acortándole, dijo:

—¿Qué desgracia ha ocurrido para que lloréis así y todo la aldea se lamenta?

—Es que nuestra buena ama, la mujer preferida del rey, ha muerto.

—¿Cómo? ¿Tan rubio por tan poca cosa? —dijo la Mentira—. Anda a decir al rey que yo se afija más, porque yo puedo devolver la vida incluso a personas muertas ya dando hace años.

El rey entró un hermoso caballo a los vaqueros, en señal de bienvenida, y mandó a decir a la Mentira que tuviese paciencia, que utilizara su habilidad cuando le estimase oportuno.

Al siguiente día, y al otro, el rey entró también un hermoso caballo y mandó a decir a la Mentira las mismas palabras. Esta fingió perder la paciencia e hizo advertir al rey que estaba resuelta a marcharse si, al día siguiente, no le mandaba ir. El rey convenció a la Mentira para el día siguiente.

A la hora señalada, la Mentira se presentó en casa del rey. Este comenzó por entretenerle del poco de sus servicios y ofreció, en fin, un tanto de cada una de las cosas que pedía. La Mentira refused diciendo:

—Quiero la mitad de lo que pides.

El rey accedió a darle de todo.

Entonces la Mentira mandó construir una cabolla, exactamente encima del sitio en que habían inhumado a la favorita. Decoróla y cubrióla la cabolla, la Mentira entró en ella, sola, con instrumentos de cavarse, y se cavó el día que todas las aldeas estaban llenas de gente.

Al cabo de mucho tiempo de trabajo, que se anticipaba muchísimo, se oyó a la Mentira hablar en alta voz, como si disputase con varias personas; después calló, y dijo al rey:

—El asunto se complica, porque en cuanto he conseguido a tu mujer, no puedo ir a casa sin ella.

—Deja irte a casa mujer. ¿Qué falta hace en la tierra? ¿Qué puede hacer por mí? En cambio, si me desolves la luz, te doy, no la salud, sino los tres cuartos de los bienes de mi hijo, porque yo era

más rico que él. Apenas lo había dicho, se presentó su padre, lo rechazó y se ofreció por su cuenta todo lo que necesitaba. A su vez fue rechazado por su padre, que ofreció todavía más. De modo y manera que todas las aldeas están así, y ya no sé a cuál acudir. Pero, a fin de no entorpecer tus días, dime solamente si he de resolver a tu padre o a tu mujer.

El rey no vaciló un instante:

—A mi mujer —dijo.

Porque la sola idea de que resquebrajase el terrible viejo que lo había tenido en tutela tanto tiempo le hacía temblar.

—¡Buena! —dijo la Mentira—, pero tu padre me ofrece mucho más que tú, y no puedo perder tan buena ocasión de enriquecerme... a no ser que —dijo la Mentira, viendo al rey acortándose—, a menos que tú me des por hecho desearlo lo que te habías comprometido a entregarme por resolver a tu mujer.

—Seguramente eso es lo mejor —dijeron a coro los monjes, que habían contribuido al sustento del difunto rey.

—Pues bien —dijo el rey echándole un gran suspiro—, que mi padre y mi mujer se queden donde están.

Así se hizo, y la Mentira recibió, por no haber resuelto a su padre, la mitad de los bienes del rey, que volvió a casarse para volver a la difunta.

## EL TOTEMISMO

## II. LEYENDA DEL ELEFANTE

En aquel tiempo, y a tiempo muy remoto, no cabe imaginárselo más remoto, los hombres vivían todos juntos en una aldea grande, y lo mismo hacían los animales, cada cual en su lado, según la casta: los antílopes con los antílopes; los jabalíes con los jabalíes; los tigres con los tigres, los monos con los monos.

Pero en cada aldea había un elefante para mandarlos, y los elefantes estaban así dispuestos, mandando cada familia de elefantes en una aldea distinta; el jefe de todos ellos, el elefante padre, hablaba sólo en la noche, pero, cuando había discordia, todos comparecían ante él, y juzgaba con acierto. Cuando el elefante padre pensaba que había llegado su hora, entrecierra su ojo al suceso, y desaparece. Nunca, nunca se le volvió a ver, pero su buen sentido permaneció.

Los hombres habíanlo aporreo, riéndose en la noche, y al ver animal viejo con ellos, al ver, al siquiera el perro. Respecto de las gallinas, no estoy enterado, pero creo que las gallinas estaban también con los otros aves.

Los hombres vivían aparte: comían los frutos de la noche, pero a menudo mataban escorpiones para comérselos la carne, y entonces se movían discordias con ellos. Los animales iban a quedarse al exterior; éste crecía en los hombres que comparecieran, pero no comparecían y crecían en los animales.

Hubo tantas quejas contra los hombres, que, por fin, dijo el elefante:

—Puesto que no pueden venir, iré yo a su aldea.

Entonces partió de viaje y se encaminó a la aldea de los hombres. Pero, ante todo, era necesario dar con la aldea, cosa difícil, porque los hombres la hablan escondido mucho. El elefante siguió su marcha; en el camino encuentra primero la aldea de los tigres.

—¿Adónde vas, padre elefante?

—Voy a la aldea de los hombres, para discutir su discordia con vosotros.

—¿A buena idea, hermano tigre.

—No, se matarían mucho. Prefiero ir solo.

El elefante decía así porque sabía muy bien que Nunca le creaba a los hombres y que el jefe de los hombres era hijo de Nunca, como él.

—¡Eh! ¡Ida sola, padre elefante; pero descansa un día en nuestra aldea!

El elefante aceptó, porque le recibían bien, y permaneció dos días enteros en la aldea de los tigres. Se habló mucho hasta tres días, y aun más, pero ya no quedaba nada de comer. Continúa, pues, su camino, y llega a la aldea de los antílopes. También allí le hospedaron mucho.

—¿Y adónde vas así, padre elefante?

—Voy a la aldea de los hombres, a discutir sus discordias, porque estoy cansado de ellas.

—¿A muy buena idea; buenos contigo.

—No, prefiero ir solo, porque secan, durante la noche, os matarían.

Y los antílopes respondieron:

—Está bien; pero, al menos, descansa dos días con nosotros.

Y padre elefante aceptó de grado, porque los antílopes eran muy buenos con él, y se estuvo dos días enteros en la aldea de los antílopes. Tres días, y aun más, se habló mucho, pero ya no quedaba nada de comer y nada bastante.

Puede elefante se dirige, pues, a la aldea de los jabalíes. Y así, de aldea en aldea, el elefante sigue su camino.

En cada aldea, el jefe de los hombres, que consultaba a menudo su fetiche (un antílope con un espejo engastado en su costado), hacía mucho tiempo que sabía el viaje del elefante y por qué quería ir a la aldea de los hombres. Y el jefe no quería que nunca. Sin embargo, los señores que conducían a la aldea, desde muy lejos, muy lejos,

una araña de todos los hombres y de las mujeres para sacar tierra, sobre grandes hoyos, con vacas puntileadas en el fondo; tres, cuatro, cinco tiempos se sacaban a una, dos y tres veces de macha. Cabiéndolo el hijo por debajo, dijo a los hombres:

—¡Id a cavar una tumba de maniboca.

Los hombres fueron a cavar maniboca.

—¡Cubrid el hoyo con las tallos.

Los hombres desguazaron bien los tallos, que retañaron a las pocas días, y no se veía el hoyo. Y en otro año del sendero, a una hora de macha, el jefe de los hombres mandó abrir otro hoyo y dijo a los hombres:

—¡Id a buscar una mata de panaca.

A eso fueron, y regresaron con muchas matas de panaca. Y el jefe les dijo:

—¡Colocadlas sobre el hoyo.

Los colocaron bien, de modo que no se veía el hoyo.

Mandó abrir en el sendero cinco hoyos diferentes, cada uno con una planta diferente. Y en cada sendero de los que conducían a la aldea, mandó abrir cinco hoyos. Y no en un solo; hoy más allá, ¡El jefe de los hombres era listo! Había descubierto así: "Si el deficiente ve un montón de maniboca en el camino, descifrándola, porque es astuto"; Y en el sendero, hoyos, hoyos, en cuatro o cinco sitios diferentes, mandó poner maniboca, pero debajo no había hoyo, y más lejos, después del primer hoyo, mandó poner también maniboca, y luego puntas, y luego las otras plantas. Los había a todo lo largo del camino.

Padre educante seguía, pero, andando para ir a la aldea de los hombres. Y cuando que en el camino encuentran un montón de maniboca; lo resaca con la mano una vez y otra, porque era muy astuto, pero no descubre nada sospechoso. "Es un regalo de mis hijos —dice para sí—, que me han puesto encima en el camino; son muy buenos". Y como una mata profunda, se come un pedacito de maniboca, mucha más. Era muy rico; como otro poco, y luego todo el tiempo; no había comida, y padre educante era muy gordo, mandó poner que los educantes de ahora. Un poco más lejos, otro montón de maniboca. Padre educante se comen con precaución, después macha un pedacito; nada unusual. "¡Ah! —dice—, que hijos tan buenos". Y se come todo el montón, porque padre educante era gordo, y él también era pequeño. Y padre educante había andado mucho,

mucho. Llegaba la noche cuando se en el sendero otro montón de maniboca; como una mata buena, se percipió sobre él.

¡Qué! Era callosidad el bosque del hoyo. Y como padre educante tenía vista, se fue de cabeza sobre la mata puntileada. ¡Y fue mucha suerte! Porque, sin eso, la mata se habría partido el viento y habría muerto. Pero con la cabeza rompió la mata. Y toda la noche padre educante estuvo en el fondo del hoyo girando y girando.

—¡Estoy perdido!

De mañana, el jefe de los hombres, que estaba cerca con sus guerreros, fue hasta el fondo del hoyo.

—¡Ay! ¿Qué es eso? —dice—. ¡Ojalá! ¿La padre educante!

¡Qué! ¿Quién le ha hecho eso así?

Procuramente está en el hoyo tierra y ramas; pero, cuando lo ve casi educado y que el deficiente va a salir, se esquina a toda presa con su gente. En tanto, padre educante sale del hoyo, muy asustado y lastimado, y continúa el viaje, pero le falta mucha la cabeza, y resta la otra llena de tierra y le costaba trabajo andar. En fin, después de muchos avatares, padre educante, habiendo invertido una gran cantidad de y a todas las cosas educadas, viene sobre los educados y luego a la aldea de los hombres. Llega a la plaza grande, pero no había nada. Por ocho días, todos los animales se ponen en compaña con el cuerpo de tener a los hombres. Los montes los persiguen en las árboles, los pájaros y los tigres en la selva, los pájaros demuestran sus escudillos, las serpientes, entre las hierbas, los murciélagos, de modo que todos que volver y regresar a patria.

Los hombres estaban, pues, delante de padre educante, y el jefe de los hombres estaba en su oficina para muy grande, porque veía venir la muerte. "Será frío", porque ¿quién ha visto lo que hay dentro de la muerte? La muerte es como la luna. ¿Quién ha visto el con luto?

El jefe de los hombres tenía frío. Pero padre educante, dijo:

—¿Confianza tu pecado?

El jefe de los hombres respondió:

—Lo confieso.

—Entonces, ¿qué ahora la muerte?

—¡Oh! Padre educante, yo soy pequeño, y tú eres fuerte. Perdíste,

¡Oh!

Y padre educante respondió:

—Ea, vechel, yo sor fuste, y tú dól, pero Nanaé te ha creído jé. Te perdono, pues.

El jé de las hermanas respondió:

—Gurich.

Y así se despidió el cazador.

Pero el jé de las tigas se adelantó furioso:

—Padre efante, no hablas bien. Los hombres han matado a mi hermano. Quiero venganza.

Y el hombre pagó los regalos al tigre. Y el efante dijo entonces:

—Ahora vas a hacer hermandad y concluir la discordia.

El jé de las hermanas llamó a su hermano y le dijo:

—Hicir el cambio de sangre con el tigre.

Y el jé de las tigas dijo a su hermano:

—Hicir el cambio de sangre con el hombre.

El hombre hizo el cambio de sangre, y el tigre hizo el cambio de

sangre, y pertenecieron hermanos en la misma aldea.

Pero el jé de las aguilas se adelantó a su vez y propuso el

mismo pacto, y el jé de las jibolles, y el de los gorilas, y muchos

otros, pero hicieron el cambio de sangre y la disputa se acabó.

Atregladis todos los discordias, el jé efante dijo a su vez:

—Quiero hacer hermandad con el jé de las hermanas.

Mientras, pues, un cabón, porque no habla hecho hermandad:

era esclavo del hombre; mientras un gran cabón macho, y padre de

tantos y padre de las hermanas hicieron hermandad. Pache efante

conoció los hechos de padre de las hermanas, y padre de las hermanas

conoció los hechos de padre efante. Y, desde aquel entonces, padre

efante vino a ser el otro de las hermanas, y por eso se hacen muchos.

Los que no lo hacen así son "cabajé".

Ahora, aquí se acaba.

#### 54. KINOCHI-SERUBENG.

Había una vez un jé llamado Buhoné, que tenía diez mujeres; su favorita se llamaba Morongé. Buhoné tenía en el pecho la imagen de la luna llena, por eso le apodaban Kinochi-Serubeng (*luna en el pecho*). Cierta año, el jé dijo a sus mujeres:

—La niña parirá un hijo semejante a mí, que llevará la imagen de la luna llena; las otras tendrán hijos con la imagen de los cuartos

de la luna, o simplemente de las estrellas. El hijo de Morongé se llamará como yo: Kinochi-Serubeng.

El día que las mujeres de Kinochi-Serubeng habían de parir, la

segunda mujer dijo a la vieja que había de parir a Morongé:

—Si adviertes que el hijo de Morongé lleva en el pecho la

imagen de la luna llena, máchalo y pon en su lugar un pedrito.

Cuando el hijo de Morongé nació, la vieja lo tomó sin que lo

advirtiese su madre y lo echó al fondo de la cabaña, entre las coque-

ras. Una rana lo recogió y lo alimentó.

El jé se informó de las niñas que le habían nacido de sus mu-

jeres. Le respondieron:

—Una ha dado a luz un cuarto de luna; las otras, unas estrellas.

Morongé ha dado a luz un pedrito.

Entonces el jé se apartó de la primera mujer y se afició a la

segunda. Morongé pasó a ser su criada.

Un día que la segunda mujer cruzaba por delante de la cabaña

de Morongé, vio en ella un niño muy hermoso, que tenía en el

pecho la imagen muy oscura de la luna llena; entre ratones jugaban

con él. De noche, dijo a su marido:

—Esos ratones, dicen las tabas que para curarlos hay que

quemar la cabaña de Morongé, la que acaba de parir un pedrito,

pues que perezcan todos los ratones que allí hay.

El jé dijo:

—Esa bien; mañana se quemará.

Entonces los ratones llevaron al niño a Thambha, un buri

grande, cómodo y bonito.

—Quita mucho de este niño —le dijeron—, porque mañana nos

matan.

Thambha comenzó en embarazo del niño de Morongé. Al día

siguiente la cabaña de Morongé ardió, y todos los ratones perecieron.

Ea día, la mujer del jé fue a buscar estival fresco en el establo

del ganado, y vio al niño, que jugaba con Thambha. La mujer buscó

al niño, y le cogió:

—Esos males, pero dicen las tabas que me curaré si meadas

dentro a Thambha.

El jé respondió:

—Lo meadas mañana.

Después Thambha se dirigió a los cuarteles y los dijo:

—Cuidad de este niño, porque van a matarme mañana.

Las canciones lo ensabanen, y la alimentaron mucho tiempo. Un día, la mujer del jefe dijo a las otras mujeres:

—Vámonos a buscar juecos para sacar cecera.

Entonces vino en la laguna al niño, ya crecido, que jugaba con las canchales; seguía sentando en el pecho la imagen de la luna llena. La mujer dijo a las otras:

—Pasey enferma; vámonos a casa.

Ya de regreso, dijo a su marido:

—Pasey enferma, pero dicen los tólos que me curaré si mandas desear la laguna, pero que piensen todos los canchales y mandos cecera todos los juecos.

El jefe respondió:

—Machona se hará lo que desee.

Entonces los canchales lo llevaron a las marabales diciendo:

—Cuidad de él, porque machona los mata.

Al día siguiente, el jefe mandó desear la laguna y cortar todos los juecos. El niño creció en la cabana de los marabales. Un día, pasaba de la casa de Bulanté volaban a hacer un nido en aquella cabana. Uno de ellos observó que el joven tenía en el pecho una cosa que brillaba, volvió a casa de Bulanté y dijo:

—He visto un joven muy hermoso, que tiene en el pecho la imagen de la luna llena.

Bulanté se apresuró a ir a verlo. Le preguntó:

—¿De quién eres hijo? ¿Quién te ha traído aquí?

Encuentra el joven le contó cuanto le había ocurrido; le dijo:

—Cuando mi madre me era a bor, la segunda mujer de mi padre mandó ocularme en un tócol de la cabana, entre canchales. Los tócolos me recogieron y criaron de mí; la segunda mujer de mi padre puso en mí luego un perito, sosteniendo que era el hijo de mi madre.

Claro está, Bulanté miró atentamente al joven y recordó que su segunda mujer le había dicho que la primera había parido un perito. Entonces el joven continuó relatando cuanto le había sucedido, como los tócolos habían cuidado de él, después. Entonces, después los canchales, hasta el día que se refugió en casa de los marabales.

Entonces el jefe descubrió el perito del joven y vio que tenía, en efecto, la imagen de la luna llena; comprendió que era su hijo. Lo tenía cuando y lo llevó a su aldea, cuando lo oyó en una cabana. Después convocó a todos sus tólos en marabales públas. Se preguntó

una gran fiesta, sacrificaron juecos, hicieron mucho ruido. Entonces Bulanté hizo tender cecera de pajá delante de la cabana en que había ocurrido a su hijo Khooch-Séchéng. Recorridos todos, han

salido a su hijo y lo presentaron a su padre; después espíes como la segunda mujer había estado engañando durante largo tiempo. La madre de Khooch-Séchéng fue repuesta en todos sus derechos, le quitamos los juecos que llevaba y la visitaron con buena ropa nueva. Khooch-Séchéng compró a su padre en el punto de jefe. En cuanto a la mujer que lo había perseguido y había querido matarlo, fue expulsada con todos sus hijos y tuvo que refugiarse en un país lejano.

## 53. EL RETORNO DE LA LLAMABA

### I

Un hombre y una mujer tuvieron primero un hijo, después una hija. Cuando la hija fue creciendo en crecimiento, mediano una día, los padres dijeron al hijo:

—Ahora tenemos un trabajo a tu disposición; es el momento de que te vayas, vamos a buscar una esposa buena, hija de gente buena.

Pero él se negó en rotundo:

—No —dijo—, no es trabajo ese trabajo. No me gustan las chicas de ese aquí. Si he de casarme, né yo mismo a buscar la que quiero.

—Hija como gustas —le dijeron los padres—; pero, si el día de mañana te ocurre una desgracia, no nos echas la culpa.

Por eso, dejó su país, fue lejos, muy lejos, a tierra desconocida. Llegó a un alto, vio unas flores que parecían mal, y otras que lo curaban. Eligió uno, para sus adentros, y se dijo: "Aquella me curará". Después fue a los hombres de la aldea:

—Buenos días, podéis más.

—Buenos días, joven. ¿Qué deseas?

—He venido a ver vuestras jóvenes, porque quiero tomar mujer.

—Bien, bien; te las enseñaremos y algunas.

Conducidas todas a su presencia, designó la que quería. Cuando terminó todo, ella también.

—Tus padres vendrán a verlos, ¿no es así?, y traerán la dote —dijeron los padres de la muchacha.

—He arreglado medio —respondió—. Yo mismo traigo la docena. Aquí la tienes, hermano.

—Bueno —añadieron—, vinieron más tarde a buscar a tu esposa y llevaronla a su casa.

—No, no; tengo que volver con ella a mi esposa y os agitaré. Permítanme que me la lleve en seguida.

Los padres de la recién casada contentaronse; pero, llevándola apuro a sus caballos, le hicieron la advertencia usual: Se bueno con tus suegros, cuida a tu marido. Le ofrecieron una cáscara para que le ayudase en los quehaceres domésticos. Pero rehusó. Le ofrecieron dos, diez, veinte, para que escogiese; hicieron abunde de todos los sortijos, para proporcione una.

—No! —dijo—, habéis de darme el Bafalo del polo, ¿suegro Bafalo, el retazo de la llanura. El me servirá.

—¿Cómo! Tú sabes que nuestra vida depende de la zona. Aquí está hecha alimentando, bien cuidado. ¿Qué va a ser de él en otro país? ¿Será hombre, se morirá, y moriremos con él.

—¿Que no! —respondió ella—. Lo cuidaré bien.

Antes de separarse de sus padres, tomó consigo una manatita pequeña con un paque de raíces medicinales y, además, un escudo para pelear ventosas, un cascabelo para invokar y una calabaza llena de grasa.

Se fue con su marido. El Bafalo la seguía, pero sólo para ella era visible. El hombre no lo veía. No tenía la menor idea de que el Bafalo acompañaba a su mujer como sirviente.

## II

De regreso a la aldea del marido, toda la familia los acogió con exclamaciones de gozo:

—¡Hoy, Hoy-hoy! ¡Ayuda —le dijeron los viejos—, has encontrado mujer! No quésate a las que se propusieron suegros; para no te huren. Bien está. Has hecho tu gusto. Si tu va mal no te quejes.

El marido acompañó a su mujer a los campos y le enseñó cuáles eran cosas y cuáles de su marido. Tenía una de todo y volvió con él a la aldea. Pero en el camino dijo:

—Se me han caído las perlas en el campo, voy a buscarlas. En, para ir a ver al Bafalo. Y le dijo:

—Va ver la linde de los campos. No ségas de ella. También puedes esconderte en aquel bosque que hay allí.

Respondió:

—Así lo haré.

Cuando la mujer quería traer agua, no hacía más que atravesar los campos cultivados y dejar el cántaro allí donde estaba el Bafalo, el cual corría a sacar agua del lago y lo traía lleno. Cuando la mujer necesitaba leña, el Bafalo se metía en lo espeso, rompiendo árboles con los cuernos y traía todo lo necesario. La gente de la aldea se maravillaba.

—¿Qué fuerza tiene! —decían—. En seguida vuelve del poco. En su abrir y cerrar de ojos recoge una faz de leña.

Nadie sospechaba que la secudaba un Bafalo, llevando las veces de errando.

Poco el caso era que la mujer no le llevase comida, porque no tenía nada más que un plato para ella y su marido. En tanto que ella, en su país, había un plato destinado al Bafalo y lo alimentaban con cuidados. Tronó hambre. La mujer llegó con el cántaro y le entregó por agua. El Bafalo fue por ella, pero sentía el angustioso dolor del hambre.

La mujer le indicó un tronco de monte para descansar. En la noche, el Bafalo tomó la asada y batió un campo enorme.

—¿Qué malta se del! —dijo todo el mundo—. ¡Qué de pinto baka!

Pero, a la tarde, el Bafalo dijo a su zona:

—Tengo hambre. ¿No me trases nada de comer? No puedo trabajar.

—¡Ay! —respondió ella—. ¿Qué voy a hacer? En esta no hay más que un pinto. Tendrán razón la gente de suero para cuando dijeron que vendías que robar. Pues bien, roba. Ven a mi campo, arranca aquí una manita, allí otra. Luego te vas más lejos. No hayas miedo dudo en un mismo día. Quédate los propósitos no se dan mucha cuenta y no se rompen de repente el espíritu.

El Bafalo llegó por la noche, arrastró aquí una manita de pinto, allá otra; salió de un sitio a otro; después se escondió. De mañana, cuando las mujeres salieron al campo, no se daban cuenta de que veían sus ojos.

—¡Eh, eh, eché! ¿Qué es esto? Nunca se ha visto cosa igual.

Un animal fiero destrozó las plantaciones; se pueden seguir sus huellas. ¡Ojalá! Desolado país!

Y se fueron a contar el caso en la aldea.

De tarde, la mujer fue a decir al Bufalo:

—Se han quemado, pero no tanto que se les haya roto el cuerpo. Esta noche voy a rehar todo lo que.

Así lo hizo. Los propietarios de los campos destruidos pedían el trigo en el cielo. Regaron a los hombres que se pelearon de guardia con sus mujeres.

El marido de la joven era buen tirador. Se dirigió a su campo y esperó. El Bufalo, pensando que estaba al acecho en los campos que había robado la viquera, volvió a comenzar las jaulas de su mano en el mismo sitio que el primer día.

—¡Ay! —dijo el hombre— ¡es un bufalo. Nunca los he visto vivos por aquí. Es esta vez.

Después, la hija entró cerca del conchudo del río, en la sierra, y salió por el camino, en el alto correspondiente. El esposo de la hermana dio un brinco y cayó muerto.

—Buena tiro —exclamó el esposo—, y fue a contar en la aldea.

Al punto la mujer comenzó a gritar, a reírse:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Me duele el corazón!

—¡Clamores! —le decían.

Ella, se fue a la aldea, pero lo que buscaba era una explicación de sus lágrimas y de su espanto al oír que habían muerto al Bufalo. Le dieron una medicina, pero la dan sin que lo viera.

### III

Toda se levantan; los hombres con sus barbas, los hombres con sus armas, para ir a desmenuzar el bufalo. La mujer se quedó sola en la aldea, pero no tardó en ir a reunirse con todos, apréndole la cultura, guiando y guiado.

—¿A qué viene aquí? —le dijo el marido—. Si estás enferma quédate en casa.

—No, no quiero quedarme sola en la aldea.

Su suegra la reprendió, le dijo que no sabía lo que se hacía y que iba a matarse con el marido de aquel modo.

Cuando llegaron de entre las barbas, la mujer dijo:

—¡Dejad que lleve yo la cabeza.

—No, no, la lleva enferma. Es mucho peso para ti.

—No, dejadme —replicó.

Congo con la cabeza y pecho.

Llegada a la aldea, en lugar de ir a su casa, se metió en el cuñal de la marmita, allí depositó la cabeza, y allí se quedó, recostada. Su marido fue a buscarla para que volviera a la cultura, desde se encontraría mejor.

—No me molestes —respondió ella duramente.

Su suegra fue también y le habló con dulzura.

—¿Por qué me fastidias? —respondió con acento—. ¿No queréis dejarme dormir en paz?

Le llevaron alimentos y los apartó de sí. Llegó la noche. Su marido se acostó, pero no dormía; escuchaba.

La mujer fue a buscar hule, pero como a hervir en una marmita pequeña y está en ella el cuerpo de medicina que había robado de su padre. Después tomó la cabeza del bufalo y abrió con el cuchillo unas incisiones delante del río, en la sierra, donde la hija había robado al animal. Apiló en el alto el cuerpo de hule ventosas y se puso con toda su fuerza. Conquistó extraños conjuntos de sangre; después, sangre líquida. Las agujas espesas el sitio mismo al vapor de agua que sola de la marmita, luego de unirlo con la gran guardada en la rabia. Hecho esto, la mujer se abrió. Entonces la mujer canturreó lo que sigue:

¡Oh! ¡Padre mío! Retórnalo de la muerte.

Ben me lo dijiste, bien me lo dijiste.

Me dijiste: Tó, que sea por la curación profunda y deambular después la noche.

Tú eres la planta torca de riza que crece en las ramas, que muere antes de tiempo, diciendo por el viento recio.

Tú detienes en la tierra flores y frutos.

Concluyó el estilejo, la cabeza se movió. Los miembros regresaron. El bufalo comenzó a sentirse revivir, movió las orejas, los cuernos, se inclinó, entró los miembros.

Pero en eso el marido, que no dormía, salió de su cama diciendo:

—¿Qué le sucede a mi esposa, que no se caza de hornos? He de ver por qué día esos grillos.

Enta en el cochillo de las manitas y la llana. La mujer creyó, con acento de cibera:

—Déjame.

Y la cabeza del bafalo se creó al suelo, muerta, perforando como la entera mata.

El marido volvió a su cabalo sin comprender nada de aquello ni haber visto nada. Entonces la mujer se creó de nuevo la manita, como la modicón, abrió las lindes, aplicó la ventosa, expuso la herida al vapor de agua y creó como mata.

El bafalo se creó de nuevo. Sus miembros, reaccionaron. Comenzó a sentirse revuelto, movió las orejas, sacó las cuernas, se creó. Pero el marido, inspirado, volvió a ver lo que hacía su mujer. La mujer se creó con él. Entonces el marido se creó en el cochillo de las manitas, a ver lo que ocurría. La mujer creó la herida, la manita y los demás utensilios y salió fuera. Después arrojó yelba para hacer una hoguera, y por tercera vez se puso a reventar al bafalo.

Llegó la suma, y en esto apareció la surgen. La cabeza cayó de nuevo a tierra. Saltó el sol, la herida se creó.

La mujer dijo:

—Déjame ir sola al lago, para lavarme.

Le respondieron:

—¿Cómo pedras llegar, estando enferma?

Con todo, la mujer fue allí y volvió diciendo:

—En el camino he encontrado un hombre de mi país. Me ha dicho que mi madre está muy mala, muy mala. Le he dicho que viniera a la aldea. Se ha negado, porque, como le ofrecían de comer, seguramente se negaría. Al instante se ha marchado, diciendo que vaya a toda pisa, no sea que mi madre se muera antes de verla. Y, ahora, allá, que me voy.

Todo ello era mentira. Había tenido la ocurrencia de ir al lago para hacer esa historia y ser perseguido para ir a comunicarlo a los amigos la muerte de su bafalo.

Con la buena en la cabeza la mujer se fue, creyendo por eso camuflar el estallido del Retorno de la llana. Los gentes se agolpaban a su paso y la acompañaron hasta la aldea. Allí les hizo saber que el bafalo ya no estaba.

Entonces, estallando en todas direcciones para reunir a todos los habitantes del país, hicieron muchas preguntas a la mujer, diciéndole:

—Ya lo ves, bien te lo dijimos. Reduzcábas todas las mocías que te ofrecimos y te empufaz en llevarse el bafalo. Nos has matado a todos.

En esto estaban cuando entró en la aldea el marido en pos de su mujer. Apoyó la frente en el tronco de un árbol y se sentó. Entonces le cubrieron todos, diciendo:

—Salud, criminal, salud. A todos nos has muerto.

El marido no escuchó y se preguntaba por qué le llamaban criminal.

—Todo lo que he hecho —pensaba— ha sido matar un bafalo.

—Sí, pero ese bafalo era el que ayudaba a tu mujer. No por agua, cortaba todo, labraba la tierra.

El marido, mareado, les dijo:

—¿Y por qué me lo dijisteis? No lo había muerto.

—Nuestra vida —añadieron— dependía de la suya.

Entonces empezaron a deplacarse todos, en primer lugar, la mujer, gritando:

—¡Oh, padre mío, retorno de la llana!

Después, sus padres, sus hermanos, sus hermanas, hicieron lo mismo, uno tras otro; uno dijo:

Tú, que vas por la ocurrencia, profano.

Otro repuso:

¡Tú, que decías durante la noche!

Y otro:

Tú, que decías en las carreras fuertes y frías.

Todos se cortaron el cuello y sacrificaron incluso a los niños, que llevaban colgadas a la espalda, en esteros de paja.

—¿Por qué? —decían—. ¿Para qué después venir, si de todos modos habrían de enajenarse?

El mundo volvió a su casa y cuando éllos habla venido a dar muerte a todos regresando al Bafalo, sus padres le dijeron:

—Ya lo estáis viendo. ¿No se habíamos dicho que se ocurriría una desgracia? Cuando ve oímos una forma fúnebre y proporcional para la, preferir hacer tu capricho. Ahora has perdido toda tu herencia. ¿Quién es a desolarse, si han muerto los padres de tu mujer, a quienes darte tu dinero? Aquí se acaba.

### 36. HISTORIA DE TANGALIMILINGO

Unos niños salieron a buscar caza. Encuentran abundante en el bosque. Chisaron y mataron muchas piezas, a saber: conejos, antílopes de castaño, gallinas de Gadrin, perdices y antílopes de monte.

Dijeron:

—Vamos a la caza y preparamos la carne.

Llegaron y se acuraron. Vieron otras gentes al mismo lugar: cazadores también. Persecuciones todas juntas, cortaron paja y encendieron hornos.

Entonces llegó un leopardo, que arrebató el antílope que habían preparado.

Algunos hombres se lanzaron a dar caza al leopardo. Sin éxito, llega un águila que se come todas las piezas. Cuando los hombres habían peregrinado en vano al lugar, decidieron volver. Y, llegando al lugar donde arrojaban, encuentran que habían desaparecido todas las piezas.

—¿Quién se ha comido la carne? —dijeron.

Entonces averiguaron adivinados, pero no encontraron a nadie. Un joven se había rogado. Y cuando que, mientras buscaban las piezas desaparecidas, llegó un águila y se comió al joven.

La gente, no habiendo logrado encontrar al que se había comido la carne, se volvió y hallaron que el joven había desaparecido. El joven llevaba en el brazo un cocodrilo enorme.

Cuando advirtieron su desaparición se pusieron a buscarlo, pero no lo encontraron. Entonces dijeron:

—Vamos a caza, puesto que ese mundo se ha perdido y unas gentes nos han quitado las piezas escurridas. No hemos visto al mundo ni a quien lo ha rapado.

Entonces se sacaron camino de su casa. Ya cerca de la aldea gritaron mucho, comprando una canción que decía:

*Habíamos de Tangalimingo.*

*Lo han robado.*

*Robado por las gentes del agua.*

*Gallo, eres una gallina, aléjate gallina;*

*Muertos todos.*

*Habíamos de Tangalimingo, Tangalimingo.*

*Lo han robado.*

*Robado por las gentes del agua.*

*Gallo, eres una gallina, aléjate gallina.*

*Llegamos a su casa.*

¿Qué había sido de Tangalimingo? Cuando se vio en el estómago del águila desmenuado el mundo y perdió en dos el mundo.

Así se escapó, sin que muriese el águila; de consecuencia, las gentes no dan muerte al águila, que una vez ha sido Tangalimingo.

Entonces Tangalimingo hizo una canción, que decía:

*¿Lo creéis? ¿Lo creéis?*

*El desaparecido se había la tierra de su señor.*

*Recorre las zanfenas.*

*Se detiene a la puerta.*

Entonces llegó a su casa: las mujeres se pusieron contentas y se regocijaron. Cantaban canciones y sacrificaron ganado en honor del mundo que había resucitado al joven.

## LEYENDAS HISTÓRICAS

## IV. CUESTA DE SAMBA GUZUARDU DINGU

Esta es la historia de Samba Guzelado Dingu, príncipe pahi del Futa. Samba Guzelado Dingu era hijo de Guandou, rey del Futa. Al llegar Samba a la adolescencia, murió su padre. El hermano del rey difunto, Koukoko Mouss, tomó el mando del país. Koukoko tenía ocho hijos. Al ser muy joven amó a una mujer que iba a reparar el Futa, y en efecto, cada uno recibió su parte.

Samba estaba con su madre, un gine llamado Seri Malalya y un criado que se llamaba Danguin.

El gine Seri fue en busca de Samba. ¡Lo llevando.

—¿Por qué llevar? —le preguntó Samba.

—Por esto —respondió el gine—. Tu padre, Koukoko, ha repartido el Futa entre sus hijos. Y, como tu padre ya no existe, Koukoko no te ha reservado parte alguna.

Samba se lanzó al punto. Fue en busca de su tío y le dijo:

—Bueno, papá, ¿cuál será mi parte?

—También a ti voy a darte algo —respondió Koukoko—. Toma el primer caballo que encuentres en el Futa, pero es. Samba se retiró. Va en busca del gine y le dice:

—Mi papá me ha dado también una parte.

—¿Qué te ha dado?

—Me ha dado permiso de apoderarme del primer caballo bueno que encuentre.

Y el gine:

—¡Eso es darte nada! Se podía muy mal encontrar.

Samba vuelve a buscar a Koukoko.

—Papá —le dice—, no me hace falta tu regalo. Lo que necesito es la parte que me corresponde. No pido otra cosa.

—He visto —respondió Koukoko— un sero escondido en el Futa. También le visto una mujer bonita. Quédale con los dos. Te los doy.

Samba ha visto otra vez a Seri, el gine.

—¡Eh! Mi papá me ha dado una mujer bonita del Futa y un sero. Puedo apoderarme cuando quiera.

—Eso no es nada —respondió el gine—. Viene a ser como lo que te había dado antes. Se encarama una mujer bonita, ya casada, y le ayuda de ella, el marido le mata. Esos son chapullos y no entiendo de nada.

Samba vuelve a las andadas:

—Mira, papá, lo que me regalas no me hace falta. Lo que yo quiero es la parte del Futa que me corresponde.

—Si te corresponde —contesta Koukoko—, arreglarse para conseguirlo. Si no, ¡pasa tu!

Samba se va. Enrolla su yegua Uvullatou. Se pone en camino con su gine Seri Malalya, su criado Danguin, su madre y los criados destinados a su mujer. En aquel entonces nada se hacía a caballo. Y dijo:

—¡Adema me voy del Futa.

Llega hasta una aldea llamada Tibbo. Muy próximo a Babel. Manda llamar al rey del país:

—Tibba —le dice—, te entrego a mi madre y a la madre de mi gine. Es necesario que juremos a sus necesidades y a las de sus gentes hasta que yo regrese. Procedales sustento y vestidos. Alójales bien, dadas buenas caballerías. Si no, cuando yo vuelva y me entere de que han cometido de vicio y rogar, se romperá la cabeza.

Dicho esto, Samba y su gine han pasado el río sin tardanza. Se han dirigido a una parte cuyo rey se llama Elid Bally, para pedirle guerra y atacar a Koukoko Mouss, su tío.

Han cometido durante su guerra y cinco días por la mañana antes de llegar al país de los pahi, le obediendo el nombre del rey de este país. En cuanto ha visto a Samba ha dicho:

—¡Guerra mala. Seguramente es hijo de rey.

Muñda sacrificar unos toros y degollar unos carneros, se los regaló a Samba, y dice:

—Todo esto es para ti.

Llama a sus hijos y los dice:

—Id a buscar a Samba, que se marcha mañana. Hablad con él y dízale esto.

Los jóvenes han acompañado a Samba. Se separan con él. Después le dicen:

—Hace mucho calor —dieren—, vamos a bañarnos.

Avanzan los jóvenes, Samba se tumbó en la cama para dormir. Una de las jóvenes se había quitado el collar de oro y se le echó encima antes de marcharse. Un aveceru entra en la cabecera misma, desviste Samba y se traga el collar de oro.

Vuelven los jóvenes y encuentran a Samba:

—¿Me ha dejado así, hace un momento, el collar de oro, ¿Dónde está?

Lo buscan y no encuentran nada.

—¡Oh! —dice Samba—, ¿Te figuras que he robado el collar?

—No —responde la joven—; pero, en fin, yo he sabido la verdad, y en la cabeza te estaban más que tú y yo.

—¡Qué bien —anuncia Samba.

La joven se va en busca de su padre.

—Me he dejado el collar de oro en casa del forastero y ahora no lo encuentro por ninguna parte.

—¿Crees que te lo ha quitado él? —pregunta el rey.

—No lo sé. Busquemos los dos ahora.

El rey no ha dicho lo que pensaba del caso. No ha hecho más que limitarse a su hijo a volver junto a Samba.

En tanto, Samba había encontrado el oro. Advirtió las huellas de las patas del aveceru. Entonces va en busca del rey, diziendo a la joven en la cabeza.

—Te darte una calabaza llena de oro —le dice— si me vendes el aveceru.

—¡Esoy conforme. Tuvo es.

Samba llama en seguida a unos hombres y les ordena que maten el aveceru.

—Una vez muerto —les encarga—, desgrajadlo y traidlo lo que encontréis en el cuerpo.

Los banderos obedecen y vienen al encuentro de Samba, pre-

sentando la hija del rey. En el momento del aveceru esalta el collar de oro.

—Me has acusado del robo del collar —dice Samba a la joven—.

—Voy a hacer que te acuses.

El rey le deja en libertad de hacer como le plazca. Pero Sock, el gnot, interviene:

—No procedas bien, Samba. Hemos salido de nuestro país para venir a este, y no temas más que a él. Si quieres darte a tu antiguo nos pases. Llévate a la hija del rey y guárdale bien de hacerla otra.

Samba ha seguido el consejo del gnot y al día siguiente se pone en camino hacia el reino de Khele Bilidary.

Han caminado quince días más en plena montaña y han llegado a laberintos de agua.

—Samba —dice el gnot—, no puedo seguir adelante; voy a morir.

Samba conduce a Sock a la sombra de un árbol y le dice, así como a Dhangura, su criado:

—Esperadme aquí.

Y echándose en Umutlana, su yagua, continúa el camino dos horas más y llega, por fin, a una charca.

Allí ve un gnutano de gran talla que se bañaba.

El gnutano se vuelve hacia Samba y de todos los miembros de su cuerpo brota fuego. Samba no se asusta; le mira cara a cara.

Entonces el gnutano cree hasta tocar el cielo con la cabeza.

—¿A qué viene eso? —le pregunta tranquilamente Samba—.

—Quiero ver si me das miedo?

El gnutano se enoja:

—No he visto hombre tan valiente como tú. Bueno: voy a pegarte una cosa —y le tiende un fuelle—. Samba, ¿sabes el nombre de este fuelle?

—No —responde Samba—, no lo sé.

—Su nombre es Bunsarú —responde el gnutano—. Te llevaré sacado de la fuma para que tu abuelo caiga muerto.

Samba se desahoga la piel de cabra que llevaba al hombro y entró en la charca a tomar agua. Llenó el odre, lo puso en la yagua.

—Bueno —se dijo—, voy a comprobar si el gnutano me ha dicho la verdad.

Saca el fuelle de la fuma, y el gnutano cae muerto.

Hicelo eso, Samba, recorra al lugar donde ha debido a su gusto, y encuéntrelo a su padre, el jefe, que cambia las palabras de Samba. Le da de beber, y también al camino. El jefe entonces, le dice:

—Bueno, Samba, ¿qué ha sido eso después que le vino a la boca?

—He dormido ya —responde Samba.

Y le cuenta la aventura del granjero y lo que ha hecho de él.

—Muy mal —responde el jefe—. Has cometido muy mal. ¿A qué se hace un regalo lo malo? Te has perdido totalmente.

—He hecho bien —replica Samba—. Como yo he pasado por aquí, otros pueden pasar. Yo soy el único hijo de rey, y en el porvenir hay muchos hijos de rey, y muchos de ellos son volantes. Todos son tan sencillos como yo. El granjero me ha dado los sesos fues, y mañana habrá hecho a otro un regalo parecido. Ya he comido de hacer regalos. Mañana hará un mal como el mío. Soy el único poseedor de esa maravilla.

Con eso muestran a mi hijo. Pasados unos días llegan a la capital del país de Elé. Allí hay. Es una ciudad más grande que San. Allí, Horta, cerca de un año que no había agua fresca. Un camino muy grande, puesto en medio del río, muestra que los habitantes sacaron agua. Cada año le entregaban una doncella bien vestida, con zarcillos de oro y espigas en las manos y en las piernas, tan engalanada, en una palanca, como una hija de rey. El camino era muy estrecho y, al no la cruzaban bastante bien vestida, recibía la ofensa y los problemas sin contar la posesión de agua fresca.

Al llegar Samba estaba en el último día del año y los habitantes se disponían a entregar al día siguiente una doncella al emperador Ndamuli. Dijo:

A la media noche, Samba se despierta delante de una calaba de madera un poco separada de la aldea. Llana a la calaba que estaba en la calaba y le dice:

—Dame agua, que tengo sed.

La calaba entra en la calaba. Tarda en un brevísimo agua, que apenas bordea para tomar un vaso, y el agua estaba corrompida. Con todo, se la ofrece a Samba.

Samba toma el agua, la olfatea y, hallándola de mal olor, golpea a la mujer, que era al lado a pocos pasos de distancia.

—¡Cienos! —exclama—. ¡Te pido agua y me trae esa suciedad!

—Oh, amigo mío! —responde la mujer—. No hay otra en el país. Para tener agua fresca he venido de solicitar una hija de rey.

—Bueno, anda —ordena Samba—. Encuéntre el camino del río. Voy a dar agua a la yegua ahora mismo.

La calaba se espanta:

—Me da miedo ir al río —dice—. Mañana, el rey verá la bucha de sus pasos y me preguntará: ¿por qué has ido al río, cuando yo lo tengo prohibido?

Samba se calaba:

—Si te atreves a ir, mueras a mi mano. Toma el caballo, Danguin, y échalo a Umlalena. Y tú, mujer, ve delante.

La mujer ha mirado el camino:

—Todo derecho, después al río.

Samba se complace de su broma, le da las gracias y le permite volver.

Samba ha caminado hasta llegar al río. Ordena a su camino que se desende y que entre en el río con la yegua para bañarla. El camino se despoja de la ropa y entra en el agua. Y al punto, desde el medio del río, Ndamuli, Dalia, el camino, lo intercepta:

—¿Quién va? —grita.

—Un recién llegado —responde Samba.

—Bueno, ¿qué buscas aquí, recién llegado?

—Vengo a beber.

—Si vienes a beber, bebe solo, y que no beba tu caballo.

—El recién llegado va a dar agua a la yegua —replica Samba—. Bebe él y su camino. ¡Vuelvo al río, Danguin!

El camino entonces. La yegua saca el agua con el casco. El camino dice:

—Hos de saber, recién llegado, que estás invitado.

Ndamuli se yergue en medio del río, y seda el agua brilla como fuego:

—Si te atreves de lo que ves y sueñas a la yegua, se mata al mismo tiempo que al camino.

Tres veces probados, el camino sujeta con fuerza a la yegua. El camino se va hacia él, adentrándose por en par las espaldas, una hacia abajo, la otra hacia arriba, y de las fauces le lleva luego

abundante. Ya muy cerca, Sanha después seduce al. Muere el camión, y el río se pone de color de sangre.

Ya que el camión ha muerto, Sanha toma agua en el oído de piel de cabra. Bebe el agua en el caballo y se vuelve a la cabeza para acomodarse en ella y descansar. Dejó agua a la cautiva en cuya casa se destinaron.

La cautiva se asombró:

—¿Cómo habéis podido procurarme tanta agua? —la pregunta.

Y Sanha:

—Tienes la lengua muy larga. Si te das agua, confírmate con bebiendo, sin preocuparte de dónde viene.

Después de matar al camión, Sanha le cortó un pedazo, que se llevó consigo. También dejó en el lugar del camión sus alfileras y sus sandalias, porque sabía bien que nadie podría salirse con ellas o aborrecer las toldas ni las muñecas. Sanha tiene las pieles muy pequeñas.

Al día siguiente, el rey Elbi Bilibiliy convoca a todos los grietas para salir de la aldea y llevar la doncella al camión, que permitió a los habitantes renovar la posesión de agua.

Van en busca de la virgen y la pegan en un caballo. Todos los grietas la siguen cantando:

—¡Ah, jorral, lleva esto de valor. El camión se ha comido a tu hermana mayor. Se la comió a tu otra hermana, y no tienes miedo. Trátemos agua.

Así cantan los grietas. Dicen los cien viejanes que el camión ha devorado. Ya están al borde del río. La virgen se opea. Otros venen, la virgen camión va adelante y el camión veía a trágica. Era vez, la virgen estaba en el río hasta que el agua le llega al pecho, llega a la cabeza del camión y en ella se mantiene erguida.

—Aquí está el camión —dice—, estoy sobre su cabeza.

Las gentes dicen:

—El camión está enojado. Ha venido rodeado con un hombre. Ya no está virgen. ¡Oh, qué desgracia! Pero ella es malísima para nosotros. Era una joven indiana.

Al punto salen en busca de otra doncella. La primera, en tanto, se dedicaba con indignación:

—¡Miserable —dice—. Desde que me no me ha tocado ningún hombre. No he conseguido nunca el lacto de un hombre. Otra doncella ha consentido en dejarse sacrificar al camión.

—Voy allí! —ha contestado. Llega sobre camión junto a la casa. Ahíra están las dos sobre la cabeza del camión. Y su padre exclama:

—El camión está muerto.

—Que todo el mundo se oculte al río —permite entonces el rey—. Venimos a la verdad o no.

Todo el mundo se oculta al río y se construyen de que el camión está muerto.

—¡Bueno —dice el rey—. El primero que diga que ha matado al camión, si puede probarlo, obtendrá de mí todo lo que pida.

Un momento de embudo grita:

—Yo lo maté. Yo vine aquí anoche. El camión quería comerme, y lo maté.

Cada uno cuenta un cuento para demostrar al rey que ha matado al camión y cobrar la recompensa.

El cautivo que allí está recoge las alfileras y las sandalias:

—Estas son las alfileras del venecador —dice—, y esta es su sandalia. El dueño de todo esto es el que ha matado al camión.

—Bien está —dice el rey—. Quizá pueda pensarse esas alfileras y calzarse con sandalias, si no le están demasiado grandes ni demasiado pequeñas, ese es el que ha matado al camión. No recibirá la recompensa.

Todas intentan la prueba. Pero a todas les sale mal. Entonces se adelanta la cautiva:

—Ayer llegó un bazarero —dice—. Se apoyó en mi cabeza. Al llegar me pilló negro. Le di agua concurrida, la tinka que tenía. Al darme, me pegó. Luego se fue y estuvo fuera como una tres horas de tiempo y al volver me dio agua fresca. No hay más que llamarlo por vez. Por mi parte, estoy segura de que es él quien ha matado al camión.

El rey envía gente a buscar al acción llegado:

—Que me traigan al bazarero. Le diré que el rey le llama.

Los emisarios del alfarer van a la cabeza. Han llamado a Sanha desobediencia. Le dan sus grietas para despertarlo. Sanha, fustado de que le cortan el pelo, los deseara un puntapié.

Entonces el rey envía otro hombre para probar a despertarlo. —Déjame dentro hasta que me burre —le grita Sanha—. Si veas algo más, lo mataré.

El emisario regresa. Cuenta el caso al rey.

—Faci bien —decide el rey—. Aguardaré hasta que acabe de decirte.

Han aguardado dos horas de tiempo. Sambo se despierta al fin. Va al río.

Salta al río, y el rey respalda a su salvador. Después le ofrece un sitio a su lado y le invita a descansar. Después, tomando las alforjas y la sandalia, le pregunta:

—¿A qué tiempo esto?

Sambo saca del bolsillo la otra sandalia y se calza las dos pies.

—Buena —dice el rey—. Venidme a despedirme en mi casa.

El rey le da una gran cantidad de dinero, un verdadero jolote.

El rey envía gente a buscar la impedimenta de Sambo y tras sus cosas y su yegua. Todos se marchan en el caballo del rey. Sacrifican cantidad de carne. Sambo permanece dos meses con el rey, y todo ese tiempo Sambo veía sin cesar unas personas a su disposición. Al cabo de ese tiempo, el rey llama a su hijo:

—¿Cien qué propósito has venido a este país? ¿Qué necesitas?

Y Sambo ha contestado:

—Sido necio guerrero.

Kidú Bialúy ha conocido a los zambos y ha dicho:

—El venidero del camino pide que le presenten nuestros guerreros.

Y dice:

—¿Ir hasta el Fusi? —han preguntado los zambos—. ¿Cómo puede ser eso?

—Este hombre —replicó el rey— ha sabido venir aquí desde el Fusi. Hasta aquí ha llegado. Hacía un año que no podíamos renovar la provisión de agua. Ha dado muerte al que nos impedía beber, y en recompensa no pide más que nuestros guerreros. No hay manera de negárselos.

—Bueno —han declarado los zambos—, lo que vamos a hacer es esto. Existe un rey llamado Birama N'Ganoni. Enviaremos contra él a Sambo. Guárdale diez días para que le quiten las garras y las alas regadas. Entonces le presentaremos nuestros guerreros e iremos con él a combatir en su país.

El consejo era buena otra proposición que el de deshacerse de Sambo con promesas falsas. Conzaban con que pareciera la vida en su patria contra Birama N'Ganoni, porque este rey era muy poderoso.

Para llegar al lejano país de Birama N'Ganoni, necesitó Sambo avanzar por lo menos dieciocho estacas, y entre cada dos estacas

hay ocho días de camino y aún más. Conzaban el ganado de Birama. Necesitaban pastores varidos unos y otros de alboreros y de pastores. Necesitaban pastores varidos unos y otros de alboreros y de pastores. Necesitaban pastores varidos unos y otros de alboreros y de pastores.

—Voy a quitarme las alas —los dice.

—Eso es loco —le responden—. Antes de quitárselos, habría que matarlos a todos.

—Vano —ordena Sambo—, echad delante de mí y escuchad el grito cuando yo os llamo.

Los pastores se niegan a obedecer. Se precipitan sobre Sambo, empujando la lanza. Le tiran bores de lana, pero no le pierden porque tiene brazos valerosos. Y Sambo los mata a todos, con excepción de uno solo.

Sambo huye prisa al que quiere dejar vivo. Le corta las orejas y le dice:

—Ve a contar a Birama N'Ganoni que le he quitado sus orejas.

El hombre se va. Llega a la gran caballería de Birama. El primero a quien pide que vaya a contar al rey de la degollina de los pastores y el rapto del ganado le responde recalcando:

—No, no quiero ir.

Apelido, Birama estaba aún durmiendo. Uno de sus mayordomos, que estaba arreglándose la cabeza al oírlo de los pechos, preguntó:

—¿Cómo vais a dar a Birama una noticia así?

Los demás se acordaron que se llame a los guerreros con un "chakema".

Las mujeres se reúnen con la primera y con su hermana. Han preparado el maldito con huesos de árbol. Ya preparado, lo dejan avanzar junto a Birama durmiendo. Después han recogido "huesos" en los arbustos. El "hueso" es una grana perfumada que los lobos Birama huelen cuando o huelen. El hueso ha caído sobre Birama, y Birama se ha despertado.

Ve a los guerreros, todos con sus "chakema", corriendo.

—¿Qué hay? ¿Qué significa esto? —saca sus orejas y las palmea al despertar. Un hombre se adelanta temblando:

—Un peñal ha ocurrido a tus pastores. Quarta noche el ganado...

Sin dejarlo escuchar, Birama lo mata:

—El mileno Allah —grita cócrico—, el mileno Allah no podía quitársela.

Otro hombre se acerca y cuenta lo ocurrido. Birama también lo cuenta. De ese modo ha pasado a tres. Los otros llegan.

Entonces entra la hermana de Birama llevándose leche cuajada. Se la pone delante y le dice:

—A esto se refiere tu cuento, desde que el peñal ha rebndido tus ruegos. Ya no hay otra cosa que decir.

El rey Birama cabalga en su caballo gris, el alazán. Cabalga lleno de furia y alcanza a Samba. Gritando desde de la silla: Samba ocúlase el rebño y espere tranquilizante a Birama.

—Eres tú quien ha venido a molestarme los guaridos?

—Sí, yo soy. Pero te dejaré una parte, si eso te contenta. Lo demás lo guardo para mí.

—¿Qué partes haserto —dice Birama—, pero antes habría de mostrarme.

Samba saca una paja. Echó, yeca, metiendo y sacando unas cuantas chopolas. Hecho esto, dice a Birama:

—Como gustes. Decíale lo que te plazca—. De ese modo ha hablado al rey.

El Birama desahoga un poco lanzando contra Samba. La bronca se quiebra en dos pedazos. Tanta ríspidamente otra bronca y lo hizo de nuevo. Lo hizo con todas sus fuerzas, hasta que no le queda ninguna fuerza. Entonces Samba lo hizo, a su vez. La bronca también se rompió.

Entonces salta sobre su yegua y se da pelan a caballo, y los cabalgantes se desahogan y ríspen furiosamente. Al fin, Samba puede irse y Birama sigue.

Ya están en el taca de Birama. El taca congetando lo miran ocho reñtos, cada uno con su parte. Cuando Birama se presenta ante la peltura, sus gestos lo dejan palar y hacen luego sobre Samba. Mientras no se desaga el humo de los disparos, los hombres creen que Samba ha perecido. Pero no es así, y van que corren persiguiendo al rey. Y, ante cada parte, el mismo hecho se repite, hasta que Birama y Samba llegan al centro de las caballerías.

Zinzeres Samba caga de persiguiendo:

—Si no fuese porque tu hermana te protege, te mostraría —dice al jefe—, pero yo soy un novio (coocigero) y no puedo desear la réplica de quien no me ha reñido.

Vuelve al rebño, separa trececientas caballerías y se las envía al rey, diciendo:

—Es un regalo que hago a Birama y a su hermana.

Aun le quedaba otro tanto, como premio de la victoria sobre Birama NYamni.

—Ya era un peñal como yo —dice al rey—. Por eso no quiero que te vayas reñido a alimentarte de leche cuajada.

Y se fue, con la reñente del ganado.

Llega al pueblo de Eñel Bidiary.

—Eso son los ganados de Birama NYamni —dice.

Los reñidos han venido a hablar con el rey.

—Ese hombre —le dicen— ha venido aquí, ha mirado a Nibardi Dado y, además, ha conseguido apoderarse de los reñidos de Birama. Nosotros aludca decían que nadie había podido apoderarse, y él lo ha logrado. Si vamos con él a la guerra, nos hará perder a todos.

—Aludca están obligados a prepararse guerreros —les dice Samba.

Y las mujeres del país exclaman:

—Puesto que nuestros maridos tienen miedo de acompañarnos, nosotros las mujeres iremos contigo.

Eñel Bidiary lleva a Samba y le promete los guerreros para dentro de unos días.

La aldea tiene cuatro puertas. Eñel Bidiary manda cuatro gruesas trece de árbol. Los abogan a manera de pedrada. El ruido de los golpes llega a ser suficiente, cuando los cueros de los caballos hacen marchando la marcha.

Por cada salida, Samba ha visto desfilar durante varios días caballos y guerra. En fin, se da por satisfecho.

—Aludca, que según las pomas —dice.

Y durante otros cuantos días sigue a la salida de los peseros.

—Eso basta —dice—. Partamos al momento.

Entonces Samba se pone en camino hacia el Fota. Ya muy cerca, ordena a sus columnas que sigan marchando y se dirijan hacia la parte de NYGugubine, siguiendo la margen del río. Samba va a ver a su madre, que dejó al cuidado del río. Samba.

La columna cuenta muchos caballos. El día que Samba se separó de ella para ir a Tiyabo, en el Fota, Tunba se ha dicho:

"Seguramente Samba se ha perdido en la mangla." Y, perteneciendo al medio, ha expuesto de la aldea a la madre y a los cautivos de Samba.

Los caudatos han tomado una roca y han hecho una especie de techado, como en las tiendas de los micos, y la madre de Samba se ha puesto del lado para guardarse del sol. Después se han dispersado en la mangla para buscar un poco de maíz, y, cada vez que venían a un hombre que usaba una su cocha, la seguía, para recoger lo que pudiera caersele. Han vuelto con la poca que han hallado; han hecho con ella un mal almuerzo y se lo han dado a la madre de su amo para su almuerzo, después de añadir unas hojas de árbol cocidas.

Señala las dos aproximadamente. Los caudatos se habían quedado con la madre de Samba. De pronto oyen a un gnat que vociferaba:

—¡Ulin! Genséñ! —que quiere decir: Toma a Samba, lo respeto como a mi amo.

La voz es aguda y clara. Es la de Sesi. De seguro, Samba está por llegar. Los caudatos exclaman:

—¡Es la voz de un hambado. ¡Samba viene!

Y la madre de Sesi dice:

—Sesi, si me parece que el que canta es mi hijo.

Pero la madre de Samba responde tristemente:

—El gnat está loco para cantar así, porque mi hijo ha perdido. Ya no lo verá más.

Pero la yegua de Samba ha llegado al río, y Samba atraviesa el agua montando en Umalasua.

Y el Tunka dice a sus gentes:

—Cuando Samba pregunte por mí, dítele que hace mucho tiempo que me he muerto.

Samba está ahora al lado de su madre. La encuentra apartada del hogar.

—¿Qué significa esto? —le ha preguntado.

Y su madre le responde:

—Ya ves, hijo mío, cómo nos ha tratado el Tunka desde que te fuiste.

—Paci bien —dice Samba por toda respuesta.

Va a la casa del Tunka. Pregunta a la gente:

—¿Dónde está el Tunka? Que me lo traigan.

—El Tunka se murió hace mucho tiempo.

—¿Le vendió a su sepultura. Muerto y todo, encontré una

hoguera para quemarlo.

Lo llevan un poco más lejos:

—Aquí está enterrado el Tunka.

Samba llama a unos hombres, les manda entrar en el sitio indicado y no encuentran nada.

—Secado de mi cabrita —exclama—. Lo necesito.

Avanza al Tunka hasta el centro del hogar. Samba permanece a caballo. Toma una rama y extiende el brazo:

—¡Anunciamos! —dice—. Los jirón, el oro, los perdidos y los muertos, hasta que el tronco llegue a la altura de mi mano.

Empujan a anunciar el oro, los perdidos y los muertos. Cuando el tronco alcanza un metro de altura, Sesi salta de su caballo sobre el tronco. Lo apaña con su pie y dice:

—No es bastante alto. Poned más.

—Ya es bastante.

Segunda Samba se dirige al Tunka:

—Para otra vez que deje a mi madre en tu casa, acordarse de lo que he hecho, de otra manera, no te iré a ver, vuela a escapar.

Toma consigo los víveres, el oro, y se lo da a su madre y a su gente. Luego remonta su caballo.

Ha ido hasta Umalasua, en el Futa. Pasa de largo y continúa hasta encontrar a sus compañeros en N'Gouguivore. Desde allí entra un mensaje a su hijo Kachado para decirle que se prepare, que han a caballo en Bilbadi. Y avanza en persona desde N'Gouguivore.

En ese momento, su hijo estaba en Sedi, cerca de Koyoffi.

Samba va a su encuentro y ve que Kachado lo espera con su ejército. Ha arrojado consigo, antes de dar batalla, se hecha un gran tam-tam, y el tam-tam de guerra que servía a los jirón se llama Alamaru, y la danza que danaban solo estaba permitida a los jirónes gonsos que no tenían miedo. La danza se llama también Alamaru y se danzaba con la lanza empunzada.

El caudal de que había estado cubierto con la piel de una

doncella. Desde su puesto, Samba oye el trueno del tam-tam:

—Buena —dice—; yo también voy allá. Quiero bailar el Mambo.

—¿Qué hace? Debes permanecer aquí hasta mañana.

Santo responde:

—¿Dónde quieres que te haga caso, hijo?

Santo ha estado el día. Ha ido hacia el tam-tam y ha estado en la noche de los chirimenes. Se calza la calaca con el tocador, se vea el rostro. Baila con la danza en el pueblo.

Todos dicen:

—Ese es Santo Guacabo. Diga.

Pero él no dice palabra. Vuelto en el tam-tam. Llana a sus pechos, los hijos de Kentocho Maza, y las dice:

—Verdad. Entramos en la cabana de vuestro padre. Tenemos que hablar.

Allí hay un cráneo llamado Maturdi Galdé, que luce un ojo malo. Su hijo le pregunta:

—Papá, ¿cómo quieres combatir mañana, estando así?

—Tranque un kilo de pimienta —responde el padre.

Se apaña el pimienta al ojo enfermo, agitando con una venda. Luego se acuesta, y cuando se quita la venda, tiene el ojo de color de fuego y dice:

—Cuando la columna de Santo vea a un hombre con un ojo tan colorado, se dará a la fuga, tema de ser.

A las seis de la mañana, las columnas de Santo y las de Kentocho han entrado la batalla. Santo había permanecido oculto en la cabana de Kentocho Maza. Había pasado la noche huyendo con sus primos hasta la salida del sol. En este momento le dice:

—Tráete agua para lavarte.

Todo eso lo dice débilmente de mucha gente. Después toma su lanza y sale del lugar. Atiende las columnas de Kentocho Maza. Vuelto que se dirige a sus columnas. Vuelto ya en medio de ellas.

Encuentra a la yegua en el otro extremo de la plaza, atada a una estalilla. Oírse que la estalilla, y su cuerno la mila. Caballo y sale al galope. Encuentra en las columnas de Kentocho. Saca de la funda el fuel balearista y de cada disparo mata los nuevos cráneos.

—¡Corro! —se dicen los soldados de Kentocho—. Confiamos

que, en cuanto empezamos la batalla, las columnas de Santo entraran en la plaza, y, lejos de eso, restara todavía.

Entonces, desobedeciendo, adelantaron a su jefe. ¡Hay que verlos hoy! Pero Kentocho no es de los que huyen. Muerto su caballo, tanto pudo de tierra y se refugia la batalla (paralelo). Si quiere escapar, no podrá, porque la tierra pesa mucho.

Santo da muerte a cuanto se le pone delante. Vuelto frente a Kentocho, en pie junto a su caballo muerto.

—¿Qué hay, papá? ¿Qué le sucede?

—Ya ves —responde Kentocho—, me han matado el caballo. Santo corre tras un jirón de Kentocho. Lo mata y trae el caballo.

—Papá —dice—, mantén en este caballo y sigue combatiendo. Kentocho se pone en la alba. Se precipita sobre las columnas de Santo. El segundo caballo que muere.

Santo acude de nuevo:

—¡Vaya, papá! ¿Te han matado el caballo?

Entonces mata a otro jefe de Kentocho.

—Papá —dice a su hijo—, aquí tienes otra montura.

Ocho veces por lo menos ha acompañado Santo los caballos de su tío. Mata a los hijos de Kentocho, los destaca a todos. Vuelto ahora dueño de Futa.

Lleva a su tío fuera de la aldea y le dice:

—Quédase así para siempre. Pedirle limosna.

Cuando Santo murió y fue enterrado, un peñol que pasaba cerca de la sepultura vio la cabeza del antiguo rey del Futa que sostenía del suelo.

—¡Ahí —dice—, esta cabeza de cochino se figura que me la mueren.

Tanto el buey y golpeó la cabeza. El buey se rompió y una estalilla le entró por un ojo al peñol y le causó la muerte.

Los habitantes del Futa han dicho:

—Santo no puede morir; él es quien ha matado al peñol.

### 38. LEYENDA DE NGURANGURANE, HIJO DEL COCCORRHO

Había una vez, hace ya mucho tiempo, mucho tiempo, un muy grande huesador de huesos, y era Ngurangurane, hijo del Coccorran. Sabido como nació, es la primera cosa; lo que hizo y cómo

—Bueno —dice—, yo también voy allí. Quiero besar el

Altavoz.

Su gran, que se llamaba Sané Mulibaya, le preguntó:

—¿Eh? ¿Eh? ¿Dices pensarme aquí hasta mañana?

Samba respondió:

—Dí lo que quieras; no te hago caso, tío.

Samba ha cruzado el río. Ha ido hasta el tam-tam y ha entrado en la rama de las circunstantes. Se cubre la cabeza con el tocador, se vea el rostro. Baila con la banca en el pecho.

Todos dicen:

—Ese es Samba Gorocho Diepui.

Pero él no dice palabra. Veído en el tam-tam. Llamo a sus primos, los hijos de Konédo Mousa, y les dice:

—Venid. Entramos en la cabana de vuestro padre. Tenemos

que hablar.

Allí hay un cráneo llamado Mahamadé Galté, que tiene un ojo malo. Su hijo le pregunta:

—Papá, ¿cómo quieres enseñar mañana, cuándo así?

—Tráeme un kilo de pimienta —responde el padre.

Se aplica el pimienta al ojo enfermo, sujetándolo con una venda. Luego se acuesta, y cuando se quita la venda, tiene el ojo de color de fuego y dice:

—Cuando la columna de Samba ve a un hombre con un ojo tan enfermo, se daña a la fuga, llena de terror.

A las seis de la mañana, las columnas de Samba y las de Konédo han comenzado la batalla. Samba, habiendo perseguido refugio en la cabana de Konédo Mousa. Había pasado la noche bebiendo con sus primos hasta la salida del sol. En este momento los dice:

—Tráeme agua para lavarme.

Todo esto le dice delante de mucha gente. Después entra en la banca y sale del lugar. Atrocheca las columnas de Konédo Mousa. Veído que se acerca a sus columnas. Veído ya en medio de ellas.

Encuentra a la yegua en el sitio donde la dejó, atada a una estacilla. Ochoa que la cuidaba, y su caballo la cuida. Cabaña y sale al galope. Pasa en las columnas de Konédo. Se cae de la punta el fiero Bumbandi y de cada disparo mata lo nuevo circunstantes guerreros.

—¡Céden! —se dicen los soldados de Konédo—. ¡Cámen!

que, en cuanto empezaron la batalla, las columnas de Samba con

predilección la fuga, y, lejos de eso, resaca batalla.

Esos, desalentados, abandonan a su jefe. ¡Hay que verlos

huir! Pero Konédo no es de los que huyen. Muerto su caballo, toma pulidor de tierra y se refugia la batalla (puntián). Si quisiera escapar, no podría, porque la tierra pesa mucho.

Samba da muerte a cuanto se le pone delante. Veído frente a Konédo, en pie junto a su caballo muerto.

—¿Qué hay, papá? ¿Qué le sucede?

—Ya ves —responde Konédo—, me han matado el caballo. Samba corre tras un jinete de Konédo. Lo mata y trae el caballo.

—Papá —dice—, muera en este caballo y déje combatiendo. Konédo se pone en la silla. Se precipita sobre las columnas de Samba. El segundo caballo que muere.

Samba oculta de nuevo:

—¡Vaya, papá! ¿Te han matado el caballo?

Entonces mata a otro jinete de Konédo.

—Papá —dice a su hijo—, aquí tienes otra montura.

Ochoa vuela por lo alto, ha reemplazado Samba los caballos de su tío. Mata a los hijos de Konédo, los derriba a todos. Veído ahora dueño de Futa.

Lleva a su tío fuera de la aldea y le dice:

—Quédame ahí para dormir. Podrás llorar.

Cuando Samba muere y fue enterrado, un petó que pasaba

cerca de la sepultura vio la cabeza del antiguo rey del Futa que sobresalía del suelo.

—¡Ah! —dijo—, esta cabeza de cocodrilo se figura que no ha muerto.

Trató el hueso y golpeó la cabeza. El hueso se rompió y una araña le entró por un ojo al petó y le comió la muerte.

Los habitantes del Futa han dicho:

—Samba no puede morir; él es quien ha matado al petó.

### 38. LETINDA DE NGIRANGIRANG, HIJO DEL COCODRILLO

Hacia una vez, hace ya mucho tiempo, mucho tiempo, un muy grande hombre de fuertes, y era Ngirangirang, hijo del Cocodrilo. Sabría cómo murió, es la primera cosa; lo que hizo y cómo

muñe, en la segunda. Contar todos sus acciones es imposible, ¿no quita, por ser tanta, las recordaba?

Venta cómo nació, es la primera cosa:

En aquella época los Fan vivían al borde de un río grande, grande, tan grande que no se podía ver la otra margen; parecían desde la orilla. Pero no entraban en el río; nadie los había cruzado aún a abrir camino; quiza los creó el fue Ngurungurane. Ngurungurane creó así ese río a los hombres de su familia, y su familia eran los hombres, eran los Fan.

Ea el no vivía un cocodrilillo entonces, el año de los cocodrilos; su cabeza era más larga que una caballa, sus ojos más grandes que un cabal entero, sus dientes partían un hombre en dos pedacitos como yo pinto una banana, ¡ese! Estaba cubierto de escamas gruesas; yo hombre le disparaba unos dardos; no los pinto, ¡ese!, él dando estabados; yo podía ver el hombre más robusto: ¡¡¡¡¡, él dando estabados. Era un animal terrible.

Un día fue a la aldea de Ngurungurane, el cual no había nacido aún. Y el que mandaba a los Fan era un gran jefe y mandaba a muchos hombres. Moróbo a los Fan y a muchos otros. Ngani Esa fue, pues, un día a la aldea de los Fan y llama al jefe:

—¡Jefe, yo te llamo.

El jefe acude en seguida. Y el jefe cocodrilillo dice al jefe hombre:

—Escucha atentamente.

El jefe hombre contesta:

—Oreña; es decir, estoy escuchando.

—Esto es lo que has de hacer desde hoy. Tengo hombre todos los días, y prometo que la carne de hombre me servirá mejor que la carne de peces. Todos los días amanecerá un esclavo y yo lo traeré a la orilla del río; un día un hombre, una mujer al día siguiente, y el primer día de cada luna, una joven bien guapita con el beso y reluciente de gracia. Así lo harás. Si te atreves a desobedecer, me crucaré todo la aldea. Y se acabó. ¡Calla!

Y el jefe cocodrilillo, sin añadir palabra, se volvió al río. En la aldea comenzaron las lamentaciones. ¡Hombres! ¡Cada cual dijo:

—Perdido soy.

Cada cual lo dijo: el jefe, los hombres, los mujeres. Al siguiente día, de mañana, cuando sale el sol, el cocodrilillo jefe estaba al borde del río. ¡Wah! ¡Wah! Sus fauces ensucias eran más largas que una

caballa; sus ojos, grandes como un cabal entero. ¡Los cocodrilos que hoy se ven, ya no son cocodrilos! Y se dicen para a llevar al cocodrilillo jefe lo que había perdido: un día un hombre, una mujer al siguiente, y el primero de cada luna una diestrella ornada de rojo y de azules, resplandeciente de gracia. Se hizo cuando el cocodrilillo jefe había creído, y nadie se atrevió a desobedecer, porque tenía en todos partes sus guerreros. Los otros cocodrilos.

Y el zambur de este cocodrilillo era Ombure; las aguas desechaban a Ombure; las eslavas desechaban a Ombure; sus "hombres" estaban en todas partes, era jefe de la selva, pero, sobre todo, era jefe del agua. Cada día devolvía un hombre, o una mujer, y criaba muy contentos, y en buena amistad con los Fan. Pero éstos habían acabado por dar todos sus esclavos, y el jefe había castigado todos sus riquezas por comprar más. Ya no le quedaba nada, ni un esclavo de esclavo. Y tenía que dar un hombre, un hombre Fan. Y el jefe de los Fan pensó a todos sus hombres en la cabeza entera, los habló mucho tiempo, mucho tiempo, y después, los otros guerreros hablaron también mucho tiempo. Cuando la conversación terminó, todos estaban de acuerdo y tenían con un solo escudo que era necesario partir. El jefe dijo entonces:

—Esta cuestión está resuelta. Tenéis agua, hijos de agua, atendiendo las mentes. Cuando estemos lejos, muy lejos del río, atendiendo las mentes, Ombure no podrá alcanzarnos, y seremos felices.

Resolvieron no recurrir la serpiente, y que al término de la caza, en toda la tribu abandonaría las esteras del río. Así se hizo.

Al comenzar la estación seca, cuando están bajos las aguas y es agradable viajar, la tribu se puso en marcha. El primer día fueron de jefes, de jefes, tan de jefes como los fue posible. Cada hombre aprendía a sus jóvenes. Y las mujeres, aprendiendo el paso, caminaban en silencio, cabalgando bajo el peso de las provisiones y los utensilios de casa, porque se lo llevaban todos: marmitas, platos, huesos, canchales, sables y azules; cada mujer llevaba su carga, y carga muy pesada. Carga pesada, porque, además de todo eso, llevaban la munición que habían usado. Carga pesada, porque tenían también que llevar a los hijos, los más pequeños que no sabían andar, y los que no podían andar mucho tiempo.

Y era necesario guardar silencio. Los hombres callaban, las mujeres callaban, y los niños lloraban; pero las madres decían:

—Callad.

El gran jete les debíate; diluida la muerte, porque era el que creencia mejor el por; había caído mucho, y llevaba al suelo un collar de ébano de mero grande. Era, en efecto, un gran caudal.

El primer día, muchas miraban allá, creyendo ver al cocodrilo: ¡Wah! ¡Wah! y él que iba en la cola sentía enfriarse el corazón. Pero no se oía nada. El segundo día, la camión fue la misma, y no se oyó nada. El tercer día, la camión fue la misma, y no se oyó nada.

Mientras tanto, el primer día, salió del agua el cocodrilo jete, según costumbre, para ir al sitio donde se han poner el cadáver que le destruyeron. Luego: ¡Wah! ¡Wah! Nada. ¿Qué es eso? En seguida came el cráneo de la aldea.

—¡Jete de las banderas, yo se llevo.

¡Nada! No oye nada alguno; entra, todas las calañas están abundantes; va a las plantaciones, las plantaciones están abundantes: ¡Wah! ¡Wah! Recorre todas las aldeas, todas las aldeas están abundantes; recorre todas las plantaciones, todas las plantaciones están abundantes.

Ombure, dominado por un furor espantoso, se sumerge en el río para crechar al fetiche, y cae:

*Vosotros que estáis en las aguas, espíritus de las aguas,*  
*Vosotros que estáis a mi alrededor, yo os llevo,*

*Vosad, vosad a la vez de vuestro jete,*

*Responded me también, responded al jete,*

*Entonces el relámpago que al pasar quema los cielos,*

*Entonces el trueno que al pasar lo rompe todo,*

*Entonces el viento de la tempestad que al pasar arranca los bosques,*

*Entonces la tormenta que cae de la nube y lo barre todo,*

*Y todos responderán a la vez de su jete,*

*Vosotros todos que me obedecéis, indicadme el camino,*

*En camino que han tomado los feticheas,*

*Dirigidos de las aguas, responded.*

Pero con gran sorpresa suya, las espíritus de las aguas no respondían, ni uno sólo responde.

¿Qué ha sucedido? Eso, antes de salir de su aldea, el jete de

las banderas había ofrecido grandes sacrificios. Había ofrecido un gran sacrificio a los espíritus de las aguas, pidiéndoles que permitieran su paso, y ellos habían prometido. Habían prometido: Nada dirían.

Ombure comienza un conjunto bastante más fuerte.

*Vosotros que estáis en las aguas, espíritus de las aguas,*

*Vosotros que estáis a mi alrededor, yo os llevo,*

*Vosad, vosad a la vez de vuestro jete,*

*Responded me también, responded al jete,*

*Entonces el relámpago que al pasar quema los cielos,*

*Entonces el trueno que al pasar lo rompe todo,*

*Entonces el viento de la tempestad que al pasar arranca los bosques,*

*Entonces la tormenta que cae de la nube y lo barre todo,*

*Y todos responderán a la vez de su jete,*

*Vosotros todos que me obedecéis, indicadme el camino,*

*En camino que han tomado los feticheas,*

*Dirigidos de las aguas, responded.*

Pero con gran sorpresa suya, de todas las espíritus de las aguas, ni uno responde, todos se callan.

¿Qué ha sucedido? Eso, antes de salir de su aldea, el jete de las banderas había ofrecido grandes sacrificios. Había ofrecido un gran sacrificio a los espíritus de las aguas, pidiéndoles que permitieran su paso, y ellos habían prometido: Nada dirían.

Ombure comienza un conjunto más fuerte:

*Vosotros que estáis en las aguas, espíritus de las aguas,*

*Vosotros que estáis a mi alrededor, yo os llevo,*

*Vosad, vosad a la vez de vuestro jete,*

*Responded me también, responded al jete,*

*Entonces el relámpago que al pasar quema los cielos,*

*Entonces el trueno que al pasar lo rompe todo,*

*Entonces el viento de la tempestad que al pasar arranca los bosques,*

*Entonces la tormenta que cae de la nube y lo barre todo,*

*Y todos responderán a la vez de su jete,*

*Vosotros todos que me obedecéis, indicadme el camino,*

*En camino que han tomado los feticheas,*

*Dirigidos de las aguas, responded.*

Pero con gran sorpresa suya, de todas las espíritus de las aguas, ni uno responde, todos se callan.

¿Qué ha sucedido? Eso, antes de salir de su aldea, el jete de las banderas había ofrecido grandes sacrificios. Había ofrecido un gran sacrificio a los espíritus de las aguas, pidiéndoles que permitieran su paso, y ellos habían prometido: Nada dirían.

Ombure comienza un conjunto más fuerte:

*Vosotros que estáis en las aguas, espíritus de las aguas,*

*Vosotros que estáis a mi alrededor, yo os llevo,*

*Vosad, vosad a la vez de vuestro jete,*

*Responded me también, responded al jete,*

*Entonces el relámpago que al pasar quema los cielos,*

*Entonces el trueno que al pasar lo rompe todo,*

*Entonces el viento de la tempestad que al pasar arranca los bosques,*

*Entonces la tormenta que cae de la nube y lo barre todo,*

*Y todos responderán a la vez de su jete,*

*Vosotros todos que me obedecéis, indicadme el camino,*

*En camino que han tomado los feticheas,*

*Dirigidos de las aguas, responded.*

Los otros que miraban en las setas, espaldas de las setas, pensando que está a mi mandar, yo os llevo...

Y los espaldas de las setas, formadas a obedecer, acompañaron a Ombure:

—¿Dónde están los hombres, han pasado por vuestra casa?

Y la espaldas de la seta respondieron:

—Han pasado por nuestra casa.

Y seguramente, Ombure lleva a los espaldas del día, a las espaldas de la noche, y gracias a ellos, averigua por dónde han pasado los Pan.

—Le han dado la seta!

Y cuando Ombure terminó su discurso, comenzó el camino que habían tomado los Pan fugitivos. En vano habían buscado al mismo Ombure cuando su camino, ¿Quién se lo había dicho? El Relinquo, el Viento, la Tempestad se lo habían dicho; el Relinquo, el Viento, la Tempestad se lo habían enseñado.

Los Pan continuaron su camino mucho tiempo, mucho tiempo, hasta que, al fin, las montañas, y el gran jefe comenzó al fin:

—¿Nos desordenamos aquí?

Y el jefe, que desde hacía tiempo, desde el primer día, obedecía los órdenes de Ombure (sin que él pida lo supiese), respondió:

—No; no es desorden aquí, no es buen sitio.

Prácticamente los llamas, y cuando los llamas, frangiendo y encontraron la gran seta, la seta que no acaba nunca, el gran jefe comenzó el fin:

—¿Nos desordenamos aquí?

Y el jefe, una vez más, respondió:

—Mía lejos aún.

—¿Mía lejos aún?

—No; no es desorden aquí, no es buen sitio.

Prácticamente los llamas, y cuando los llamas, frangiendo y encontraron la gran seta, la seta que no acaba nunca, el gran jefe comenzó el fin:

—¿Nos desordenamos aquí?

Y el jefe, una vez más, respondió:

—Mía lejos aún.

—¿Mía lejos aún?

—No; no es desorden aquí, no es buen sitio.

Prácticamente los llamas, y cuando los llamas, frangiendo y encontraron la gran seta, la seta que no acaba nunca, el gran jefe comenzó el fin:

los partes el más de un grupo nuevo. El jefe terminó entonces a sus hombres para dar nombres a la abba, y la llamaron: Akavayak (liberación del cocodrilo).

Pues bien, al mandar aquella misma noche, se oyó un gran ruido y una voz dijo:

—¡Oh, verdad, verdad aquí!

Todos salieron muy contentos. ¿Qué vez? (porque la fama abundaba mucho). Ombure estaba en medio de la abba! Era la de la cabeza del gran jefe. ¿Qué hacer? ¿Adónde ir?

¿Dónde encontrarse? Nadie se atrevió a pensarlo. Y cuando el gran jefe salió de la cabeza, para ver lo que ocurría, ya, fue la primera persona. De una desolada Ombure lo pudo en dos palabras. ¡Kro, kro, kro!

—Eso es Akavayak —se limitó a decir.

Y se volvió al lago.

Los guerreros, temerosos, eligieron en seguida otro jefe, hermano del anterior, según la ley, y de muchas formas a la mujer del jefe anterior y lo dejaron atrás a la orilla del lago, como ordena a Ombure. Luego Ombure, la mujer lloraba. ¡Kro, kro! Se la escuchó. Pero en la tarde, volvió a la abba y lloró al jefe:

—¡Jefe, yo te llamo!

El jefe, temblando, respondió:

—Escucha.

—Eso es lo que yo, Ombure, os ordeno, y lo que habéis de hacer. Todas las días me llevaré dos hombres; uno por la mañana, otro por la tarde, y al día siguiente me llevaré dos mujeres: una por la mañana y otra por la tarde. Y el primer día, de cada mañana, dos docenas, hacen engañadas y adornadas de rojo y rojo, dos docenas de aceite. Eso, yo soy Ombure, rey de la abba, yo soy Ombure, rey de la abba.

Y así lo hicieron durante largos años. Todas las mañanas, todas las tardes, Ombure tenía su camino: dos hombres un día, dos mujeres al siguiente, y dos docenas el primero de cada mes. Y así, durante mucho tiempo. Para pagar a Ombure, los Pan hacían la guerra, los, los, y siempre venían, porque Ombure, el jefe oculto, los ponía, y se hicieron grandes guerreros.

Pero los años pasaron, el uno destruyendo al otro, y los Pan habían recuperado muchas veces las plantaciones. Y estaban cansados

de Ombure. Se habían olvidado de cómo las había alcanzado en la fuga. Y estaban muy cansados de Ombure.

Habían olvidado. Y los jóvenes decían:

—Bastante cansados. Vinieron.

Y los jóvenes portaron de avanzada, siguieron los guerreros, y los mujeres llevaban los bebés desde de los guerreros.

Ombure llegó al día siguiente por la mañana al borde del lago, en busca, como de costumbre, de su pitusa confiable. Mira, fuerza, nada. Llegó a la aldea. Nada. ¿Qué hacer? Toma el báculo y llama en seguida a los egipcios de la aldea.

—Eso es cómo Ombure, vuestro jefe —los éreos—. Mis esclavos han huido, están en vuestros dominios, que todo camino se cierra ante su paso. Vuelto de la desesperación, siempre los habéis ante en posesión, espíritu del mundo, espíritu del mundo, el mundo, el mundo, que Ombure es lo mismo.

Obesoren. Los caminos se cierran ante los Pan, los grandes árboles se derriban, la oscuridad lo invade todo. Desesperado, decían que volver al lago, y Ombure los agarró en el lugar. Pero Ombure en silencio, en vez de los hombres, cayó aboca.

—Me dió cada día dos docenas en sacrificio.

Y los Pan tuvieron que obedecer, y cada día llevar dos docenas, dos docenas pedradas de rojo para Ombure, dos docenas voladoras, forzadas con acero. Tal es su oficio de bodas.

Las hijas de los Pan lloran, se lamentan, lloran y se lamentan; es la hora de sus tristes bodas.

Lloran y se lamentan de noche; por la mañana no lloran ni se lamentan; ya no oyes hablar de ellas sus madres, están en el fondo del lago, en la gran donde mora Ombure; ellas le sirven, y él se alimenta de ellas.

Pero un día ocurrió esto: la joven que había de ser esposa por la tarde en la boda del río, la joven a quien le tocaba el turno, era, Alana-Kiri, hija del jefe. Era joven y bella. Y por la tarde, la dejaron aldea con su consorte en la orilla del lago. La consorte, que no sabía, pero al día siguiente, al recordar la luz, la hija del jefe aun se estaba allí. Ombure la había poseído.

Al fin que la llamaron; la anciana ha venido. Pero muere antes después la hija del jefe tuvo un hijo, un varón. Era muestra de su nacimiento, el niño fue llamado Ngungurane, el hijo del cocodrilo.

Ngungurane era, por, hijo de Ombure, el cocodrilo jefe; era es la pitusa láctea. Ngungurane había nacido así.

Y así ahora la segunda era, la madre de Ombure.

Ngungurane, el hijo del cocodrilo Ombure y de la hija del jefe, creció, creció, creció día por día; de niño, se hizo adolescente; de adolescente, hombre. Entonces llegó a ser jefe de su pueblo. Es un jefe poderoso, muy sabio, hombre de fe. En su escuela aprenden dos cosas; venían la madre del jefe de su raza, del padre de su madre, y enseñar a su pueblo del tributo que pagaba al cocodrilo.

Y lo que hizo a ser poderoso, fue lo siguiente:

En la selva se halla un árbol sagrado, eso ya lo sabéis, y el árbol se llama palmera. Cortad una palmera; lo saca fluye, fluye con abundancia, y si la guardáis o tres días interrumpida en vasos de barro, también el árbol, bebida que puede jalar en el corazón. Nosotros sabemos ahora esto, pero nuestros padres no lo sabían. Se lo enseñó Ngungurane, y el primero que bebió el agua fue Ombure, el cocodrilo jefe. ¿Quién había dado a conocer a Ngungurane el agua? Fue Ngungurane, la piedra bruta que le dio su madre.

Pero bien, siguiendo el consejo de Ngungurane, Ngungurane hizo esto:

—Preguntad todas las vasijas de barro que poseáis y llevadlas a mi cabito. —Así dijo a las mujeres, que llevaban todas las vasijas de barro que poseían, y eran muchas, muchas.

—Id todas a la selva, las dijo aún, cerca del arroyo de las adobeas, y haced más vasijas.

Pecan al arroyo de las adobeas e hicieron muchos vasos, muchas.

—Vamos a la selva, dijo a los hombres, vamos, y cortad los árboles que yo os indico.

Y fueron todos juntos, con machas y cuchillos, y cortaron los árboles que les indicó Ngungurane. Los árboles eran pedruzcos. Cortados todos, recogieron la savia que fluía, abundante, de los troncos del árbol. Tráigan las vasijas (eso lo hicieron las mujeres) nuevas y viejas, y cuando las tuvieron todas, las llevaron de agua, y las mujeres las transportaban a la aldea. Todas las días Ngungurane probaba el licor; los hombres querían imitarlo, pero se lo prohibió mediante un gran rito. Un hombre dijo: —Puesto que

Ngunanguane bebe, bebedé yo—. Y bebí, pero en secreto, y al punto perdí la cabeza. Ngunanguane se fue a él y lo mató de un tiro. Arrastraron el cuerpo, sin sepultura, por haber infringido la prohibición y despreciado el ék.

Tres días después, Ngunanguane resultó a su gente, hombres y mujeres, y les dijo:

—Eier en el momento, cargad con los valijas y venid conmigo a la orilla del lago.

Cargaron con las valijas y se fueron con él.

Llegados a la orilla del lago, Ngunanguane ordenó esto a los hombres:

—Tened a la orilla todas las valijas —y así lo hicieron. Y dice a las mujeres:

—Tened la antilla que os he enseñado a hacer—. Y así lo hicieron. Y en la orilla del lago, con antilla fresca, comenzaron dos

hombres grandes, cuidadosamente afeitados con los pies, cuidadosamente afeitados con la palma de la mano. Entonces vierten en las dos balsas todo el ékai contenido en las valijas, sin dejar grito. Ngunanguane comienza con un gran frotido, en seguida rompen todas las valijas y las echan al lago, atan a las dos canchiras con de las balsas, y todo el mundo se retira a la aldea.

Ngunanguane se queda solo, encendido cerca de las balsas.

A la hora amanecida, el cocodrilo sale del agua. Se dirige a las canchiras, que destacan de pronto, pero ante todo:

—¿Qué es esto? —dice al acercarse a las balsas—. ¿Qué es esto? Pucha un poco del lipuido. El kor se parece mucho, y estaba en vos alto. Es bueno esto, mañana vendré a las Pan que me lo usen, todas las días.

Y el cocodrilo Ombure bebió el ékai. Lo bebó hasta la última gota, olvidándose de las canchiras. Al terminar, canó:

*He bebido el ékai, bebida que abren el corazón;*

*He bebido el ékai.*

*He bebido el ékai; mi corazón define,*

*He bebido el ékai.*

*Yo soy el jefe a quien obedecen todos,*

*Yo, Ombure, soy el gran jefe.*

*Ombure es dueño de las aguas;*

*Ombure es dueño de las señas;*

*Yo soy el jefe a quien obedecen todos.*

*Yo soy el jefe.*

*He bebido el ékai, bebida que abren el corazón;*

*He bebido el ékai.*

*He bebido el ékai; mi corazón define.*

*He bebido el ékai.*

Canía y, sin acordarse ya de las canchiras, se queda dormido en la playa, jabiando el corazón.

Al punto, Ngunanguane se acerca a Ombure dormido, con una canchira roca, y moviendo por las canchiras, lo ata a un poste; después, blandiendo con fuerza el dardo, liere al animal dormido. El dardo rebotó en las gruesas escamas, sin penetrar en el cocodrilo, el cual, sin despertarse, se rebulle diciendo: ¿Qué es esto? Me ha picado un mosquito.

Ngunanguane toma el buche, su fuente hecha de piedra, desampra sobre el animal dormido un golpe formidable; el buche rebota sin caer al animal, que comienza a agitarse. Las dos canchiras hoyos desparecidas. Entonces, Ngunanguane, hace un frotido poderoso: Turno —dice— turno, ya se ocupan. Téchanse las balsas.

Y el nuevo acule, retumbando. Pero al saber que ha de matar a Ombure, exclama: Es un poste, es mi amo. Y huye desesperado. Pero Akanki viene en auxilio de su hijo, y tase la piedra huída. Ngososieta. Y en nombre de Ngososieta, Ngunanguane dice: Relampago, te mando que lo lieres.

Y el relampago lo liere, porque no podía desobedecer. En la colera, entre los ojos, harte a Ombure, y Ombure queda en el sitio, temblando, muerto. Ngunanguane es el que ha matado a Ombure, pero lo ha matado gracias al auxilio de Ngososieta.

Y el fin de esta historia, veido aquí:

Ngunanguane retorna de pronto a la aldea:

—Hombres de esta aldea, dice, veid todos.

Acuden al borde del lago. Allí está Ombure, muerto, matado.

Turno.

—Yo he matado al cocodrilo Ombure, yo, Ngunanguane, he vendido al jefe de mi raza; yo, Ngunanguane, os he liberado.

Todos se regocijaron, y en torno del cadáver bebiéron el janti, la

gran dama fúndese; bailaren el *folek*, para apaciguar el espíritu de Ombure.

Y eso es el fin de Ombure.

### 33. DAURA

Daura toda triste; estrado en años y envejeciendo, le dijo:

—Batey viejo, no pueda ya gobernar el Bugaruda. Tenial presión de él, así decían de nuestro abno.

Respondieron:

—Padre, señora, ¿cómo tanta presión del Bugaruda, si no han muerto? ¿Cómo vinimos a sucederle en vida?

Rebataren:

—Puesto que así queréis gobernarlos de la realidad, dejadme — dijo Daura.

Llamó a Serenganga el *makopi* y le dijo:

—Ven, voy a cuidar todo.

Se presentó Serenganga. Daura le dijo:

—¿Me llevarás a tu casa y me enseñarás?

—Señor, te enseñaré.

—Buena —dijo el rey—. Mantente. Ven esa noche. Nos iremos juntos y me enseñarás. La realidad me fascina. No la aguantaba más.

Dijo a uno de sus esclavos y a uno de sus mujeres:

—Venid, guárdenos a escondernos.

Se levantó y se fue a casa del *makopi*. Serenganga lo condujo a la aldea, construyó una casa y la terminó.

—Amigo mío —dijo el rey—, no revelas a nadie que estoy en la aldea.

—No, señor. No se delataré.

Daura se quedó en la aldea. La mujer que lo había podido persuadir a los guerreros:

—¿Dónde ha ido el rey?

—Ha desaparecido —respondieron.

—¿Casualidad con un hechicero —dijo la reina madre. Fueron en busca de un brujita. Y le dijo:

—Venid mañana temprano todos los de Bugaruda. El que esté mejor vestido, ese es el que conviene al rey. Cuando veáis al que vale por el vestid, apoderaos de él, y os revelará dónde está el rey.

Serenganga dijo a Daura:

—Señor, voy a un feñin.

—No me dejes.

—Señor, no.

Fue a Bugaruda. La reina madre lo llamó:

—Serenganga, mira y dime eso: "¿Averás he visto a Daura?"

Namasa le dijo:

—¡Serenganga!

Y pudo de nuevo:

—Averche he visto a Daura.

—Que bien vestido está.

Serenganga replicó:

—Averche he visto a Daura.

—Daura ha desaparecido hace tiempo; pero tú lo has visto —dijo.

—Señor —dijo Serenganga—, no lo he visto; no he hecho más que

juar.

La reina madre dijo a los guerreros:

—Apoderaos de él y matadlo.

Se apoderaron de él. Baturra Serenganga dijo:

—No me matéis, señores. Dejádme, y os conduciré a la aldea, a

Hauyanga, a casa del rey.

—Dejad a Serenganga —dijo la reina madre— que os lleve a la aldea, en casa del rey. Delante de todos los guerreros y jefes, los pres-

entó en el camino; llegaron a la aldea. Cuando vieron al rey se arrojaron.

Daura dijo a Serenganga:

—Te había dicho que no me delataras a los guerreros. No lo has hecho. ¿Quién los ha traído aquí?

—Señor —respondió—, querían matarme.

—Puesto que me has delatado, que te maten.

Daura lo mató. Esa segunda salió de la aldea, volvió al Bugaruda,

recibió la realidad, y los guerreros fueron a sollozando.

### 40. LOS BACHIGONGES

Hace mucho tiempo, mucho tiempo, chicos y chicas creaban una tarde jugando. Jugaban fuera del pueblo, no estaban en el interior. Jugaban caballos, cuando uno de ellos dijo:

—¡Putungum! ¿Putungum! —bailando como Putungum: ¡Ao-o-o-o-o!, y haciendo *hau*.

Corrían los de delante, en mayor número; seguían otros detrás, y el último de todos, el que hacía de *Pahungane*, los seguía y corría tras ellos. Así corrían muchos, corrían hacia adelante, nunca volaban atrás corriendo.

Fueron a vivir en *Changpane* y levantaron un pueblo de cara al Oeste, en *Moulioune*. Se extinguieron muchos, los monjes de su doctrina eran aludidos, ponían montañas.

Cuando los *Bailheano* fueron de casa, los encontraron y les preguntaron:

—¿Qué es eso y de dónde viene?

Respondieron:

—*Semra Bailheong*.

—¿Cuándo había venido aquí?

—Cuando éramos niños.

Entonces los *Bailheano* fueron a casa de los *Bailheong* para decirles lo a sus padres; pero el sol se lo impidió: no pudieron verlos. En él pudo no había agua: la sed los impidió ir a verlos. Pero fueron los *Bailheano* quienes los encontraron, porque se reflejaban con melón silvestre. En cuanto a los *Bailheong*, no tenían el melón silvestre; morían y bebían el agua.

## 11

### EVOLUCION Y CIVILIZACION

#### 41. CONQUISTA DEL DENU

En otro tiempo no había agua más que en el pozo de las heras, y los hombres ignoraban su uso.

Un día un hombre llamado *Sinmalá* cogió un saco de cancham apalable a sus oídos. De manera que resolvió apropiarse el instrumento que producía tal son.

Se dirigió a la parte donde había sido resaca el *denu*, y así llegó al pozo de las heras.

Las heras se apoderaron de él y lo mataron para impedir que se escapase. Rescataron el cetro en sacrificio a su diosa, que había un son tan potente como para ceder dentro llamado cuando lo habían en *Begoniké*.

Después la noche, *Sinmalá* se volvió a disparar las flechas que le paralizaban las heras, se apoderó del dios y bajó con él. Antes que las heras se paralizasen del río, ya estaba de vuelta en su pozo y comenzó a besar el dios, cuyo son atrajo inmediatamente de curación.

Desde entonces los hombres han podido siempre éternos, cuyo uso se ha perpetuado.

#### 42. DESCUBRIMIENTO DEL VINO DE PALMA

Cuando los *Fanti* se dirigían desde el interior a la costa marítima, las gomas que masticaban en las selvas intentaron detenerlos, y los *Fanti* tuvieron que abrirse camino. Los exploradores que los precedían en la

marcha iban guiados por un campesino famoso, llamado Anash. Este hombre llevaba un perro que le acompañaba de continuo. Un día, estando de cecada, el perro le llevó hasta una palmita derribada por un elefante, que había abierto un agujero en el tronco con los colmillos para beber la savia. Anash observó que la savia fluía del agujero, y, temblando por miedo en persona, por si era veneno, dio un poco al perro. Al siguiente día, en vista de que el perro no tenía novedad, bebió un poco de savia. Encontró tan agradable la bebida, que se tragó toda la que pudo, hasta caer borracho perdido. Como su conocimiento un día cabiera, con gran espanto de los Fanti y de su rey, que le creían muerto. Al recordar el sentido llevó un jarro de licor y, ofreciéndoselo al rey, le describió sus efectos y la manera como lo había obtenido. El rey probó el vino de palma, y le gustó tanto que bebió hasta caer sin conocimiento. Al verlo, su pueblo le creyó envenenado, se arrojó sobre el infortunado cazador y lo mató, sin darle tiempo para explicarse. Cuando el rey se despertó y supo lo ocurrido se entristeció mucho y mandó dar muerte inmediatamente a los que habían matado a Anash. En recuerdo suyo creóse que el vino de palma se llamase en adelante Anash.

#### 43. LEYENDA DE LA PLANTACION DEL MAIZ

Creían las etnias que las primeras ciudades fundadas en la selva de Egho fueron Kocé, Kenta y Abé. Después, otras ciudades se aproximaron a poner sus cimientos. Como vivían en paz, pensaron en nombrar un rey de su seno. Consultados los hados, designaron un hombre llamado Odjelo, amigo del jefe de los habitantes de Kocé. Entonces le proclamaron rey. En aquella época las gentes comestibles no eran muy variados en las otras ciudades; el maíz se daba únicamente en Kocé, y en las otras ciudades no lo había.

El rey Odjelo había dicho a sus gentes que no vendrían grano a las otras etnias sin su consentimiento en agua caliente. Poco después el jefe de Abé, Obo a su hijo Aketchu en camuflaje al rey Odjelo.

Por ella supieron los otros etnias la astucia de que eran víctimas. Un día, el Abala preguntó a su hija etno lograda plantar en sus tierras buen grano de maíz. La hija le respondió:

—Padre, bien sabes que así expresamente prohibido entregar grano bueno, y quien infringe la prohibición incurre en pena de

muerte; pero, por el amor que te profeso, como hija tuya, hearé una prueba, aunque pueda costarme la vida.

Entonces corrió a pensar cómo se las arreglaría para conseguir su intento. Se le ocurrió la idea siguiente. Dos días después entró a decir a su padre que le enviase tres pedras. Llegados que fueron, los cubió con buen grano; cayó a decir a su padre que el ensayo que las mujeres, cuando los granos que tenían en el borbé y que los plantaban. Lo hizo así el padre, y se acordó de vez que los granos permitieron en sus tierras; pero no dijo nada a nadie fuera que la plaza está espesa y maloliente.

Después que el Abala descubrió el mal envió grano a todas las etnias para sembrar. Lo sembraron, lo cosecharon, lo comieron, y se maravillaban de ver que el maíz se daba en sus tierras lo mismo que en Kocé. Tuviéronse asamblea, y, coléricos, resolvieron hacer guerra a Odjelo, cuando vivía Odjelo; destruyeron la ciudad y mataron a muchos habitantes, para vengarse a causa del grano.

#### 44. LOS CUATRO JOVENES Y LA MUJER

Creían que había en otro tiempo cuatro jóvenes. Había también una mujer. Esta mujer vivía en la vertiente de una colina pequeña. Los cuatro jóvenes vivían en otra colina. Los mozos se dedicaban a cosechar arrozales fuertes. La mujer no sabía cosechar; permanecía sentada, sin hacer nada, sin tener qué comer. Los mozos cazaban animales fuertes y se alimentaban de su carne.

Uno de ellos dijo:

—Allí hay un ser semejante a nosotros. ¿Quién caza para él, puesto que se pasa el día sentado?

Otro respondió:

—No es semejante. Es un ser que no puede cazar animales como nosotros cazamos.

Replicó el primero:

—Tiene manos, pies y cabeza, como nosotros. ¿Por qué no ha de ir también de caza?

Otro dijo:

—Voy a ir a ver qué clase de persona es. La encontré sentada, como siempre. Le pregunté:

—¿Cómo eres tú?

Respondió ella:

—No como nada; me alimento de agua.

—¿De verdad?

—Sí.

—Volví a sus compañeros y les dije:

—No es un ser de nuestra especie; es de una especie muy diferente; es un ser que no puede ir de casa.

Le preguntaron:

—¿Qué forma tiene?

—Firme, como nosotros, manos, pies y cabeza; en la demás no se nos parece.

—¿Ritirado también?

—No, vive tan huido.

—¿Qué come?

—Nada; no come absolutamente nada.

Los otros meores se maravillaron. Y, satisfechos, se durmieron.

Al día siguiente fueron de casa y volvieron con las pieles colgadas. Entonces uno de ellos dijo:

—Compañeros, voy a dar un pedazo de carne a ese persona, a ver si la come.

Y, efectivamente, comió un pedazo de carne, tornó huido, miró el interior seco y fue donde estaba la mujer, echó huido, así la carne y se la dio, diciendo:

—Toma y come.

La mujer tenía la carne y se la comió. El mano la vio comer y se maravilló. Entonces le dio otro pedazo de carne, diciendo:

—Toma y ámbalo tú misma.

Después se volvió con sus compañeros y les dijo:

—Esa persona ha comido carne igual que nosotros; pero no es de nuestra especie; porque no puede andar casa.

Los meores estaba desahogados; también los meores, pero ellos se cubrían con pieles frescas de los animales que mataban; no estaban curiosos ni observando. Levaban las pieles enrolladas en la cabellera. Al día siguiente el joven volvió a buscar a la mujer y le llevó carne. Los otros le dijeron:

—Si vas a estar comiendo para esa persona, no te durmies ya parte en nuestros meores.

Cuando la mujer se había de carne muy seca, entonces tenía aquella y tornó un vaso; lo puso al sol para secarlo, y en seguida fue a tomar

agua en el vaso; pero se cayó. La mujer, disgustada, fue a beber, como siempre, de boca en el agua.

Empezó a hacer otro vaso de arcilla, después otro, los llevó al sol, resultó el interior seco y encendió bastante para cocer las vasijas; también, fue a buscar agua y vio que el agua no los desahogaba. Puso en un vaso de arcilla agua y carne y lo arrojó a la lumbre. Cocida la carne, la sacó del vaso, la puso en una pieles limpias y se la comió; pero dejó un pedazo en el vaso.

El hombre llegó, trayendo la cara que acababa de hacer. Ella le dijo:

—Come un poco de esto, verás lo bueno que está.

El meor comió la carne, bebió el caldo y se maravilló. Después volvió con sus compañeros, y les dijo:

—Compañeros: aquella persona moldea la arcilla, en un vaso toma agua, en otro hiere la carne; probad la carne que ha hecho. Seguramente, esa persona no es de nuestra misma especie.

Maravillado, fue otro de ellos en busca de la mujer, la miró, comió la carne, bebió el caldo, y se quedó estupefacto al ver los vasos de arcilla que había moldeado. Volvió a sus compañeros, y les dijo:

—Es un ser de otra especie.

Entonces el joven que se había ocupado primero de ella, pensó: meo con la mujer y le llevaba todos los días la cara que mataba; ella, por su parte, se la preparaba lo mejor que podía. Los otros tres meores se fueron, dejando a su compañero con la mujer. De este modo vivieron juntos.

#### 45. CRISTEN DE LOS TONZETTES

Un joven tenía una hermana. Un día la hermana le pidió que la acompañase a un circo, a donde iba para lavar la ropa. Le debía mucho ir sola.

—Acompaña a tu hermana —dijo la madre al joven.

—Buena —respondió.

Y se fue con la muchacha.

Llegado al circo, el hermano se sentó a cierta distancia, mientras la hermana lavaba. Como se había quedado dormida del todo, el hermano dando deseo de acostarse con ella, y el deseo le llevó de vergüenza.

Volvieron a casa y el joven cayó enfermo, de resultas del castro que había por resistir el deseo. Entonces a punto de morir,

Se padre preguntó la causa del mal.

—El dabo está en el vientre —dijo—. El día que acompañé a mi hermano al campo, la dieste, y dentro gran vergüenza.

—¿No es más que eso? —exclamó el padre—. En tal caso, poco es. Llámalo a su hijo.

—Tu hermano —le dice— está enfermo de ganas de acostarse contigo...

La joven objetó que el deseo de su hermano le daba vergüenza.

—Si no se acostaba contigo —dijo el padre— moriría seguramente.

—Muero —respondió ella—. Cúmplase.

Cerró la puerta de la cabesa. El hermano pasó a la hermana,

y se durmió.

Por eso, una mujer no debe dejarse ver desnuda de ningún hombre. Queden la ventera, sentirá deseo de acostarse con ella. Para evitarlo, todo el mundo va vestido.

## 12

### CIENCIA DE FANTASÍA

48. POR QUÉ EL COCODRILO NO SE COME A LA GALLINA

Había una gallina que por costumbre bajaba diariamente al borde del río a recoger desperdicios de comida. Un día, un cocodrilo se le acercó y la miraba con curiosidad. Entonces, la gallina gritó:

—¡Oh, hermano! ¡No hagas tal!

El cocodrilo se sorprendió y se turbó tanto de ese grito, que se retiró, creyendo que podían muy bien ser hermanos. Volvió otro día a la orilla, cuando a oscuras la gallina, que gritó de nuevo:

—¡Oh, hermano! ¡No hagas tal!

—¡Maldita gallina! —gritó el cocodrilo, que le dejó marcharse otra vez—. ¿Cómo he venido de ser hermano? Ella vive en tierra, y yo en el agua.

Entonces el cocodrilo decidió ver a Nizambé para interrogarlo y resolver la cuestión. Se puso en camino. No se había alejado mucho cuando se encontró a su amigo el lagarto.

—Mirané —le dice— ¡estoy muy preocupado. Todos los días, una hermosa gallina, muy pesada, llega al borde del río para comer. Todos los días, cuando quiero acercarme de ella y llevarla a mi escondite para comérmela, me sacan llamándome hermano. No puedo continuar así más tiempo, y voy en busca de Nizambé para que me lo explique.

—Porro, ¡dices! —dijo Miranbé— ¿no hagas eso, cállate por el diablo y desahúrrate en ignorancia. ¿No sabes que los patos viven en el agua, y pueden llevarse, y que los mismos hacen las tortugas? Yo mismo

perro luevos. Los gallos los pone, y tú también, mi estúpido amigo. En un minuto, todos nosotros seréis hermanos.

Por eso mamá el cocodrilo no se come a la gallina.

#### 47. POR QUÉ BINOCROONTE DESAPARECÍA SU ESTERECOL.

Consejaron que en las márgenes de Fipa, cerca de Tongogona, estalló una guerra violenta entre los binocronitos y los elefantes. Venidos los primeros, alcanzaron merced de la vida a condición de que no usen ya a machucar los pedales de los elefantes y desparecieron su esterecol.

#### 48. POR QUÉ LOS MONROS HABITAN EN LOS ARBORES.

Oh! el cuento del gato monro. Una vez el gato monro pasó el día entero de caza, sin lograr presa. Estó cansado. Ya a sentarse y respirar, pero los palpos no le daban tranquilidad.

Ve posar un mono, le llama:

—Mono, ven, pour lavez, y bécacane las palpas.

El mono consentiente, y mientras lo despierta, el gato monro se duerme. Entonces el mono alza la cola del gato monro a un árbol y huye.

El gato monro se despierta; quiere descansar, pero se encuentra con la cola atada a un árbol. Trabajó mucho por soltarse, pero no lo consiguió, y así se queda, jadeante.

Pasa una semana.

—Te monro que me creaste la cola —grita el gato monro al verla.

—Me mandaba a se desaloj? —pregunta la tortuga.

—No; no te baste hasta —explica el gato monro.

La tortuga lo desata. El gato monro se vuelve a su casa. Dice a todos los animales:

—Dentro de cinco días, anunciad que he muerto y que vds a venir todos al entierro.

Al quinto día, el gato monro se tumba de espaldas, bécacane el muerto. Llegan todos los animales y bailan en torno del gato. De pronto, se levanta y se precipita sobre el mono. Pero éste huida a un árbol y huye.

Por eso, el mono vive en los árboles y no baja a tierra. Tiene mucho miedo al gato monro.

#### 49. EL LEOPARDO Y EL PERRO

Una día, el leopardo entraba sus tres crías al perro, presentándole, a cambio de que las crías, tal cantidad de carne, que el perro no tendría que necer más huesos. Los osos fueron bien durante algún tiempo. Pero el perro creó una vez a la tentación y una vez más del hueso que estaba rogado hasta a una de las crías. Sin dificultad engañó a la madre, y le dio los otros dos a amanuense, sucesivamente, uno, dos, tres. El mono pensó que se ocurre una segunda vez. Entonces el perro se da a la fuga, y pide auxilio y protección al hombre. El hombre consiente, a condición de que el perro no abandone nunca la colada. El perro acepta el trato; pero poco tiempo después descubre su intención de huesos a cierta distancia de su albergue, y se lanza sobre ellos, a pesar de la palabra empeñada. El leopardo, que lo buscaba por todos paises para vengar la muerte de sus crías, brinca sobre él y lo desvora. Desde entonces el leopardo no crea de hacer guerra a los perros y de cocueteles.

#### 50. EL GALLO Y EL ELEFANTE

Una día, el gallo y el elefante agoraron, sobre cual de los dos sería más exitoso. Al siguiente día, desde el alba, los dos adversarios se retiran en el alto concurrido. Al mediodía, el elefante, albor, se desvora; al despertarse, pasados unos horas, se sorprende mucho cuando que el gallo no crea de comer. Vuelve a pedir al elefante, pero no tarda en hartarse; se retira, dejando a su antipatía presentar a más y mejor entre las hachas. Al ponerse el sol, el gallo se encarama en el bazo del elefante, que ya dormía. El elefante se despierta, exagerado por el pánico que no dejó de aborrecimiento.

—¿Qué hacen ahí? —pregunta al gallo.

—Nada —responde el gallo— Me como los insectos que entran en su piel.

Exponiendo de tal manera, el elefante se da a la fuga.

Eso mismo hace todavía hoy, siempre que canta el gallo.

#### 51. EL ELEFANTE Y LA MURSA

Una día, el elefante encuentra en su camino a la morsa.

—¡Tú estúpido! —grita la morsa.

—Yo soy el más grande, y tú eres quien has de hacer estúpido —regaña el elefante.

—¡Maldito sea! —responde con furor la monacita—. ¡Que las hermanas altas se caigan las patas!

—¡Y que te mueras tú, cuando encarez un camino! —replica el otro, desahuciadamente en su media peseta.

Pero se han cumplido las dos maldiciones. Desde aquel día, el aldeano se huye cuando corre por las hermanas altas, y la monacita encuerca la muerte al cruzar los caminos.

## 52. LA CORDONITA Y EL CANGREJO

La cordonita era propietaria de la tierra firme; el cangrejo era dueño del agua.

Un día, la cordonita, muerta de sed, va a buscar al cangrejo, y le dice:

—Dame agua para beber.

El cangrejo se la da, y bebe. Después, la cordonita dice al cangrejo que le envíe sus hijos para que le traigan alimentos. El cangrejo se los envía, y ella les recomienda que antes de llegar la llamen *bucax* emu, y que entonces tendrán su respuesta. Los cangrejos van y la llaman:

—¡Buera emu, Angbala!

La cordonita pregunta:

—¿Quién llama: buera emu, Angbala?

—Soy yo, el hijo del cangrejo.

—¿Qué quieres?

—Una palmera antigua para ir a Angbala.

—Si vas allá, dile a tu padre: Angbala, hezo queruado, culcemo, ¡pata queruado, culcemo! ¡Angbala, gran jorodo! El ojo, ¿está a la izquierda de la mano?

Los hijos del cangrejo vuelven a la casa y dicen a su padre:

—Padre: la cordonita te manda.

Al ser de día, la cordonita vuelve para beber. El cangrejo le pregunta:

—¿Me has injuriado ayer?

—Muerto, yo no te he injuriado.

Y añade:

—Abalo, uakene agua.

Después de beber, le dice que debería enviar a sus hijos a buscar que comen en su casa. Los cangrejos van, el cangrejo se encorva y les dice que llamen a la cordonita. La llaman, e invita a su padre. Entonces

con los cangrejos se vuelven a su casa. A la mañana siguiente, se presenta la cordonita y dice que quiere beber.

—¿Qué agua bebes?

—Palo agua dura.

El cangrejo le dice que se acerque a beber. Se acerca, pero el cangrejo la echa. Los hijos de la cordonita ríen:

—Mande, mande el agua, devuelvuela, para que volvamos a casa.

Por su lado, los hijos del cangrejo cantan:

—Padre, suguala buca, suguala buca, suguala buca.

Los hijos de la cordonita replican:

—Solad el cuallo, suguala buca, devuelvuela, para que volvamos a casa.

Entonces, el cangrejo saca el muelle y agarra las plumas de la cola, que se le quedan en la mano.

Por eso la cordonita no tiene plumas en la cola. Desde entonces, no bebe en el río.

## 53. LEYENDA DE LOS MONJES

Hace de esto mucho tiempo, pero mucho; los monjes hablaban en la aldea de los hombres, hablaban como ellos, pero no era sus señores, y vendía lo que paró.

Un día, los hombres celebraban gran fiesta; habían bebido el tanto un día entero, después una noche, habían bebido otro tanto, y bebido mucho. El vino de palma estaba abundante, el jefe de la aldea de los hombres había mandado poner cien tinajas, y aún más, en el centro de la aldea, y todo el mundo había bebido, pero él, como consecuencia a un jefe, había bebido más que nadie. De esa manera, al salir el sol, las piernas le temblaban como dos palmeras muertas, sus ojos veían "por dentro", y su corazón ríe. Sus amigos le llevaron a la cabecera, pero él no quiso ir y llegó a la aldea de los monjes. Y hubo entonces gran jorodo! En torno suyo, todos se agachaban, rindo y bebiendo a más y mejor el vino de la aldea del lugar, rindo y bebiendo, cose le sacaba la lengua, aquel le cubría la espalda, y todos rindían a carcajadas. El jefe, ya viejo, se fue muy temido, y se quedó ante el Cerebrito. Nizanti, hico mundo ocuparse al jefe de los monjes.

—Ven acá: ¿por qué tus piernas han temido a tu padre?

Y el jefe no supo qué contestar.

—Desde este día, tú y tus hijos serviréis a los hombres, y ellos se ocuparán. Anda, a ellas te entrego.

Se marcharon. Pero el jefe de los monjes, cuando el abate jefe le dijo: ven a trabajar, respondieron:

—Lo que es yo, no.

Porque tenía que le pagasen. Y tenía mucho trabajo.

De regreso en la aldea, y después de descansar bien, venía lo que llamaban el abate jefe para arreglar a los monjes. En la fiesta siguiente mandó pasar en medio de la aldea muchos sirvientes de vino de palma, pero había estado dentro la fiebre que hizo morir; y tras de recomendar mucho a los sirvientes que no bebieran más que de las frutas que tenían una señal, invitó a los monjes a venir y a beber. Los monjes no podían resistir un licor tan grande; fueron, y bebiéron; pero en cuanto hubieron bebido, todos querían dormir. ¡Ah! Aquello era de ver. Primero, el abate jefe mandó que atasen a todos, machos, hembras y niños. Y entonces entró en danza el baile, ¡Hup, hup, hup! Los monjes ya no dormían, ¡y qué alegría de jugar!

Los más pequeños fueron que, terminando el baile, los monjes buscaron el pelo por tierra. El abate jefe mandó sujetarles uno a uno, y para enseñarles a no bailar de él, los machos con un látigo caudiente y los niños en seguida a volar los trabajos más duros. Los monjes obedecieron al punto; ¡qué remedio! Pero un día, cansados, van todos a reclamar ante el abate jefe.

—¡Ja, ja! —dijo el jefe. Y mandó que sus guardas los sujetaran, los asarían otra vez, y después mandó que a todos los cortasen la lengua. —Con esto —dijo—, se acabaron las rebeliones, y ahora, a trabajar.

Los monjes no podían decir más que:

—¡Beu, beu!

Pero dos días después, en la aldea de los monjes, no quedaba ni uno. Habían huido a la aldea.

De entonces acá, a los monjes les ha enseñado la fiebre, pero, temerosos de que los caeran otra vez, no han vuelto a bailar, ni han vuelto a trabajar nunca.

## 26. EL CULTIVADOR.

Un cultivador tenía un lugar sembrado de maíz, ya maduro. Todos los días dos pájaros venían a comer el grano.

Con estos de establo habió unos huesos de mulo comidos y los

ató a los tallos del maíz. Uno de los pajarillos —el macho— quedó preso en el hueso.

El hombre le arrojó las plumas de la punta de las alas, para que no volase. Después se lo dio a sus hijos, diciéndoles que le cortasen el cuello.

Los niños tomaron un cuchillo. Pero antes de que empiezasen la obra de su padre, la hembra del pajarillo reventó, y revoloteando en torno, se puso a gritar:

—¿Por qué queréis cortar el pescuezo a mi marido?

Los niños no respondieron. El propio macho gritaba:

—¡Siempre más, después!

Empusaron a desplumar al pájaro. La hembra, entonces, volvió, y los preguntó:

—¿Por qué desplumáis a mi marido?

—Deja que lo hagan —respondió el macho.

Se pusieron a desollarlo.

—¿Por qué lo desolláis?

—¡Antes más, deja que lo hagan!

Al fin, al acabar a cortar, y al comérselo, la hembra preguntó por qué hacían aquello. Y cada vez el macho le recomendaba que las dejase y se regresara.

En cuanto se lo comieron, todos los niños se convirtieron en pajarillos de la misma especie. Están aun las que ahora vemos. Ahora, no habla en la tierra más que los dos crujidos de los huesos de mulo.

# 13

## CUENTOS MARAVILLOSOS

### 38. AMAVUKUTU

Sacólo en el cementero, en la primera aparición de la fuente de la vida, que unas palomas blancas fueron a una casa. Allí encontraron una mujer, sentada afuera. Entraron, y despertaron las cenizas por la casa. La mujer grita. Esa casa, no toda hijas. Y dice:

—Hija veniendo a buscarme de mí; han visto que no tengo hijos. Uno despertando las cenizas.

Entonces, llegó así palomas. Una dice:

—Yukute.

La otra pregunta:

—¿Por qué dices Yukute?

La primera repite:

—Yukute.

La otra insiste:

—¿Por qué dices Yukute?

Esto ocurrió en presencia de la mujer.

Entonces la primera, palabra dice:

—Toma una espina y asílate.

La otra repite:

—Yukute.

La segunda, continúa:

—Toma una espina y asílate. Recoge un cántaro de sangre, ponlo en un cacharro. Déjalo por abajo, todo agotado este muer.

Cuérralo por abajo, y el octavo muer, desdénalo.

La mujer lo desdénalo y encuentra un niño. En el cacharro, el cántaro tenía un niño al lado.

La primera dice a la mujer:

—Toma el niño, ponlo en un saco y dale de comer.

La segunda, y dice:

—Entonces y después de eso de la casa; asílate, que no lo veas las demás mujeres; dale de comer en abundancia, de manera que crezca inmediatamente.

Entonces el niño creció inmediatamente. Le rociaba, luego el muerlo. La mujer escuchaba buena suerte. El muerlo no sabía nada del niño; el niño era solamente el hijo del coágulo. La mujer va a buscarlo, lo trae a la parte delantera de la casa, se sienta, y lo pone ante el. Toma el alimento del niño, se lo pone delante, y dice:

—Esta es tu comida. Come un poco, hijo mío.

El muerlo, escuchando, pregunta:

—¿De dónde has sacado ese niño? ¿Qué niño es éste?

La mujer responde:

—En el hijo, el hijo de un coágulo de mi sangre, el hijo de las palomas que me han comunicado la sabiduría. Me dijeron que me asílate y cóctate por mí, que tomara un coágulo y lo pusiera en un cacharro, y que se fuera un niño.

Entonces, el muerlo se resigna, le da las gracias, y dice:

—¡Hey me siento feliz y contento. Ahora ya tienes un hijo. Está muy bien.

### 39. NIANTUNOKURI

Un hombre llamado Niantunokuri, tenía mujer; pero no ha encontrado uno chico junto a las de la otra gente. Se ha llenado a su casa, aparte. Para bien; este hombre era católico.

Un día, mata a su mujer. Se come una parte de la carne, y deja guardada una pieza; después se pone en camino, y dice: Voy a ir a casa de las padres de mi mujer.

Cuando estaba aún en camino, un pájaro se pone a cantar:

¡Tobochi! ¡Tobochi! ¡Ay, muer así!

Niantunokuri se entristece el niño.

Yo lo he matado, cató. Pájaro, ya lo has visto.

Me convertí a su religión, y desfogando su carne, ¡oh niño!

Dice que es carne de él.

Yo lo he matado, cató. Pájaro, ya lo has visto.

Al oírlo, Numbungubani persigue al pájaro; después lo atrapa y lo mata. Pero el pájaro resaca. El hombre persigue su caza; el pájaro va con él, y canta, canta sin cesar, hasta el momento en que llega al pedestal de la mujer.

Cuando el hombre llega, las gentes se dicen: Venid, hoy van regañarnos con carne. Le hacen cantar en la choza, y toman sitio en ella. El pájaro se encarama sobre la cornisa de paja, en la altura de la choza, y vuelve a cantar:

*¡Tobobé! ¡Tobobé! ¡Ay, madre mía!*

Numbungubani ha estado en el cielo. . .

Ha muerto a su mujer, y desahogado se cae, y oh cielo!

Dice que se cae de alto.

Y a lo des todo, cielo. Pájaro, ya lo has visto.

Los portentos se dicen:

—¿Eso es lo que se ve ahí fuera!

Numbungubani no se atreve; sale, da caza al pájaro, y lo mata otra vez. Pero el pájaro vuelve a resaca, y canta de nuevo.

Los señores, entonces, se ponen a pensar, y se dicen:

—Nuestro hijo ya no existe. Numbungubani le ha matado.

Lo mataron en la choza, pero se escapó, y hoy vemos, desahogado muy alto. Lo persigue, pero no dan con él.

Aquí se acaba.

#### 57. LORNGOLOKA, PADRE ENVIDIOSO

Pura, señor. Sucedió que Lorgoloka se casó. La mujer se quedó encinta. Lorgoloka se lavaba todos los días y se contemplaba en un espejo. A los señores que estaban sentados en la plaza les preguntaba:

—¿Quién es más guapo: yo, o el niño que está todavía en el seno de la madre?

Los señores respondían:

—¡Tú, inocente jidá, eres feo. No puedes compararte con el niño que está en el seno de su madre. El niño es muy hermoso, porque tiene una estrella en la frente.

Lorgoloka respondía:

—Esa idea. —Y se callaba.

La mujer parió un niño. Lorgoloka se lava de nuevo, se mira al espejo y pregunta a los señores:

—¿Quién es más guapo: el niño o yo?

Responden:

—El niño, porque tiene una estrella en la frente.

Lorgoloka se calla, y piensa a que el niño era mayor.

Un día dice a su mujer:

—Prepárame cerveza, voy a ir de caza.

Su mujer prepara la cerveza. Lorgoloka invita a toda su gente para que le acompañen en la cacería. Al ponerse en camino, Lorgoloka llama a su hijo y le da una calabaza de cerveza para que la beba. Su madre le pone buenas ropas y le da tabaco en polvo, porque el nuevo guerrero de saber polvo de tabaco.

Llegada a la manigua, Lorgoloka dice a sus servidores:

—Mi propósito no es cazar animales fieros; mi propósito es cazar a ese hijo mío que aquí está, porque es más guapo que yo, que soy su padre.

Entonces, sus gentes se apoderan del hijo y lo matan.

Vuelven todos a casa. Cuando llegan, la madre del niño pregunta a su marido:

—¿Qué es de mi hijo?

Lorgoloka responde:

—Se ha quedado en casa de sus dos hermanos.

La madre lo espera hasta la puesta del sol; el hijo no vuelve. Al día siguiente va a buscarlo a casa de sus dos hermanos, que continúan:

—No está aquí.

Entonces, ella vuelve a su casa.

El hermano de Lorgoloka dice a su esposa:

—A mi hijo, te lo han matado. Pero no voyas a decir a mi hermano esto que te cuento, porque podría matarme.

La mujer, en efecto, se calla, y guarda el caso para él, en su corazón.

Otra vez la mujer se queda encinta. Lorgoloka vuelve a lavarse y a mirarse al espejo, y pregunta a la gente:

—¿Quién es más guapo: yo, o el niño que está todavía en el seno de su madre?

La respuesta:

—El niño.

—El niño.

Longobola se calla. Todas las días se levaba y se metaba al espejo, y preguntaba a sus serviduras:

—¿Quién es mi guapo? ¿yo, o el niño que está todavía en el seno de su madre?

Las sirvientas le decían:

—El niño.

La mujer puso un carón. Longobola interrumpió de nuevo a sus serviduras, diciéndoles:

—¿Quién es mi guapo: mi hijo o yo?

Le respondían:

—El hijo.

Longobola se calla, y aguarda a que el niño sea mayor.

Cierto día, dice a su mujer:

—Prepárame cerveza, voy a ir de caza.

Esa noche, su esposa se la prepara, pero al mismo tiempo dice a su hijo:

—Heo mío, te matarán en la cacería. Tu propio padre te matará.

El hijo pregunta a su madre:

—Mamá, ¿has tenido ya otro hijo, que se haga vecinadito?

—Sí, madre responde:

—Sí. Tiene otro hijo, y tu padre lo mató.

El hijo añade:

—Poco importa. Lo principal es que sea nuestro padre quien me mate, y no otro.

Longobola reúne a su gente para la cacería. Se ponen en camino. Longobola da a su hijo una colabaza de cerveza para que la beba.

En el camino, el joven se detiene con el hermano de su padre: todos los dos se les adelantan. Entonces, el hermano de su padre le dice:

—Vete, hijo, porque tu padre te va a matar, veite lejos, y no vuelvas sobre tus pasos.

El muchacho comprende la fuga; al marcharse, deja la calabaza de cerveza a su do. Su do se queda sola, y va, llevando la calabaza, a reunirse con los cazadores. Al llegar, Longobola le pregunta:

—¿Dónde se ha quedado mi hijo?

—No lo sé —responde—. Estaba recogido.

Longobola pregunta:

—¿Qué calabaza es esa? ¿No es la de mi hijo? ¿Dónde está él?

Respondiendo:

—Oh, sencillamente, la llevas por por ti, estás poro llegar. No sé dónde puede estar.

Entonces gente a buscarlo por el camino. Regresan sin encontrarlo, y dicen:

—Sí, no lo hemos visto.

Vuelven todos a casa. Al regreso, el hermano de Longobola dice a la madre del niño:

—No te preocupes por tu hijo; está vivo. Le dije que lo haría.

La madre responde:

—Está bien.

En tanto, el joven fugitivo se detiene en un lugar donde se acosa, para sacarse las espigas que se le habían clavado en la cabeza. El sol iba a ponerse. Quedadas las espigas, el joven vuelve a casa, y ve una charca en que no había nadie. Acercándose a ella, se sienta en la orilla. De pronto, el pensamiento que estaba en la charca le llama por su nombre. Responde el sueno:

—Sí, padre mío.

El sueno se levanta y entra en la charca. Se detiene, pero no ve a nadie. Después, según se oírle comienza a hacerse preguntas:

—¿Llegas según he estado de algún sitio?

—Sí, padre mío; he llegado huyendo.

—¿En cuánto que tu padre quería matarte?

—Sí, padre mío, quería matarme.

—Entonces, ¿tu do te ha salvado?

—Sí, padre mío; él me ha salvado.

Entonces, el pensamiento agrega:

—Hijo mío, tu corazón es bueno, porque has estado listo para huir a esta casa y pensar en ella, cuando así que nadie quiere matarte.

—Oh, padre mío! Mi corazón no es mejor que el de otro cualquiera.

El pensamiento prosigue:

—Digo que es bueno, porque has tenido ánimo para entrar en esta casa y salirte, y para hablar conmigo, aunque no me vea. —Le dice luego—. Sí. —El sueno sale. Le tiene curiosidad y le dice de nuevo:— Hijo mío.

—¿Padre? —responde el sueno.

—Toma tu cerveza.

Y el joven corre en la charca.

Cuando acaba de correr, la vea le dice:

—Sal.

Y sale. Cuando ha salido, el ser pregunta las ropas y le llama. El mismo responde:

—Sí, padre mío.

Entra en la choza y se retira a dormir, porque ya se ha puesto el sol.

De mañana, el mono se apresura a salir. Cuando el sol cae, el personaje lo llama y quiere darle un encargo:

—Ve al campo, y busca a los parientes y los amigos; cuando los encuentres, tráeme una calza y me la trase; después, llévalo a la aldea, la suelta en la plaza. Viéndolo de regreso, el personaje le llama para comer. Responde:

—Sí, padre mío.

Y va a comer.

Cuando ha comido, dice:

—Padre mío, he comido.

—Eso bien, hijo mío —dice el otro—. Sal.

Y cuando el joven sale, el otro coloca las uñas en su alito.

Lo llama de nuevo:

—Sí, padre mío —responde el mono, que penetra en la choza, y se acerca.

El ser le pregunta entonces por qué no quiere matarlo.

—Quiero matarme porque creo que soy más hermoso que él.

A la mañana siguiente le da esta orden:

—Ve a la aldea a buscar un bany que me pertenezca. A la gente que encuentres en la aldea le dirás cuando llegues: Me miráis, buscar un bany.

El joven va a la aldea, llega, y habla así: ¡Joven un bany, se lo doy, regresa con él, y lo sita en la plaza. De tanto, el invisible le llama para comer. Responde:

—Sí, padre mío. —Entra y come. Después, acerca la comida, dice:—Eso bien, hijo mío; sal —traslade el otro, que toma los utensilios, los coloca en su alito, pregunta la comida y le llama. El joven se oculta a dormir.

A la mañana siguiente, el joven sale. El personaje le llama. Responde:

—Sí, padre mío.

—Sí, padre mío.

Entonces, le da esta orden:

—Ve a la aldea donde estuviere ayer, y toma dos docenas. Al llegar, di a las gentes de la aldea que reúnan cuantos dovichos haya, y ellos a tu gusto.

Llegado a la aldea, escupe el escarabajo. Huelen como estaba echados; se tratan muchas jovencitas. Eligió dos y se volvió con ellas. Llegó a la choza y se sentaron las tres fuera. El otro lo llama, diciéndole:

—Ejército mío.

Responde:

—Sí, padre mío.

—¿Puedo ir a ver?

—Sí.

Entonces, una de las jóvenes abre un ojo, y dice:

—No estoy acostumbrada a vivir en casa de un ser invisible.

La otra, más animada, decide quedarse. El personaje llama a las jóvenes para comer. Cuando acaban, el mono dice:

—Padre mío, buena comida.

—Bien, hijo mío.

Entonces la joven mediana escupe con su hermano, y dice:

—Yo no quiero quedarme.

El personaje invisible le oye, y dice al mono:

—Acompáñala a su casa, y busca otra en su lugar.

La acompañada, élige otra y se vuelve con ella. El dueño de la choza le da ración, y le dice:

—Dadles a tus esposas.

Remanente allí, y el otro no lo envía ya a ninguna parte.

Un fin, pregunte al joven que ella le dice:

—Exagero lo que prefieren; si quisiera, te daré un ejército para ir a matar a tu padre y a todos los habitantes del país, menos a tu hijo y a tu madre.

Responde:

—Quiero ir a matar a toda la gente de mi país, incluso a mi padre; pero no a mi madre, ni a mi tío, que me ha criado.

El personaje invisible le procura un ejército; sale con él, para matar a todos los gentes, su padre incluido. Sólo deja con vida a su madre y a su tío, que lo salvaron. Regresa con ellos. Cuando

volará, el ser invisible le dio una alba, en la que vivió con su tío y su madre. El porra la continuó en la alba de aquel ser.

Aquí se acaba.

## 26. SIRENIDAD

Sucedía, pues, que Masinga fue a casarse con unos mujeres, todas tuvieron hijos, pero la principal no los tuvo, y las otras mujeres la pusieron en silencio; su mismo marido se burlaba de ella y no le guardaba ninguna consideración.

Se fue al campo y encontró una paloma; la mujer llevaba. La paloma le preguntó:

—¿Por qué lloras, madre mía?

—¡Lloro porque me persiguen; se burlan de mí porque no tengo hijos; todos los días se ríen de mí, dicen que no soy mujer. ¡Como si estuviera en la mano de alguien el no tener hijos! Madre puede ayudarla. Si yo no los tengo pues, la culpa no es mía.

La paloma le dijo:

—¡Dioses tener un hijo!

—Sí.

—Volvete a tu casa.

El pájaro le da una bala, mata y griterios. Le da también un pensamiento de espina, y le dice:

—Al llegar a tu casa, hierve todo esto. Cuando esté a punto, lo viertes en el cazo reciendo, después perfumas los platos con una espina y te los comes uno por uno. Cuando acabes, ve a dar vueltas a la manita, al pie de la pared de la cocina, y verás lo que pasa.

Llegada a su casa, la mujer hizo como le habían enseñado. Entonces ve que se halla encinta. También le habían dicho que, cuando estuviera encinta, debía repetir todos los días: "Tú, hijo de mis entrañas, no hables. El niño no debía hablar hasta que llegase su hora. E izaban después de nacido, la madre debía repetir lo mismo. Por eso, decía:

—Tú, hijo de mis entrañas, no hables.

Y cuando nació, comenzaba así:

—Tú, hijo que acabas, no hables. Cuando fue mayor iba con su padre al trabajo; iba también con el criado que le habían puesto, porque se hacían entre ellos: "Aunque sea malo, le daremos un servidor." El criado le estaba muy atento.

Certo día, el marido se fue con los platos que iban a beber. Mientras cavaban, pusieron unos pájaros volando. Masinga, el padre, dijo a sus hijos:

—Lo que es yo, de joven, había conseguido a esos pájaros.

Volvieron a casa, y al siguiente día salieron a beber. Pasaron de nuevo unos pájaros. Masinga dijo:

—Lo que es yo, de joven, había conseguido a esos pájaros.

Volvieron a casa, y ya llegando, dijeron a sus madres:

—Preparadnos comida para el camino.

Preparadas que fueron, Sikuani usó a su madre, y le mostró las provisiones, los platos, y le pidió que le preparase cerveza y le diese un pan. Su madre le preparó cerveza y le hizo un pan. Entonces, su padre dijo:

—¡Cómo! ¿Te figuras acaso que eres ya bastante mayor para viajar?

El mozo designado para irle de los jóvenes, Malumano, dijo a sus hermanos que se pusieran en camino. Partieron. Sikuani y su criado lo seguían. Sus hermanos, enojados, volvieron atrás y le golpearon la cabeza llena de arena. La cabeza se cayó. Sikuani quedó ciego, pero la cerveza iba derretándose.

Cuando llegaron, se metieron en la calaveras y mataron los pájaros; de noche, salieron y los desfilanaron. Pero el trueno continuó a remolcar con fuerza.

Entonces, Sikuani habló a su servidor y le dijo:

—Venmos aquí hacer ahora.

El criado llevaba de alegría al ver que su amo empezaba a hablar... Sikuani le dijo:

—¡Calla! No seas tonto de mi muerte, porque van a decirte: ¿Por qué huías de alegría?

Cayó un fuerte aguacero. Los servidores de Malumano se reunieron bajo un árbol. Sikuani dijo:

—¿Cómo van a resistir, si su jefe no les consigne siquiera una casa?

—El criado se puso a urinar y besar de alegría. Sikuani le dijo:—Estaba quieto.

Entonces, los otros fueron desde estaba Sikuani, porque allí no había, e interrogaban al criado, diciendo:

—¡Eh, amigo! ¿Por qué habías así?

Se había perfeccionado un pie con una espina, y cuando le preguntaban, respondía:

—¿Por qué hablo? Amigos míos, porque me he cansado una cajita en el pie, miradla. Lo mejor que podía hacer es volarcelo.

—Y le sacaron la espina.

Entonces, Silabuné fue hacia su hermano Mahumón y le preguntó:

—¿Dónde va a donde está gente? Los pájaros están después malos, pero no veo lucir.

Entonces uno de los servidores exclamó:

—Me hego de Silabuné, caudal de guribos.

Y otro dijo:

—Me hego de Silabuné, maldad de guribos.

Todos dijeron lo mismo, dijeron al jefe con quien habían venido, en el cual habían venido confianza.

Pero Silabuné dijo:

—No necesito servidores. Tengo una, y me basta. —Pero no pudo impedir que se pasaran a él.

Entonces se puso a edificar una cabaña. Tenió una caña, la arrojó, y la caña se convirtió en una espalada. Tenió una liana, la lanzó, y la liana se convirtió en un humero. Tenió una beta de arcilla, la arrojó en la cabaña, y quedó guardada toda la pared. Tenió un poco, lo dejó, y el poco se convirtió en cantidad de eterna. Tenió un cubito, lo arrojó en la cabaña y se creó el humero. Entonces, se colmaron, y prolongaron desahucando pájaros.

Silabuné les dijo:

—Coced las caderas de los pájaros y dejadlas aquí.

Así lo hicieron. Cuando dijeron, Silabuné tenía las caderas de los pájaros y los cubos ahuecados de la cabaña.

Durante la noche, un ego vino a traerle comida, cantando:

*El hombre dice una guerra, ¿dónde que está?*

*¿Puede ser así la carne humana, ¿dónde que está?*

*Y uno a buscarla, ¿dónde que está?*

Llegado a la casa se comió las caderas de pájaros, horchero:

—¡Pecado! ¡Me creó una cabaña! ¡Car! Me creó un pájaro.

—Al acabar de engullirlos, dijo:— ¡U! ¡U! ¡U! Ya puedo volverme!

¡U! Ya puedo volverme. Cuando me haya comido a Mahumón, cuando me haya comido además a Silabuné, caudal de guribos, engordaré, engordaré hasta los arroyos.

Albido el ego, Silabuné interrogó a sus servidores, y les dijo:

—¿Quién es la dula las provisiones que están comiendo?

—¡Tú!

—De dónde modo. ¿De dónde iba a sacar? Yo no en las he dado; el ego se saca, —Se negaron a creerlo, y les dijo:— ¡Eran está. Vosotros lo creáis.

De noche, cuando Silabuné vino llegar al ego —las habba aido un hermano a los dedos de los pies—, tiró del hermano. Se despertaron, y oyeron al ego cantar las suena pulchra que lo viera:

—¡Cuando me haya comido a Mahumón, cuando me haya comido además a Silabuné, caudal de guribos, engordaré hasta los arroyos!

Entonces empezaron a tener miedo, y dijeron:

—Voláramos a casa.

Pero él les dijo:

—¿Qué teméis? No temáis miedo. Queréis aquí hasta comidur lo que habéis venido a hacer.

Con el alba salieron a cazar pájaros y volarlos. Después hablabos los arroyos de pluma que habían venido a buscar, Silabuné les dijo durante la noche:

—Preparaos a huir y volarlos a casa.

Pararon, pues, muy de madrugada.

Silabuné había dejado el arca de pluma a la puerta de la choma. Lo había dejado estirado en el momento de salir. Silabuné dijo a sus servidores:

—Me he dejado el arca. ¿Con cuál de vosotros puedo volver a buscarlo?

Todos exclamaron:

—No da miedo volver.

Uno de ellos dijo:

—Te regalaré un hueso que tengo en casa.

Y otro:

—Te daré a mí hermano.

Y otro:

—Puedes quedarte con mi mujer.

Y otro:

—Te daré todas las caderas que hay en casa.

Entonces Silabuné les dijo:

—Puesto que os negite a venir conmigo, escapad. Cuando os pongáis en camino, aguard el de la izquierda, no tanto el de la derecha. Si tenéis el camino de la derecha, venid que voy a dar a una aldea grande.

Partieron pues, y así que comenzaron un poco, tomaron el de la derecha y llegaron a la villa de una aldea grande. Entusiasmados, y decían:

—Es lo que Silabané nos había dicho... Desentendidos el mismo.

Volvieron atrás, hasta el sitio en que se habían separado de Silabané.

En tanto Silabané preguntó a su servidor:

—¿Verdaderamente os he servido?

—Su servidor le respaldó:

—¿Tendrás yo el descanso de abrumarme aquí, en la multitud, habiéndote servido siempre en casa? Desde que me he servido, he comido, ciertamente.

Cuando llegaron, Silabané halló en la casa gran número de egros, porque los había conocido el mismo que llevó las provisiones a los jóvenes. Había, entre otros, una vieja, sentada al pie de la pared de la chimenea. Los egros se entretenían en pasearse de mano en mano el sitio olvidado, y decían:

¡Tutut! ¡Tutut! ¡Dadadad!

Los egros pequeños decían (con voz infantil):

¡Tutut! ¡Tutut! ¡Dadadad!

Y otros (los viejos) decían (con voz cansada):

¡Tutut! ¡Tutut! ¡Dadadad!

La vieja decía también:

¡Tutut! ¡Tutut! ¡Dadadad!

Unos dijeron:

—No se lo des.

Y otros:

—Dilelo.

Acabaron por decirle.

Silabané se había acordado desde de la empalme. Arrancó el sitio de mano de la egreja sin que ella lo notara, porque era muy vieja, y bajó.

Entonces los otros preguntaron a la vieja:

—¿Dónde está el sitio?

Respondió ella:

—Han dicho: ¡Tutut!

Le preguntaron de nuevo:

—Han dicho: ¡Tutut! —respondió.

—Entonces que se lo han robado. Corramos en pos de nuestro pedacito de carne.

En tanto Silabané llegó junto a sus compañeros y les dijo:

—¿Por qué habéis dejado el camino que os recomendé tomar?

¿Qué habéis encontrado?

—No hemos visto nada —respondieron.

Los egros los perseguían cantando:

¡Se nos fue la carne! ¡Anda que andad!

Entra a tu sieste. ¡Anda que andad!

En efecto, alcanzaron a Silabané. Eso les dijo:

—Bueno, ¡pero no tuberal!

Se pusieron en marcha. Entonces comenzó a cantar esta canción:

¡Oh! ¡En esta parte, en esta parte no acordaríamos

convertirnos a la gente!

Los egros cantaban también:

¡Oh! ¡En esta parte, en esta parte no acordaríamos

convertirnos a la gente!

Algunos exclamaron, no obstante:

—¿Vamos a conseguir que nuestro pedacito de carne se vuelva

a un caso?

Otros respondieron:

—Dejamos que se vaya, pronto que hemos aprendido esta canción, eso basta, porque en adelante lo cantaremos al coro.

Cuando las segas se fueron, los jóvenes se movieron también y llegaron a la aldea grande. Todas las gentes del lugar fueron a saludarlo. Ellos no contestaron. Entonces una vieja les dijo:

—¡Salud, señores míos!

Respondieron ellos:

—¡Sí, sí!

Los otros exclamaron:

—¡Ay! Ay! Sólo responden cuando les saludamos una vieja.

Entonces de nuevo cambiaron la bienvenida. Pero ellos se callaron. Los gentes del lugar dijeron a la vieja:

—Repítelo, abuela.

La vieja lo repitió y dijo:

—¡Salud, señores míos!

Y ellos hicieron:

—¡Sí, sí!

Al ponerse al sol las montañas una chispa grande para que disminuyeran en ella; se seguían a entrar. Las lavaron a casa de la vieja y continuaron en merienda dentro.

De noche las gentes se concentraron para llevarla de comer. Sitabuné tomó un poco de seda y se lo ofreció al perro que lo acompañaba; el perro se negó a comerlo. Entonces desparatadamente por el suelo aquello corrió. La vieja las miró muy, oyó la masa y se la dio. Sitabuné tomó una pedana y se lo ofreció al perro, que se lo comió. Entonces comieron también ellos.

Cerrada la noche, las gentes del lugar dijeron a sus hijos:

—Id a divertirlos con esos procedimientos que han venido.

Y fueron a dormir con ellas en la choza. Entonces Sitabuné tomó el collar de una de las jóvenes y se tapó con él. Cuando

las gentes de la aldea, durante la noche, quisieron entrar a las jóvenes y buscaron a Sitabuné para saberlo, resultó que murieron a la propia hora; pero no se durmieron nunca de ella.

En tanto, el jefe de la aldea habló convecando a sus gentes para ir a liberar el campo al siguiente día. Hailundee, todos en la labranza. Sitabuné dijo a la vieja:

—¿Quieres un puerito?

La vieja respondió:

—Sí.

Entonces miraron hacia y la mezclaron con tabaco, ellos uno y otros drogas, y se lo dieron. Caminando, la vieja dijo:

—Esta es tu cría. —Y se la dio a su hijo—. Y esta para ti

—Y se la dio al nieto. La vieja añadió:— Mira cuando lo descan y se regañan y a mí no me dejan nada...

Respondieron ellos:

—Carne y calla, abuela.

Cuando hubo comido perdió la cabeza.

Entonces Sitabuné dijo a sus servidores:

—¿Y a nos apoderáremos de las heras y nos las llevaremos?

En efecto, murieron los guardas del país y se fueron.

Entonces las gentes de la aldea sabían el campo, el estado del jefe le dijo:

—Cualquiera diría que los burros llevan aquella pobreza.

Las gentes respondieron:

—No es pobreza de ganado. Es pobreza que levantan los

labradores.

El criado repitió:

—Cualquiera diría que en la pobreza de los burros.

Le respondieron:

—¿Que no? Los burros están en la aldea con las gentes para

las que estamos aquí labrando.

Pero como sepa sosteniendo la misma cosa, el jefe dijo al criado:

—Vete a ver, y acuébanos; no hagas más que molestar mientras

trabajamos.

El criado fue a ver, en efecto, y en el camino encontró a la vieja. La interrogó, diciendo:

—¿Adónde vas?

Pero ella no pudo responder nada. Cogió un puñado de tierra y la tiró al aire; tenía las mejillas desolladas.

Cuando el criado llegó a la aldea ya no estaba el ganado; fue a decirlo a sus gentes, y volaron todos.

Entonces el jefe les dijo:

—Gentes de Monambela, nuestro pedacito de carne se fue.

Tenid vuestros cuchillos y comadras.

Y se lanzaron a la persecución. El jefe, Monambela, hizo estar

har una tormenta para llevar a las fugitivas. Sitabuné dijo a sus servidores:

—Yéndos debajo de las burras.

Reconoció la fuga, y cuando los ruidos de Montembela llegaron a aquellos oídos se encaramó con que Sibahuné y sus amigos los habían ya abandonado. Dijeron:

—¡Ah! Aquí han estado.

Siguieron corriendo una elca. Sibahuné hizo aparecer un río y lo pasó con sus servidores y el ganado. Cuando llegaron los peregrinos gritaron a los fugitivos:

—¿Cómo habéis aterrorizado?

Sibahuné respondió:

—Por aquí, valerosos de esta cuenta.

Los lanzó la cuenta, y ella la agarró. Cuando los vio en medio del río saltó la cuenta, y se los llevó la corriente. Otra vez repitieron la prueba. Y entonces dijeron:

—¡Pero Montembela ganó a Sibahuné!

—Si no quieres convertirte en esclavo, ni en esclavo, ni en esclavo, transfórmanse en esclavo.

Sibahuné, en efecto, se convirtió en esclavo y salió galopando: ¡Hui-hui! ¡Hui-hui!

Vuelto a casa, las gentes de Montembela llevaron a la joven nuestra y se la casaron.

En cuanto a Sibahuné, así que se transformó en esclavo, su arriero se llevó la cría, y la cría parió a la cuenta y luego a la pata de la abela. El arriero dijo a su madre:

—Pon agua a cocer hasta que hervan.

Se la echó al animal, que volvió a ser hombre. Sibahuné pensó los burros y se fue con su ganado a casa de su hijo menor.

Entonces sus hermanos fueron a decir a su padre:

—Para nosotros, ahora, Sibahuné es quien nos ha salvado.

Los servidores le dijeron:

—Te dejamos que al regreso te pagaremos.

Pero él respondió:

—No me dís nada. Es lo más natural que os haya ayudado, como hijo de mi padre.

Sibahuné terminó, pues, sus ganados y fue a vivir en casa de sus hijos menores.

Se puede quise esperar; pero Sibahuné le dijo:

—¿No dadas tú que no habías engendrado un hijo menor, sino un hijo mayor? No quiero vivir contigo.

Sin embargo, cuando le dieron cuenta y su padre le dijo: «Yo no sabía que fueras como los demás», Sibahuné comenzó en vivir con él.

A su llegada, dieron a Sibahuné la realeza del país. Su servidor recibió también un poco del país. Su padre ya no se ocupó de negocios; los ministros Sibahuné, que daba cuenta a su padre después de recibidos. Sus hermanos se mostraron y las establecieron de jefe de otros cuatro países pequeños; lo mismo sucedió con Muluham, según que había dicho. Este es el jefe. Lo pusieron al frente de un pequeño país.

Aquí se acaba.

#### 39. HISTORIA DEL PAJARO MARAVILLOSO DEL CASITAL.

Una vez vivían jóvenes salieron de su casa muy de mañana con el propósito de recoger mucha ropa. Entre ellos iba la hija de un jefe; muchacha muy linda. Recorrida la arroya, paraban en volver a casa, cuando una de ellas propuso que se bañaran en una bañera grande que allí había. Todas asintieron, y se bañaron en el agua y se repugnaron un buen rato. Al fin se valieron y tomaron la salida de su casa.

Cuando llevaban montada cierta distancia, la hija del jefe advirtió que se le habían olvidado uno de los adornos que se había puesto. Entraron presto a su patria que volviese con ella a buscarlo. La prima se negó. Distingue a otra de las muchachas, dispuesta a ir; pero todas se negaron a desordenar el camino. Se vio obligada a volver sola a la bañera, mientras las otras iban a su casa.

Al llegar a la bañera, un criminal gigantesco y poderoso, que tenía sólo un pie, se fue a ella, la agarró y la llevó en su saco. Lo puso encima, la joven se estuvo quieto. Entonces el criminal la llevó por diferentes lugares, haciendo cantar por su cuenta. Y la llamaba su primo. Al llegar a una aldea podía comer, y cuando se lo daban decir: canta, prima. Pero nunca quería abrir el saco, para que no se supiera qué cosa se podía ver.

Cuando las jóvenes regresaron a su casa dijeron al jefe que su hija había caído en la poderosa; y entonces, como vio que elegían una para llevarla a una reina, el jefe creyó lo que le dijeron.



—Sí, yo te llamo así, eres hija de un bravo de aventura.

De noche se acorta, bien ahogado en las púas de charal, y se dormio profundamente. A media noche se despertó y, palpando, advertió que estaba acostado en el duro suelo y que se cubría con los antiguos pellejos de ratón, que apenas le llegaban a las rodillas; estaba terriblemente tembloroso. Advertió también que su mujer no estaba y que toda la aldea había desaparecido. Entonces lo recorrió todo y exclamó:

—¡Ay! ¿Qué va a ser de mí? ¿Por qué he dado a mi mujer?

Eras hija de un bravo de aventura?

Volvó a ver un leoncelo raramente pobre, sin mujer ni hijo. Así convalecía, temiendo por único sustento la carne de los ratones de murto y vistiéndose con sus pieles, hasta que murió.

#### EL FIN DEL MUNDO

Las gentes de Adón trajeron un caballo, hijo de Adón. Descon verdaderamente, vale muy caro. La venta es difícil, porque el propietario del caballo dice:

—Yo no vendo mi caballo por dinero; lo vendo por tetas de mujer.

Acude gentes. Pregunta por el propietario del caballo. Le dicen:

—¿Cuánto por el caballo?

Responde:

—No quiero dinero por mi caballo; dame tetas de mujer, y está vendido.

La gente dice:

—Tu caballo es difícil de vender. ¿Quién lo comprará?

Llega un mono y pregunta por el dueño del caballo. Dice:

—¿Cuánto?

El dueño del caballo le dice:

—Se vende por tetas de mujer.

El mono dice:

—Pues, no puedo comprarle el caballo.

El mono se va.

Llega un camarero del zano. Sabía que su madre le compraría cuando pudiese. Llega, pregunta por el dueño del caballo. Le dice:

—¿Cuánto dinero por tu caballo?

El propietario le dice:

—Si puedes comprar las tetas de tu madre, vítenlas, y el caballo es tuyo.

El mono dice:

—¡He!

El mono se va. Llora a su madre y le dice:

—Mamá mía, comprame el caballo con tus tetas.

Ella le dice:

—¡He! —Y dime más: ¿A qué, que un caballo, corta.

El mono va, trae un cuobillo, corta las tetas de su madre. Va a entregárselas al dueño del caballo; este se da el caballo. El mono vuelve. Ha comprado el caballo.

Pasados tres días dice a su madre:

—Mamá, ¿quien verá el fin del mundo, el uno en que la tierra se acaba.

Se acaba.

Su madre dice:

—¡He!

Y su padre, y todos, dicen:

—¡He! —A qué, y que Dios se gofe.

El mono dice al caballo:

—Caballo, mírame, te he comprado con las tetas de mi madre.

Llévame al fin del mundo.

Un día encuentra una araña. La araña le dice:

—¿Eh, zano! ¿Adónde vas?

Responde él:

—A qué, araña, hasta el fin del mundo.

La araña le dice:

—Te seguiré.

Y él dice:

—Segueme.

La araña se hace una silla con la hija de un árbol. Viajan, viajan, hasta que llegan al lugar en que no hay suelo. Ven allí una mujer; la ven lejos, pero ella no los ve llegar. Están haciendo algo que no es decente. Es una huida.

El zano y la araña siguen, le siguen, ella les responde, y dice:

—¿Eh! ¿Dónde vais?

Quieren:

—¿Eh! ¿Dónde vais?

—Sí, buena.

La vieja dice:

—Veni, vamos a casa.

Responden:

—¡Bien!

Entonces vienen sin tierra, sin árboles, tan sólo sobre el viento, tan sólo sobre el agua, tan sólo en oscuro lugar. Llegan a casa de la bruja. En medio. La bruja va en busca de un gallo, lo mata. El gallo escuro, se recuesta en la tierra, ella lo besa, lo besa, no lo escarmenta. La vieja cocina el alimento, se lo lleva al mono y la araña. Los dice:

—Aquí tenéis la comida, comed.

Dicen ellos:

—¡Bien!

El mono dice:

—No quiero esta comida.

La araña dice:

—No tiene nada, comenlo. —Se sientan, comen.

La araña tiene una varilla de hierro. Cuando han comido, se van a dormir. A media noche, la bruja toma un cuchillo y lo esla.

El gallo grita. Dice:

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

Y el mono oye la llamada del gallo.

La bruja dice:

—¿Dónde está ese gallo? Todo el día ando buscándolo y no lo encuentro.

Y se sienta.

Mucha delago de la carne, entre la mano, palma, no lo escarmenta.

De nuevo toma el cuchillo y lo esla. Dice:

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

De nuevo grita el gallo, y dice:

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

La bruja oye la llamada del gallo. El gallo gritó una vez más hasta el alba.

Entonces la vieja va a saludarlos. Y los dice:

—¿Habéis dormido bien? ¿Habéis dormido bien? —La bruja les interroga, y les dice: —Ayer me vióis hacer algo que no es decente.

La araña le dice:

—Te he visto.

230

La bruja se avergüenza. Se va, busca al gallo, y dice:

—Se me mató a este mono y la araña, llevaban la comida a su pal.

Busca al gallo, lo oye, lo mata, lo hace hervir. De noche, se lo lleva a la araña y al mono. Se lo comen. Van a dormir. La araña dice al mono:

—Ten cuidado esta noche.

El mono dice:

—¡Bien!

La araña toma la varilla de hierro y la pone a su lado. Dormido el mono, la araña se levanta, toma la varilla y va a sentarse cerca del hueso de la puerta. De noche, la mujer se prepara, quiere matar al mono y la araña, y comenlo. Alguna el cuchillo. Dice:

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—¡Cuidado, que viene. Preparaos!

—Muy bien.

Antes la sabían, y dicen:

—Hoy vamos a viajar. Volveremos a nuestro país.

Dice la mujer:

—Eres tonta.

El mozo toma una navaja. Le corta a la cola del caballo, la cola del caballo está llena de navajas. El mozo pone la silla, se prepara, monta a caballo. La araña monta en la grupa de sébel que le sirve de calabazuela. Ponen. La mujer se transforma en bruja. Quiere apoderarse del mozo. Ahora le corta del caballo. Las navajas le cortan la mano. Se desliza, y huele la sangre.

De nuevo llega como el viento. Y dice:

—¡Deténos! Si os atengo, os comeré en una boca de fuego.

El mozo y la araña corren. Llegan al borde de un lago de agua caliente, que hierve. El mozo dice al caballo:

—¡Llévame del agua caliente, que te he comprado por las uñas de mi madre.

El caballo huerca, y sobre el lago huerca. La araña sube, y se cae en el agua caliente, con su montura. El mozo se vuelve rápido y le salva. La bruja llega cerca del agua hirviendo. Luego, la pira, ahora la cola del caballo. Las navajas le cortan la mano. Sacía la cola y se desliza. Lloro su sangre.

El mozo y la araña corren. Llegan a un fuego, que tiene como un río. La bruja les dice:

—¡Deténos ahí! Os daré alcance y os comeré.

El mozo dice a su caballo:

—Llévame del fuego, que te he comprado por las uñas de mi madre.

El mozo fustiga al caballo con su látigo. El caballo galopa, salta, transporta el fuego. Se lleva consigo a la araña.

Salvan el lago. La bruja llega como el viento. Pasa el río de fuego. Alcanza al mozo y la araña. Ahora el mozo le corta del caballo. De nuevo las navajas le cortan la mano. Se desliza, hiede su sangre.

El mozo y la araña galopan. Llegan cerca de un gran lago de agua fría. El mozo dice al caballo:

—Llévame de esta agua fría.

Fustiga al caballo, como cuando a la araña y transporta el lago. La bruja dice:

—Esoy molestandome por nada. Voy a volverme a casa. Van denunciando apuro. No los alcanzan nunca.

Vuelve a su abita. El mozo y la araña siguen todavía uno, dos, tres días, y llegan al alto donde comienza la tierra. Al fin caen por la tierra.

La araña ha visto las lagunas que desalta ver. El mozo también. Cuando regresa a su pueblo, va derecho a casa de su madre. Y su madre y su padre y sus hermanas y hermanas le ven y se regozijan mucho. Su hijo volvió del fin del mundo.

Aquel concluye la historia del caballo hijo de Adon. Y del mozo y la araña, y también de la bruja. Ha terminado.

CUENTOS ANEPIOTICOS, NOVELASCOS Y DE  
 AVENTURAS

14

62. OBSERVACIONES DE UN HIJO A SU PADRE

Un hombre trató un hijo, el cual dijo a su padre que iba a hacerle unas observaciones. Y el hijo rogó al padre que lo acompañase a la mansión. Uno tras otro, fuéramos a ver una temeraria dondeambulaban las abejas.

—Ven a ver —dijo el padre al hijo— las abejas que hay en este agüero.

—Puede más —replicó el hijo—, ¿no te he dicho que iba a hacerle observaciones? No son abejas, son bichos que revolotean. —Y como el hijo vio una curra rogó al padre que fuese a ver una cosa mucho mejor. Pero el padre declaró que era una curra: —No —dijo el mozo—, es cosa mejor.

Perseguido de tanto llagaron al borde del agua, el hijo invitó al padre a que bebiese, pero éste hizo notar al hijo que no había agua bebiendo por ahí, y que bebiera solo. El hijo se empesó en que su padre bebiera, y el padre empujó en ella. Después, el hijo hizo notar a su padre que si un hombre no quisiera comer y se contentase con beber, no haría lo que es debido. Al marcharse, encontraron a una mujer que trataba de transportar agua, pero como no podía con ella, se le cayó, y recogió otra y la usó. El padre dijo al mozo que regresase en segunda mujer, que llevaba más agua de cuanto podía, la dejaba caer, y después cogía otra y la aumentaba. Pero el hijo hizo notar a su padre que el caso se parecía al de una mujer, ya crecida,

y que sigue persiguiendo a los hombres. El mozo salió andando, cargando un cubo reventado y llamó a su padre para que lo viese. El padre declaró que era un cubo.

—Eso es todo, por ahora —dijo el mozo.

63. TYARATYONDYONDYONDYO

Había una vez una mujer que tenía una hija de extraordinaria hermosura. Todas las miradas se posaban en ella, y todo el mundo la miraba. Así estaba ella de orgullosa. El lugar donde vivía era grande, y había en él muchas jóvenes, también hermosas.

Don todas juntas a aproximarse las cosas, y cuando veían a la hermosa por ahí, decían:

—¿Quién es tan tan linda?

Las que estaban allí en deseos de conocerla y de conquistar su favor.

Una día, todas las mozas del lugar estaban reunidas, y entre ellas, Tyaratyondyondyondyo, ya muy hermosa. Fueron juntas a ver a las niñas, y les preguntaron:

—Bien sabemos que somos todas hermosas, pero ¿cuál de nosotras lo es más?

Respondieron:

—Certamente, todas son hermosas, pero la hermosura de Tyaratyondyondyondyo sobresale entre todas, como el dabo de en medio entre las demás.

Entonces fueron a ver a las niñas, y les dijeron:

—Bien sabemos que somos todas hermosas, pero ¿cuál de nosotras lo es más?

Respondieron:

—Certamente, todas son hermosas, pero Tyaratyondyondyondyo es más hermosa que Moxaxaxa y Ruyagaxaxa.

Las jóvenes hicieron igual pregunta a las herederas de bayas que encontraron, y recibieron la misma respuesta.

Tyaratyondyondyondyo se puso cada vez más orgullosa. Las jóvenes se hicieron todas a batallas, y dijeron:

—¡Basta hasta mañana por la mañana.

Tyaratyondyondyondyo se dio cuenta de que tenía algunas intenciones secretas. Al día siguiente se reunieron de nuevo, fueron a su encuentro, la llamaron y la dijeron:



Se va, y encuentra unos elfos, y les dice:

—¡Vosotros decís: Sois muy fuertes!

—Sí —le responden.

—Entonces, comed estas vacas.

Las vacas quedan rotas.

—Pagadme las vacas —les dice.

—Tú eres quien se ha burlado de nuestra fuerza.

Y le dan un cuchillo.

Se va, y encuentra unas grutas que desahoran un buey; se valían

de setillas de caño. Les dice:

—Eso no sirve, tiradlo.

Les da el cuchillo; desahoran el buey y pisan el cuchillo junto

a la piel. Les enciende, y les dice:

—Desahoradme el cuchillo.

Lo buecan entre la cenita. El joven les dice:

—Pagadme.

Le dan el rabo del buey y se va.

Llega al borde de un incendio, hueca el rabo en el suelo y pide

secano. Las grutas se levantan y se encienden allí. Les dice:

—Sacadme el ganado; se ha burlado de mi fuerza.

Tiran, tiran, y no sale más que el rabo. Les dice:

—Me habéis desahorado el rabo; pagadme.

Lo dan mucho ganado. Las grutas eran ciegos; todos pagaron.

Tuvo esta bueya y se convirtió en jirafa.

## 15

### CUENTOS MORALES

#### 66. POR QUÉ LA MUJER ESTÁ SOMETIDA AL HOMBRE

En el comienzo, Dios quiso probar el corazón del hombre y el de la mujer. Dio a la mujer un espejo, y le dijo:

—Escríbame: esta noche, cuando se duerma, véalele el espejo a tu mujer.

El hombre también a la mujer aparte, le entregó un espejo, y le dijo:

—Escríbame: esta noche, cuando se duerma, véalele el espejo a tu hombre.

—Está bien.

Entonces el hombre se retiró muy triste, pensando: ¿Cómo el

espejo a mi mujer, a mi hermana! Es imposible. No lo haré nunca.

Arrojó el espejo al río, precipitándose decir que lo ha perdido.

Y la mujer también se retiró. Llegaba la noche, sona el cuchillo

y va a mirar al hombre que duerme, cuando Dios resurre:

—¡Miserable! —le dice—. ¿Por qué que tienes tan mal corazón,

no volviendo a mirar al hombre en tu vida. Tu hijo está en el campo y en

el hogar. Y tú —cáe al hombre—, por ser bueno, has merecido ser

el amo y manejar las armas.

#### 67. INGRATITUD

Una serpiente morrió a un hombre, cuyos gemitos se echaron a buscarla para darle muerte; pero la serpiente huyó en busca de un escondite.

La laguna encuentra a un hombre que destronaba un campo y le dice:

—A ti acébo, *escóndeme*.

—Buena —dice el hombre—, vive a ese árbol, entra en él y escóndete.

—¿En el árbol? —exclama la serpiente—. Eso no sería exacto.

—Entonces —dice el hombre—, refúgiate en esa terrén.

Pero la serpiente:

—Tampoco allá estaría escondida.

—Entonces —dice el hombre—, ¿dónde ponesme?

—Abre la boca —dice la serpiente—, sin moverte en ella y así estaré bien escondida.

—No, no, no —exclama el hombre—, porque me caerías mal por bien.

—No, no; ningún daño te haré.

—Entonces, *ata* —dice el hombre—. Entra en mi boca y escóndete.

Abre la boca y la serpiente entra. Apenas entró, llegaron sus paranguladores, lo regalaron todo, pero no la vívora, y regresaron a su casa.

—Buena —dice entonces el hombre—, ya puedes salir que se han marchado.

—¿Salir por? —responde la serpiente—. Tú, está bien, *¡adé!*.

¡Cienos! ¿He de salir para que tú comas a gusto el abacura y bebas agua? Esa paja del bien que me has hecho, estropeado en no tocarlo el corazón ni los intestinos, pero me comen el abacura que tú comas y me beben el agua que bebas. Eso me basta. —Y añade—: No, no salgo.

Oído esto, el hombre se lamenta, y comienza a llorarle el corazón. Vuélvese llorando a su casa; sus mujeres y sus hijos le maldicen, y le preguntan:

—¿Qué te ha ocurrido?

La responde:

—Llevo una serpiente en el vientre; por el bien que le he hecho, me devorará el mal.

Entonces empiezan, todos a llorarle. Llorando estaban, cuando una gura que pasaba por allí se para a su lado y les pregunta:

—¿Por qué lloráis?

Las mujeres responden:

—Lloramos porque nuestro marido lleva una serpiente en la tripa.

—¿No es más que eso? —dice la gura—. El veneno es fácil.

—Pero —añade— el agradecimiento es cosa pesada, y preciso que al os pases un sercico me lo pagaría con ingratitude.

—No, no —dice el hombre—. Te aseguro que no soy ingrato.

—Buena —dice la gura—, abre la boca.

El hombre abre la boca y la gura introduce en ella una paja.

La serpiente, al sentir retallar una cosa pesada: sin dudo os el abacura. Abre la boca, pero lo que penetra en ella es la paja de la gura. La gura tira suavemente, a tiempo que se remonta en el aire; cuando ha salido bastante, deja caer la serpiente, que se mata del golpe.

Entonces, la gura desaparece, y dice al hombre:

—Buena de buena dos pollos.

El hombre dice:

—¿Ya tengo uno? —y echa mano a la gura, añadiendo—: Solo me falta buscar el otro.

La gura dice:

—Lo he hecho ya.

—¿Qué me importa? —responde el hombre.

Y abre el gallinero, saca dentro a la gura y cierra la puerta, diciendo:

—Voy a buscar el segundo pollo, y cuando lo tengo, os cortaré el picoreo a los dos.

Y sale.

La mujer dice entonces:

—No puedo admitir esta ingratitude.

Se levanta, abre la puerta del gallinero, y da al pajaro:

—¡Vuelo!

La gura sale del gallinero; pero, antes de marcharse, le salta los ojos a la mujer, y remonta el vuelo.

¿Cuál fue más ingrato: la serpiente, al hombre o la gura? Las tres han cometido por igual el infatigable de la mujer.

Se ha terminado.

Un camión que había ido a buscar cascadas en la aldea oye decir a los gentes:

—Maritana, hombre al río a cruzar camineros.

Oído esto, no quiere volver al agua, y habiendo encontrado una estera arrollada, se mete en ella, se agacha y se oculta.

A la mañana siguiente, los gentes van a casa de camineros, después se vuelven a sus casas. De regreso, un hombre sale de la aldea con el objeto de coger leña y lleva agua para cruzar hombre y cruzar su parte en el producto de la cacería.

Ve al camión, que le dice:

—No me cantes.

El hombre dice al camión:

—¿Por qué estás ahí?

Responde el camión:

—He venido esta noche en busca de comida; he oído a la gente decir que iban a cruzar camineros al día siguiente, me he creído y no he vuelto al agua. Llévame a mi casa, en el agua.

El hombre dice:

—Bueno.

Se refrega, y vuelve con un saco, en el que mete al camión; después, metida la abertura, carga con él, lo lleva a su casa, donde lo deposita. Llegada la noche, toma el saco y va al agua; luego, lo deposita en la estera.

Pero el camión le dice:

—Entonces en el agua.

El hombre lo lleva al agua, metiéndolo en ella hasta la rodilla.

El camión le dice:

—Mía lejos.

Y el hombre entra en el agua hasta la cintura.

El camión añade:

—Adelante un poco más. Entró hasta que se llegue el agua al pecho.

Así lo hace el hombre.

El camión dice:

—Déjame aquí, y déjame del río.

Así lo hace, pero cuando lo ha sacado, el camión lo agarra por una pierna. El hombre exclama:

212

—¡Ah! ¿Qué es esto?

El camión responde:

—¡Sí! ¿Qué hay?

—Suficiente —dice el hombre.

—No te suelto —dice el camión.

El hombre estaba allí de pie, cuando llegan unos animales fieros a beber agua. Dicen:

—¡Eso es un hombre, de pie en medio del agua!

Responde:

—¡Sí! soy un hombre, he hecho bien a un camión, y me lo paga de este modo.

Los animales fieros dicen:

—¡Así tratan a los hombres, a todos los que no hacen bien. ¡Vé, camión, sufriendo bien, no sabes lo que te pertenece.

El hombre comienza a llorar. El chical, a su vez, llega para reírse. Ve al hombre en el agua que se lamenta, y le pregunta:

—¿Por qué lloras ahí en el agua?

Responde:

—He hecho bien a un camión, y me lo paga de este modo.

El chical dice:

—¿Es verdad, camión?

El camión responde:

—Sí.

El chical le dice:

—¡Salid los dos, quiero jugar al caso, porque soy monacho.

El camión responde:

—Bien. Nadie puede desobedecer la ley.

Suacha al hombre. Salen, para venir junto al chical, y se sientan ante él. El chical dice:

—Camión, ¿cómo se ha portado contigo este hombre?

—¡Llora a más no poder —dice el camión—; él me ha roto el corazón a mi elefante; me ha hecho bien y yo, en cambio, le pago mal.

El chical dice:

—Camión, ¿cómo tienes este hombre?

—¡Como lo has traído aquí?

Responde el hombre:

—Le metí en este saco para traerlo.

Dice el chical:

213

—Mierito, hombre. ¿Claseo llas a travieso en este saco?

Dice el calante:

—No meas, dice la verdad; me ha traido en este saco.

Dice el charal:

—Mírese en él, para que no me haga campo.

El calante se mete en el saco, y el charal dice al hombre:

—Cúese el saco para que no le vea.

Cuése el saco por el hombre, el charal le dice:

—¿Claseo lo llevas?

—En la cabeza —responde el hombre.

—Levántalo —dice el charal— y púntalo en la cabeza, para que yo lo vea.

Cuando el hombre va a ponerse el saco en la cabeza, el charal le pregunta:

—¿Cuándo es tu casa, coraje de calante?

—La conozco —responde.

—Antes —dice el charal—, ve a tu casa, y cómprate lo que es necesario.

Entonces el hombre dice al charal:

—Ahoras de pesenante un gran servicio; vamos juntos a casa; quiero darte cuatro pollos en recompensa.

Y echan a andar juntos.

Al llegar a la aldea, el hombre dice:

—Charal, quédate aquí; voy a casa y te traeré los pollos.

Entra en su casa, halla a su mujer acostada, enferma de dolor de vientre, y le dice que ella podía curarse con una piel de charal, y que corra para buscar una. Dice:

—No hayas miedo; sacame un charal al alcance de la mano.

¿Dónde están los hijos, dónde están los perros? Hijos, corred vuestros perros, sedid con los perros; vamos a matar un charal y traerlo aquí.

Pero, en cuanto le pidiere, el charal no habla, temido confusión, y no se habla quedado en el alto donde el hombre le dijo: Espere aquí, que le traigo los pollos. Los habían dejado al Oreo; de la aldea, y él se había ido al Este, donde duraba, lleno de noche, acurrado, sólo que había dejado, y pronto lo vio cercado de perros y gente; al mismo tiempo, oyó decir al hombre:

—Aquí lo dejó; rodead todo el sitio, para que no se escape. En tanto, al Este, el charal decía:

—¡Jé! Conozco bien a los hombres. De modo que, ¡largueme! No meáis confianza, hijos del hombre.

Ha terminado.

#### 62. LA ARAÑA

Existe una araña, y un hombre riquísimo vino sobre el país, de suerte, que no había arroz, ni carne, ni plátanos, ni café, ni carne, ni otro alimento. Un hombre riquísimo había venido sobre el país. Durante mucho tiempo, la araña y su mujer habían tenido hijos, cientos de hijos. No había en el país qué darles de comer. La araña se llegó enfurecida, y dijo a su mujer:

—Voy a morir.

—No te mueras —dijo la mujer— ¡trabájame.

—No —dijo la araña— ¡voy a morir—. Y añadió: Cuando me muera, no me dejes aquí, pézame en un hoyo, cubierto con tallos y escoria de la tierra.

La mujer vino en ella. La araña se murió. La mujer dijo a sus hijos:

—Abrid un hoyo.

Abrieron un hoyo y pusieron en él a la araña. No la dejaron donde estaba, sino que la metieron en el hoyo, tapándolo con tallos. Llegada la noche, la araña salió del hoyo y se va por el país adentro. Allí encontró una, la araña no había muerto. Comió, cantina, y encontró a una mujer importante, una mujer rica. La mujer tenía mucho arroz; tenía mucho arroz en su hacienda; tenía mucho en su alacena, y tenía mucho cacao en la hacienda. La mujer era católica; no tenía hijos. La araña le preguntó:

—Mádate más, ¿y tus hijos?

—No los tengo —respondió.

—Tengo una moheña —dice la araña—, te la daré, la bebé, de manera que puedas quedarte entera y parir.

—Dadme la moheña —dice la mujer—, si alumbró, y tengo un hijo, te daré un caballo lleno de arroz, dos plátanos de cacao y gran cantidad de plátanos.

La araña se fue, en vista del hombre. Va en busca de la moheña y vuelve a la ciudad. La mujer había matado un caballo y echó arroz para la araña, y le dice:

—Atrás, aquí tienes arroz.

La araña come, y se queda harta. Entonces parece la medicina en un pocilero, lo llena de agua y remueve la medicina. Dice a la mujer:

—Toma una tina de tela.

Toma con ella los ojos a la mujer, y dice:

—Cúchalo, bebe la medicina. Después de beberla no me vuelva más; me dé muy lejos. Dentro de seis meses darán a luz un hijo varón, y vendré para que me entregues el niño y los demás viviera.

La mujer contestó: Toma la vasija y bebe la medicina. La araña se arroja en la vasija y la mujer se la traga. La araña está en el vientre de la mujer. La mujer da a luz un niño, era la araña. La mujer le da agua que bebe, cuando el niño es pequeño y se lo da a comer. La araña había estado en la mujer, la araña era el hijo. La mujer no lo sabía.

Hay en la selva un animal llamado gano; es muy astuto. Y dice:

—Voy a ver al hijo de la mujer; durante seis meses, ha comido del arroz de la mujer.

El gano llega, y dice:

—Madre, vengo a ver a tu hijo.

La mujer se lo entrega. El gano mira, y ve que es la araña. Se lo devuelve a la mujer. La mujer lo come y le pone una venida. El gano se va a la ciudad, toma una varita, vuelve, levanta los vestidos al niño y le saca de encima. El niño se suelta y huye. El gano dice a la mujer:

—Era la araña, no era un niño. La araña es una impudica.

La araña va en busca de su primera mujer; el arroz de su mujer había modificado: tenía muchas galletas. La mujer molía poco arroz en un plato y corre en el arroz.

La araña llega una tarde y encuentra a su mujer comiendo arroz. Le toca en la nariz, para, y se detiene. La mujer mete la mano en el arroz. La araña le tira del brazo, y dice:

—He muerto hace mucho tiempo, y ahora resurrece.

La mujer no responde. Su hijo dice:

—Muerte, es un padre.

—No —responde ella— ¿tu padre ha muerto hace mucho tiempo?

La araña vuelve a la otra mujer, y dice:

—Yo soy la araña.

La araña ha muerto hace mucho tiempo. La araña es una impudica.

Se ha terminado.

## CUENTOS DE AMOR

## 24. HISTORIA DE DOS MUCHOS Y CUATRO MOZAS

Se amaban, y buscaban las veladas en diversión.

Una noche, hablando de un "vecero" que intentaba sorprenderlo al amanecer el día, el galán dijo:

—Si, como dicen por ahí, viene mañana el "vecero" mataré al jefe.

Su novia respondió:

—No te creo, pero si lo dices tu amigo, lo creeré.

El amigo, a su vez dijo:

—Mañana no miento a caballo para cambiar al "vecero".

Entonces —dijo el otro— préstame la lanza.

—¡Oh! —respondió el amigo—, poca cosa es una lanza; te la doy.

Alentados así, llegó el "vecero"; el joven salió con la lanza de su amigo; hurtó muchas cosas, y atravesó al jefe, que huyó con la lanza clavada en el cuerpo. Los guerreros vieron la victoria y corrieron a sus casas; entonces, en honor del joven, hicieron un banquete celebrando en los trópicos y reglados en los trópicos, y el joven se fue a su casa.

Y los habitantes de la aldea dijeron al jefe:

—¿Qué planes hacer en favor de ese joven, para recompensar su brillante victoria?

El rey respondió:

—Yo sé muy bien lo que voy a hacer.

Maridó tres sobrinos y se los puso en los hombros, hasta por encima del cuello. Mandó traer un millón de canchales y se los repartió. Mandó traer cien mujeres, y se las dio.

Entonces, su camarera, movido de envidia, le preguntó:

—¿Desde cuándo estás así?

—Tu lanza está en el cuerpo del jefe, que huyó.

—¡Bah! —dijo el amigo—, quiero que me devuelvas mi lanza.

—Te daré cien mil canchales —dijo el joven.

—¿Que me imparta los cien mil canchales? —respondió el otro—.

Lo que yo quiero es la lanza.

—Bueno, repartiré los canchales y te daré la lanza.

—No te entiendo la lengua, sólo te pido la lanza.

Entonces, el joven dijo a su novia:

—Mañana, con ayuda de Dios, le haré la lanza.

La joven contestó:

—¡Triste jumento! ¿cómo que, a causa de una lanza, se pretende engañar tu reputación; quiero que seas un jumento.

Al oírse el día, ya estaba en camino; salió muy de madrugada, pero que se decía no lo siguiente. Pero ella, que lo había visto y escuchado, exclamó:

—¡Decidme! ¿vienen a la guerra por ir esclavos, porque si han de morir, quiero que mueran juntos.

Y así fueron ambos hacia la aldea enemiga.

Muy cerca de la aldea, tuvieron noticia de jorcutas que se batían en una batalla, y eran las hijas del jefe. La mayor de todas, particularmente amada de su padre, dijo:

—¡Jorcuta, ¿de dónde eres?

—Jorcuta, ¿de dónde eres?

Respondió ella:

—Y tú, ¿de quién eres hija?

—Soy la hija del rey.

—¿No me conoces? Yo soy quien atravesé a tu padre, y vengo a buscar mi lanza.

Respondió ella:

—Seguramente, te daré la lanza.

Entonces, el joven puso en el suelo a la que había ido con él, y la dejó fuera de la aldea; siguió a la hija del jefe y fueron juntos hasta la puerta de la casa del rey. Los cortesanos dijeron:

—¿De dónde viene este extranjero?

El joven *no respondió*; tampoco ella habló, sino que entró en la casa, dando como muchos pasos, y le dijo:

—Mira si está aquí la tía con que atravésame a mi padre.

Respondió él:

—No está.

La joven se las llevó, y trajo otra, y así hizo hasta tres veces. A la tercera vez el joven vio la tía, y dijo:

—Ahí está.

Y la tía.

Entonces, dijo ella:

—Espera a que las robeque en su alto y vuelvo.

Quinto volvió, dijo:

—Te quiero; llevame contigo, no temas *¡muere!* pero cuando me pongas en el caballo engáñame a girar: ¡huí! ¡huí, y di: ¡Presto, presto a caballo!

La puso en la grupa, y ella engañó a girar.

—¡Huí! ¡Huí! Este es el que amará a mi padre; me lleva en brazos; me lleva en brazos.

El joven saltó de la aldea, recogió a la que había ido con él, y la puso delante de él.

Entonces las gentes de la aldea miraron a caballo, la persiguieron y lo alcanzaron. Los robados, Volvieron y los robados de nuevo. Volvieron una vez, para cogerlo al borde del río.

Entonces dijo al burgués:

—Presto, presto, ponme en brazos; presto, presto, ponme en brazos.

Y el burgués respondió:

—Te pondré en salvo si me das una de estas jóvenes.

Pero la hija del burgués miró a su padre y puso en salvo al joven y sus dos amigos, después dijo:

—Te quiero, y por salvarte he mirado a mi padre. Te quiero. En seguida el joven se puso bajo un árbol frondoso y se acurró; así le habían puesto las tres jóvenes; le entró sueño y murió.

Las jóvenes comenzaron a llorar.

Entonces apareció un hombre joven y dijo:

—¿Por qué lloráis?

Respondieron ellas:

—Mira. Se nos ha muerto el marido.

Ella les dijo:

—Si moristeis, ¿ved para nosotros cuatro juntas?

Respondieron ellas:

—Acipitamos que nuestro marido sea para las cuatro.

Entonces el hijo le hizo como un niño, y el joven se levantó.

—Seguimos de este mismo mundo, ¿verdad? Acipitamos como primera mujer, como favorita?

Diede entonces orden allí diciéndole el punto, y hasta ahora no ha podido saber cuál debe ser la favorita.

## 21. LASEREN Y MARYAMA

Hace muchos tiempos, en la aldea de Detho, del país Fellah, vivía un jefe poderoso y rico llamado Babary. Poseía inmensos rebaños, campos bien cultivados y muchos esclavos; en fin, una gran casa rodeada de terrazas, tenía un sereno compuesto de veintinueve mujeres. Muy celoso, veía —como hacía todo el mundo en aquella época— encerradas a sus mujeres en un cerrado patio, en el que, bajo pena de muerte, a los hombres les estaba prohibido entrar.

Cerca del tío de las mujeres de Babary vivía una viuda, Nasma, y su hijo Lasaren. Nasma crecía los hijos de la viuda, cuidaba a los enfermos y prescía el porvenir en la arena mediante los Kodes. Por eso gozaba de gran consideración, que facilitaba su entrada en el sereno de Babary. Lasaren era un muchacho fuerte y ágil, que se entregaba con pasión a la caza.

Un día, que estaba por delante de la entrada del patio, vio, melindroso, a una de las mujeres de Babary llamada Maryama. Era negra, profunda, de boca fina, de facciones regulares. Para poder ir más fácilmente, se había quitado el vestido y sólo llevaba el cinturón. Al verla, Lasaren se sintió herido en el fondo del corazón. Vuelto a su casa, declaró a su madre que él no le procuraba, para el mismo día, un medio de entrar en el patio, se murmuró. La viuda Nasma, asustada, se dirigió al punto en busca de Maryama, y tras una larga conversación con ella, regresó muy risueña.

Muchos felicitaban al hermano del pueblo un buen momento, variado en el teatro de un árbol. Murió a su hijo en el árbol, lo creó cuidadosamente, y, por el encuentro de Babary, le dijo:

—Salud, hombre veniente. Mi hijo acaba de engendrar un

largo viaje al N'Dara, y me ha dejado un baidi lleno de cosas. Como soy una pobre vieja sin fuerza, y como el baidi no estaba muy seguro en casa, que digo sola muchas veces, voygo a pedirle autorización para depositarlo en el casa de tus hijas. Maryama me ha ofrecido guardarlo en su cabana hasta que mi hijo regrese.

Isakay, naturalmente cortés, consintió en dificultad el permiso. La misma noche, a la hora en que se interrumpen los cuentos, y la historia comienza a hundirse en la manigua, Maryama abrió la caja y pudo gozarse, con Lament, los millos de sus lindos anillos. Puestos sobre mesa, Maryama fue madre. Isakay, en honor del que creía ser su hijo, y al que había puesto por nombre Manki, dio grandes fiestas, a las que fueron invitados todos los jefes de Lambi del lugar. Manki sacrificó un buey y tres cabras, y durante dos días, las cabras se comieron sin cesar de otro buey, y otras, de cerveza y vino de palma.

En tanto, Lament seguía en su exilio, durmiendo de día, viviendo de noche, y durante tres años, ni él ni Maryama se casaron el uno del otro.

Esa noche, sin embargo, un secreto fue sorprendido por otra mujer, Sakuwa, que no supo callarse, y pronto el rumor llegó a todos de Isakay. Pero la vieja Noina, advertida a tiempo, logró que su hijo se casase. Cuando, acompañado de dos novios, Isakay se dirigió a casa de Maryama para hacer saber el baidi, no había más que abundancia, ceriguitas y samaras. En casa, Noina fue a anunciar el regreso de su hijo y a reclamar el baidi dado en depósito.

Isakay, aunque no había hallado ningún baidi, se se dio por vendido. Tras de consultar a los sabios del lugar, convocó, a son de trompa y tambor, a todos los hombres válidos del país. Llegados que fueron, Isakay les habló en amonestación en tono seco. Entonces colocó a sus veintinueve novios, cada cual con su niño en brazos. Sin decir palabra, cada uno se dirigió a su casa o a sus hijos. Sin decir palabra, cada uno se dirigió a su casa o a sus hijos.

Las madres repitieron la frase, y veinte niños se dirigieron, derechos a Isakay. Tan alto Manki, después de dar algunos pasos, se volvió a su madre, llorando. Entonces, los ancianos del lugar dijeron a Isakay:

—Verdaderamente, no es hijo tuyo.

Maryama replicó entonces a Manki:

—Añón, hijo mío, ábrase a tu padre.

Manki salió asustado, y tras unas minutos de vacilación, se dirigió a Lament, pidiendo entrar la gente.

Lament, viéndose desmentado, no volvió más; tomó a su hijo, lo besó, y dirigiéndose a Isakay:

—Si, jefe de la aldea, este niño es mío. A pesar de sus débiles y de sus pecaraciones, he estado en él todo, he vivido en él una vida, y ese fue mi viaje a N'Dara. Lo he hecho porque amaba a Maryama, y si no hubiera podido decirle a ella, me habría matado. Hoy lo sabes todo; eres dueño de castigarlo, ya no tengo miedo de la muerte.

Habló con tanta modestia, que Isakay, conmovido respetuoso:

—No, Lament, no te haré ningún daño. Ese niño es tuyo, guárdalo. La mujer que has hecho hoy mediante tus gran sacrificios, debe ser tuya. Además, te doy una vaca preñada y tres curules, porque eres hombre anciano y alto.

Después, volviéndose a los novios, añadió:

—En cuanto a vosotros, es inútil que en los sucesos ocurridos a las mujeres. Los mayores pecaraciones y los más malos ejemplos no pueden impedir que nos engañen, si están decididos a ello.

Desde aquel día, las mujeres negras no están celosamente exorcizadas en los trabajos.

## 71. POLO Y KHOABHAKHIBUWA

Hubo una vez un jefe que tenía dos mujeres, una de las cuales se casaba siempre a las hijas que tenía la otra. Por fin, ésta fue a morir a casa de sus padres y dio a luz una niña a la que llamó Poka, porque en cuanto nació la recibieron con la piel de una serpiente de agua. Cuando Poka creció, la recibieron con otra piel más grande. Entonces, su madre volvió a casa del marido, dejando a su hija Poka al cuidado de sus abuelos. Allí se casó Poka y se hizo mujer, allí también la hicieron pasar por los ritos de la adultez. La otra mujer del jefe tenía también una hija, que se llamó Khobhakhobuwa.

Un día, Manki llegó a casa del padre de Khobhakhobuwa y le dijo:

—Vengo a buscar novios, quiero casarme.

El jefe mandó que todos sus hijos se reunieran para que Manki pudiera elegir la que prefiriera.

Al día siguiente Mapelo envió a buscar a su hijo; Podo llegó seguido de sus compañeros, que formaban un grupo muy reducido. Llegado el momento de ir al encuentro de Maab, Kiboshababedu y sus compañeros se negaron a ir con Podo y las suyas, diciendo:

—Lo que es nosotros, no vamos en compañía de una serpiente. Los dos grupos de jóvenes fueron así, a distancia el uno del otro. Maab se había cubierto a una celda para verlos llegar. Cuando las jóvenes llegaron a un rincón, exclamaron:

—¡Ay, que al sereno, desventurado y nos tratamos!

Kiboshababedu y sus compañeros se burlaron en su sitio. Podo y las suyas en otro. Salieron del agua y persiguieron al camino, observadas siempre por Maab. En fin, llegaron junto a un arroyo que corrió precisamente al pie de la edna donde estaba Maab.

Maab se decía:

—Allí, en el grupo más robado, hay una joven enteramente seria; quiera yo saber qué voluntad traía hacia puerta.

Las jóvenes se despojaron de nuevo de sus ropas para bañarse.

Cuando Podo se quitó la piel de serpiente, Maab exclamó:

—¡Qué hermosa joven! Esa será mi mujer; al quitarme la piel de serpiente he visto la hermosa que es.

Cuando vio que sus compañeros la cubrían con tan fea piel, exclamó:

—¡Ay, qué fea está mi mujer en cuanto la visto con esa piel tan fea!

Las jóvenes persiguieron al camino y llegaron junto a Maab.

Las dijo:

—Buenos días, preciosa.

Los dos grupos de jóvenes se miraron sorprendidos; a un lado el grupo de Kiboshababedu, a otro el de Podo. Llegó Maab y saludó a todas. Le descubrieron el rostro. Después se sentó junto a las compañeras de Kiboshababedu, y dijo a ésta:

—Kiboshababedu, dame un poco de tabaco.

Las jóvenes tomaron la tabaquera y le vertieron tabaco en la mano; Maab tomó un poco y lo sacó. Después fue al grupo de las compañeras de Podo. Las compañeras de Kiboshababedu dijeron:

—¡Ehey! ¡Va al grupo de la serpiente! ¡Risame!

Se echaron a reír.

Maab se sentó y dijo:

—Podo, dame un poco de tabaco.

Podo le dio tabaco que él sechó.

Las compañeras de Kiboshababedu exclamaron:

—¡Ehey! ¡Toma tabaco en la mano de la serpiente!

Pero Maab les dijo:

—También es hijo del jefe, lo mismo que Kiboshababedu.

Entonces se levantó Maab y fue a casa de su madre, y le dijo:

—Toma un gran pedazo de gallos y llévalo al grupo de la serpiente; toma otro más pequeño y llévalo al grupo de Kiboshababedu.

Se miró la mano.

Maab salió, habiéndose vestido en la ropa una estrofa de hierro. Se sentó junto a Kiboshababedu, tomó era sus manos un poco de gallos y comió. Después se levantó y fue al grupo de Podo.

Kiboshababedu y sus compañeros exclamaron:

—¡Ehey! ¡Come con una serpiente! ¡Risame!

Se rieron.

En seguida, Maab volvió junto a su madre y le dijo:

—Toma un poco de yuca y llévalo a Kiboshababedu.

Una vez hecho, le dijo:

—Toma otro más grande y llévalo a Podo.

Se miró la mano.

Entonces, Maab dijo a sus servidores:

—Toma un camino muy grande, mojado, y llévalo a Podo.

Así lo hicieron.

Las compañeras de Kiboshababedu exclamaron:

—¡Oh! ¡A una serpiente le dan camino cobado!

Maab respondió:

—Es hija de jefe, lo doy de comer.

Después dijo a sus servidores:

—Toma una oveja, matada, y llévola a Kiboshababedu.

La hija de la primera mujer era Kiboshababedu, a pesar de que Maab no dice más que una oveja. Podo no era más que la servidora de Kiboshababedu, y, sin embargo, el conserje cobado fue para ella.

Fue el sol, Maab dijo:

—Kiboshababedu y sus compañeros, pasaron la noche en la edna de mi madre. Podo y las suyas, pasaron la noche en mi edna.

Entó en la edna donde estaba Kiboshababedu, y se durmieron.

un breve momento, después salió y fue junto a Polo y sus compañeros. Les dijo:

—Quídate a Polo esa piel tan loca.

Respondieron ellos:

—No es que Dios pinta una piel, es su cuerpo; Polo es así.

—O lo negro, quédate.

Entonces aparecieron mucho tiempo que hicieron lo que podía.

Al fin, le dijeron:

—Pruébala tú a quitársela, si quieres; pero en un vano, porque es la misma piel con que has vestido al mundo.

Continuó suplicando; al fin cedieron a sus súplicas, y arrojaron a Polo la piel de serpiente que le cubría.

Entonces escuchó Maslo:

—¡Qué hermanos jorran! Con esta me casaré.

Cuando los compañeros de Polo quisieron reventarla con la piel, Maslo se apoderó de ella, la desgarró y la echó a la hembra.

Se estuvo hablando con ellas toda la noche, hasta la mañana.

Entonces salió, fue en busca de su madre y le dijo:

—Maslo, toma unas cerillas y cúbete con ellas el suelo desde tu cabaña a la mía.

Después mandó sacrificar unas vacas y preparar una gran fiesta. Su madre llevó unos cerros y las cortó por todo el terreno que separaba su cabaña de la de su hijo. Kholabababedu, al ver aquello, se entristeció. La gente se preguntaba: ¿Qué va a salir de ahí? Entonces Maslo ordenó a su gente jorran que tomasen las hogueras y pusieran en ellas los cerros de manera que tomasen la segunda los formó en dos hileras, una frente a otra, de manera que, al levantar los hogueras por encima de sus cabezas, formasen un camino cubierto que iba de la cabaña de Maslo a la de su madre. Dispuesto todo, Maslo gritó:

—Polo, sal ahora.

Salió Polo. En el momento de poner el pie fuera de la cabaña, el sol se escondió; tiraron al suelo las vacas colar de color, y él los jorran mantenían decidos sobre su cabeza, para que el sol no muriese echándose. Venía a ver la mujer de Maslo. ¡Qué hermosa el Kholabababedu llevaba de nívea y no osaba de salirse. Maslo le dijo:

—No temas así. También tú serás mi mujer.

Entonces mujer había visto lo hermoso que era Polo; Kholabababedu no se había enterado. Hacían mucha fiesta, se reían, comían y bebían hasta la noche.

Al siguiente día Maslo eligió el ganado que había de dar por la don de las dos mujeres y lo llevó a casa de Kholabababedu. Después se puso en camino con las dos mujeres. Dijo a sus gentes:

—Que el sol no haga daño a Polo. Hacedle un refugio con las hogueras.

Los jorran levantaron, como la vigiera, las hogueras por encima de sus cabezas, y Polo caminó en medio, defendido de los rayos del sol. Cuando llegaron en tanto silencio a la veta de la aldea de Kholabababedu, la madre de Polo exclamó:

—¡Ay! ¡Pobre serpiente mía! Lo han matado, sin duda. No la veé más. ¡Pobre serpiente mía!

Maslo y su gente entraron en la aldea, y se dirigieron al Kholabababedu. Maslo le presentó el ganado que había traído para casarse con Polo y Kholabababedu. Entonces fue cuando la gente de la aldea supo que Maslo tenía otra hija; hasta entonces no lo había sabido. Entonces fueron la boda, y Maslo se volvió a su casa con las dos mujeres. Polo fue su mujer predilecta, y Kholabababedu fue la favorita de Polo.

## 71. MASLO Y THABANE

Maslo quería casarse con su hermano Thabane; pero ella resistía, diciéndole:

—Soy tu hermana, ¿cómo has de casarte conmigo?

Por más que ella se negaba, Maslo volvió a la carga, diciendo: —No hay en el mundo entre una jorran tan hermosa como tú. Ciento días, en ocasión de una fiesta, cuando los mozos en el campo con el ganado, los mozos salieron jorran del pueblo a buscar la. Entonces Maslo dijo a su hermano:

—Ven conmigo. Te llevaré a un sitio donde encontraras bien una buena, digna de la hija de un jefe.

Thabane se fue sola con su hermano, que prohibió a las demás jorran que los acompañasen.

Maslo llevó a su hermano a un lugar retirado, donde estuvo

des profesores, se abra una brecha angosta y profunda. Una vez allí, Masilo dijo a Thakanté:

—¿Te megas resueltamente a casarte conmigo?  
Si luchamos lo repudias;

—Sí, por cierto; nunca consentiré en casarme con un hermano.  
—¿Te atreves a decirme también ahora? ¿No ves que estás sola conmigo, y que puedo matarte si quiero?

Thakanté le respondió:

—Aunque sea mudo, nunca consentiré en casarme contigo.  
Entonces Masilo se arrojó sobre ella, la amarró de pies y manos y le dijo:

—¿No comprendes que si continúas zanjándote vas a morir?  
Thakanté respondió otra vez:

—Aunque haya de morir al punto, no consentiré en casarme contigo, que eres mi hermano.

Entonces Masilo le agarró y la precipitó al fondo del precipicio. Después se marchó, alzándosele a una muerte segura.

De tarde, vuelto el ganado a la alba, como advertieran que Thakanté no había regresado, la buscaron por todos partes. Interrogaron a sus compañeros; pero les dio mucho dolor lo que sabían. Canso a otros se desistió. Si no hubiesen estado de Masilo, contarían que Masilo lo ha llamado y lo ha conchucado a lo espeso, publicándole que los seguirían, y que no sabían lo que después ha sido de ella, cuando Masilo ha vuelto con su ganado, Thakanté ya no venía con él.

Mucho tiempo estuvieron buscando a Thakanté; recorrieron suavemente todos los pueblos circunvecinos. Llegaron incluso al que habitaba su abuela pero en vano; en ninguna parte la habían visto, nadie podía decir adónde había ido.

En cuanto a Masilo, continuaba guardando su ganado como si nada hubiese sucedido; pero todas las días decía a sus compañeros:

—¿Quédon aquí con el ganado; hay por allí un pájaro al que  
y los dejaba solos todo lo restante del día. De este modo se  
recreaban a la brecha en cuyo fondo había precipitado a Thakanté;

se sentaba en lo alto, cerca de la boca, tomaba un pedruzco de  
bocado y, golpeando con fuerza en la roca, cantaba:

Thakanté, hijo de Mañé-ahemo, noble, noble, que yo te digo.

Entonces Thakanté le respondía:

Si teago que hablar hablaré. Mas ¿qué ha de decir?

Mi hermano Masilo quiso casarse conmigo, y yo lo rechacé.

En oyéndolo, Masilo se iba muy enojado. Como Masilo dejaba todos los días el ganado, su hermano menor se dijo: ¿Quieren yo saber qué pidiere es ese que no se deja cazar. Un día, cuando Masilo acababa de decir, según costumbre: "¿Quédon aquí; hay por allí un pájaro al que quiero echar mano", el hermano menor se escapó sin que lo notaran y lo agarró a escondidas. Llegado Masilo a la boca de la cénica, el mensajero se ocultó tras un arbusto. Masilo dejó en el suelo su botaquel, tomó un pedruzco de bocado y golpeó con fuerza la roca, cantando:

Thakanté, hijo de Mañé-ahemo, noble, noble, que yo te digo.

Thakanté le respondió, como de costumbre; pero en vez de hablar debilitado tanto que apenas se le oía. Sin embargo, el hermano menor llegó a entender lo que decía. Y se dijo: "¡Hola! Masilo aparenta que va a caza de pájaros, y en realidad ha muerto a mi hermana." Después se recostó con ser vicio, y volviendo a su ganado, se agachó y rompió a llorar. Cuando Masilo también volvió, las otras jóvenes le dijeron:

—¿Ala tierra a tu hermano, que no hace más que llorar; no sabemos qué leake.

Masilo le preguntó:

—¿Qué tiras, hermano?

—Me duele el vientre.

—¿De veras?

—Sí.

Entonces Masilo dijo a dos de sus compañeros que acompañaran a su caso al forense. Llegado a la alba, sin estar en el llanto y enojado los ojos, su madre se sentó puesta de útero y rompió a llorar. Le preguntó:

—¿Qué tienes, hijo mío? ¿Por qué lloras? Tampoco yo como de verter lágrimas desde que perdí a tu hermana Thakanié.

El niño respondió:

—¿Tanta a mi padre?

La madre preguntó:

—¿Para qué?

El niño dijo:

—Me duelen mucho las tripas.

Cuando el padre llegó, dijo al niño:

—Padre, madre, criamos en la cabuila.

Esos, sin entrar en el llanto, sus palabras lo siguieron, llevando también la pregunta:

—¿Tanto te duelen?

Respondió él:

—Padre, madre, Masió ha dado muerte a Thakanié.

Le preguntaron:

—¿De qué muerte? ¿Cómo lo sabes?

El niño respondió:

—Masió ha matado a Thakanié, no lo dudéis; puedo llevaros al sitio donde está.

En la noche oscura, el padre y la madre se pudieron en camino, guiados del hijo menor.

Llegados que fueron, el niño dijo:

—Padre, tened este pedernil, que pesa demasiado para que yo lo lleve, y golpea con fuerza la roca, en lo alto de la silva, cantando:

Thakanié, hijo de Masió-a-Masno, asída, asída, asída, que yo te oiga.

El padre tomó el pedernil e hizo como se lo indicaban; estaba tan oscuro que nada se veía. Oyó la voz de su hijo, pero tan débil, tan débil, que apenas pudo entender lo que decía. Entonces se tendió en el suelo se acercó por el borde de la silva y gritó:

—Thakanié, ¿Thakanié!

Thakanié respondió:

—Padre!

—¿Cómo has venido a parar ahí, pobre hijo mío?

—Masió me ha estado aquí.

El padre, muy emocionado, se preguntaba: ¿Qué harémos?

¿Cómo sacarla?

Por más que buscaba, no se le ocurría el medio de sacarla de allí. Al fin dijo a su mujer:

—¿Te da zafio quedarte aquí sola mientras voy al pueblo a buscar auxilio?

La mujer respondió:

—No, puedes ir; no tengo miedo; aquí me encontráis cuando vuelvas; di a los del pueblo que la silva es muy profunda y que venigan prevenidos de correas y de sogas.

Pasado cierto tiempo, el marido volvió con veinte hombres de su aldea; se acercó de nuevo a la silva y gritó a su hijo:

—¿Podrás sacar las pieles y las bridas con las correas que vamos a echar y sostenerlas por los árboles?

Thakanié respondió:

—Sí, puedo hacerlo; pero la hondura es tan estrecha que me cuesta trabajo volarme de las manos.

Entonces le echaron unas correas, se las ató a los pies, se las pasó por el hombro, y dijo:

—Ya está.

Se pudo le dijo:

—Cuando perdamos a levantar, no te estás echado, procura ponerte de pie.

Thakanié respondió:

—No puedo vencer de pie.

Entonces las gentes se dijeron:

—Como no puede levantarse de pie, hay que darle algo y verterlo por las puntas de la silva para que se pongan lías y escaradas.

Así se hizo. Cuando su padre y la gente tiraron de las correas para sacarla del abismo, como la grana había puesto lías y escaradas las puntas y siguiendo las serpientes, Thakanié no resistió ni un instante y llegó a lo alto en buena estado, pero flaca en cintura. La dejaron descansar un momento; después la trasladaron a la cabuila de sus padres, donde la hicieron ingerir gran cantidad de grasas dentro de una hamaca y a descansar el cuerpo.

Al día siguiente fue Masió, como de costumbre, a dar pasto al ganado, sin sospechar lo sucedido. Entre las jorinas que lo acompañaban iba uno de los que la noche antes sacaron a Thakanié de la silva donde Masió la había precipitado, y dijo para sí: Es necesario que yo sepa el Masió ha querido efectivamente matar a su hermana.

Se encaminó a barrichillas hacia la bercha y se escondió detrás de un arbusto; un instante después vio llegar a Masilo, quien dejó en tierra el hacha, tomó el pedernelo de lascho, lo arregló visiblemente al modo, ¡hu!, y cantó:

*Tashané, hija de Madi-e-kono, ashle, ashle, que yo te eiga.*

*Sin respuesta. Prosiguió:*

*—¿Hoy está estorbada?*

Después golpeó por segunda vez la roca, aun con más fuerza que antes, cantando:

*Tashané, hija de Madi-e-kono, ashle, ashle, que yo te eiga.*

Siguió sin respuesta; no se da ríen alguno. Entonces Masilo Masilo el hacha y salió de gozo, gritando:

*—¡Ah! ¡Ya los muertos, y te pudriste, tú que no quítas de mí!*  
Después se volvió a su rebaño, muy contento, tocando alegremente la flauta y diciendo:

*—¡Muerta está!*

Cuando llegó cerca de sus compañeros, se dijeron unos a otros: Masilo es un mal hermano; voló que cambrío está, aunque ha muerto su hermana.

Aquel día su padre había sacrificado un carnero para hacer el culto de Tashané. De noche, cuando regresó con el rebaño, Masilo estuvo esperando mucho tiempo; pero nadie le llevó carne. Al fin preguntó:

*—¿Dónde está la cabeza del carnero? ¿Por qué no me la traxa?*  
Después entró a dar a su padre:

*—Éstame la cabeza del carnero para comérmela.*

El padre respondió:

*—Decir que me la he comido yo.*

De modo que Masilo tuvo que jurarse de carne.

Continuó varios días guardando el guarda, sin sospechar que habían encontrado a Tashané. Todo el mundo se encontraba y averiguaba de verde tan contento. Decían: ¿Cómo podía estar tan contento habiendo muerto su hermana Tashané? Mentira tan, ¡as podías continuar llevando los días a Tashané con agua caliente y sañéndola con grasa. Al fin, pasado cierto tiempo pudo

bravarse apoyándose en las paredes de la cabaña; entonces sus sobrinos, creyéndola desde hacía muerta, se ríenla con ríen. Entonces también pudo recoger o buscar y contó a sus padres cómo la había tratado Masilo. Durante algunos días estuvieron oír la beldad de sus hijos, pero, de modo que, arreglaban las pías para ella. De noche tal de paso con su madre.

No tardó en ponerse tan gruesa y de buen porte como antes. Entonces el padre y la madre se cortaron los cabellos que durante el bato se habían dejado crecer; volvieron a sangrar con gozo, y recibieron el aspecto de buena salud. Las gentes decían: ¡Han nacido! ya están curados y se quitan el bato. Entonces el padre entró uno de sus sobrinos a casa de sus suegros para decirles: ¡Dios píos a venir, porque pregonó una fiesta, ahora todo que el suero no falta. Sacrificaron caballos de leche, prepararon una comida eterna.

Resaltó todos en la fiesta, y al comenzar el regate de los marjures, el padre de Masilo dijo a sus suegros:

Mucho tiempo he llorado; hoy me encuentro curado.

Después muchó comenzar por el suero, en medio de la aldea, entre de juncos. En tanto, la muchachita, sentada en tierra, comía y bebía. Entonces el padre, la madre y la abuela de Tashané, le gritaron:

*—¡Ahora sal de la cabaña.*

Saló de la cabaña; apenas había salido, el sol se escondió. El pueblo entero gritó:

*—¡Cáron! ¡Ea Tashané! ¡Aya vive!*

Alegre general. En cuanto a Masilo, bajó veloz a refugiarse en un pío lejano.

#### 74. HANMAT Y MANDIAYE

El jefe de una aldea de él tenía dos mujeres, cada una de las cuales le había dado un hijo. Uno se llamaba Hanmat, y el otro tenía por nombre Mandiaye.

Al llegar Hanmat a la edad de la adolescencia murió su madre. Transcurrido poco tiempo, le tocó morir al padre. Antes de su muerte, el jefe había designado a Mandiaye para suceder en el mando del pueblo, y había declarado que no quería dejar nada a Hanmat.

Hanmat ha ido en busca de un viejo que cuenta cien años, por

lo mecen, y le ha preguntado qué debía hacer. El viejo le aconseja que se sienta en la mariposa y no vuelva más al poblado.

Hammot se pone en camino y de pronto se encuentra con un niño gitané; agacha el niño por el torso; el niño cilla y oculta la madre.

—¿Eres tú, Hammot? —le pregunta.

Hammot responde que sí.

—Adónde lo que hay en tu cabeza. —dice la gitana. —Ven conmigo, te enseñaré cosas.

Hammot se ha estado tres meses en casa de la gitana. Pasado ese tiempo, la gitana le ha llamado. Le trae almorzar para que coma; después le regala un bolsacillo.

—Has de irte. —le dice. —Toma ese camino y después duras dos meses. Hay una gitana que ritos saber nuestra raza. Procura llegar a ella sin hacer tonterías, y sé muy fuerte hasta que la encuentres.

Hammot se ha puesto en camino. Va lleva un mes y veintidós días caminando. La gitana le ha ordenado que no diga nada de lo que encuentra en el camino. Halla una manada en que se cruce sobre la lumbre, lleva de más otros, para comer.

Hammot mira, sin poder hablar. La manada le pregunta:

—Si encuentras a alguien en el camino, ¿qué le dices que has visto?

—Le diré —responde Hammot— que he encontrado a mi madre comiendo arroz y que me ha dado de él para comer.

Entonces la manada le da arroz para que coma; después le dice:

—Eres bien, hijo mío; anda, y que lleves buen viaje.

Hammot prosigue su camino. Al cabo de una hora ve a un hombre que, abandonando su propio bagaje como una estaca, golpea un bueche y lo derriba a la primera.

Hammot se detiene largo rato. El hombre le pregunta:

—Si encuentras a alguien, ¿qué le dirás?

—Diré —responde Hammot— que he encontrado a mi padre derribado por el peso del bueche y que me ha dado algunos.

—Eres bien —aprovecha el hombre.

Y le da unas pajas de mero, que Hammot se come. En aquel momento de comer, el hombre le dirige, desdoblado buen viaje.

Hammot continúa otros seis días. Va no falta más que una paja llegar a casa de la reina de los gitanos. En aquel momento encuentra a una mujer junto a un pozo.

Hammot tiene mucha sed. Pide agua a la mujer. La mujer se sienta de su propio estómago, a guisa de vaso para ofrecerle de beber. Hammot bebe sin vacilar en aquel vaso de suero seco, y la mujer le pregunta:

—Si encuentras a alguien, ¿qué le dirás?

—Que he visto una mujer, una hermosa mujer, le he pedido de beber y me ha dado agua sin hacer reniego.

—Eres bien. Buen viaje.

Hammot se ha encontrado aún con un hombre que llevaba consigo con arroz. Ha cargado su bueche en los dos animales. Cuando entra en el camino, los arroz se caen al suelo. Cuando se le pasa, los arroz se levantan.

—¿Qué dices —pregunta el hombre— si encuentras a alguien?

—Diré que he visto a un hombre que llevaba cien sacos cargados con una sola cosa, y que me ha dado de comer.

Entonces el hombre ha dado de comer a Hammot.

—Bueno —dice—, está bien. Pásalo viaje.

Hammot prosigue el camino y se encuentra a una mujer tumada en el suelo. Escucha un año que la mujer no tomaba. A su lado estaban dos jorobados, jorobados de calidez, que recogían el agua que le caía del seno para echarla en su boca.

La mujer le pregunta qué dirá si encuentra a alguien en el camino. Hammot responde que dirá haber encontrado una buena mujer que le ha dado permiso de comer y después agua para beber.

La mujer le da de comer y de beber, y después dice:

—Adónde lo que hay en tu cabeza. Vete a visitar a la reina de los gitanos. Hoy llegará a su casa. Sea hijo mayor es delante; el segundo, el hijo, el tercero y el cuarto, la pantera y la liebre, y el quinto, la serpiente. No los encontrarás en su casa, porque están en la montaña.

Hammot llega cerca de un poblado y encuentra a la reina de los gitanos. No tenía más que una paja, un bueche, un ojo, una oreja y un agujero de nariz. El espasmo es afilado como una navaja. En el

momento de presentarse Hammat, ha sacado agua para lavarse el cuerpo.

Hammat le da las buenas días. La guineé le responde:

—¿Eres tú Hammat?

—Sí.

—Pues, ven a lavarme el cuerpo.

Hammat comienza a frotar el regazo ajado de la guineé y se cría las manos profundamente. No por eso interrumpe el trabajo. Coetáneo, la guineé le bane las manos, que se quedan húmedas como antes.

—¿Cuál es mujer —pregunta ella—, mi espalda o la de tu madre?

—La tuya —afirma Hammat.

Entonces la guineé le ordena que la siga, y se dirigen juntas a la colada de la reña.

—Hoy vas tú a prepararme la cenicienta —dice ella.

Se cae un hueso rancio y péndulo y tan seco como si lo hubieran desollado tres años antes.

—Ponlo en la mantita con agua.

Hammat obedece. Abade lo saca para el almuerzo, porque el mijo ya estaba mojado. Antes de que se hiciera el almuerzo, el hueso se cubrió de carne, tanto que llenaba la mantita.

Preparado todo, Hammat lleva el almuerzo y la carne a la reña de las guineas y se ponen a comer.

Después la guineé da una regañ a Hammat.

—Mira cinco hijas —dice la reña— se han ido a la mangla y no has vuelto aún. Te acordará conmigo en la colada. Véstá por qué te doy esta regañ: te echas déspas de la cama; e la buena pieza a orinar, le das un libro pirochón.

La buena y los demás hijos de la guineé vuelven. La buena olatea por todos partes y pregunta:

—¿A qué huele? ¡Huele a hambre!

—¡Esoa local! —responde la guineé—. ¿A qué has a venir un hambre a nuestra casa?

Todos se acorran, y muy pronto la buena empieza a orinar. Entonces Hammat la pincha levecamente.

—¡Ohi! —dice el animal—. Me pica una cosa. —Dos o tres veces llanta a sus hermanos—. Salgamos —les dice—, porque hay esta noche en la cama una cosa que tira pita.

La buena, al detenerse, la sorprende, el bato y la pantera se van. Ideo, Hammat cuenta a la reña guineé todo lo que su hermano le ha hecho.

A la mañana siguiente la guineé le da dos tablas de cedente como las que sirven para guardar tabaco, y le dice que rompa la primera después de un mes de viaje. La segunda, no debe romperla hasta llegar cerca de su aldea.

Cuando Hammat llega a la ciudad del cambio rompe la primera calabaza. Cantidad de buyes, callos y gorreros salen de ella. Todos lo acompañan, todo le perrenece.

Sigue su camino hasta dar vista a la aldea. Entonces rompe la segunda calabaza; pero no salen de ella más que antihios antropólogos: obeliscos, jantos, líneas...

Ya las soladas que acompañan a Hammat han dado muerte a todos esos animales.

Hammat entra en el poblado. Fide a las gestas de las provincias vecinas que se reúnen. Les habla, y quedan de acuerdo para ir a buscar a Hammat como ide, en el punto de Mandé. Entonces la madre de ese diluido dice a su hijo:

—Hammat ha acordado a tener de todo. Ahora es jefe, el son manda. ¿Por qué no vas tú también a ver?

Montégo va en busca de Hammat. Le pregunta cómo se ha ampliado para adoptar todo lo que puede. Hammat le informa. Entonces Montégo se pone en camino.

Lo primero encuentra al niño guineé que Hammat se había encontrado en primer lugar en su camino. Le da una voltereta, lo agarra y lo ata. Abade la madre del niño.

—¡Abi! —dice— ¿Así te portas? No temías la suerte de Hammat.

Su embargo, le da los mismos consejos que a su hermano. Montégo presigue su camino. No tarda en encontrar la manita mazavilosa.

—¿Qué decía de mí se encontrara a alguien? —le pregunta.

—Dice que he visto una manita que come arroz, que después se vuelva y coque más arroz, para volar de nuevo.

—Buena. Puedes seguir, pero no hagas tan buen viaje como Hammat.

Montégo encuentra sin trabajo al hombre que decía los batos con su bérégda.

—¿Qué dices de mí a los que encuentran?  
—Dime que he visto a un hombre destruir bestias con su  
mosaico.

—Bueno, sigue tu camino. No tardas viaje solo.

Mandraye pasa cerca de la mujer que sacaba agua con su biber.

—¡Andel! —exclama—. ¿Adá saca agua?

—Sí.

—Pues bueno, no quiero agua torzada con el peso de una mujer.

—¡Vete! Tu viaje no será dichoso como el de Hammat.

Encuentra enseguida al hombre que con su bodega carga cien  
asnos.

—¡Ah! Tú sacas una cosa muca vista.

—¿Y qué dices a los que encuentran?

—Que por ver primero vos a un hombre que sacaba cien asnos  
para que le llevéis el mosaico.

—Sigue tu camino. No tardas tan feliz viaje como Hammat.

Mondaye se acerca y encuentra a la mujer a quien venían al  
cuerpo el agua que le sale del seno. Y exclama de nuevo que nunca  
ha visto cosa igual.

—Tú —dice a la mujer—, tú eres a propósito para casarte con  
el hombre del kerqula grande que he encontrado en el camino, y que  
sacaba cien asnos para que llevéis el mosaico útil. Estás en celo,

como él.

—¿Dónde has encontrado a ese hombre? —pregunta la mujer  
con ávida curiosidad.

—Allí lejos, por el camino.

—Bueno, cuando vuelvas te acompañaré y me enseñarás  
quién es.

Mandraye llega por fin a casa de la reina guiné. Adviento  
inmediatamente que no tiene más que una piedra, un brazo y una  
oreja.

—¡Ah! —dice—. ¿Tú mudas en los guineos? No habías visto  
hasta el presente pecunia tan fea como tú.

—La mueren que me traques el reyano, como lo ha hecho  
Hammat —dice la reina guiné.

Pero Mandraye, al ver la espada afilada como una navaja:

—¡No! —exclama—. No lo tocas nunca.

La reina guiné le entrega entonces el brazo y el mijo melido,  
diciendo:

—¡Hey te toca hacerme la escudela.

—¿Cómo se va a cubrir de carne este hueso? —pregunta Man-

daye.

—Eso no se conoce. Pienso en la manzana y preparo el al-

canaje.

Mandraye prepara la escudela. Cuando todo está en su punto, se

lo lleva a la guiné. La cual le dice:

—Mia hijos van a volver; tan cansado, porque si se van te

devorarán.

La guiné da una aguja a Mandraye, como se la había dado a

Hammat, y le dice que se meta debajo de la cama.

—Si la liebre se pone a orinar, la pincharás ligeramente, no muy

fuerte.

Los animales llegan. Se acorran. La liebre empieza a orinar.

Mandraye la pincha fuerte.

—Voy a ver qué me ha picado —declara el animal—, y traeré

la liebre para verte mejor.

—¡No! —protesta la guiné, que manda salir a todos los ani-

males y los ordena que se alejen.

La guiné ha entregado a Mandraye, dos calabazas exactamente

iguales a las que había regalado a Hammat. ¡Infelizmente! una, le

dice:

—Esta es la que debes abrir primero, no la otra.

Ea agudó le deja que se vaya.

Mandraye, a su regreso, entrega a la mujer a quien había ofrecido

acompañar hasta que encontrase al hombre del kerqula grande. En

cuanto el hombre la ha visto se ha excitado, y se ha metido en la

esfóndez de la mujer con los cien asnos.

—¡Bah! —declara la mujer—. No me basta.

A mitad de camino, Mandraye rompe primero la segunda cala-

baza, la misma que la guiné le había recomendado expresamente

que rompiese la última. Han salido todos los animales, se han arrojado

sobre él y lo han devorado. Se acaba.

## CIENTOS HUMILISTOS

## 25. LA MUJER ASETIVA

—Hase un hombre que tenía una hija guapa, y veía que todos los mozos se enamoraban de ella a causa de su hermosura. Dos mozos rivales se presentaron un día, van al encuentro de la joven y le dicen:

—A ti venturos.

Ella les preguntó:

—¿Qué queréis de mí?

Ellos respondieron:

—¡Hemos venido a ti porque te queremos.

La joven se levanta, va a buscar a su padre y le dice:

—Mira, dos mozos han venido a mí.

El padre se levanta, sale, va en busca de los mozos y les pregunta:

—¿Qué desead, hijos míos, qué venís a buscarme?

Responden ellos:

—Somos rivales, y nos hemos acercado a tu hija porque la queremos por mujer.

El padre escucha esas palabras y responde:

—Id esta noche a dormir a vuestra casa, y volved mañana; veréis quién ha de recibir a mi hija por mujer.

Los mozos obedecen a esas palabras y se vuelven a dormir en su casa. Pero al día siguiente, en cuanto amanece, se levantan, vuelven a casa del padre y le dicen:

—Bueno, buenos aquí, como dijese ayer; hemos venido a buscarle. El padre les escucha y les dice:

—Quedaos y esperadme, porque voy al mercado para comprar una pieza de tela; cuando la traiga osatis lo que os diga.

Los jóvenes escuchan las palabras del padre, y esperan mientras él se levanta, toma el dinero y va al mercado. Llego al lugar donde vendían las telas, compra una pieza y se vuelve adonde estaban los jóvenes. De regreso, llama a su hija y, en tendiéndola presente, dice a los mozos:

—Hijos míos, vosotros sois dos, y yo no tengo más que una hija. ¿A cuál he de darme? ¿Y a cuál he de negarme? Aquí tenéis una pieza de tela; la cortaré en dos, y el primero que acabe de hacer un vestido será el marido de mi hija.

Los jóvenes cortan las telas y se apresuran a coserlos vestidos. El padre los mira. Entonces llama a su hija al sitio en que estaban los pretendientes, y, en cuanto llega, tiene el hijo y se lo da, diciendo:

—Aquí tienes el hijo, míralo y dáselo a éstos.

Destinado a su padre, toma el hijo y se sienta al lado de ellos. Pero la joven era astuta, y así se padre al los jóvenes lo sabían. Ya se había decidido por uno de los dos. El padre se va, entra en su casa, y espera a que los jóvenes hagan cosido sus vestidos, diciéndose:

El que concluya primero será el marido de mi hija.

La joven comienza a amañar hilo, y las pretendientes toman agujas y se ponen a coser. Pero la joven era astuta. Amaña pedacitos cortos para el que amaña, y para el que no amaña, hebras largas. Ellas cosen, y ella amaña hilo. Sin embargo, a mitad de la noche, ve que no han concluido de coser; continúa amañando hilo y ella cosen. A las tres de la tarde, el sono que tenía las hebras cortas habia concluido de coser; pero el que tenía las hebras largas no había acabado aún.

Cuando el padre de la joven se levanta y viene a buscar a los mozos, les dice:

—Haced el estado cosiendo hasta ahora, y el vestido está sin concluir.

Uno de ellos se levanta, toma el vestido y éase al posito:

—Padre mío, aquí tienes mi tarta concluida.

La del otro no estaba terminada. El padre los mira y ellos le miran. Al fin les dice:

—Hijos míos, cuando viniereis los dos a pedirme mi hija, tened

no tenía preferencia por ninguno. Por eso tenía una pena de tela, la coré, en la di y llaná a mi hijo para amar las lindas, ofreciendo: Hacéme esos vestidos. Empezaron a trabajar y se dijo: El que antes ofrecía el vestido será el marido de mi hijo. ¿Habéis comprendido?

Los jóvenes respondieron:

—Padre, comprendemos lo que nos dice. Es esto: el hombre que ha vestido el vestido debe ser el marido de su hija, y el que no lo ha vestido no será su marido.

La joven adulta decidió la contienda de los dos mozos. El padre no sabía que su hijo, al amasar el lino, hacía lindas coras para el hombre que amaba, ni que las hacía largas para el que no amaba. No sabía que su hija hubiera escogido al marido. El padre había estado de esta suerte: Si el hombre que ha terminado de coser se lleva a mi hija, trabajará bien y la mantendrá; pero si que no haya estado de coser, ¿trabajará bien y podrá mantenerla si se casa con ella?

Entonces los dos mozos se levantan y se van a su pueblo; pero el que había cosido el vestido, se lleva a la joven por mujer.

Con esto, se acaba la historia de la joven adulta que una vez se casó.

## 26. LA ALDEA DE LOS LOCOS

Existía un pueblo cuyos habitantes eran todos locos.

Un día, un pastor y su rebaño se perdieron en las proximidades de aquel pueblo, y al estar la tarde, como le faltase una cabra, el pastor se puso a buscarla por las linderos.

Encontró a un labrador, que trabajaba en su campo, y le preguntó:

—¿No has visto en tu campo una cabra perdida?

—Mi campo empieza delante de mí y termina detrás de mí —dijo el labrador—. Busca y hallarla.

Veraz que no sabía nada, el pastor se alejó. Cuando hubo encontrado la cabra volvió al rebaño que había, para pasar la noche al raso, porque ignoraba que había un pueblo en las cercanías. De pronto, vio pasar al labrador con quince ya había hablado, se acercó a él, y para prodigioso a su favor, le dijo:

—He encontrado la cabra que se me había perdido, mírala, se la doy de buena gana, si quieres darme hospitalidad.

—¿Cómo se encuentra? —exclamó el labrador—. ¿Qué tiempo es este? ¿Me acusa de haberle robado la cabra? Vámonos a sentir el rumbo con el jefe del pueblo.

Es cuando llegaron a su pueblo, el jefe del pueblo exclamó al verlos hablar el pastor:

—¡Vámonos! ¿Otro llo de mujer? Verdaderamente, esto no puede continuar; me voy del pueblo. —Y dirigiéndose a su mujer le dice—: ¡Ven, vámonos!

La mujer corrió a una ciudad que tenía al lado:

—Lo que es ya, no puedo continuar viviendo con un hombre que no sabe más que hablar de dioses.

La criada se ocupaba en desmenuar corchuetes, y cuando su ama le hablaba, se presentaba un mensajero pidiendo limosna. La criada dice al mensajero:

—¿Puedes creer, pobre hombre, que desde esta mañana estoy ocupada en esta tarea y que aun no he terminado?

Y sin más, pone las escaleras en el espacio que tenía el mensajero, el cual se fue desvaneciendo.

—Bueno, muchas gracias, alabado sea Dios.

## 27. LOS ESTRANJOS DE PUNTINQUILLA

Un hombre muy celoso de su mujer, se había retirado a vivir fuera del pueblo, para ponerla en la imposibilidad de escapar.

Otro hombre, llamado Funthinbha, es decir, "vagabundo", que siempre se movía con aquella mujer. Escapó en su rebaño un cordero bien cobrado y se fue a casa del marido escamado. Este le interrogó sobre el propósito de su viaje:

—Voy a vender este cordero al rey Urua —le respondió Funthinbha—; quiero ver si saca bastante caudal.

—¿Queda diez quince mil caudal —exclamó el marido—. ¿O sea verdaderamente quince cuantos mil caudal?

—Solo quince, en cinco, quince caudal.

El marido se apresuró a llevar a Funthinbha los quince caudal, y recibió, en cambio, el cordero que degolló. El vendedor le ayudó a desollarlo.

Algo la noche antes de que hubieran concluido de desmenuar la res. La mujer puso candil de carne a guisar, con preferencia de

grasa. Funtinmálula contó con ellos, pero temeroso de atropar una diestra, se guardó cuidadosamente de pisar la gata.

El marido, por el contrario, empezó de ella inmediatamente. Así fue que le aumentó una diestra vidiosa.

En el momento de acostarse, dijo a Funtinmálula:

—Como no hay más que una cabrita, se acostará al lado de la poeta; mi mujer dormirá al fondo de la cabrita, y yo entre los dos. Pero no voy a tolerar trabajos tan terribles dureros.

Apenas se habían echado en las camas, el marido sintió revolterios en el vientre. Saltó corriendo a las ventanas. Antes que volase, Funtinmálula había ya tendido a la mujer.

El marido volvió, pero sintiéndose otra vez el vientre, se vio obligado a salir de nuevo, y así sucesivamente, hasta siete veces en el transcurso de la noche. A cada salida, Funtinmálula se juntaba a la mujer del barquero y aprovechaba el tiempo convenientemente.

De mañana, se fue, dando las gracias al marido y declarando que iba a viajar al rey Ubeau.

Llegó a casa de un hermano, a quien entregó un pedazo de dinero para que le fuese una serpiente.

En tanto, la mujer corrió al marido lo que había pasado, y le confesó que Funtinmálula se había acostado con ella. Furioso el marido con su mujer, se lanzó a perseguir a Funtinmálula, con el firme propósito de vengarse.

Serían las seis de la tarde cuando el hermano acabó la serpiente. Funtinmálula no quiso resbalar, y dijo:

—¡Dónde a tu mujer! mañana vendrá a recogerla.

La misma noche volvió a casa del hermano, que estaba ausente. Escóndose en la cocina y dijo a la mujer:

—Tu marido me ha hecho donación de ti. La prenda está en que te ha dado mi serpiente para que la lleves.

Trabajó a la mujer, recuperó la serpiente, y fue.

A la mañana siguiente, el marido pidió su serpiente, se presentó en casa del hermano, y le preguntó si no había visto a un forastero.

—Acaba de pasar por aquí Funtinmálula —respondió el hermano—. La hebre de obrera creaura. Ha dormido aquí esta noche.

—Certo —confirmó la mujer del hermano—, e incluso se ha acostado conmigo.

Los dos curules se precipitaron sobre el rostro de Funtinmálula.

Pase había. Llegado a casa de un labrador que le recibió muy bien, y le dio de comer una calabaza llena de arroz. A la hora de acostarse, Funtinmálula preguntó al trabajador a qué hora podía marcharse sin molestar a nadie.

—No tienes más que levantarte al "veniente" el canto al gallo" (que se dice: al gallo canto del gallo) —respondió el labrador—.

Cuando todos dormían, Funtinmálula, agitando el cuerpo al pie de la cama, entró en el gallinero y retorcó el pico a todos los volátiles.

Hecho esto, se puso en camino.

A la mañana siguiente, el labrador halló todas sus gallinas muertas. Al mismo tiempo, los dos curules llegaron a preguntarle si no había visto a Funtinmálula.

—Vine a buscarlo los tres juntos —dijo el labrador—. Me ha matado todas las gallinas.

—Con nosotros ha sido peor —dijeron los curules—. Nos ha tendido a las mujeres.

Los tres se burlaron en persecución del gallo.

Pero el gallo había crecido el día entero. Al amanecer se halló al borde de un estanque, en el lugar donde estaban acampadas unas grises, cubiertas por la bruma. Los grises habían encendido una gran hoguera, para secarse y calentarse. Funtinmálula se tendió en medio de ellas.

Al verla dormida, cogió los tomates, pepinos y granos, y los arrojó a la bruma. En seguida, bajó.

Al día siguiente, los tres hermanos que lo perseguían llegaron a donde estaban los grises, los cuales se les juntaron para correr en seguimiento del hombre.

En la huida, Funtinmálula dio en una aldea, donde una vieja le preguntó por qué iba tan corriendo.

—Usted —dijo él a toda prisa— me anda de memoria para ordenar que, antes de ponerse el sol, no quede ni una virgen en ninguna aldea.

La vieja, temiendo por sus hijas, le contradijo:

—Mi hijo no está aquí. Ven, se lo sugiero, y haz lo necesario para que mis hijas cumplan la voluntad de Ubeau.

Funtinmálula fue a desfogar a todas las hijas de la vieja. Cuando camufló, la misma vieja le declaró:

—¡Hece mucho tiempo que no lo tallo; van a refrescarme un poco las recuerdos.

Funtunubula no quiso refusinge tan pequeño servicio. La trabajó a conciencia, remediada la barra, la veje quiso saber su nombre.

—Mi nombre—respondió él— es Dondoliana subana, es decir: he caminado por la mujer y esculpido por la pecar.

En seguida prosiguió su camino.

Volvió el hijo de la vieja, a quien le contó lo sucedido. Se enfadó, y como se presentaban las otras víctimas del pello a pedir justicia, se unió a ellas para perseguir a Funtunubula.

El tal legó, por fin, a casa de Uerna Bala.

—¡Ray de Royel!—le anunció— Van a venir una gentío a quechurarse contra mí. Quitales la razón y te regularé tus ideas.

El rey prometió obedecerlo.

Llegaron entonces los dos conuados, el labrador, los giles y el herrero de las res vírgenes. Uerna desahució primero al coveo, tras labrado de baldío. ¡Cómo! ¡Había tenido la impudencia de no pagar más que quince canas por un canero echado!

Después también al herrero, que había entregado la sartija a su mujer, después de enseñársela a Funtunubula.

Apostrofé duramente al labrador por haber dicho al demandado que *retorciera el cuello del gilo*, y también a los giles, que no habían sabido apretar las buenas intenciones de Funtunubula. ¡Qué se había pergeado al echar a la hoguera los tan tonto! Alcanzar la hembra. ¿Qué tenían que reclamar?

En cuanto a las hijas de la veje, ninguna razón tenía para quejarse de un error que ella misma había solicitado, no sólo para ellas, sino para su placer personal.

Uerna desistió de ese modo toda la guerra.

—Ahora—le dijo Funtunubula— voy a buscarle los tres liberos que te he prometido.

Salto, y se encaminó a sus palafreteros, que se disponían a comparecer en la corteza un haz de forraje que acababa de sacar. El haz pesaba demasiado para sus fuerzas. Y a cada intento que hacía para cargarlos, quicaba los alfileros y asíntala más forraje a la carga.

Funtunubula le aconsejó que desistiese de volar. Después le invitó a que le siguiera al cargado. El palafretero obedeció.

Llegaron a un hachado cuando cayera traza un hombre disparaba un palo para hacer caer puerco-espino. Cada vez el palo se entre-

deba en las ramas y se quedaba entre el follaje. Entonces el hombre giró al árbol, desahucaba el palo y descendía, sin ocurrirle la idea—tan sencilla— de recoger el fruto a que se enroscaba el palo.

En el momento que el bicho agud estaba en el árbol, descendiendo el palo, Funtunubula, le grito:

—¡Pero coge el fruto de una vez!

El hombre agud, el murejo y dejó caer el pan-de-azúcar, al mismo tiempo que el palo. Descendió en seguida, recogió el fruto, e invitado por Funtunubula, le siguió.

Llegaron los tres a la mesada de un rey. En la espionada, en medio de las colubas, arda una gran hoguera de pello. Los mirapajas se mantenían en la parte de donde soplabo el viento, de manera que no los diese el humo en la cara, mientras que el rey se había puesto al otro lado, de suerte que se había alimentado como conejo puesta a descasar. Lágrimas le brochaban de los ojos, y moco de la nariz.

Funtunubula tenía a un mensajero de la mano, y le hizo sentir en el sitio del rey; después llevó a éste al sitio que había quedado libre.

Entonces, juzgando que el rey estaba muy indinado para comprender el tal de subterfugio, lo llevó con los otros dos a casa del rey Uerna, y le hizo decir de ellos, después de explicar las razones que había tenido para enseñárselos idéntica colubas.

Hicido caso, se volvió a su pueblo.

## 12. ENLADRONES BAMBURA

Había tres canuados: El primero se llamaba Samba Binitzi Bantabara; el segundo, Samba Kurintano, y el tercero, Samba Dupururu.

Han salido juntos de viaje.

Encasaron un poco. Samba Durgamtu agarró el peso como si fuese un simple jarro y corrió agua para que bebiesen sus compañeros. Después, Samba Binitzi se echó el peso al hombro.

Se van a la manigua, a cazar delantos. Cada uno lleva una docena, y se comen el producto de la caza el mismo día.

Samba Kurintano encasaba una mujer guiniana. Le dice:

—Te quiero.

Y se caza con ella. Entonces se agarró de sus compañeros para

guardarse con lo guimaro, que se llama Xamba Guimé. Es muy bonita, y no más alta que una mujer corriente.

Samba Kuruhana, no cesas de alabarse delante de su mujer, de ser la persona más fuerte del mundo. Un día tenemos sobre ello una disputa, y Xamba dijo a su marido:

—No presentes de ser más fuerte que tanto. Acompañame a casa de mis padres, y verás.

—¿Así lo haré! —respondió Samba.

Se fueron juntos en camino a la riba de la mañana y han andado hasta las diez. Y lejos, muy lejos, han visto al padre de Xamba, tendido en el suelo. Tenía triplezada una piedra: difícil una manta.

—¿Qué se ve allí lejos? —pregunta Samba a su mujer—. ¿Será una mujer?

—¡Oh! —respondió Xamba—, no hablas de mi padre a la ligera. Lo que ves, es su piedra.

Aun estuvieron andando cuanto horas antes de llegar a la aldea donde estaba acostado el padre de Xamba. Vieron tan grande a su marido, Samba ha corrido mucho.

Los tres hermanos de Xamba: Hamadi, Samba y Dolo, estaban de caza en aquel momento. Samba Kuruhana se informa del hijo, en que podría encontrarlos.

—¡Por ahí! —le dice.

—Bueno —respondió—, voy a su encuentro.

Primero encuentran a Hamadi. Ha estado quitándose eléctrico, y los lleva en un pequeño círculo de la cintura.

—Dile, que yo los lleve —le propone Samba.

—No puedes con ellos. Sigue tu camino, encontráranlos a mi hermano.

Samba Kuruhana encuentra a Samba, el quinto hermano de Hamadi. Los niños que está, Samba había matado quinientos búfalos y los llevaba consigo. Y al encontrarse que Samba Kuruhana le hizo de aguijón a llevarlos, respondió:

—A veces al encuentro de mi hermano pequeño, quité piedras al lado de su campo.

Por fin, Samba se halla en presencia de Dolo, que no habla más que cuatrocientos elefantes. En el momento de cruzarse con el marido de su hermana, la caza de la sandalia de Dolo se rompió.

—No podría llevarme los elefantes —dice Dolo—, pero rompió mi sandalia y llevé al pueblo.

Y arrojó su sandalia a Samba Kuruhana, tapándolo todo entero, de suerte que no pudo salir de ella.

Dolo se reúne con sus hermanos en el pueblo. Su padre los aguarda, apocándose que hubiesen hecho aquí una poca cosa.

—¡Caram! —exclama—. ¡Terminas un cazadero, el marido de mi hija, y no me tratas más que esa carne para ponerla en el almuerzo! Mera en serio, y pregunta:

—¿Dónde está mi perro?

—No encontraré con él —dice Hamadi—, pero se lo he enviado a Samba.

Y Samba:

—Yo le he dicho que fuese a buscar a Dolo.

Dolo, interrogado a su vez, responde que le encargó de traer la sandalia, cuya correa se había roto.

—¿Quién se ha quedado debajo de la sandalia? —pregunta Kuruhana.

En el acto se ha puesto a buscar a su marido, y permitiendo la sandalia, la escarifica delgado. Juntos vuelven al pueblo, llevando Samba la sandalia, desentado entero para los brazos de Samba Kuruhana.

Una vez adentrado la casa, llaman a Samba para comer con los otros; pero la calabaza era demasiado alta, y Samba no podía entrar de ella el abdomen.

Vuelto sus apuros, Dolo lo levanta, y se lo pone en la espalda, pero Samba se cae en la calabaza, y Dolo, empujándolo por un pedazo de carne, lo envuelve en una albardilla de alfiler y se lo trae en la boca.

Al día siguiente dice Hamadi pregunta:

—¿Dónde andará Samba Kuruhana? A veces cenamos juntos... ¿Qué habrá sido de él?

Samba se halla quedado en la casa de una mujer de Dolo.

—Siento una cosa que se me cae en la mano —dice Dolo—.

—Mira lo que es —le sacan sus hermanos.

Tueto con el dedo y agarra a Samba Kuruhana. Lo extrae de la mano y lo deja en el suelo.

Kumbha Centre ascle, y como se trata de su marido, trae agua y le da una frega.

—Ya, voy —le hace observar— que haces mal en correr más que nada. Pero esto no es nada aún. Has de ver cosas mejores.

Entre los caudales de los gubayr se cuecen una mujer, llamada Syra. También Syra es guisante, y si enciende a mover un hueso, no lo dirá antes del hueso de la semilla siguiente.

Le han empujado que entienda bien en la cocina donde Kumbha y su marido se han de acortar. Se agacha para entender la leña. Su labellín está apretado por dentro. Al querer entrar en la cocina, Samba Kumbha paraba en el umbral de la cocina, creyendo que en la puerta. Tiraba una cuerda en el vientre de Syra para acostarse.

—¡Sambha! —exclama.

Syra lo oye.

—¡Sal de ahí! —le dice—. Te me has metido en el vientre, no en la cocina.

Samba sabe más que agacha.

En llegando en mujer, le cuenta lo ocurrido.

—Me he llevado el gran saco —confiesa—. De modo que mañana temprano nos iremos.

Al día siguiente, de madrugada, le dice Kumbha:

—Hoy por la mañana le toca a Syra ponerse a mover. Demuestra prisa, porque si nos retrasan sus cosas, no tienen salvación. Yo saldré del paso sin dificultad.

Sin tardar se ponen en camino. Andan hacia los dos, pero de pronto oye un ruido semejante al de una cascada que se precipita de una montaña.

—¿Qué es eso? —pregunta Samba.

—Eso —responde Kumbha— es que Syra se pone a saltar agua. El agua llega rápidamente. Entonces Kumbha se agacha, se agacha, y lleva a Samba como si fuera un raso. Y así continúa hasta que dejan muy atrás la inundación. En ese momento Kumbha, cobro la bella humana, y dejó a su marido en el suelo.

—Kumbha —dice el marido—, te doy las gracias, pero déjame. Quiero irme solo.

Y Kumbha responde:

—Desde que nos casamos has estado diciendo que no había nadie más fuerte que tú.

—Ahora entiendo que me engañaba. Sorprendente. Tu rosa me da mucho miedo, y no quiero más aventuras de este género. Vuélvete con tus señores.

Y se han separado para siempre.

Mientras ocurrían estas cosas, los otros dos compañeros de Samba Kumbha, después de salir de la inundación, cada cual que no había otro más fuerte que él.

De esta disputa llegaron a las inmediaciones de un río.

—¡Soy el dueño de las aguas! —proclamaba Samba Durganota.

—Y yo mundo en la mangia —decían ahora Samba Bhobiri Bumbura.

Samba Durganota se ha puesto a horcajadas sobre el río, un pie en cada orilla. Se agacha, y hunde su mano en el agua. Todo lo que pasa a su alcance: peces, hipopótamos, elefantes, lo levanta a pulso, lo echa al calor del sol y se lo come.

Samba Bhobiri se ha metido en la mangia, atrapa todo lo que encuentra a su paso, y como su compañero, satisfaciendo a pulso, lo lleva al sol, siempre sea un elefante. Y de ello se alimenta.

Llega al borde del río. Quiere meter la mano en el agua para robar los peces a Samba Durganota. Pasa la vez, lo agarra, y comienza a pelear, matándose cada vez más en la mangia.

Llegan, sin dejar de pelear, junto a un guano que se oculta en guano su lugar. El guano tiene una boca, con la cual dispara pedruscos a los pájaros para ahuyentarlos y que no se le coman el guano. Pone la mano en los dos Bumbura, que, cada uno en el suyo, continúan peleándose. Como haber agarrado un canto. Habla en la boca. Y los dirige lejos.

Los dos alborotados van a caer en la cocina donde una guisante prepara el almorzo. La palmita los echa con dos dedos y los echa a un lado. Así van a caer en el ojo de una niña guisante que estaba mirando.

La niña se lleva un dedo al ojo, llorando. Grita que se le ha metido una cosa en el ojo. Su madre la llama:

—Vra, que ya lo vea.

Pero antes de que llegue junto a su madre, el ojo ha alborotado a las dos Bumbura.

—Ya pasó —dice a la madre guisante.

Noche viene derecho de crucear el río fuerte, puesto que estas  
tres hermanas han encontrado quien las busca.

## 79. MALA EDUCACION

En N'Dougouane, cerca de Kabara, en el Saram, había una  
velotona que llamaban Kumba N'Dao.

Al mismo tiempo, vivía en Daboul, en el pueblo de Sargala, un  
Uélé llamado Mademba Diong.

Cuando Kumba se peinó, todo lo que sus ojos encontraban a su  
paso, se quedaba como una polva. De suerte que la reputación de su  
pueblo, porque su casta natural había estregado a mucha gente.

Mademba tuvo que largarse de Sargala por el mismo motivo.

Ambos se encontraron en la manigua.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Mademba.

Kumba respondió:

—Me han obligado a marcharme del pueblo, porque cada vez  
que me peinaba a mucha gente.

—¡Ay! —exclamó Mademba—. Justamente por eso me han  
expulsado del río.

Se han casado, y han vivido juntos cerca de un año. Un día  
viene: Kumba se peinó, y da en una perrita a Mademba. Perrita roja.

Entonces, tomando la fuerza de su marido, Kumba se da a la fuga.

Mademba se queda en su cabana llorando. Para uno, que le  
pregunta:

—¿Por qué lloras?

—¡Ah! —gime el otro—. Mi mujer me ha roto una perrita  
perrosca entera. Quisiera que me apuntara el trazo en la di-  
rección que lleva en su lego, para ponerme también y manejar una  
perrita.

El pasajero le prestó el servicio que pedía. Entonces Mademba  
trató en la dirección que llevaba Kumba.

Kumba había llegado ya a un pueblo. Se oye venir el pelo de

Mademba con el estribo de un trazo.

—¿Qué pasa? ¿Pero qué pasa? —preguntamos los advenedizos, dis-  
poniendo.

—Es un pelo de mi marido —les explica Kumba.

El pelo trunfo en la aldea. Kumba corrió hacia la primera, y

con ella, todas las que se encontraban en sus inmediaciones. El pueblo  
se incendia.

Siete años estuvo el pelo girando como una tromba sobre las  
ruinas, como el aire revolviendo al paso de un gume. Después se  
acabó por el cielo y todo quedó tranquilo.

## 80. EL GALLO Y EL ASNO

Un gallo y un asno se enfrentaron en una disputa.

—¡Ah! —dijo el gallo—. No me debes hablar tanto, porque,  
como ves, he de acasarme los hijos y eso me interesa.

—¡Oh! —dijo el asno—. A mí eso me interesa muy bien, porque,  
antes de casarme, me pesó y quedo muy desahogado.

CUENTOS DE COLMOS, CHABADAS Y HERMANES

81. LA HIENA Y LA LUNA

Sacudió una vez que una hiena se encontró un banco; lo tomó, y se lo llevó en las fauces.

Como entró en la luna brillando con hermosa luz, el agua estaba en calma; la hiena sueña el banco al ver la luna en el agua y quiere apoderarse de ella, pensando que era carne. Humede la cabeza hacia más arriba de las orejas en el agua y no encuentra nada. El agua se enturbia. La hiena vuelve a la orilla y se queda quieta. El agua se agita. La hiena da un salto, y trata de hacer presa, creyendo apoderarse de la hiena, que le parece carne porque la ve brillar en el agua; no alcanza más que agua, que se le escurre de las fauces, y se enturbia nuevamente. La hiena se retira a la orilla.

La luna era hiena, se apodó de la luna, y se va, dejando tranquilamente a la otra a la orilla. Por fin comienza, y la luna se alumbra con la luz del día. La hiena fracasa.

Vuelve otro día, hasta que el lugar donde nada encuentra está todo yaciendo.

Entonces, crean mucho a costa de la hiena, viéndola correr continuamente al agua, morder el agua, y escudriñando el agua de las fauces, y volver una y otra vez sin alcanzar nada. Para reírse de un hombre, se dice: Ésta como la hiena que trató el banco y no logró nada, porque veía la luna en el agua.

82. LOS TRES HERMANOS Y LOS TRES GIGANTES

Un hombre, al morir, dejó tres hijos. Heredaron la hacienda de su padre y se repartieron treinta mil cauros. Y caminando uno en pos de otro, llegaron al cruce de tres caminos. Se separan en la encrucijada. Después, el mayor toma un camino, el segundo toma el segundo, y el más pequeño, el tercero. Habían decidido reunirse después los tres años. Cumplido el tiempo, regresan, en efecto, y se venían en la encrucijada. Después, los tres hermanos, se encuentran a un extremo grande, pero no pueden atravesarlo. El mayor toma entonces una tira de tela, la arroja al agua, y aliviado de camino, pasa; el segundo, reúne flechas de caudal y se sirve de ellas para pasar; el más pequeño se cubre un par de zapatos y atraviesa el cruce.

—¿Cuál tenía mejor talento?

83. CORCUERO MATRIMONIAL

Una joven muy bonita tenía tres pretendientes, llamados Segra, Mandila y Bachanú. A los tres quería por igual.

Un día dijo a su padre:

—Quisiera desahogarme de dos de mis pretendientes, y para ello tomaré por marido al más feo de los tres.

—Voy a llamados para que vengan a visitarme al niño. Escógela por marido al que trabaje mejor.

Segra se presentó el primero. Con sólo un golpe de su bota, trajo tan movimiento al niño, que todos los granos salieron de las espigas.

Mandila se adelantó a su vez. Se sacó sobre el moño de niño trillado, y sellando un poco, hizo que toda la paja volara y decayó melera por el aire.

En aquel momento, Bachanú se tiró de la piel de los testículos y la abrigó tanto que envolvió todo el grano trillado y arrojado por sus riñales.

—¿Cuál de los tres habría escogido por marido?

84. ALCUNOS HERMANES BAUSIAS

El hombre es aborrecido por sus hijos.

La más se impone a la familia como la hija al ojo. Con resaca en la noche, se baña como un demente.

Despierto se va lejos.

Si encuentro un camino seguro, aguardo mucho tiempo.

Más vale una tarde feliz que un año de muerte.

Más aprovecha el trato de las ricas que el de las pobres.

El hombre paciente cocerá una poción hasta beberse el caldo.

Los tigos se hacen traidores.

Ver el ojo no cubierto para comer la cabeza.

Corazón preso, cuerpo esclavo. El uno es esclavo de sus pasiones.

Ve a casa, y come. Con el agua del cuerpo se extingue la del peso.

La mentita florece, no florece.

La mentita puede estar cambiando un año; la verdad la alcanza

en un día.

Si el mono entropia algo, se escapa antes que el dueño lo vea.

Que el hombre sincero ocupe un caballo y huya cuando los

dicen la verdad.

Más fácil es comenzar una liebre que un elefante.

El mirasolero deja reposar los pies, no el corazón.

El silencio salva.

Si vesas la liebre al sol, te devora.

Prometichan segura. Dios ha hecho besar. Quiza quiza me-

tu, habla del escape.

El piojo se come al hombre, no a las piedras.

Las mujeres inventarán novena y nueve. Usualmente, pero a la

confianza se venden.

### 35. ALGUNOS REFRANES MOSIS

Quien no busca de qué vivir, morirá sin enfermedad.

Llena la panza de tu alcazar, el leonero corre en busca de

una mujer, y tu no tienes más que un pelo para roer y llevar a roer

la muerte.

Quien nada tiene, se hace su cervena donde escarban las pla-

tas, en el basero.

### 36. ALGUNOS REFRANES SESUTOS

La cordura no habla en una sola casa.

La sabiduría devora a su amo.

Nunca falta pelo con que pegar al perro.

En la casa del hombre valeroso hay llanto, en la del cobarde  
muere se lleva.

No hay zoológico que alguna vez no se aumente.

Quien causa un mal, eleva; no quien lo recibe.

El accidente mortal no avisa.

En los pliegues de la culpa está la muerte.

La muerte siempre es cosa nueva.

La lengua no tiene alfileres.

En la trampa cazan los perros.

El ladrón es un perro; con la cabeza, paga.

Ladrón es quien se deja prender.

Las zorras se devoraban.

Dos gallos no se opidan a escarbar el suelo.

El sube del perro no hace más que molestar el pelo.

El hombre valiente esconde en medio de sus tigos, no se

arriesga solo.

El fuego que se calienta se ha de apagar.

Un hombre caz con su sombra.

La aldea es bella, vista desde afuera; por dentro, un montón

de basura.

Un leopardo vive con sus coleros.

Los suspensas de un insecto nunca andan bien.

La guerra es una vara a la que se colorea entre espigas.

Cuando un jefe promete un buey, ya puedes comprar el Acord.

Al etaral que se recoge le ven los perros.

La buena coja lo disuade.

Ujo levanta la casa y otro la trata.

El alfilerito grito en cumbre en pecho rojo.

La fuerza ligera te deja unir de sed.

No se duele el diablo si tú mismo te lo rasca.

Los leones de la misma caverna se comen.

Cuando por la que se da las gracias, se que ya está en el vientro.

### 37. ALGUNOS REFRANES PAN

Por un día más, no se puede el elefante.

El habitio de mudanza es igual al de hoy.

Maldito y hoy, el mismo sol, la misma luna.

El trabajo sóloos llega a la mujer, y falta al hombre.  
Si quieres paz, ten en cuenta lo que dicen las mujeres.

#### III. ALGUNOS REFRANES ENCIENDAS

Cuando sogas viento, hace frío.

La vejez es un remedio.

El rebobón se guita solo.

A ningún demenciado se le obida la boca.

El llaveo está gaillo.

Si cortas leña en el bosque, el oso lo repite.

Cada cosa de color tiene su nuado.

Si no puedes empezar construyendo una casa, instalarte en una chaca.

Los pájaros juegan los parden volar, aunque tienen pluma.

Quien se casa con mujer guapo, se casa con su tormento.

Porro descejiado, mal cazador.

Una molida es indiferente en boca de quien la tiene.

El varón no vive para apoyarse.

La manaca no se preocupa de la movente; sólo piensa en comer.

El carnibero no conoce la calidad de la res.

Los que no quieren, guardaba.

Laurea acumulada hace gran montaña.

No pongas tus gullinas a la vista del atreído.

La palina de la mano no engaña.

El indierito sólo se calla lo que ignora.

El hombre avaro cambia hartosamente.

En casa pequeña no coben dos personas.

Poques: siempre se ve a Verma al lado de la luna, se eriza que es su perro; Verma no es el perro de la luna.

Encuentras una gullina en la feria y la apruebas a comprarla;

si fueres buena, no la venderás al diablo.

No va tan lejos el día que no se vean las pecas.

Trepá el curicel, llevando consigo su corcheta.

La fuerza sin objetos engaña la fuerza.

Quien no tiene más arco que su ojo, no puede tirar y matar la pieza.

#### IV. ADVERTENCIA BONINKE

Mabhi-Kama pregunta:

—¿Quién es el hombre que mata sus hijos?

—¿Quién es el hombre que vende sus hijos?

—¿Quién es el hombre que da sus hijos?

Cuando todos los presentes se han esforzado en vano por responder, Mabhi-Kama dice:

—Quien se casa con mujer de cuarenta años, mata sus hijos.

Quien hace el amor con una cautiva, vende sus hijos.

Quien hace el amor con mujer ajena, da sus hijos.

## 90. CICLO DE LA RUBETA

L. ¡Pues, señor! Ciento día, la gacela pregunta la cerviza y llama a unos amigos para que la ayuden a cultivar su campo. Van a beber en la cocina, beben todo el campo. Entonces, la gacela dice a la rubeta:

—¿Y si jugásemos a correr, conforme volvemos a casa? El primero que llegue, el que adelante al otro, vendrá al encuentro del que se haya quedado atrás y le dará un puñetazo de cerviza.

Jugamos a correr. La rubeta se ametraba por el suelo, la gacela burlaba, en el aire, y luego en un instante a su casa. Y voltea con un cinturón de cerviza, destina a la rubeta en el camino, y le dice:

—¡Tonto, bebel! Te he adelantado.

—Está bien —dice la otra—. Ya veré, me has adelantado.

Razonos se pegan a beber cerviza.

2. Cuando ya casi han acabado, la rubeta dice a su compañero:

—Puesto que dices que has corrido más que yo, juguemos otra vez a correr.

La gacela dice entonces:

—Bueno, ¿dónde vamos a jugar?

La otra responde:

—Voy a encontrarle donde podremos jugar a correr.

La rubeta entra en la cocina, después, la gacela hace un parapeto en torno al bosque de enebro; la rubeta dice:

—Pasa luego a la cocina, puesto que me has ganado a correr.

Y, en efecto, la gacela paga luego a la choca. Entonces, la rubeta grita:

—Eh, gacela! ¿Desde me refugio?

Responde la gacela:

—Mítese en la manita grande.

—Ya hay otros en la manita grande. ¿Desde me refugio?

—Mítese en el codo grande.

Responde la rubeta:

—Ya hay otros en el codo grande.

Entonces dice la gacela:

—¡Pues bueno, miérete! Quémate con tu casa y conviértete en un carboncito consumido.

Pero la rubeta se enteró; abrió un baquet y se escondió dentro. La choca ardió consumiéndose, desapareció.

Corrió a correr. La rubeta salió al mismo tiempo que sus hermanos, sus amigos y sus hijos. Su pariente creció mucho, y formó un gran corte. La gacela le dice:

—¡Oh, amigo mío, has corrido más que yo. Me has adelantado. Se fue a detrás a otra parte, hijos, venidos de la virilidad de un pueblo tan grande. Y fue la rubeta la encargada de dar de comer al amigo, por ser la más importante.

Entonces, le dice la gacela:

—¡Bueno, así! Yo también voy a entrar en la choca. Préndale fuego.

La rubeta le dice:

—De ningún modo, porque si eres una salteada, es tanto que yo soy halizante de la tierra.

Pero la gacela insistió, y dijo:

—No y así! Yo lo quiero. Y si arde con la choca, importa poco.

La rubeta reacciona:

—Si de veras eres en la gacela, bien así. Yo tanto llantos de ti. La gacela entra, pues, en la choca, y también sus cuernos. La rubeta roca de espaldas la choca, y la cerviz bien. Tanta humilde y la incordia. La gacela dice:

—Madre rubeta, me quemo. ¿Desde me refugio?

La rubeta dice:

—Mítese en la manita grande.

—En la manita grande ya han cubierto otros.

—Mítese en el codo grande.



a sorprender al hipopótamo. El cual estaba tumbado boca arriba, las patas en el aire, sobre la arena, cobriéndose al sol.

8. La rubia salió de la boca, luego muy cerca de él; pero en el momento de ir a montarlo con su asagaya, pasó volando un pájaro, y dijo:

—Tente al agua, hipopótamo de patas gordas, van a matarte. El hipopótamo se precipitó al agua, buceando *be-d-d*. Pesta en el río con la trompeta. La rubia se apresó de reparar el río, y allí se quedó.

A la mañana siguiente la rubia acorda al pájaro y lo mata. Los desplumados, cubriendo lumbre y arroja en ella al pájaro, que ante y se cae. Ahí un hoyo, entran los huesos y los cubre con arena.

Por la mañana encuentra al hipopótamo tumbado boca arriba, incapaz de mover la trompeta. Pero en el momento de ir a atesorarlo, resacaaron las patas del pájaro y le dijeron:

—Ponte en salvo, hipopótamo de patas gordas, que te matan. El hipopótamo hizo *be-d-d* en el agua y se arrojó a ella. Por la mañana la rubia quemó la lumbre del campo, y las plumas se comen.

A la mañana siguiente encuentra al hipopótamo tumbado. Despara la asagaya. Pero en esto se levanta una pluma, sale del hueco de un árbol, donde había estado, y dice:

—Salvado, hipopótamo de patas gordas, que te matan. El hipopótamo hace *be-d-d* en el agua y desaparece.

La rubia se fue a dormir tres días seguidos. El hipopótamo se dice: "Seguramente está ya curada." Comenzó la trompeta. Sale del agua para ir a aprender solo a tocar. Pero la rubia lo sacaba. De mañana lo encuentra tumbado boca arriba, las patas en el aire, tocando la trompeta.

Lo atrevía con tres asagayas. Y él dice: —¡Dejame, querida amiga! Te lo suplico. Toma tu trompeta. La rubia le dice:

—De ningún modo. Quiero asegurarme los huesos y hacerme con ellas otra trompeta.

Lo mata, recorta la trompeta, la tira al agua, toma un cochinillo y engancha la carne. El cochinillo se levanta. Toma un barba y la ató; al querer cortar la carne el barba se mató.

9. En otros pasó el camino y dijo: —¡Eh, amiga! ¡Cuidada primitiva! ¡Arroja! Yo también soy

un caminante, y de buena gana me daré un hartazgo en tu escarpilla.

La rubia respondió: —¡Ay! ¿Cómo darías un hartazgo? Mira, yo tengo con qué desmenujar la red. Mis cochinillos y mis barbas se han roto.

El camaleón repuso: —¡Oh! ¡Dico impotente. ¿Y si pedíamos este instrumento? —Será de lo alto una caña de caña—. ¿Pedíamos?

—¡Ah! —dijo la rubia—. No lo hagamos. Es muy duro el hueso de la galleta.

El camaleón tomó una pata, la lavó y dijo: —¡Anda! Verás si corta esta caña. Cortaré muy bien con esta pata.

En efecto, desmenuzó la res de panta a raba, hasta lo último de lo último.

Entonces dijo: —Lo que es yo, aquí me quedo. Soy tu hijo, amiga mía. ¡Ostenta carne!

La rubia aceptó el trato y dice: —¡Basta bien.

Comieron carne hasta el hartazgo, le dieron lra. En aquel mismo sitio edificaron un pueblo.

10. Entonces la rubia dice a su campesino: —Tengo que marcharme. Puesto que eres mi hijo, quédate aquí y ten cuidado de mi pueblo y de mis amigos.

Recorrió un montón de salado y se lo entregó. Va en busca de una paja y se la regala. Toma también unas venetas y se las entrega; toma una trompeta y se la da. Después va a poner buroca en el camino y dice al camaleón:

—Ve aquí estos huesos. Que el camaleón diga su canto. Si los apisona, que los apisona; si los deja, que los deje.

Se va a la distancia a forjar asagayas para su amigo el camaleón, que, como no era más que un simple petricolar, no tenía armas.

11. Pasó la galleta. —¡Salvo, amigo camaleón!

Responde él: —¡De quién son esos burocas?

—De la rubia, hija del cochinillo; y ha dicho: Que el cami-

trante algo su camino. Si las aplasta, que las aplaste; si las deja, que las deje.

Entonces dice la gacela:

—No temo al menor dolo de aplastarla. Me da miedo, porque ya me ha matado a un pariente.

Y se fue corriendo.

Pasó la hembra y dijo:

—¡Salvo, carnalón! ¿A quién pertenecen estos huesos?

—Son de la rubia, hija del cocodrilo; y ha dicho: Que el camino sea su camino. Si las aplasta, que las aplaste; si las deja, que las deje.

Entonces la hembra huye dando grandes bracos, grandes bracas. Hala ya lejos, muy lejos. Huye por el bosque.

Llega el gran antelope gnaponio. ¡Bibi! bibi, bibi, hasta

a los huesos; se para en seco, adelantando los cuernos, muy cerca, salta atrás y pregunta al carnalón que era aquello. Cuando le supo se dejó diciendo:

—Por poco los aplasto.

Se fue por un lado, dando un gran tobo, muy lejos.

12. Pero en éstas puso el ékante. Dijo:

—¡Salvo, amigo mío!

El carnalón responde con voz débil y asustado:

—Buenos días.

El ékante se acerca, ve los huesos y dice:

—¿De quién son estos huesos?

El carnalón responde temblando de miedo:

—Son de... la... rubia...; y ha dicho: Que el camino sea su... camino... Si las aplasta... que las aplaste...; si las deja... que las deje...

Llegado junto al carnalón, dice el ékante:

—Dame la hija.

Se la da. El ékante pone tobo en la pira, toma un carbón encendido con las tenazas, enciende y se pone a fumar con todas sus fuerzas, volviendo grandes nubes de humo. Pronto está consumido el tobo. Hecho esto, el ékante se viene en la mano la ceniza, la muele y se la arroja en los ojos al carnalón. Después lo agarra, le arranca los mulecos y los reparte lejos, a los cuatro vientos. Después va a recoger los huesos, los agacha, los lava con la pira y los

13. Sopla el viento sur. Y ve ahí que la cabeza del carnalón vuela, después una pira, después, después esta. Se le pegó al cuerpo como unta, la cola vuela también y se cayó al sitio. Continúa a recibir un poco, está a andar y va a ver los huesos... Los con-templa. Después va a buscar la trompa, que estaba en el hueco de un árbol, en el pueblo, se pone en el rastro de la rubia, y canta:

¡Pelepe-pe! Rubia, hija del cocodrilo...

¡Pelepe-pe!

Has aplastado los huesos.

El ékante los ha aplastado...

El ékante, de trueno pasado.

¡Pelepe-pe!

Caminó, caminando día y noche, hasta llegar al sitio donde estaba la rubia.

Ella le oyó desde lejos. Miró caber a los horrores, en torno de las fragas, distribuidas:

—¡Silencio! Alguien viene —y le gritó—. Ven hasta aquí.

La rubia recueta, encorvada la espalda, sin decir nada. Cuando el carnalón llegó le preguntó todas las detalles, y añadió:

—Está bien. Días peca a lojar.

Forman todos los ruidos que oyó. Se los da. Se las repartió. Ella también tomó una.

—No me desilude de vosotros —dijo—. Me voy.

14. Todos se fueron en camino... Verlos andando, luchando de noche. Al amanecer andaban todos; andan día y noche, hasta llegar a un pueblo. Todos el rastro del ékante, se siguen por donde había ido. Llegan a un pueblo, donde preguntan:

—¿Ha pasado por aquí el ékante?

Le contestan:

—Sí, el año pasado, durante el invierno, atravesó este país.

Se van y continúan andando, siempre sobre el rastro. Llegan a otro lugar, intentan a las grutas, que responden:

—Hace algún tiempo pasó por aquí. Apenas hará una semana;

según, no más.

Seguían otra vez el rastro, y van para informarse a otra aldea.

—Acaba de pasar —les dicen—. No tardaréis en encontrarlo.

Contaban su camino y van a preguntar en esta parte. Les dicen:

—Hacer un momento estubo aquí. Detámanse cerca de con este sitio.

Transpican la aldea y lo encuentran. El delantero se vuelve, mira atrás y les ve.

—¡Eh, amigos! —le grita—. Detente, espéranme.

Pero él no les hace caso y prosigue adelante.

15. Encuentran el camaleón se adelanta a la ribera, llega junto al delantero y le dice:

—¿No sabes tú quién me mandó, allá, junto al frenal, en mi pueblo?

La rubeca llega y lo traspassa con la anzuya. El camaleón hace como muerto. El delantero arranca una rama seca y se la arroja. El camaleón la atrapa con la cola, la enciende y la disipa en lazo. La rubeca lo traspassa de nuevo, y el camaleón hace lo mismo. El delantero empieza a huir. Los otros lo persiguen, lo alcanzan, lo atraviesan una vez y otra. El delantero, herido, muere.

16. Ya muertos, comenzaron a edificar allí un pueblo y dedicaron la ribera.

El primero que hizo acto de sujeción fue la hebre. Les ayudó en la construcción.

En tanto, la rubeca dijo al camaleón:

—Es necesario que me meita bajo tierra; llueve, y el calor me hace daño.

El camaleón dice:

—Esa bien.

Preparó un gran tambor. Antes de meterse bajo tierra los otros esta orden.

—Haced una valla de esgano alrededor del pueblo; que haya dos puertas nada más, y tú, hebre, las cerrarás cuando se ponga el sol, no sea que los ladrones vengán a cogerse nuestros provisions de carne que están aquí colgadas de las árboles.

Dicho eso se metió en tierra.

17. Entonces el camaleón tenía el tambor y fue rodeándolo por la parte exterior de la valla; hizo una gran caminata, cantando:

*¡Pase, pase, padeplán!*  
divulga del castigo, vendá a ser la rubeca.  
La rubeca ha muerto.

Fueron todos, y entraron todos dentro de la valla. Era el delantero, el antileón, el lagarto grande, la toruaga, la pantera y muchos otros... Acabaron pronto, porque la rubeca les había adelantado mucho con los búhos, vendiendoles un lazo para matarlos.

Entonces el camaleón fue a cerrar la puerta durante la noche. Cerró todas las aberturas y fue luego a despertar a la rubeca con estas palabras:

—Rubeca: Yo te lo digo, despierta, despierta. Ven a ver lo que hay aquí.

Vuelto en el fondo de mañana la anzuya y comenzó a cavar a todos los animales. Unos huían, otros se quedaban. La hebre creció a sus camaradas las hebras un agujero en la valla por donde podía salir. Muchos se escabulleron por allí y se escaparon. Quedaron los muertos. Algunos animales fueron vendidos a la esclavitud, y también la hebre quedó por esclava de la rubeca.

18. Despertaron los reyes muertos, y daban las uñas a la hebre, diciendo:

—Ve a lavarte en el río.

Al principio volaba con las uñas. Pero cierto día se encontró con su madre y le dio toda la carga que llevaba.

Después se metió con unas ramas secas, buscó un sitio donde hubiese repinas, lo encontró y se arrojó a él. Las uñas le colgaban desgarradas cuando llegó al pueblo. Y dijo:

—¡Eh, un águla me ha robado las uñas.

Le contestaron:

—No importa, es un simple contratiempo.

Le dieron otras. Puse y regrese, trasgálalas. Otra vez fue al río pero dio las uñas a su madre y volvió diciendo:

—Un alcaudón me las ha robado.

Entonces corrieron al delantero, diciendo:

—Ve a lavar las uñas. Verán si te las roba un alcaudón.

Cuando iba de camino para lavárselas, llegó la hebre madre, la que se había quedado en su casa. Tuvo miedo del delantero, y se dijo: ¡Cállate! Hoy viene otro a lavar las uñas; ya no es mi hijo el que hace sus trabajos cada día.

El delantero volvió al pueblo con la virada. Hicieron esa reacción:

—¡Buena, hoy trae las uñas. ¿No había ningún alcaudón?

—No las visto ahorita que vaya. Lo que he visto, sencillamente, es una liebre.

La rubeta dijo a los suyos:

—Id a cazarla y matarla.

Los chicos, fueron a matar la liebre madre.

19. Entraron de nuevo trigas a la tierra, diciéndole:

—Ve a limpiarla.

Se fue a limpiar a su madre, pero ya no la encontraba. Volvió, pues, con su campo. Entonces la rubeta preguntó a su padre:

—¿Ha vuelto con las trigas?

Y la liebre oyó entonces ruidos que habían matado a su madre. Fue a sentarse en medio del barro y comenzó a llorar a su madre. Le preguntaron:

—¿Por qué lloras?

—Es que estoy sentada en medio del barro y me hace salir las lágrimas a los ojos.

20. Acabaron de cazar las trigas; después empaparon sus caras, lavaron las caras de barro y regresaron todas al pueblo de la rubeta, allí donde había jugado a correr con la gaceta.

Por el camino dijo la rubeta al camaleón:

—Deseo volver a mi pueblo natal. Quiera tú decirle lo a otra parte.

Respondió él:

—No me separaré de ti; iremos juntos.

La rubeta dijo a todos sus sobrinos:

—Dedíles también vestidos; el que quiera sepulture de mí que lo diga.

Respondieron ellos:

—Todos iremos contigo, jefe; no nos separaremos de ti.

Entonces, llevando sus bagajes, se fueron con ella.

#### 31. EL ZOBRO Y LA HIERBA

Vería qué haría. Pero no la dejó entrar; sólo se fue a su parte.

Va el zorro al agua, coge muchos peces, los saca, se los come; está muy contentado. Deja la salina, diciendo:

—¿Quién me ayuda a comer esos peces? —y dice: —¿Quién me dará una tripa muy grande?

—Aguarda un poco —y aparece la hierba.

Ve a la hierba y dice:

—Ven aquí hijo.

La hierba va. El zorro dice:

—Mira, aquí tienes mucha comida; si quieres comértela, comela.

La hierba se come todos los peces. El zorro se enciende con la hierba. Llega una gallina, se posa en un árbol, canta. La hierba ve a la gallina, su lindo cuerpo con dibujos; dice la hierba:

—¿Quién me dará tan bellos dibujos como los de la gallina?

El zorro dice:

—Ese dibujo tan bello lo hago yo.

Dice la hierba:

—¿Quieres hacerme otros dibujos así?

Responde:

—Si quieres dibujos, tráeme un cuchillo y tierra blanca.

La hierba no tiene trabajo. Va y trae un cuchillo y tierra blanca. No sabe que el zorro estaba encendido con ella porque se había comido todos los peces. El zorro toma el cuchillo; la hierba se enciende.

Le hace unos incisos en el seno y canta:

*Tu comiste los peces,  
por lo tanto lo pague.*

La devuelta con el cuchillo, le hace grandes incisiones. La hierba se va, se siente mal. Y el zorro se ríe de haber devuelto a la hierba.

#### 32. LA LIEBRE Y LA TIERRA

La liebre dijo un día a la Tierra:

—¿Es que tú no te muertes nunca? ¿Estás siempre en el mismo sitio?

—Te equivocas —responde la Tierra—, mucho más que tú.

—Eso es lo que está por ver —repuso la liebre, que salió corriendo.

Cuando se detuvo, después de dar una gran carrera, con la certidumbre de haber vencido, comprendió que aun tenía la tierra bajo la pata. Repitió la prueba, de tal modo, que cayó agitada y murió.

93. LA CROCHIA Y LA TORTUGA

Un día la crochia dijo a la tortuga:

—¡Muy mejor dióchis que tú, puesto que no sólo camina de pito, sino que puede volar.

—¡Bachua ú! —casió la tortuga—. Yo gracias que pueda, anacáclon, atender a mis asuntos.

Pero sucedió que un hombre, para cazar, prendió fuego a las hierbas de la llanura, el fuego encendió su cabaña en tierra a los dos animales, espantada a un peligro seguro. La tortuga se escondió en el hoyo que había dejado la planta del elefante, y se salvó del fuego; pero la crochia, que quiso remontar el vuelo, cayó asfáltada por el humo y murió.

*Quien mucho se alabe, peca en la prueba.*

94. LA LIEBRE, EL ELEFANTE Y EL HIPOPOTAMO

Una liebre se excusó lo que el elefante le había prestado, y se excusó lo que le había prestado el hipopótamo. Dijo al hipopótamo:

—Dentro de siete días te daré en pago un bany.

Y dijo al elefante:

—Dentro de once días te daré en pago un bany.

Cumplidos los siete días, lleva al elefante a la orilla del estero, da al elefante uno cuarenta, y después al hipopótamo que estaba en el estero la otra punta de la cuenta. Dico al elefante que fue de la cuenta, que es un bany y dice al hipopótamo que fue de la cuenta, que es un bany. El elefante tira y el hipopótamo tira. El hipopótamo sale del agua y ve al elefante, y el elefante ve también el hipopótamo. El elefante pregunta al hipopótamo y el hipopótamo pregunta al elefante:

—¿Por qué tiro?

Y el hipopótamo dice al elefante que una liebre se le ha excusado el préstamo, prometiéndole en pago un bany. El elefante dice al hipopótamo que una liebre se le ha excusado el préstamo y le ha prestado un bany. El hipopótamo dice al elefante:

—Ve a buscar la liebre en la manigua.

El elefante dice al hipopótamo:

—Ve a buscar la liebre en el estero.

Y el elefante lleva a la liebre, ve a la liebre, dice a la liebre:

—¡Bueno una liebre.

La liebre dice:

—En verdad, una liebre que llevaba un escudajo me ha escudado.

Habiendo encontrado la liebre una caza posible, se retiró con la piel y la liebre va al estero. Entonces el hipopótamo dice:

—Al salir del agua veo una liebre.

Y la liebre dice al hipopótamo que una liebre a quien reclamaba la devolución de un préstamo la ha escudado, pudiéndola de aquella manera.

Después la liebre se fue a esconder la piel de la caza posible. Volvió el elefante, y, habiendo vuelto la liebre le pidió un cuarenta, pero la liebre le dijo:

—Voy a escudarte.

Y el elefante, lleno de miedo, huyó.

## POESÍAS Y CANCIONES DE BAILE

## 35. EL VIENTO

En otros tiempos el viento era una persona. Se convirtió en un ser con plumas, y voló, porque ya no podía andar como antes; en efecto, voló y habitó en la montaña. De modo que voló. En otros tiempos era una persona; por eso en otros tiempos robaba una pluma; la tiraba, porque sabía que era una persona. Se convirtió en un ser con plumas, y entonces voló, habitó en una gruta de la montaña. Saló, volvió, volvió, volvió, volvió. Va a dormir en ella, se despierta temprano y sale; vuela lejos; otra vez, vuela lejos. Retorna a su casa porque siente que necesita fumar tabaco. Como otra vez, y otra, y otra; retorna a su casa; de nuevo, vuelve a ella para dormir.

## 36. EL PAJARO FANTASMA

Érase un hombre que mató un pajarito, le arrancó la piel y la puso a secar en el techo. Después, el propietario de la piel fue al jardín. La piel se cambió en un pájaro igual, se hizo un tambor, llamó a las gallinas y bailó el *Chachachaché*.

A ne nge te nge nge

*Chachachaché*.

*Ché, ché, ché.*

*Chachachaché.*

*Ché, ché, ché.*

A se nge Ku te nge nge

Acabado esto, agarró un pollo para comérselo. Al día siguiente las pecenterías de aquella piel de pollo fueron al jardín. La piel se cambió de nuevo en un pájaro igual. Llamó a las gallinas; bailó el *Chachachaché*. Las gallinas se habían escondido para ver cómo llegaba; comieron todos los pollos; vieron aquel pajarito, el *chachachaché*, y lo mataron.

He medido poco de habas, de molinos delante de la puerta, y esto. Retira de la tumba las palabras que se querrán.

## 37. FUENTE DE KALANCIANO

Había venido yo en busca de ropas, cuando encontré a un niño que llegaba para comunicarme la muerte de mi querido Kalandano, mi compañero, que el diablo me arrastraba. El niño, *Kalandano*, paró en mi casa, y, temiendo mi cultrero y mi carro, salió para que yo fuese a las tumbas de Kalandano. Me paré en camino, y, veo ante mí una boca abierta en el suelo.

—¿Es ésta la tumba de Kalandano? —pregunté.

Me dicen que siga camino adelante. Vio una tumbeta.

—¿Es aquella, pregunté, la tumba del querido Kalandano?

Otra vez me dicen que siga adelante. La llanura apareció ante nuestros ojos.

—Aquí está la tumba —me dijeron.

—¡Oh, podré más! —exclamé—. Quiero salir a tus hijas en su dardo y *chachaché*.

—Se han ido —me respondieron— al mercado de Sombó.

Fui a buscarlas; pero se habían escondido a Doshobó, y allí las vi. Entonces comparé para mí unos budatías.

—No quiero fardo de uno —dijiste yo.

Comparamos una tortá.

—Ni fardo de uno —replicó.

Entonces me entregaron una anguila.

—Ya derramando vírgen —exclamé.

Entonces me compararon un pollo.

—Pase pollo —replicó— en derramando vírgen. Mójete, trae pollo y dímelo.

Le devolví el pollo; después mandé dar pollo al pollo. Pero me acordé que un alcorno robó el pollo, que una liebre de pelo más al alcorno, que el fuego consumió la liebre, que el agua apagó el



OSARIO

*¡Oh, todos nuestros engranajes, engranajes al estirón, el  
cántico del jaul!*

CLÁSICO

*Por ti sólo, oh jaul, por ti sólo  
Lejos en los bosques.  
Lejos, lejos, he caminado mucho tiempo en la selva,  
Sin dar ya a los perros chiboles.  
Sin oír ya  
Ni tampoco a los gallos que gritan del ruido.  
Tampoco a los gallos  
Alejándose de los barrios,  
Alejándose de sus abuelos hambrientos.*

BARROCO

*Si, sólo por ti, oh jaul sólo,  
Por ti sólo, en las selvas,  
En las selvas he caminado,  
¡Oh jaul sólo, por ti sólo.*

INVENTARIO

*Todos nuestros venidos, engranajes todos el cántico del jaul.  
Cántico amado del jaul.*

OSARIO

*Todos nuestros venidos, engranajes todos el cántico del jaul,  
Cántico amado del espíritu,  
Si, por ti sólo, oh, jaul sólo,  
Por ti sólo en las selvas,  
En las selvas he caminado,  
¡Oh jaul sólo, por ti sólo.*

INVENTARIO

*Venid, venid todos, engranajes here, y engranajes sin ruido.*

OSARIO

*Y sin ruido engranajes estirón.*

CLÁSICO

*Por ti sólo, jaul jaul, por ti sólo  
Por el bosque adelante,  
Alejándose siempre de la selva,  
Alejándose al gran cántico de los hambrientos,  
Sin que nadie me oír,  
Cántico pensando del espíritu del jaul,  
Alejándose al espíritu,  
Lo está al espíritu,  
Cántico en hambrientos,  
Sin que nadie me oír,  
Por el bosque adelante,  
¡Oh jaul sólo, por ti sólo.*

INVENTARIO

*Todos nuestros venidos, engranajes al cántico del jaul.  
Cántico amado del jaul.*

OSARIO

*Todos nuestros venidos, engranajes todos  
Alejándose al espíritu,  
Sin que nadie lo oír.*

CLÁSICO

*Por ti sólo, jaul jaul, por ti sólo,  
En los bosques de tu  
He buscado tu pie en el camino,  
Saliendo montes, y colinas,  
Cántico los hambrientos,  
Remando todo un día, un día entero,  
En busca del espíritu  
El espíritu, el espíritu y el tipo;*

*Después, en torno al demandado,  
 Les robó la vestimenta,  
 Hiciste de sangre roja  
 Allí mora el espíritu de la noche.*

#### INVOCACIÓN

Todos vosotros seréis, rezaremos el cantar, el canto y el canto.  
 Escuchemos al país.

#### CORO

Vestidos todos, rezaremos el cantar, el canto y el canto.  
 Encuentremos al país.  
 Dejando la carne al demandado,  
 Molterado la vestimenta,  
 Hiciste de sangre roja,  
 Para vestir este amor.  
 Encuentremos al país.

#### 100. CANTICO DEL COCORILLO

El estirante ha rechazado, rechazado con sus repulso.

*Este árbol se arriesga:  
 Escrito en él,  
 Ahora se reza de aquí.  
 Empejado a izquierda.  
 Ahora se reza de allá.  
 Empejado a derecha.*

*No está la fuerza silenciosa, inerte.  
 Volamos aquí, volamos rechazado,  
 En dura esta tierra.  
 Proseguir de nosotros justos, no curas los ojos.  
 Protege a tus hijos.  
 Volamos aquí, volamos allá.  
 La tierra está dispuesta.  
 Te hemos preparado silencio,  
 Removida la piedra del hogar.*

*No demoras la silencio, los justos escuchas!  
 Querro permanecer al filo de la orilla.  
 Nuestra contemplación inspira la orilla.  
 Los justos de la orilla se hacen para las justicias.*

#### 101. CANTICO DE LOS PIGMEOS

*Grande es la noche, el silencio es bueno.  
 Adelante los Pigmeos, el canto es bueno.  
 Por aquí, por allá, por allá, por aquí.  
 ¿Un zorro? ¿Qué cosa es la noche?  
 El Nku. — Ma, ¿quién se lo cuenta? — ¡Pobre Nku!  
 Decapitando, con todo, sobreviviendo las tripas.  
 ¿Puedo un estirante al canto.  
 ¿Quién lo ha matado? — El Nku.  
 ¿Quién se ha matado? — ¡Pobre Nku!  
 Derribado, con todo, te repulsa la casa...  
 Sin cans, como los monjes.  
 ¿Quién recoge la noche? — El Nku.  
 ¿Quién la hace hasta amanecer? — ¡Pobre Nku!  
 Recogida con todo, te derriba la casa...  
 Los Monjes están ahí, buenos Monjes.  
 ¿Quién los mató? — El Nku.  
 ¿Pero quién se juró al silencio? ¡Pobre Nku!  
 Silencio, con todo, y derriba la mano.*

#### 102. DANZA DE LOS ANIMALES

*Ma-Soul*

*Hace el país...*

*Toros*

*¡Hoy!*

*Ma-Soul*

*Hace el país...*

tempos

*¡Viv!*

Misa-Soulé

Hece el tempo...

tempos

*¡Guant!*

Misa-Soulé

Me levanto a la izquierda,  
Otro a la derecha,  
Hago el pez,  
Frente en el agua,  
Se retuerce, brinca,  
*¡Todo vive, baila, canta!*

tempos

*El pez: ¡Hip!*

*El pájaro: ¡Viv!*

*El mono: ¡Guant!*

Misa-Soulé

El pájaro canta,  
Vuela, vuela, vuela,  
Ya, vuela, pesa,  
Sube, se eleva, baila,  
Hago el pájaro,  
Todo vive, baila, canta.

tempos

*El pez: ¡Hip!*

*El pájaro: ¡Viv!*

*El mono: ¡Guant!*

282

Misa-Soulé

El mono, de punto en punto,  
Corre, brinca y salta,  
Con su mujer, con su cría,  
La boca llena, el rabo al aire,  
*¡Ved aquí el mono! ¡Ved aquí el mono!*  
Todo vive, todo baila, todo canta.

tempos

*El pez: ¡Hip!*

*El pájaro: ¡Viv!*

*El mono: ¡Guant!*

*Alondra: ¡Misa!*

*Misa: ¡Viv!*

*Mono: ¡Nye!*

283

# 21

## CUENTOS MODERNOS

### 103. CABEZOTA

Una mujer echó hijos al mundo, los crió. Murieron todos. Después envejeció y no podía labrar su campo. Entonces, para sustentar, iba a las puertas de los blancos, para pedir. Mendigaba de los blancos. Estos se burlaban, y le daban un guante. La vejea lo cosió y se lo cosió.

Al día siguiente se encasó muy bienhada, por causa del guante. Cuando durmió dos noches más, la mujer se que estaba preñada. Y eso que era muy vieja (se parecía a Minomangaba). Cuando la pelusa avasó, no pudo ir a a meterse al mundo. Después, cuando llegaron los dioses y paró, se encontró, cuando había parido, que no hijo no tenía parida. No tubo más que cabra, pelo y nariz. Su nombre fue Cabezota. Antes sequea de que le contasen el cuento, dijo:

—¡Eh! Madre mía, ¿cómo se entienda? ¿No pones una escudilla con el suco para mí, ándale así que todos las mujeres lo hacen cuando dan a luz?

—Pero hijo mío —respondió ella—, no tengo escudilla.

Cabezota respondió:

—Madre mía, ve a buscar un papel para que escriba una cosa; se lo dé y lo llevará.

Su madre fue a recoger un papel en las calles, y se lo dio. Todo lo necesario para escribir había sido con el del seno de la madre; también el tintero había sido con el del seno de la madre.

Cabezota escribió al gobernador pidiéndole una oficina para cabales, una pieza de sala para escribir un versito a su madre, una vaca para que la entienda, un cinto nuevo, un saco de arroz, provisiones, maíz, sorgo, en fin, una cosa. Cuando acabó de escribir esto la carta a su madre, a fin de que la llevase al gobernador. Su madre se fue con el papel, y encontró su guardilla en la puerta. La madre de Cabezota pidió permiso para entrar. La autocorona, está, y dio la carta al gobernador. El cual la leyó, y comprendió lo que significaba, y dio a Cabezota cuanto pidió. Llamó a una mandadero para transportar aquellas cosas. Después, el gobernador escribió una carta para decir a Cabezota que fuese a verlo al día siguiente.

La madre de Cabezota se fue la primera. Cuando llegaron las mandaderas, depositaron su carga. La mujer les dijo:

—Desentendí la cabeza para que yo entienda igual que con las solistas.

Los hombres desconfiaron la cabeza, tomaron un poco de carne de esta mandera, y comieron. Después se marcharon; una vez que se fueron, de mañana, la mujer cabaló agua, se lavó, y habló al niño. Se pusieron en camino y fueron a ver al gobernador. Llegados, el gobernador dijo a la madre:

—Dime el niño, que yo lo vea.

El gobernador se rió muy fuerte, y llamó a su hijo Milina.

Cuando Milina vino en brazos al bebé, se alegró mucho, y se alegró a desvelándose a la madre. Su padre, entonces, se marchó; le quitó el niño por fuerza y se lo dio a la madre. La cual regresó a su casa. Desde entonces, Milina dejó de existir. Incluso quiso suicidarse; durmió tres días sin tomar alimento. Su padre se enfadó, y le dijo:

—¡Qué es eso! Has reducido muy buena portada que se te han presentado para casar, incluso princesas blancas, ¿y te mueras de Cabezota? Es una vergüenza para mí.

Barbón entonces a las autoridades de los blancos, y los convocó para discutir el asunto, a fin de que Milina fuese encantada y restituida a su casa. Recusados todos, el padre de la joven les dijo:

—No quiero más, porque a la madre después de poder. Es necesario que busque las andas y que se la lleven a Cabezota. Que no suque toda alguna para mudarse, así con lo puesto.

Así lo hicieron.

Cuando la hicieron espaldado, parió muy alegre, diciendo:

—El gobernador me ha prestado un gran servicio, verdaderamente. Me enseñó esa Calceota. Me enseñó a leer.

Mirra le tuvo mucho amor. Trabajó, llevándolo a cuestas. Se merece lo de ella:

—Dámelo, para que descanse un poco.

Mirra rehusaba, diciendo:

—Déjame, madre. Puedo con él.

No estaba esa decencia. Era una cosa nueva. Para decirle, los primeros entijos, se le sabía boca. No cabía en la boca más que las calceas.

Pero Calceota, al ver que no tenía esa decencia, salió durando la noche, y dijo:

—Mi hijo, mi hijo! Avísale de mi padre, que aparece una cosa donde yo pueda decirle.

Se volvió a la casa. Entonces aparecieron dos cosas europeas de blancos, una fue para su madre, otra para él y su mujer. Aparecieron también cosas llenas de ropa para él y su mujer. Solieron también criados y criadas. De mañana, antes de levantarse, la madre dijo a Mirra:

—Ho tréndo un sueño, hacia las llaves con que he soñado, están ahí, junto a nuestros cabaes. Ve a abrir y mira las habitaciones y lo que hay en los baños; quédate ahí, antes son realidad.

Cuando Mirra abrió, miró y vio cosas muy buenas, como los baños visto nuevos. Interrogó a Calceota, y le dijo:

—De dónde vienen esas cosas?

Contó a Mirra de la gran, escribió una carta para hacerle saber a su madre y a su padre, diciéndoles:

—Aunque me habéis echado, no curo de nada desde que vine aquí.

Pero sus padres no le escribieron cosas, de cosas que tenían que no haber traido al mundo una hija tan mala. Su hijo rehusó los baños nuevos y quería a su vieja de siempre.

Esa noche, estando dormidos todos, Calceota trató de salir de su propia caba, en vista de que Mirra estaba muy contrariada por decirle siempre a cuestas. Una vez que salió, fue a abrir el bañ, y se puso sus ropas, sus gabores, el bañ, y el caso de jir, se sentó a la mesa y se comió todo lo que habían dejado dispuesto para él después de comer bien, fumió un cigarro. Trabajando mucho, tiró

hacia la punta, después tomó un pedazo de papel y escribió. Releyó en voz baja lo que había escrito, temeroso de despertar a Mirra. Terminó la lectura de la carta, se desahó, volvió a salir en su caba y se durmió.

Empieza a mirar el día, llamó a Mirra, y le dijo:

—Levántate y cóctame el desayuno, para que coma.

Nunca había hecho tal cosa. Mirra se levantó, fue a buscar el almuerzo y se encontró con que no había nada; dijo ella:

—Mujer, no hay nada para el desayuno. ¿Qué puede haberse echo contigo?

Calceota dijo:

—Nadie se lo ha comido. Lo que tú quieres gritarme de almuerzo, no querrás darme de comer. Te enseñé a tus amantes. Te enseñé de caso, te enseñé, haré contigo lo que ya hicieron tus padres.

Mirra se entristeció mucho, lloró, diciendo:

—Me dales que digas que hoy de comer a mis amantes, cuando la verdad es que no he buscado a ningún hombre. Pienso que me han traído, en más mi mal, o he dado que me pregun, a que diga cosa mala.

Mirra dijo entonces a una criada joven, que era del tamaño de Destrogo:

—Mándame a unos hombres que te mueran, porque tú eres quien se come las cosas y por tu culpa me insultan.

Rugió a la criada, y dijo:

—Hoy te pondré, pero si te comes lo que la soberbia esta noche, mañana mandaré a unos hombres para que te maten.

Las amenazas de muerte bastaron a la criada, siendo así que no se había comido nada. Hizo un agujero en la manita, y lo hizo bastante grande, para poder ver con sus ojos qué se comía las cosas. Cuando, puesto el sol, la criada se acostó, miró por el agujero que había hecho, mientras los otros dormían. Calceota empezó a salir de su caba y se transformó en un hombre provisto de piernas. Hizo lo mismo que la vípera. Cuando contó, la criada lo vio, y se dijo: Quiéren matarme a mí, y es el quien se lo come.

Al acercarse el día, Calceota se apresuró a despertar a Mirra, y le dijo:

—Date de comer.

Fue a buscarlo, no encontró nada, y como la vípera, Calceota

se enfureció contra ella. Mitina se rió con la chispa y quitó señal.

Para la chispa le dijo:

—Míale más, no me mires, díjame, cuánta me miras. —Y añadió: —El que se le entre todos es Calceva. Nunca le vió un Negro tan hermoso como él, cuando sale de su cabaña. Yo lo he visto por el agujero que he hecho en la manita. Hoy le daré una cuerda. Al ponerse el sol, le la atos a una piedra. Al salir Calceva, tirará de la cuerda, se despertará y lo verá; pero no le preste a ir de una parte a otra. Cuando vaya a su cabaña a quitarse la ropa, se adelantará y lo sorprenderá.

Cuando se fueron a acostar, Calceva empezó a salir de la cabaña y se puso su ropa; tomó el alfilerito, contó, hizo como todos los días. La manita, mediante la cuerda, despertó a Mitina, que vio todo en realidad. Entonces, cuando Calceva trató de quitarse la ropa para reanudar en su jerga cabaña, Mitina se adelantó y lo agarró. Calceva dijo:

—Déjame, Mitina, volver a mi cabaña nada más que hoy, que tengo muchas ganas.

Mitina respondió:

—De ninguna modo. No te sacas, porque estás abusando de mí, tú que eres un hombre magnífico.

De mañana, Mitina escribió a sus padres para hacerles saber que tenía un marido espléndido. Si había recibido otros paridos, en que el cielo le reservaba este. Cuando la mujer hubo escrito, el marido escribió también, y les dijo que si deseaban venir, no fuesen el mismo día, sino al siguiente; porque en ese día una casaca —cogida.

Cuando el gobernador lo supo, escribió a los principales blancos y les anunció esto: Mi hijo, a la que he llamado, dicen que es ahora una mujer como es debido. Mañana es el día de su boda. Prepárense para que vengan a verla mañana.

Va puesto el sol. Calceva dijo:

—Mi anillo, mi anillo, anillo de mi padre... que apurara moneda roja y moneda blanca y que lleve todo el gusto de esta casa mía. Que aparezcan todos de agasajo, de vino y de guerra, y de todo cuanto hay que beber... hasta llegar a la puerta de mi padre, para que se vea claramente que no caso con la hija del gobernador.

Los señores llegaron. Muy orgullosos, salieron al yerno. Vinieron Banjos, Mosolinos, Ba-hua, y otros gente, que recibieron la muestra del señor, seogan también monedas. Abrió la comitiva, el padre de Calceva, su suegro, empezó a declarar su agradecimiento.

—Verdaderamente, hijo mío, el cielo está contigo. Yo lo vi muy bien cuando nació; nació sin pecunia... pero cuando vino al mundo ya sabía escribir. Yo sé que esto es obra del cielo.

El suegro dijo, además:

—Está bien, hijo mío. Me hace feliz lo que en otro tiempo me ponía de mal humor. Yo decía: El que se case con mi hija perderá su país, y yo volveré a ser como un niño. Veámoslo juntos a la ciudad.

Calceva volvió, y dijo:

—No, yo me quedo aquí, y volveré a casa solo.

Cuando se hubieron ido, se quedaba más que gente borracha de aguardiente y de otras bebidas que habían crecido. En el momento de ir a dormir, Calceva salió, y dijo:

—Mi anillo, mi anillo, anillo de mi padre... Que esta hermosa casa desaparezca.

Desapareció con los objetos que allí estaban. No quedó más que su mujer y su madre. Sabían juntos y llegaron a la ciudad. Una vez en ella, Calceva dijo:

—Mi anillo, mi anillo, anillo de mi padre, que salga una casa grande con muchas habitaciones en cada piso, y que este fragmento de moneda de oro... Que sea para mí la casa, y que por eso todo aparezca una casa generosa de monedas de plata; que sea la casa de mi madre.

En efecto, aparecieron las dos casas.

De mañana, cuando las gentes salían al trabajo, miraron y vieron las casas que tenían misas a causa de su esplendor. Los gentes se agitaron atentos. Entonces, los parientes que les habían enviado al trabajo se reunieron, y dijeron:

—Las señoras se han marchado. Les da mucho el esplendor de las cosas que hay ahí, ¿hemos aluna a morir de hambre?

Pero el suegro, que conocía los peligros realizados por el yerno, les dijo:

—No temáis; sólo ha llegado el gobernador que ha de regir el país.

Entonces, Caberera y Múñica, su mujer, vivieron en los honores de la realista.

Y así es la conclusión del cuento.

#### 106. ABRIGACION DE YAMODU NABE

Hacer enterrar a una aproximadamente, una Pehl, hijo de Diable, fundaron un pueblo llamado Biamben, que tuvo su nombre de una montaña vecina. El pueblo creció poco a poco impetuosamente, y zo tardó en contar 333 Diables o guerreros. Los Temarabé vivían con malos ojos la prosperidad rápida de los recién llegados, y muchos de envidia y envidia, los declararon la guerra.

Los Pehl eran muy cuidados aún para poder recibir a tantos enemigos, pero, a pesar de ello se determinaron a una lucha encarnizada. Un intruso de Surjama Tecan, que más tarde había de fundar el reino del Bando, y que en aquel momento viajaba por el Alto Seegal para instruir, llegó entonces a Biamben. Se llamaba Malick Se. Propuso a los Pehl preparar un ejército que los acompañaría la victoria, a pesar de su gran inferioridad numérica.

—Pero —añadió—, ¿cómo de sacrificar la condición que voy a pecar?

—¡Malick! —dijeron los Pehl.

—La condición es ésta: clavados el ejército en la punta de una Diable. Al comenzar el combate, uno de vosotros, que yo me sé, miembro de la familia de Diable, uno de vuestros ciudadanos más amados, designará la flecha sobre el guiso de los enemigos. Morirá en el combate, pero, a ese precio, os garantizo la victoria.

Todos se ofrecieron para el mortal honor, pero Malick Se se apresuró a elegir a Mamadu o Yamodu.

Entonces declaró el combate.

—Éste es el hombre que yo esperaba.

—Bien está —dijo Yamodu a los Pehl—, pero puesto que me sacrifico para salvaros, os pido que, a vuestra vez, comidme en lo que pido.

Había allí cuatro tribus Pehl: los Diable, los Diable, los Diable, los Diable, los Diable. Todos decían el mismo.

—El combate —prosiguió Yamodu— ha dicho que por la victoria del indiano, moriré mañana por la salvación de mi raza.

Entonces, Caberera y Múñica, su mujer, vivieron en los honores de la realista.

Y así es la conclusión del cuento.

#### 107. EL ESPAL Y LA GUINSE

Sabemos este suceso por Amosín Drog. Hay un espal llamado Mardoy N'Gau, jefe de segunda clase, que se acasaba con su mujer en N'Dau. Una noche, estando en su cama, la luna le ha engañado. Se ha despertado a los dos de la madrugada, e imaginándose ver el día a causa de la gran claridad de la luna, ha despertado a su mujer, diciendo:

—Vámonos, vámonos y haremos el café.

—¡Ah, Mardoy N'Gau! —respondió la mujer—. Es muy temprano todavía.

—Eso no es cosa tuya. Vámonos, vámonos.

Entonces, Caberera y Múñica, su mujer, vivieron en los honores de la realista.

#### 108. EL ESPAL Y LA GUINSE

Sabemos este suceso por Amosín Drog.

Hay un espal llamado Mardoy N'Gau, jefe de segunda clase, que se acasaba con su mujer en N'Dau. Una noche, estando en su cama, la luna le ha engañado. Se ha despertado a los dos de la madrugada, e imaginándose ver el día a causa de la gran claridad de la luna, ha despertado a su mujer, diciendo:

—Vámonos, vámonos y haremos el café.

—¡Ah, Mardoy N'Gau! —respondió la mujer—. Es muy temprano todavía.

—Eso no es cosa tuya. Vámonos, vámonos.

La mujer no ha querido. Se ha negado categóricamente. Entonces, Mandoy se ha hecho el mudo y se está. Se le ha bebido, como el lúpulo y sale, declarando que seguramente iba a fallar a la hora.

Llega corriendo hasta la cárcel civil. Allí se pone al pao. Toma un trozo de tabaco para liar la pipa, y así llega hasta la morgue de N'Dar.

Y, de pronto, una gran surge ante él, cortándole el paso. Surge enternecido después, sin más que un cinturón de cintura de víctima.

—Querido amigo —le dice—, dame un poco de tabaco.

—No tengo tiempo —responde Mandoy—. Te lo daré de buena gana, pero llevo pao. Si me demoras, llegaré tarde a la hora.

La mujer no lo dejó pasar.

—No quería —le dice—. Necesito tabaco.

Y empezó a hacer zalamerías. Quería besar al poli...

—¡Cánel! —se dice Mandoy—. ¡Aun no ha amanecido y ya me pide tabaco!

La mujer no quería dejarse. Mandoy le sacaba un lajazo en la cara. La mujer siempre a llorar. Grita: ¡Vuelo!... ¡Vuelo!, como la sarna de un bato. La mujer huye.

—¡Ab! —dice Mandoy—, vaya un fascista. De seguro que no es una mujer, es una gineja.

Yra haza el cuartel. Ya está en el patio, gritando también: ¡Coronel! ¡Coronel! El oficial de semana se va a él:

—Mandoy, ¿no has vuelto loco? A las dos de la mañana ¿cómo a andar en el cuartel como un chaval? ¡Basta mañana, cuatro días de calabozo. Cuentas con ello.

Pero Mandoy no podía ya hablar. Se había vuelto loco. El sub-oticial y el brigadier de semana lo agarran, lo hacen subir la escalera. Entonces dice Mandoy que ha visto una cosa fantástica. Lo atoran, y se queda una vez más loco.

Al siguiente día, a las ocho de la mañana, lo trasladan al hospital. Allí ha pasado ocho días, y empezaba a mejorar y a hablar, porque su mujer le llevaba gineja y medicamentos de los negros, esos medicamentos de la repa para curar los cu el hospital. Durante los ocho días lo han curado de esa manera, y se ha curado.

Los médicos no saben cómo había podido ser así. Vinieron, lo pusieron, y declararon que estaba mejor.

Los moribundos, que son sabios, han dicho:  
—Pero lo ha hecho una gineja.

104. EL DIABLO CILICO

En el país de los Bantamas hay una región que llaman Bantama, a causa del río Bantama, que la cruzan antes de ir a arrojarse en el Diabolo (Niger), no lejos de Bamako, a unos tres días de camino de esta ciudad.

En el país de Bantama se encuentra una aldea llamada Tinduga. De una ciudad más grande que Fomah y muy próxima al río Bantama. Un hombre de esta aldea, llamado Bantama Kulibaly, iba un día a su hijo. En el camino encontró a una mujer de diablo, que decía el seral desde estaba oculta. Se había visto venir y lo encontraba a su gusto. Puntó la mujer que Bantama no le había sacado, porque como tenía las mangas del diablo, era muy bonito, y, por otra parte, los hombres tienen poca costumbre de hacerse mujer.

Sabía, pues, a su encuentro, y sin más rodeos, le preguntó:

—¿Adónde vas?

—Voy a mi hijo.

—Bien; ¿quien es ese mi buen amigo?

Y el mozo:

—No dices esta cosa, porque eres muy bonita.

Bantama dejó en el seral el seral, que llevaba siempre consigo para el caso de encontrar una cosa. Comenzó ella a hacer coquetos. Él y la mujer del diablo, hacían lo que se hace siempre en casos tales, y la conversación tocaba a su fin, cuando de pronto llega el diablo. Ante aquel espectáculo, se enfada, y descarga al hombre un certero. Como puede figurarse, la mujer del diablo no se atrepía. Comienza a injuriar a su marido y a despreciar con él. Bantama se aprovecha para escaparse a todo correr, dejando al seral. El diablo le miraba para él.

Pero desde aquel día, el diablo de que se cuenta está furioso y enojado loco. No puede ver a ninguno de la aldea sin pararle como un certero. Hasta ha llegado a matar a una pobre mujer, porque su cuerpo era tal que no le daba a ninguno de esta manera.

Me preguntas de qué se trata son estos diables. No he visto ninguno, pero los que los han visto dicen que tienen el pelo largo, can largo, que les tira de alimentación para sentirse. Tienen sus alios, o sea,

hijos; pero toda tierra esanto sigue; ésta en el éter ordinario, y ésta en la frente. En todo lo que sé de ellos. No se olviden de mi bendición.

#### 107. EL MUNDO DEL FALANTE

Amadly Si, intérprete del pueblo de Koryah, me lo ha contado.

Hay en el mundo una aldea que llaman Dohu. Cerca de la aldea pesa el río Falante. Se forma allí una baya de un kilómetro de larga. Siempre harco puede pescar, si siempre las pinetas pequeñas, pero que las guimarras los rompan todos. En cuanto a sacar allí agua, no hay ni que pensar.

A los guimarras del agua que acechan el paso de la gente, se les conoce con el nombre de "manas". Tienen, más o menos, la apariencia de seres humanos. Son de diferentes colores: rojos como manojos, colorados como vovirras, y también amarillos o verdes. Hombres y mujeres llevan el cabello largo, como las mujeres de los traxantes kiris. No tienen pulgares en las manos. Una vez capturaron uno de estos seres y lo llevaron a Dohu. El comandante del pueblo, que se llamaba Pooel, guardó el guimarras durante tres y medio, y muchas personas lo vieron, pero al cabo de ese tiempo el guimarras murió.

Junto a la baya de que he hablado, se encuentran un lagún, perteneciente a Uinar Pano, indígena de Dohu. Todas las noches los guimarras iban a beberle agua. El dueño del lagún pensó: ¿Maldad les de ver yo mismo quién me robaba el agua por la noche.

Alzó en el suelo un hoyo de cincuenta centímetros de hondura, y de una longitud un poco mayor que la de un cuerpo, y encima puso un pequeño techo de paja, de modo que no pudiesen verlo. Llegaba la noche, fue a quedarse en ese escondite. Hasta la media noche, los ruidos salieron del agua, y comenzaron a recogerse agua. Cuando Uinar vio que los siguientes parecían seres humanos, dejó a un lado el fuello, resuelto a no hacerlos fuego. Pero aproximándose de que una de las jóvenes de la banda pudiese al alcance de la mano, la agarró por un pie y la sujetó, a pesar de sus gritos. Los otros ruidos bajaron, y se acercaron precipitadamente al agua. Después de acudir a su cautiva, Uinar se la llevó a su casa, sin que ella opusiera gran resistencia.

Uinar la retuvo en su cautiva como mujer. Tratóla como buena sirviente, y hacía lo que el mandaba. Pero no hablaba a nadie, ni

seguía a su marido. En casa, no comía ni bebía. Conoció un hijo de su marido.

Por entonces, un vecino fue a ver a Uinar Pano:

—¡Cinco! —le dijo—. ¿Cuántas veces una mujer que no habla, ni bebe, ni come? En tu lugar, yo la devolvería a donde la encontraste.

—Maldad, maldad lo hago —dijo Uinar.

A la noche siguiente, en efecto, la llevó al borde del Falante.

—¿De qué sirve todo esto ahora? Induciendo.

Ella le señaló con el dedo un punto del río. Entonces, Uinar la tomó de la mano, entraron juntos en el agua, y cuando le llegó a la rodilla, dijo:

—Volviste a donde estabas.

La misma costumbre arrastrando lentamente hasta que el agua le llegó al pecho. Entonces, volviendo a Uinar:

—Mala suerte tenía —le dijo.

—¿Por qué?

—Me has robado dos años en tu casa, y durante ese tiempo me he servido de mujer. Después te has casado conmigo. Debo pagar, sin embargo, que a mí has hecho quedarme a tu lado todo ese tiempo, una que no me desagradaba. Ahora, que tengo un hijo, me abandonas. Si me hubieses guardado hasta el nacimiento del niño, hubiera entonces empezado a hablar contigo y te habría enseñado muchas cosas. Ahora, por tu impetuosidad, todo ha cambiado. ¡Adios! Desapareció, y el hombre volvió a su casa. No volvió a verlo. Ni la vez ni una.

# INDICE

|                                                       | Pág. |
|-------------------------------------------------------|------|
| Señalamos sobre Hilaris Cochran .....                 | 7    |
| Polipo .....                                          | 13   |
| Capítulo 1 .....                                      | 17   |
| Lecciónes económicas .....                            | 17   |
| Capítulo 2 .....                                      | 35   |
| Frutales, Diversificación productiva .....            | 35   |
| Capítulo 3 .....                                      | 42   |
| Frutales, Las "giras" Diferenciación productiva ..... | 42   |
| Capítulo 4 .....                                      | 51   |
| Frutales, Anuales "giras" .....                       | 51   |
| Capítulo 5 .....                                      | 71   |
| Frutales, Hortalizas "giras" .....                    | 71   |
| Capítulo 6 .....                                      | 79   |
| Frutales, Vegetales y hortalizas "giras" .....        | 79   |
| Capítulo 7 .....                                      | 94   |
| Frutales, Cereales .....                              | 94   |
| Capítulo 8 .....                                      | 115  |
| Frutales, Almacén .....                               | 115  |
| Capítulo 9 .....                                      | 123  |
| El comercio .....                                     | 123  |
| Capítulo 10 .....                                     | 139  |
| Lecciónes históricas .....                            | 139  |

|                                                  | Pág. |
|--------------------------------------------------|------|
| Capítulo 11                                      |      |
| Exclusión y colaboración .....                   | 165  |
| Capítulo 12                                      |      |
| Cuentos de fuerza .....                          | 171  |
| Capítulo 13                                      |      |
| Cuentos maravillosos .....                       | 178  |
| Capítulo 14                                      |      |
| Cuentos académicos, novelas y de aventuras ..... | 204  |
| Capítulo 15                                      |      |
| Cuentos sexuales .....                           | 209  |
| Capítulo 16                                      |      |
| Cuentos de amor .....                            | 218  |
| Capítulo 17                                      |      |
| Cuentos humorísticos .....                       | 240  |
| Capítulo 18                                      |      |
| Cuentos de ciencia, futuro y utopías .....       | 254  |
| Capítulo 19                                      |      |
| Fábulas .....                                    | 300  |
| Capítulo 20                                      |      |
| Poesías y canciones de bardo .....               | 274  |
| Capítulo 21                                      |      |
| Cuentos modernos .....                           | 284  |